

Historia de la espiritualidad cristiana



FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

SALAMANCA 2019

A mis queridas monjas dominicas de Trujillo

FRAY JULIÁN DE COS, O.P.

Historia de la espiritualidad cristiana

SALAMANCA 2019

03-07-2020

ISBN: 978-84-09-14832-5

Este libro ha sido editado por el propio autor y puede descargarse gratuitamente en:

<https://www.dominicos.org/estudio/recurso/historia-de-la-espiritualidad-cristiana/>

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. ANTIGUO TESTAMENTO	13
GENESIS	13
Espiritualidad patriarcal	14
ÉXODO	15
Espiritualidad mosaica	15
Dios de la historia y principio de retribución.....	17
MONARQUIA.....	18
Espiritualidad profética	18
Espiritualidad de los salmos.....	22
POSEXILIO	23
Espiritualidad oficial judía	24
Espiritualidad sapiencial	25
Espiritualidad farisea y fe en la resurrección	26
Espiritualidad mesiánica	28
2. LA IGLESIA PERSEGUIDA (SIGLOS I-III)	30
CONTEXTO	30
NUEVO TESTAMENTO	31
La experiencia de la Resurrección del Señor	32
San Pablo.....	32
Evangelios sinópticos.....	34
Textos joánicos.....	37
ESPIRITUALIDAD DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.....	39
Fe en Dios Trinidad.....	39
Experiencia mística	39
Espera de la Segunda Venida.....	40
Amor fraterno.....	41
Familia y mística esponsal	42
Predicación	43
Oración	44
Sacerdocio	45
Eucaristía.....	46
Fuga del mundo.....	47
REFERENTES VIVOS DE SANTIDAD	47
Mártires	47

Vírgenes y ascetas	50
Clero	52
AUTORES ESPIRITUALES	53
Orígenes y la espiritualidad de corte platónico	54
3. LA IGLESIA DEL IMPERIO ROMANO (SIGLO IV)	57
CONTEXTO	57
ESPIRITUALIDAD DE LA IGLESIA LEGALIZADA	58
Desarrollo de la liturgia.....	59
Culto a Cristo, los mártires y María.....	60
Humanización del Imperio y decadencia religiosa	61
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	61
Vírgenes y monjes.....	61
Clero.....	62
MONACATO DEL DESIERTO	63
Nacimiento del monacato.....	63
Influencias	65
Eremitas.....	66
San Antonio Abad y santa Sinclética	67
Cenobitas pacomianos y semicenobitas.....	68
DESARROLLO DE LA VIDA RELIGIOSA	69
Diferencias entre mujeres y varones	69
Monasterios mixtos	70
Monacato basiliano	70
AUTORES ESPIRITUALES	71
Evagrio Pónico y los apotegmas del desierto	71
4. COMIENZO DE LA EDAD MEDIA (SIGLOS V-VII)	74
CONTEXTO	74
ESPIRITUALIDAD DEL DECADENTE IMPERIO ROMANO Y DE LOS FLORECIENTES REINOS BARBAROS	77
Culto a Jesús Pantocrátor y María Theotokos.....	77
Cruces suntuosas	78
Culto a los mártires y a sus reliquias	78
Celebración de la Eucaristía.....	79
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	79
Desarrollo del monacato en la Iglesia de Occidente.....	79
Monacato agustiniano	81
Monacato benedictino	83

Monacato celta	84
AUTORES ESPIRITUALES	84
Dionisio Areopagita y la mística apofática.....	85
San Gregorio Magno y la contemplación en la acción	88
5. EL PERIODO CAROLINGIO Y EL FEUDALISMO (SIGLOS VIII-X).....	89
CONTEXTO	89
ESPIRITUALIDAD EN LA EUROPA CAROLINGIA	91
Culto a Jesucristo Pantocrátor y guerrero	91
Culto a María y a los santos	93
Espiritualidad popular	93
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	95
Monjes.....	95
Nobles.....	95
REFORMA CAROLINGIA.....	96
ÉXITO DEL MONACATO BENEDICTINO	97
Regla de san Benito.....	97
Difusión de la Regla benedictina y reforma aniana	98
Reforma cluniacense	99
ESPIRITUALIDAD DE LA IGLESIA ORIENTAL.....	102
Hesicasmo	102
Iconos	102
AUTORES ESPIRITUALES	103
6. EL ROMÁNICO Y LA REFORMA GREGORIANA (SIGLOS XI-XII).....	105
CONTEXTO	105
CRUZADAS	106
REFORMA GREGORIANA	107
MOVIMIENTOS COMUNITARIOS Y HERETICOS	108
ESPIRITUALIDAD ROMANICA	109
Arte románico.....	110
Culto a Jesús Pantocrátor y religiosidad cósmica.....	111
Culto a María Theotokos y origen del Rosario.....	111
Peregrinaciones, cruzadas, procesiones y romerías	112
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	114
Ermitaños, reclusas y monjes camaldulenses	114
Monjes cistercienses.....	115
Monjes cartujos	116

Caballeros cruzados, Órdenes militares y el comienzo de la vida religiosa activa	117
Órdenes hospitalarias	119
Canónigos regulares y la expansión de la Regla de san Agustín.....	119
AUTORES ESPIRITUALES	120
7. EL GÓTICO Y LAS CIUDADES (SIGLO XIII).....	122
CONTEXTO	122
ESPIRITUALIDAD GOTICA.....	123
Arte gótico.....	123
Jesús crucificado y María Madre	124
Fiesta del Corpus y culto al Santísimo Sacramento.....	124
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	125
Órdenes mendicantes	125
Órdenes redentoras.....	126
Monjas, Terceras Órdenes y beaterios	126
NACIMIENTO DE LOS MENDICANTES	128
Franciscanos: los Hermanos Menores	128
Dominicos: los Hermanos Predicadores	129
Carmelitas: los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo	130
Agustinos: los Hermanos Ermitaños de San Agustín	131
Conflicto entre mendicantes y clero secular	131
ESPIRITUALIDAD DE LAS ÓRDENES MENDICANTES	131
Transición del románico al gótico.....	131
Amor y conocimiento de Dios	132
Escolástica.....	134
Pobreza personal y colectiva.....	134
La fraternidad y el Capítulo	136
La predicación itinerante y la división en provincias	136
NACIMIENTO DE LA INQUISICION Y FINAL DE LAS CRUZADAS	138
AUTORES ESPIRITUALES	139
San Francisco de Asís	139
Santo Tomás de Aquino y la antropología unitaria	140
Modos de orar de santo Domingo	141
Monjas de Helfta	142
8. CRISIS, MÍSTICA Y DEVOTIO MODERNA (SIGLOS XIV-XV).....	143
CONTEXTO	143

Peste	143
Encomiendas	143
El cisma de Occidente y santa Catalina de Siena	144
ESPIRITUALIDAD POPULAR	145
Sentimientos de miedo y de culpa.....	145
Devoción a Jesús sufriente y a los ángeles custodios	146
Culto al Cuerpo de Cristo.....	146
ESCUELAS Y AUTORES ESPIRITUALES	147
Beguinas y otros movimientos espirituales de la zona renana	149
Mística renana y el Maestro Eckhart.....	150
Separación de la teología y la espiritualidad.....	153
Devotio moderna y Tomás de Kempis.....	153
REZO DEL ROSARIO	155
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	156
9. EL RENACIMIENTO Y LA ESCUELA ESPAÑOLA (SIGLO XVI).....	158
CONTEXTO	158
REFORMA RELIGIOSA ESPAÑOLA EN TIEMPOS DE LOS REYES CATOLICOS	
.....	159
Erasmismo.....	160
RECOGIMIENTO FRANCISCANO	161
Francisco de Osuna	162
COMPAÑIA DE JESUS	163
San Ignacio de Loyola.....	163
Servicio, contemplación, estudio y misión	165
Ejercicios Espirituales.....	166
Vida religiosa moderna	168
AUTORES ESPIRITUALES ESPAÑOLES DE MEDIADOS DE SIGLO XVI.....	168
San Juan de Ávila.....	169
Fray Luis de Granada y la contemplación de Dios en la naturaleza.	170
EL PROBLEMA DE LOS ALUMBRADOS Y EL <i>ÍNDICE DE LIBROS PROHIBIDOS</i> DE	
1559.....	172
REFORMA CARMELITANA	174
Santa Teresa de Jesús	175
San Juan de la Cruz.....	176
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	178
Religiosos reformados, clérigos regulares y jesuitas	178
Sociedades de vida apostólica y san Felipe Neri	179

Misioneros y teólogos humanistas	180
10. EL BARROCO Y LA ILUSTRACIÓN (SIGLOS XVII-XVIII)	182
CONTEXTO	182
PROTESTANTISMO	182
Martín Lutero	183
Iglesias calvinista y anglicana.....	184
Puritanismo y pietismo.....	185
CONCILIO DE TRENTO.....	185
ESPIRITUALIDAD BARROCA	186
Arte barroco	186
Liturgia y piedad popular	187
La polémica de los ritos chinos y malabares	188
Culto a Jesucristo y al Santísimo Sacramento	189
Culto a María y a los santos	189
LUCHA CONTRA DESVIACIONES ESPIRITUALES	190
Jansenismo	190
Quietismo y semiquietismo.....	191
Separación de la ascética y la mística	192
Tratados de espiritualidad	193
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD.....	194
Institutos femeninos de vida activa.....	194
Misioneros y mártires.....	196
Las encomiendas francesas y la reforma trapense	197
ESCUELA FRANCESA DEL SIGLO XVII	198
San Francisco de Sales	198
Cardenal Pedro de Bérulle	199
Beato Luis Lallemant	200
ESCUELA ITALIANA DEL SIGLO XVIII	200
San Alfonso María de Liguorio	200
San Pablo de la Cruz	201
11. LA ESPIRITUALIDAD CONTEMPORÁNEA. HASTA EL CONCILIO	
VATICANO II (SIGLOS XIX Y XX)	202
CONTEXTO	202
AISLAMIENTO DE LA IGLESIA	204
ESPIRITUALIDAD POPULAR	205
Culto al Sagrado Corazón y a la Eucaristía	206
Devoción a María, san Antonio de Padua y el Papa	207

ELEMENTOS DE RENOVACION	209
Llamada universal a la santidad	210
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD	210
Apostolado juvenil y los salesianos	212
Movimientos eclesiales, Institutos seculares y el Opus Dei	213
AUTORES ESPIRITUALES	215
Santa Teresa de Lisieux	215
Beato Carlos de Foucauld	216
San Rafael Arnaiz	218
Thomas Merton	219
12. LA ESPIRITUALIDAD ACTUAL	220
CONTEXTO	220
CONCILIO VATICANO II	222
Vuelta a las fuentes	222
Revolución del 68	224
Espiritualidad posconciliar	224
IGLESIA LATINOAMERICANA	226
Teología de la Liberación	226
Proliferación de Iglesias protestantes	227
SOCIEDAD POSMODERNA	228
Características de la posmodernidad	229
Agnosticismo, consumismo espiritual y el peligro de la Nueva Era	230
Reacción de la Iglesia y nueva evangelización	231
REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD	232
El Papa	232
Clero y vida religiosa	232
Misioneras de la Caridad	233
Comunidad EcuMénica de Taizé	235
Comunión y Liberación	236
Camino Neocatecumenal	236
Renovación Carismática Católica	237
AUTORES ESPIRITUALES	238
CONCLUSIÓN	239
BIBLIOGRAFÍA	240
MANUALES DE HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD	240
MANUALES DE TEOLOGIA ESPIRITUAL	240

DICCIONARIOS DE ESPIRITUALIDAD	241
OTROS	242

INTRODUCCIÓN

¿Cómo ha actuado el Espíritu de Dios en el devenir humano? ¿Qué rastro ha ido dejando en la historia? ¿Hacia dónde nos guía ese rastro? Estas importantes preguntas las podemos responder contemplando la evolución de la espiritualidad, y a eso pretende ayudarnos este libro.

En él se muestra una visión global de la historia de la espiritualidad cristiana centrándose en tres aspectos fundamentales: la piedad popular, la vida religiosa y los autores más importantes. Esta obra trata de exponer cómo ha evolucionado la relación entre el ser humano y Dios con el paso del tiempo, circunscribiéndose fundamentalmente en el ámbito de la Iglesia católica. Esta visión histórica de conjunto resulta muy interesante y reveladora, pues nos ayuda a comprender la espiritualidad que vivimos actualmente y nos da claves para poder mejorarla y orientarla correctamente de cara al futuro.

También resulta muy iluminador conocer los motivos por los que la espiritualidad ha evolucionado de un modo y no de otro. Por qué, por ejemplo, nació la vida religiosa, o qué circunstancias concurrieron en el desarrollo de la devoción mariana, o por qué es tan valorado el Papa Francisco. Obviamente, el Espíritu Santo no actúa por capricho o por azar. Los cambios que suscita tienen un motivo. Y si ha actuado así en el pasado, ¿podemos deducir cómo lo hará en el futuro?

Pero en la historia también se han tomado caminos equivocados y se han cometido graves errores. Eso es así porque Dios nos ha dado a las personas el libre albedrío. No somos sus marionetas, sino personas responsables de nuestra vida y, por tanto, capaces de tomar buenas y malas decisiones. Es bien sabido que recordar el pasado nos ayuda a no volver a tropezar en las mismas piedras. ¿Hemos aprendido algo de nuestros errores?

Además, este libro intenta ser una ayuda espiritual para aquellos que buscan madurar interiormente, pues recoge la sabiduría aportada por los autores y corrientes espirituales más significativos. Los monjes del desierto, el arte de los iconos, el carisma franciscano, la mística renana, la reforma carmelitana, la espiritualidad ignaciana o la vivencia de los nuevos Movimientos eclesiales: todos tienen algo importante que aportarnos, porque son fruto de la Providencia y portan la semilla de Dios.

Asimismo, meditar la historia de la espiritualidad es una fuente inagotable de esperanza, pues descubrimos que, a pesar de las muchas calamidades y crisis que ha sufrido la Iglesia, Dios siempre ha iluminado a

personas y comunidades para que sean un referente y una guía para los demás. Efectivamente, contemplar cómo el Espíritu de Dios ha acompañado a la Iglesia en el pasado, nos ayuda a descubrirlo en el presente, y nos anima a pensar con esperanza en el futuro.

En el recorrido que vamos a hacer, comenzaremos por la «prehistoria» cristiana, es decir, por el Antiguo Testamento, y a partir de ahí iremos recorriendo paso a paso el devenir histórico de la Iglesia hasta concluir en el momento actual. En cierto modo, nuestro recorrido abarca desde Adán y Eva hasta la Iglesia del Papa Francisco. Como ven, vamos a peregrinar por la Historia de Salvación, de la que todos, de un modo u otro, formamos parte. Por ello, el lector se sentirá partícipe de esta aventura espiritual.

Para elaborar esta obra me he basado fundamentalmente en los manuales, diccionarios y trabajos de investigación que aparecen en la bibliografía. He preferido no poner ninguna nota a pie de página para hacer más cómoda y ligera la lectura. Asimismo, he intentado ser sintético y sencillo para que, sin extenderme demasiado, el lector conozca lo esencial.

Agradezco enormemente la ayuda que me han prestado los hermanos de mi comunidad –el Convento de San Esteban (Salamanca)– y de otras comunidades revisando el texto y aportando importantes sugerencias. Espero que la lectura resulte tan apasionante como me ha resultado a mí su elaboración. Y sobre todo, deseo que ayude al lector a contemplar a Dios en la historia humana, así como en su propia vida cotidiana.

1. ANTIGUO TESTAMENTO

La Iglesia no partió de cero. No nació de la nada, sino que Jesús la fundó sobre los cimientos del pueblo de Israel y la religión judía. Por eso el Antiguo Testamento es el «tronco» del que brotó el Evangelio. Así lo dice Jesús al final del Apocalipsis: «Yo soy el retoño y el descendiente de David» (Ap 22,16). En efecto, para entender mejor los orígenes de la espiritualidad cristiana, es importante conocer, aunque sea de un modo muy sintético, la historia de la espiritualidad del pueblo de Israel, la cual pasó por cuatro períodos fundamentales: (1º) los tiempos legendarios del Génesis, marcados por la creación del mundo y los primeros contactos de Dios con el ser humano; (2º) la liberación de las doce tribus de Israel del poder opresor de Egipto, el éxodo por el desierto –donde las doce tribus se constituyen como *pueblo de Dios*– y el asentamiento en la Tierra Prometida; (3º) la época monárquica, marcada por la predicación de los profetas; y (4º) el periodo posefílico, cuando el pueblo de Israel perdió su independencia política, y pasó a constituirse en un pueblo que, disperso por el mundo, tiene como vínculo de unidad e identidad su religión: el *judaísmo*. De este «tronco» nació la Iglesia.

GÉNESIS

Aunque la Biblia aporta importantes datos históricos, no es un libro de historia de rigor académico, ni pretende serlo. Es, ante todo, un texto religioso que transmite la verdad revelada por Dios. Y lo hace de diferentes formas: con poesías, fábulas, narraciones, etc. Los datos históricos que en la Biblia podemos encontrar han sido puestos al servicio de la transmisión de la verdad revelada. Por ello, en ciertas ocasiones, aparecen distorsionados, ya sea con exageraciones, omisiones o añadidos. Porque la verdad más profunda y cierta no viene dada por la historicidad de un relato, sino por lo que el Espíritu Santo nos transmite por medio de dicho relato.

El libro del Génesis recoge un conjunto de antiquísimas tradiciones hebreas cuya última redacción se efectuó en el siglo V a.C., tras el regreso del exilio de Babilonia. Si bien carece de base histórica en los once primeros capítulos –desde la creación hasta la dispersión de la raza humana tras el episodio de la torre de Babel– y es muy escasa en los siguientes capítulos –las historias patriarcales, situadas en el siglo XVIII a.C.–, es incuestionable la verdad acerca de la esencia y fundamento del ser humano que narran estas tradiciones, que nos es revelada por el Espíritu Santo.

El Génesis comienza hablándonos de cómo Dios creó el mundo y en él hizo un Paraíso, donde situó al ser humano para que viviese junto a Él en un ambiente de amor, paz y felicidad (cf. Gn 1-2). Es el misterio de la Creación. Pero el ser humano hizo un uso indebido de la libertad que Dios le dio, y en vez de disfrutar de todo lo que le había dado, intentó ser como Dios, por ello Él le expulsó del Paraíso (cf. Gn 3).

En cierto modo, podríamos decir que ésta es una vivencia universal que todos compartimos: Dios nos ha hecho capaces de vivir con Él en el «paraíso» de nuestro corazón, pero en lugar de aceptar esta invitación, algo nos impulsa a ser el «dios» de nuestra vida. Éste es, en esencia, el *pecado original* con el que todos nacemos y del que somos perdonados en el Bautismo. Los que vencen esta tentación y se dejan guiar por el Espíritu divino, pueden disfrutar de la presencia de Dios en su vida terrena. Se trata de una vivencia limitada del Reino de Dios, pues está sujeta a las imperfecciones humanas. Pero sabemos que alcanzará su plenitud en la otra vida, tras la resurrección.

Espiritualidad patriarcal

La espiritualidad del Antiguo Testamento está asentada en la relación que mantuvieron con Dios tres grandes personajes: Abraham, su hijo Isaac y su nieto Jacob. Son los llamados *patriarcas* o *padres* del pueblo de Israel, pues son sus precursores. En esta trilogía hay un momento fundacional que da sentido a todo lo que sucedió después: Dios le promete a Abraham que hará de su descendencia una gran nación, pero para ello tiene que desprenderse de algo muy importante:

«El Señor dijo a Abraham: “Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré; engrandeceré tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan, y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra”.

Abraham partió, como el Señor se lo había ordenado, y Lot se fue con él. Cuando salió de Jarán, Abraham tenía setenta y cinco años» (Gn 12,1-5).

Abraham, haciendo un buen uso de su libertad, optó por ser fiel a Dios. Y lo hizo a pesar de que tuvo que dejar su tierra –es decir, sus seguridades y comodidades– para aventurarse en un misterioso y duro camino. Pero Abraham creyó y obedeció en todo a Dios y así se convirtió en el padre del pueblo de Israel. Ésta será, en efecto, una gran nación, pero no por su poderío político, económico o militar, sino por su espiritualidad, mucho más profunda y verdadera que la de los pueblos vecinos.

La obediencia de Abraham se basa en su fe inquebrantable en la promesa que Dios le ha hecho. El elemento clave de la espiritualidad patriarcal es la fe. Gracias a ella, los patriarcas sentían a Dios muy cercano y familiar, aunque sabían que es un ser infinitamente superior a ellos: por eso sus decisiones son a veces incomprensibles, como cuando Dios le pidió a Abraham que sacrificase a su único hijo, Isaac. Pero todo cobró sentido cuando Dios envió a un ángel para que evitase el crimen, revelando el verdadero sentido de esa orden: probar la fe de Abraham (cf. Gn 22,1-19). Cuántas veces en nuestra vida, ante hechos que aparentemente son ilógicos, sentimos cómo Dios pone a prueba nuestra fidelidad a Él. Porque, sin fe, nuestra relación con Dios pasa a ser una simple superstición o una mera idolatría.

La historia patriarcal concluye con los doce hijos de Jacob viviendo en Egipto. Son el origen de las doce tribus de Israel, que crecieron y se desarrollaron durante cuatro siglos en aquel país, donde vivieron como esclavos hasta que llegó el momento de su liberación.

ÉXODO

Tras el Génesis, los otros cuatro libros que forman el Pentateuco – Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio – narran cómo Dios, con ayuda de Moisés, liberó a las doce tribus de la esclavitud de Egipto, estableció con ellas una Alianza y les hizo caminar por el desierto durante cuarenta años antes de llegar a la Tierra Prometida (la actual región de Palestina). La base histórica de esta narración está muy difuminada y mezclada con añadidos posteriores, pues, como pasa con el libro del Génesis, fue redactado definitivamente en el siglo V a.C., es decir, unos 800 años después de que sucedieran los hechos narrados. Pero el gran valor del Pentateuco se halla en la vivencia de Dios que en él subyace.

Sin contar con el Nuevo Testamento, no hay una historia tan fuertemente existencial como la de Moisés y, cuando la meditamos e interiorizamos, podemos constatar que la relación de Dios con «su pueblo» es, en esencia, absolutamente verdadera, aunque esté descrita en parámetros culturales muy diferentes a los nuestros. Y es que, ciertamente, Dios nos ayuda a todos a liberarnos del pecado y la opresión, pero lo hace a costa de nuestro sacrificio y respetando siempre nuestra libertad personal.

Espiritualidad mosaica

Ya hemos comentado que las familias de los doce hijos del patriarca Jacob se vieron obligadas a asentarse en Egipto. Allí, en el lento transcurrir

de cuatro siglos, se convirtieron en un pueblo numeroso que vivía bajo la opresión y la esclavitud, mientras Dios parecía callar y olvidar la promesa hecha a sus padres Abraham, Isaac y Jacob. Pero este aparente silencio se interrumpió, de repente, en una alejada montaña, el Horeb –también llamada Sinaí–, cuando Dios se hizo presente a Moisés por medio de una zarza que ardía sin consumirse. Ésta es una de las narraciones bíblicas más sobrecogedoras:

«Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar, lo llamó desde la zarza, diciendo: “¡Moisés, Moisés!”. “Aquí estoy”, respondió él.

Entonces Dios le dijo: “No te acerques hasta aquí. Quitate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa”. Luego siguió diciendo: “Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob”. Moisés se cubrió el rostro porque tuvo miedo de ver a Dios.

El Señor dijo: “Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a liberarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, los perizitas, los jivitas y los jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto cómo son oprimidos por los egipcios. Ahora ve, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas”» (Ex 3,4-10).

Reproducimos este diálogo –que continúa hasta Ex 4,17– porque muestra la esencia de la llamada de Dios, la cual muchos han experimentado a lo largo de la historia y que constituye una de las vivencias más impactantes, pues a la persona que la recibe le marca el devenir de su vida y le da pleno sentido a su existencia. La llamada de Dios es, ante todo, liberadora, pues inicia un proceso redentor dentro de nosotros que, a su vez, nos mueve a liberar a otros. Pues bien, esta llamada liberadora la vivió tan intensamente el pueblo de Israel, que desde entonces se referirán a Dios como «el que nos liberó de Egipto».

Tras la liberación, Dios estableció una Alianza con las doce tribus en la cual se comprometió a ser «su Dios» y ellas a ser «su pueblo» siguiendo fielmente su Ley, que Él les transmitió por medio de Moisés. De ahí que sea llamada la *Ley Mosaica*. Ésta quedó escrita en unas tablas que estaban siempre emplazadas físicamente en medio del pueblo. Es decir, si bien en la espiritualidad mosaica Dios es absolutamente trascendente, pues ni

siquiera tiene nombre, Él se hace presente en medio de su pueblo gracias a la Ley. Pero esta Alianza pronto se rompió.

Efectivamente, el Deuteronomio insiste en decirnos que el pueblo de Israel estaba constituido por personas normales –es decir, débiles– que no fueron capaces de ser fieles a la Alianza. Por ello Dios les castigó con el fin de que se convirtieran de nuevo a la fe verdadera, la que se apoya en la Ley. Pero, tras el arrepentimiento y la conversión, Dios siempre perdona. Y así, tras cuarenta años de éxodo por el desierto en los que Dios hizo madurar a su pueblo, éste llegó a la Tierra Prometida, una tierra fértil «que manaba leche y miel» y en la que podía vivir libremente. Aquello supuso su salvación, pues, al convertirse a la Ley, ésta ayudó a los israelitas a liberarse de aquello que les alejaba de Dios y, por tanto, les esclavizaba. En efecto, la Ley les indicó el buen camino a seguir, tanto a nivel social –como pueblo–, como, sobre todo, a nivel espiritual –como creyentes–.

Dios de la historia y principio de retribución

La tradición hebrea sitúa a Dios en la historia, pues por medio de ella guía a su pueblo. Esto es propio de los orígenes nómadas de los hebreos. En efecto, ellos sabían que dependían de Dios para poder atravesar grandes distancias en el desierto y llegar bien a su destino. Sentían que, así como Dios les guiaba por el desierto, también les guiaba a lo largo de su historia, y eso lo plasmaron en sus tradiciones, que fueron transmitiendo de padres a hijos. Y de este modo, se fueron configurando como el «pueblo elegido» de Dios.

Esta espiritualidad contrastaba mucho con los pueblos vecinos, de cultura agrícola, para los que Dios era fundamentalmente el «Dios de la naturaleza», pues dependían mucho de ésta para sobrevivir. Mientras que una persona de mentalidad agrícola miraba al cielo para conocer la voluntad de Dios, los nómadas israelitas contemplaban los acontecimientos de la historia. Pero interpretar la historia no es fácil, pues en ella no sólo hay cosas buenas, también ocurren cosas malas, y con demasiada asiduidad. Y todos nosotros necesitamos saber por qué esto es así, pues ello da sentido a nuestra vida. Pues bien, el pueblo de Israel encontró este sentido en la Ley Mosaica, ya que intuía que, cuando era fiel a ella, las cosas le iban bien: lo cual era prueba de que Dios le premiaba; e intuía que, cuando no era fiel, le venían desgracias: lo cual era prueba de que Dios le había castigado.

Y así se configuró el *principio de retribución*, según el cual, Dios castiga a los malos, es decir, a los que no aceptan seguir su Ley, y premia a los buenos, es decir, a los que se convierten a ella. El pueblo israelita no

tenía más que contemplar su propia realidad histórica para saber cómo estaba su relación con Dios: si vivía un momento de bienestar, significaba que Dios estaba contento con él; pero si estaba sufriendo alguna desgracia, eso era porque Dios le estaba castigando por algo que había hecho mal y, por tanto, debía revisar sus actos y acomodarlos a la Ley, para que así Dios le levantase el castigo. Es decir, el principio de retribución determina este simple proceso: (1º) cuando el ser humano comete un pecado, (2º) Dios le castiga, (3º) pero si el ser humano se convierte, (4º) Dios le perdona. Esto se puede ver en buena parte de los libros del Antiguo Testamento.

MONARQUÍA

Tras conquistar la Tierra Prometida en los siglos XIII-XI a.C., el pueblo de Israel pasó a ser una monarquía con el rey Saúl († 1007 a.C.) en torno al año 1030, aunque teniendo a Dios como gobernante supremo. Con los reyes David (ca. 1040-970 a.C.) y Salomón (ca. 1011-931 a.C.) la monarquía llegó a su apogeo, pero después entró en crisis y ello provocó la división en dos reinos (931 a.C.): el del Norte (Israel) y el del Sur (Judá). En el año 722 el Reino del Norte fue conquistado por el Imperio Asirio, y un siglo y medio después, Nabucodonosor (ca. 630-562 a.C.) –emperador de Babilonia– se hizo con el control del Reino del Sur, deportando a una parte de la población, fundamentalmente a la clase alta, en los años 597 y, sobre todo, 587. Dio comienzo entonces el difícil periodo del *exilio babilónico*, que duró aproximadamente medio siglo, hasta que el emperador de Persia, Ciro (ca. 600-530 a.C.), conquistó Babilonia y promulgó en el año 538 un edicto en el que permitía a los hebreos regresar a su tierra.

Puede considerarse la invasión de Nabucodonosor como el principal origen de la *diáspora*, formada por esos miles de judíos que fueron deportados a Babilonia y por otros miles que huyeron a Egipto y a otras regiones fuera de Palestina, o que emigraron en busca de mejores condiciones de vida. Muchos de estos judíos, y sus descendientes, no regresaron a vivir a Palestina, pero tampoco olvidaron sus raíces culturales y religiosas, es más: las robustecieron. Desde entonces siempre ha habido diáspora, sobre todo a partir de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Ciertamente, la diáspora ha determinado la esencia del pueblo judío.

Espiritualidad profética

En la época monárquica, el pueblo de Israel contaba con tres tipos de autoridades religiosas: los *sacerdotes*, los *sabios* y los *profetas*. El cargo de sacerdote pasaba de padres a hijos, el de sabio se adquiría por méritos

propios y el de profeta venía dado por una llamada vocacional de Dios. Mientras que los sacerdotes daban a conocer la Ley Mosaica y los sabios eran especialistas en dar *consejos*, los profetas, en cambio, transmitían por medio de *oráculos* aquello que Dios les comunicaba. Así, dado que los sacerdotes y los sabios eran mantenidos económicamente por los reyes y estaban sujetos a su autoridad, Dios recurría a los profetas –que eran personas independientes– para denunciar, corregir y transmitir esperanza a los reyes, los sacerdotes y a todo el pueblo en general. Éste es el relato de la vocación de Jeremías (ca. 650-586 a.C.) que vivió en Jerusalén y sufrió la invasión babilónica:

«La Palabra del Señor llegó a mí en estos términos: “Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones”.

Yo respondí: “¡Oh, Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven”. El Señor me dijo: “No digas: ‘Soy demasiado joven’, porque tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte –oráculo del Señor–”.

El Señor extendió su mano, tocó mi boca y me dijo: “Yo pongo mis palabras en tu boca. Yo te establezco en este día sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y derribar, para perder y demoler, para edificar y plantar”» (Jer 1,4-10).

Aunque los profetas tenían su propia personalidad y Dios les guiaba a cada uno de modo diferente, podemos distinguir en su espiritualidad dos elementos comunes que influyeron mucho en el pueblo de Israel –y después en la Iglesia–: el envío misionero y la transmisión de la Palabra de Dios. Veamos cómo ambos elementos los encontramos en el texto de Jeremías que acabamos de citar.

Sabemos que el verdadero profeta no escogía este oficio ni lo heredaba de su padre, sino que le era encomendado por Dios por medio de una *llamada* con la que le *enviaba* a predicar su Palabra, como hizo con Jeremías: «tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene» (Jer 1,7). Por eso los profetas se sentían «enviados». No actuaban por propia iniciativa, sino que eran guiados desde lo Alto. Eran «hombres de Dios» cuya misión se apoyaba, no en un cargo institucional ni en sus conocimientos, sino en su fe y en su experiencia espiritual de Dios. Ciertamente, abundaban los «falsos profetas», los cuales se ganaban la vida alabando –supuestamente de parte de Dios– a los reyes y pronosticando al pueblo un futuro lleno de bienestar. A éstos les iba muy bien porque decían lo que su público quería escuchar. Pero el verdadero profeta era el

«portador de la Palabra de Dios». Cuando hablaba cumpliendo un mandato divino sólo podía decir lo que Dios le transmitía, nada más: «Yo pongo mis palabras en tu boca» (Jer 1,9) le dijo Dios a Jeremías. Pero cuando la Palabra de Dios atacaba de frente a los poderosos, resultaba muy peligroso. No era fácil predicar en contra de lo que el rey y el pueblo querían escuchar. Por eso Dios le dijo a Jeremías: «No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte» (Jer 1,8).

La Palabra de Dios busca transformar los corazones de la gente y reconducir por el buen camino a su pueblo. Pero toda transformación, toda reconducción, supone desmontar lo que hay, para después poder montar algo nuevo. Así lo escuchó Jeremías de boca de Dios: «Yo te establezco en este día sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y derribar, para perder y demoler, para edificar y plantar» (Jer 1,10). En efecto, Dios había visto que el pueblo al que sacó de Egipto y con el que estableció una Alianza, no le era fiel, pues a veces le rendía un culto falso y superficial o, peor aún, adoraba a otros dioses. En ocasiones, los israelitas preferían poner su confianza en las posesiones o el poder, y su corazón se extraviaba dejándose llevar por sus instintos y caprichos, no por la Ley. Todo esto hacía que el pueblo se alejase de Dios y cayese en la esclavitud del pecado. De todo esto hablaban los profetas en sus *oráculos de condena* y también advertían de los duros castigos que las gentes iban a sufrir si no se convertían de todo corazón. Veamos, por ejemplo, lo que profetizó Amós, cuya actividad se desarrolló en el Reino del Norte en tiempos del reinado de Jeroboam II (ca. 782-ca. 743 a.C.):

«Así habla el Señor: “Por tres crímenes de Judá, y por cuatro, no revocaré mi sentencia. Porque despreciaron la Ley del Señor y no observaron sus preceptos; porque les extraviaron sus falsos dioses, a los que habían seguido sus padres, yo enviaré fuego contra Judá y él consumirá los palacios de Jerusalén”.

Así habla el Señor: “Por tres crímenes de Israel, y por cuatro, no revocaré mi sentencia. Porque ellos venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; pisotean sobre el polvo de la tierra la cabeza de los débiles y desvían el camino de los humildes; el hijo y el padre tienen relaciones con la misma joven, profanando así mi santo Nombre; se tienden sobre ropas tomadas en prenda, al lado de cualquier altar, y beben en la Casa de su Dios el vino confiscado injustamente”» (Am 2,4-8).

Es importante resaltar que los profetas, gracias a sus denuncias, ayudaron al pueblo de Israel a tomar conciencia de que su Dios era el único Dios verdadero, mientras que los otros dioses no eran más que ídolos. Es lo

que se llama *monoteísmo estricto*, que después tomarán el cristianismo y el islam.

Además, el profeta también infundía esperanza, pues anunciaba que Dios, a pesar de todo, nunca abandona a su pueblo, porque siempre es fiel. Dios llevaba a Israel en su corazón y, por más que pecase, por más que se extraviase, Él siempre estaría a su lado para reconducirlo. El profeta Oseas habla de esto simbólicamente cuando nos cuenta que una esposa (el pueblo de Israel) ha engañado a su Esposo (Dios) con otros hombres (los Baales), pero el Esposo la quiere volver a enamorar:

«Por eso, yo la seduciré, la llevaré al desierto y la hablaré a su corazón. Desde allí le daré sus viñedos y haré del valle de Acor una puerta de esperanza. Allí ella responderá como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. Aquel día – oráculo del Señor– tú me llamarás: “Mi Esposo” y ya no me llamarás: “Mi Baal”. Le apartaré de la boca los nombres de los Baales, y nunca más serán mencionados por su nombre. Yo estableceré para ellos, en aquel día, una alianza con los animales del campo, con las aves del cielo y los reptiles de la tierra; extirparé del país el arco, la espada y la guerra, y haré que descansen seguros. Yo te desposaré para siempre, te desposaré en la justicia y el derecho, en el amor y la misericordia; te desposaré en la fidelidad, y tú conocerás al Señor» (Os 2,16-22).

Este texto nos habla de los *Baales* y del *desierto*, dos términos muy importantes porque nos ayudan a comprender la espiritualidad anunciada por los profetas. Hemos visto que la espiritualidad nómada de los hebreos era muy diferente a la agrícola. Cuando el pueblo de Israel se asentó en la Tierra Prometida, tomó contacto con los pueblos agrícolas cananeos, cuyo nivel cultural y material era superior, y éstos les transmitieron su religiosidad cósmica basada en el culto a los dioses Baales. Se trataba de una religiosidad muy bien adaptada al mundo agrícola. Por ello, a causa de la influencia cananea, cada vez que los hebreos sufrían una catástrofe natural, como sequías, tormentas o epidemias, muchos acudían a los Baales –y no a Dios– para implorarles ayuda. Ciertamente, lo normal hubiese sido que la religión hebrea hubiera sido reemplazada por la religión cósmica de los cananeos. Pero los profetas predicaron denodadamente para purificar la religión hebrea, y lo consiguieron. Por medio de ellos, Dios comunicó a su pueblo que no era un «dios cósmico» que les hablaba a través de los Baales, sino el Dios de la historia, el Dios que acompañaba a su pueblo en los avatares de la vida y le guiaba hacia la salvación.

En el fondo, los profetas trataron de recuperar la espiritualidad que Dios comunicó al pueblo de Israel en su éxodo por el desierto. De ahí que los profetas hablasen del *desierto* como de un ámbito espiritual de encuentro íntimo con Dios. No consistía, obviamente, en recuperar la vida nómada, sino en rescatar la originaria vivencia espiritual de los ancestros hebreos.

Espiritualidad de los salmos

Los 150 salmos que recoge la Biblia fueron inspirados por el Espíritu Santo a lo largo de un amplísimo periodo que abarca desde tiempos anteriores a la monarquía hasta el siglo III a.C., cuando fueron recopilados y tomaron su forma definitiva. Se caracterizan por ser textos poéticos en los que una persona o todo el pueblo de Israel expresan a Dios su oración ante muy variadas circunstancias.

Fueron escritos siguiendo los parámetros culturales y religiosos de su época, por eso, en ellos aparecen ciertas expresiones que en la actualidad resultan difícilmente compatibles con la espiritualidad evangélica. Nos referimos, por ejemplo, a frases como ésta: «Capital de Babilonia, criminal, dichoso el que pague el mal que nos has hecho, dichoso el que agarre a tus hijos y los estrelle contra la roca» (Sal 137,8-9). Para entender estas expresiones es útil conocer las circunstancias en que fueron escritas y cómo han sido interpretadas en el seno de la Iglesia, generalmente de un modo alegórico o simbólico. De todas formas, muchas de estas expresiones han sido eliminadas de los salmos que se rezan en la liturgia de la Iglesia para evitar confundir al pueblo fiel.

Es importante tener presente que los salmos son una expresión de profundos sentimientos. Muestran íntimas vivencias que los salmistas expresaron a Dios con gran fuerza y belleza. Gracias a ello, los salmos son la oración más empleada por judíos y cristianos, porque al rezarlos participamos de los sentimientos de aquellos que los compusieron. Y es que, ciertamente, todos los creyentes vivimos momentos de desesperación, tristeza, alegría o júbilo, y todos necesitamos expresar a Dios nuestra gratitud y alabanza por los muchos dones que Él nos da, o suplicarle su ayuda, o pedirle perdón por nuestras faltas y pecados. Todo eso, y mucho más, lo encontramos en los salmos.

«A ti, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo,
inclina tu oído hacia mí;
ven aprisa a librarme,

sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirígeme y guíame:
sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.
A tus manos encomiendo mi espíritu:
Tú, el Dios leal, me librarás» (Salmo 31,1-5).

Si bien los salmos eran –y son– empleados asiduamente en celebraciones litúrgicas, en ellos se dice claramente que Dios no aprecia el ritualismo superficial sino el culto que le hacemos mediante nuestras buenas obras, teniendo un corazón puro, humilde y arrepentido, y siguiendo su divina voluntad. Por ello, en los salmos se pone en evidencia a los malvados y se ensalza a los justos:

«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?
El que procede honradamente
y práctica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,
el que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,
el que no retracta lo que juró
aún en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará» (Salmo 15).

POSEXILIO

Con la invasión babilónica se puso fin a la monarquía hebrea: desde entonces, salvo el periodo Asmoneo (164-63 a.C.), el pueblo de Israel estuvo sometido a diversos Imperios. Es lógico pensar que el exilio en Babilonia (586-538 a.C.) debería haber provocado la desaparición de la religión hebrea, pues aquel Imperio tenía una cultura muy superior. Pero lo cierto es que pasó todo lo contrario: los hebreos de la diáspora se esforzaron en ser fieles a la Alianza y reforzaron sus creencias, de tal forma que establecieron las bases del *judaísmo* que hoy conocemos, aunque, obviamente, ha evolucionado desde entonces.

El rey Ciro (ca. 580-530 a.C.), emperador de Persia, derrotó a los babilonios en el año 539 y no sólo permitió a los judíos regresar a su tierra, también les dio bastante independencia y permitió que tuvieran su propia religión. Esto lo aprovecharon los judíos para consolidar su fe. Para ello reconstruyeron el Templo de Jerusalén –pues había sido destruido por Nabucodonosor–, hicieron un gran esfuerzo en convertir o expulsar a aquellos no judíos que habían ocupado sus tierras durante la época del exilio e hicieron la redacción definitiva del Pentateuco, constituyendo así la *Torá*, que pasó a ser la Ley judía oficial, de obligado cumplimiento. De esto hablaremos más adelante.

Unos dos siglos después, Alejandro Magno (356-323 a.C.) conquistó el Imperio Persa en el año 331 y, tras su pronta muerte, Palestina quedó en manos de uno de sus generales: Ptolomeo (367-283 a.C.) –rey lagunita de Egipto–, y con él continuó el periodo de paz. Pero las cosas cambiaron cuando en el año 198 la zona de Palestina pasó a manos de Antíoco III (ca. 241-187 a.C.) –rey seléucida de Siria–, pues esta dinastía siguió una estricta política de helenización de sus territorios. Así, el año 167 Antíoco IV (ca. 215-176 a.C.) abolió los privilegios de los judíos, prohibió el *sabat* (sábado) y la circuncisión, e hizo instalar en el Templo de Jerusalén una estatua de Zeus. Ante semejante ultraje los judíos se dividieron en tres grupos: unos prefirieron colaborar y adaptarse a las nuevas costumbres; otros, los *devotos*, optaron por la resistencia pasiva por medio de la purificación espiritual de Israel; y otros, los *Macabeos*, tomaron las armas y, bajo las Órdenes de Judas Macabeo († 160 a.C.), liberaron Jerusalén en el año 164, haciéndose con el poder y restableciendo el culto en el Templo.

Tras ello se abrió un periodo en el que el poder fue ostentado por los Macabeos y sus descendientes, que constituyeron la dinastía de los Asmoneos. Este periodo se caracterizó por la expansión militar del territorio judío, las alianzas estratégicas con otros reinos y una considerable inestabilidad interna; y concluyó cuando el general romano Pompeyo (ca. 106-48 a.C.) se apoderó de Jerusalén en el año 63 a.C., incorporando sus territorios al Imperio Romano. Éste concedió libertad religiosa y una cierta autonomía política a los judíos. Pues bien, en este ambiente político-religioso vivieron Jesús –el Hijo de Dios– y sus discípulos, todos ellos judíos, los cuales difundieron la nueva espiritualidad cristiana, que veremos en el próximo capítulo.

Espiritualidad oficial judía

Sabemos que durante el exilio en Babilonia se forjaron las bases de la espiritualidad judía, que subrayó con fuerza los dos elementos fundamentales de la fe israelita: la existencia de un único Dios y la

conciencia de ser su «pueblo elegido». A ello ayudaron mucho las predicaciones de los profetas. Y tras el exilio, las autoridades judías dieron una gran relevancia a la Ley Mosaica y al Templo.

Efectivamente, en esta época (siglos VI-V a.C.), los *escribas* –es decir, los que copian los textos sagrados– confeccionaron la última y definitiva redacción del Pentateuco. En ella reformularon la Ley Mosaica para proteger y aislar a la religión judía del resto de religiones y culturas. Así, el Pentateuco se constituyó como la *Torá* –que significa «Ley»–. Con ello se transformó la antigua espiritualidad israelita, basada en la vivencia liberadora de la Ley Mosaica, en una espiritualidad bastante formalista y ritualista, sujeta al estricto cumplimiento de la nueva redacción de dicha Ley Mosaica.

Asimismo, junto a los escribas, también tomó gran fuerza la *clase sacerdotal* que, tras el exilio, obligó a la sociedad judía a vivir en un régimen teocrático basado no sólo en el cumplimiento de la Torá, sino también en el culto del Templo de Jerusalén, al que consideraban como la única y verdadera morada de Dios, y el centro neurálgico del pueblo judío. De este modo, consiguieron que todo buen judío, allá donde estuviese, considerase que el centro del mundo no era la capital del Imperio, sino Jerusalén, y su tiempo no fuese regido por las fiestas paganas, por muy espectaculares que fueran, sino las fiestas del Templo. Tanto es así, que donde había una colonia de judíos, aunque viviesen a más de mil kilómetros de Jerusalén, se organizaban peregrinaciones al Templo en las grandes fiestas judías: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos.

Espiritualidad sapiencial

Hemos visto que en tiempos de la monarquía, además de sacerdotes y profetas, había otro tipo de autoridad religiosa: los *sabios*. Se trataba en su mayoría de laicos cultos y ecuánimes que, gracias a reflexionar y contemplar la naturaleza, la historia y la tradición religiosa del pueblo de Israel, daban buenos *consejos*, generalmente de carácter moral, que estaban en consonancia con la Ley Mosaica –revelada por Dios– y la ley natural –deducida con el uso de la razón–. También se apoyaban en textos sapienciales procedentes de otras culturas, sobre todo de Egipto y Mesopotamia, lo cual ayudó a enriquecer el pensamiento y la espiritualidad hebrea.

Durante la monarquía, los sabios apenas tuvieron relevancia en comparación con los profetas, pues sabemos que Dios escogió a éstos para ayudar a su pueblo a ser fiel a su Alianza. Asimismo, en los tiempos trágicos del exilio, los profetas infundieron esperanza. Pero, tras el exilio,

mientras la presencia de los profetas fue decreciendo paulatinamente hasta desaparecer, con los consejos sapienciales pasa lo contrario: fueron adquiriendo cada vez más aprecio entre los judíos, de tal forma que comenzaron a ponerse por escrito, generando la corriente literaria llamada *sapiencial*, que influyó de un modo significativo en la vida espiritual del pueblo de Israel. Este cambio se produjo en torno a los siglos V-IV a.C. Algunos de los escritos sapienciales, los inspirados por el Espíritu Santo, pasaron a formar parte de los textos sagrados.

Una característica fundamental de la espiritualidad sapiencial es su carácter universal, pues es válida para todo creyente, con independencia de su nacionalidad, etnia o religión. Y ello es así porque hace pocas menciones a elementos específicos de la fe judía, es de carácter eminentemente ético y los temas que trata nos atañen a todos. Hay, además, otros dos elementos importantes en esta espiritualidad: el «temor del Señor» y el equilibrio. Así dice el libro de los Proverbios: «El principio de la sabiduría es el temor del Señor» (Pr 1,7). «Temer al Señor» consiste en tener un respeto reverencial a todo lo que se refiere a Él. Al actuar teniendo a Dios como máxima y principal referencia, el creyente vive virtuosamente y evita el pecado. Así lo expresa este otro texto:

«Hay seis cosas que detesta el Señor, y siete que son para Él una abominación: los ojos altaneros, la lengua mentirosa y las manos que derraman sangre inocente; el corazón que trama proyectos malignos, los pies rápidos para correr hacia el mal, el falso testigo que profiere mentiras, y el que siembra discordias entre hermanos» (Pr 6,16-19).

También es importante saber guardar un sabio equilibrio, no cayendo en ningún exceso, pues la moderación es fuente de felicidad y evita problemas. Por ejemplo: «Si te sientas a la mesa con un señor, fíjate bien en lo que tienes delante; clava un cuchillo en tu garganta si tienes mucho apetito. No ambiciones sus manjares, porque son un alimento engañoso» (Pr 23,1-3). Y dice a continuación: «No te afanes por enriquecerte, deja de pensar en eso. Tus ojos vuelan hacia la riqueza, y ya no hay nada, porque ella se pone alas y vuela hacia el cielo como un águila» (Pr 23,4-5). Ayudan a tener equilibrio y moderación: el sometimiento a la Ley –divina– y el sentido común –humano–. Así, uno adquiere el dominio del difícil arte de vivir.

Espiritualidad farisea y la fe en la resurrección

Según parece, durante el exilio en Babilonia se construyeron las primeras sinagogas para poder rendir culto a Dios, leer los textos sagrados y enseñar las bases de la religión hebrea a los deportados por

Nabucodonosor. Aquellas sinagogas estaban orientadas físicamente hacia el destruido Templo de Jerusalén y eran regidas por uno o varios «notables». Los textos sagrados sólo podían ser leídos e interpretados por un escriba o, a falta de éste, por alguien que conociese la Ley. No se sabe muy bien cómo se extendieron y desarrollaron las sinagogas desde entonces. Probablemente se fueron construyendo en la zona de Palestina y allá donde había colonias de judíos, con el fin de orar y estudiar la Torá. Lo cierto es que su gran auge comienza en la época de los Macabeos (siglo II a.C.), gracias a los *fariseos*.

El movimiento de los fariseos surgió como oposición a los Macabeos, cuando éstos dejaron de luchar por la integridad religiosa del pueblo judío y se preocuparon más por acaparar poder: haciéndose nombrar sumos sacerdotes del Templo, llamándose «jefes del pueblo judío» y contratando mercenarios para expandir el territorio. Los fariseos, por el contrario, defendían el escrupuloso cumplimiento de la Torá. Entre ellos había doctores de la Ley y escribas que comentaban y actualizaban la jurisdicción religiosa, de tal forma que elaboraron 613 normas para ayudar a cumplir con exactitud la Torá.

Pues bien, los fariseos se ganaron el favor del pueblo porque pertenecían a las clases medias y bajas de la sociedad, y su comportamiento era coherente con lo dictaminado por la Torá. Así, se hicieron con el control de muchas sinagogas y desde ellas difundieron su espiritualidad, centrada en el estudio, meditación, interiorización y cumplimiento de la Torá. Dicha espiritualidad era mucho más profunda que la difundida en el Templo por los sacerdotes, la cual estaba demasiado centrada en el ritualismo del culto. Es importante subrayar que los fariseos se preocuparon por fortalecer entre los judíos la conciencia de ser el «pueblo elegido» por el único Dios verdadero. De hecho, fueron ellos los que sostuvieron la fe judía tras la destrucción definitiva del Templo de Jerusalén en el año 70 d.C. Desde entonces, y hasta hoy, la religión judía ha sido guiada por los *rabinos*, que son descendientes espirituales de los maestros fariseos. Su pensamiento ha quedado plasmado en el *Talmud*, del cual hay dos versiones, la de Jerusalén y la de Babilonia, que fueron concluidas en torno al siglo V d.C.

Un punto significativo de la espiritualidad de los fariseos es su fe en la resurrección de los muertos. El antiguo pueblo de Israel creía que éstos iban a un oscuro lugar llamado *sheol*. Es decir, no creía en la resurrección de los muertos. De hecho, no se habla de ello en el Pentateuco ni en otros muchos libros del Antiguo Testamento. Parece que la creencia en la resurrección tras la muerte surgió lentamente en el posesilio y tomó fuerza con las matanzas de judíos en la guerra de los Macabeos contra Antíoco IV.

Poco después comenzaron a aparecer textos sagrados en los que se habla de ello, como 2Mac 7 y Dan 12,1-4. Bueno, pues fueron los fariseos los que extendieron esta creencia entre el pueblo judío.

La fe en la resurrección da pleno sentido al *principio de retribución* – que hemos visto más atrás– pues, ciertamente, éste no se cumple certeramente si nos referimos sólo a la historia terrena, ya que todos conocemos a personas malas que viven fenomenal y, por el contrario, a justos que viven muy mal. Sin embargo, esto cobra sentido si creemos que, tras la muerte, Dios pone a cada uno en su sitio: resucitando a los buenos y purgando a los malos. Pero sabemos que en tiempos de Jesús aún no todos los judíos creían en la resurrección. Los más próximos a la religión judía oficial lo negaban, como era el caso de los *saduceos*, que era un grupo formado por judíos de familia sacerdotal o aristocrática. Sus discusiones teológicas con los fariseos aparecen en Hechos de los Apóstoles (cf. Hch 23,6-9).

Por otra parte, en el culto litúrgico de algunas sinagogas se permitía a los presentes, aunque fuesen judíos extranjeros, levantarse para hacer una exhortación religiosa. Esto es muy importante pues, adelantándonos al próximo capítulo, fue aprovechado por Jesús (cf. Lc 4,14-22; 4,31) y los Apóstoles (cf. Hch 19,8) para anunciar el Evangelio entre el pueblo judío. Así, al llegar a una población, el primer lugar donde los misioneros cristianos predicaban el Evangelio era en la sinagoga (cf. Hch 13,5). Ello provocó grandes conflictos porque la fe cristiana rompía con el cumplimiento de la Torá (cf. Gal 3,23-26).

Espiritualidad mesiánica

Los evangelios nos muestran que en tiempos de Jesús el pueblo judío vivía en espera de un *Mesías* –o Ungido– enviado por Dios para que les liberase del poder del Imperio Romano y diese comienzo al esperado Reino de Dios. De hecho, sabemos que por entonces hubo varios que se autoproclamaron Mesías. Se trataba de una espiritualidad muy esperanzadora que tenía su origen en tiempos de la monarquía, o quizás antes, y se difundió mucho en el exilio, cuando Israel dejó de ser independiente y encontró en la figura del Mesías a aquel por medio del cual Dios instaurará su pleno y definitivo reinado, llegando así el «fin de los tiempos» y la eterna paz y felicidad.

Se habla de ello en diversas partes del Antiguo Testamento, sobre todo en los libros de Isaías (cf. Is 7,14-15; 9,1-6; etc.) y Ezequiel (cf. Ez 17; 21; etc.), y en algunos salmos (cf. Sal 2; 16; etc.). Estos textos dan varias identidades al Mesías: monarca descendiente de David (cf. Is 11,1-

9), profeta (cf. Dt 18,15-22), sacerdote (cf. Sal 109,4), «siervo paciente» (cf. Is 42,1-7) e «Hijo del hombre» (cf. Dn 7,11-14). Todo ello se ve reflejado en la figura de Jesús. Pero los cristianos no sólo afirmamos que Él es verdaderamente aquel Mesías prometido por Dios en el Antiguo Testamento, sino mucho más que eso: afirmamos que es el Hijo de Dios (cf. Mt 16,16). Veámoslo ahora, en el segundo capítulo.

2. LA IGLESIA PERSEGUIDA (SIGLOS I-III)

Ya hemos comentado cómo el cristianismo surgió como un pequeño brote del «tronco» de la religión judía (cf. Ap 22,16), pero, bajo la guía del Espíritu Santo, fue creciendo y diferenciándose, hasta que pasó a ser una religión autónoma y diferente. Así lo explica Jesús simbólicamente:

«Nadie rompe un vestido nuevo para echar un remiendo a uno viejo; de otro modo, desgarraría el nuevo, y al viejo no le iría el remiendo del nuevo. Nadie echa tampoco vino nuevo en odres viejos; de otro modo, el vino nuevo reventaría los odres, el vino se derramaría, y los odres se echarían a perder; sino que el vino nuevo debe echarse en odres nuevos» (Lc 5,36-38).

La nueva espiritualidad cristiana necesitaba desarrollarse en el seno de una nueva religión. Pero el cristianismo mantuvo lo fundamental del judaísmo: la fe en el único Dios. En efecto, Jesucristo es Hijo del Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Por eso el cristianismo aceptó como revelados por Dios los textos sagrados judíos: el Antiguo Testamento. Pero los interpretó desde el punto de vista de los nuevos textos revelados en el ámbito cristiano: el Nuevo Testamento, el cual es considerado como la culminación y plenitud del Antiguo. Por eso dice Jesús al comienzo del Sermón de la Montaña: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mt 5,17).

CONTEXTO

El cristianismo nace en pleno apogeo del Imperio Romano, lo cual, en parte, ayudó a su rápida difusión. Eran tiempos de paz y esplendor, en los que se compartía una cultura común grecorromana, llamada *ekumene*. En el Imperio se hablaban dos lenguas: el latín, sobre todo en la zona occidental, y el griego, en la zona oriental. Éste último fue el idioma común de la Iglesia en los primeros siglos, ya que ésta se estableció principalmente en Oriente. Ello explica que todo el Nuevo Testamento y la mayoría de los textos de los Padres de la Iglesia estén escritos en griego.

La amplia red de comunicaciones del Imperio permitió a los misioneros cristianos desplazarse con relativa rapidez y comodidad de un lugar a otro. La ausencia de grandes conflictos y guerras ayudó, asimismo, a que se formasen las primeras comunidades cristianas y prosperasen. Es la llamada *Paz Romana*. Esto fue así durante los siglos I y II. Después, la decadencia del Imperio trajo consigo conflictos internos y externos que poco a poco dieron fin al Imperio Romano de Occidente en el año 476. En

cambio, el Imperio Oriental (Bizancio) sobrevivió diez siglos más, hasta 1453.

La religión de Roma era politeísta y daba culto oficial a los dioses protectores del Imperio. También destacaba el culto que en cada pueblo o ciudad se daba a la divinidad local, pues los habitantes se sentían protegidos por ella. Asimismo, los mandatarios romanos promovían el culto al emperador con el fin de dar cohesión al Imperio y de revestir de autoridad divina las leyes y decretos imperiales, lo cual facilitaba su aceptación y cumplimiento.

Por otra parte, la filosofía griega llevaba siglos creciendo y evolucionando. Dentro de ella se crearon movimientos que proponían una interioridad y una ética alternativas para dar respuesta al ambiente de corrupción moral que se vivía en la sociedad de entonces. Generalmente, estos movimientos filosóficos eran propagados por predicadores itinerantes. Cuando san Pablo estuvo en Atenas, tomó contacto con dos de las escuelas filosóficas más importantes: el epicureísmo y el estoicismo (cf. Hch 17,18). Había otras escuelas a tener en cuenta: el cinismo, el gnosticismo y el neopitagorismo. Algunos elementos de estas filosofías fueron asumidos exitosamente por el cristianismo y ayudaron a enriquecer su espiritualidad. Sobre todo destaca la aportación del platonismo y el neoplatonismo. Pero, desgraciadamente, hubo aportaciones filosóficas que condujeron a algunos cristianos por caminos erróneos, por lo que la Iglesia tuvo que combatirlos.

NUEVO TESTAMENTO

Hasta que el cristianismo se separó del judaísmo, la espiritualidad que se vivía en el seno de la Iglesia tenía como base fundamental la espiritualidad judía, aunque muy enriquecida, claro está, por el Evangelio predicado por Jesucristo. Podemos decir que, básicamente, los primeros cristianos eran judíos que creían en la resurrección de Jesús y en su Evangelio.

Un paso muy importante se produjo hacia el año 49 en el llamado «Concilio de Jerusalén», en el que las autoridades cristianas decidieron no exigir el cumplimiento de la Ley Mosaica a los miembros de la Iglesia, abriéndola así a los paganos. Aquello fue decisivo para dejar de ser una especie de secta judía y pasar a ser una nueva religión, lo cual se consiguió definitivamente unos veinte años más tarde a raíz de un drástico acontecimiento: la destrucción de Jerusalén y de su Templo por las legiones romanas en el año 70. Como veremos más adelante, esto trajo, a la postre,

la ruptura definitiva entre judíos y cristianos. Asimismo, a medida que el cristianismo fue inculturándose en la sociedad grecorromana y tomando contacto con sus movimientos filosóficos, fue incorporando elementos espirituales que, con el paso del tiempo, le fueron distanciando aún más del judaísmo. Pues bien, en este proceso de «independización» cristiana respecto de la religión judía, jugó un papel fundamental la formación del Nuevo Testamento, pues se constituyó en la base fundamental de la fe de la Iglesia.

La experiencia de la Resurrección del Señor

Hacia el año 30 d.C., un pequeño grupo de judíos procedentes de Galilea comenzó a proclamar públicamente en Jerusalén que había resucitado Aquel que era su maestro: Jesús de Nazaret, quien semanas antes había sido condenado a muerte en la Cruz por haber sido fiel a lo que Dios le había pedido: predicar la venida de su Reino. Aquellos judíos aseguraban que no se trataba de un engaño ni de una ilusión psicológica, sino que daban fehaciente testimonio de que Jesús es realmente el Hijo de Dios y el Mesías esperado por el pueblo judío. Por ello había resucitado y les había pedido que continuasen la misión de extender su mensaje: el *Evangelio* –que en griego significa «Buena Noticia»–, hasta que Él regresara para establecer plena y definitivamente el Reino de Dios. Asimismo, tras subir Jesús al Cielo, Él y su Padre les enviaron su Santo Espíritu para que les iluminase y guiase en esta importante misión, configurándose así la Iglesia como la nueva comunidad de hijos de Dios.

Pronto, a estos judíos se les unieron otros de lengua griega que procedían de fuera de Palestina y que estaban en Jerusalén. Esto puso en alerta a las autoridades judías de la ciudad, que optaron por promover una persecución contra ellos hacia el año 34, muriendo apedreado san Esteban, el primer mártir de la Iglesia. Muchos de aquellos judíos que creían en Jesús huyeron y extendieron el Evangelio por las regiones limítrofes de Palestina. En Antioquía de Siria, donde formaron una fervorosa comunidad, fue donde se les comenzó a llamar *cristianos* (cf. Hch 11,26), es decir, seguidores de «Cristo», que en griego significa «Mesías».

San Pablo

En torno al año 43 llegó a aquella comunidad de Antioquía un judío llamado Pablo. Se trataba de un antiguo fariseo perseguidor de cristianos a quien se le apareció Jesús resucitado siete años atrás, transformando totalmente su vida y pidiéndole que predicase el Evangelio. San Pablo entonces se retiró por tres años a Arabia y después estuvo cuatro años en Tarso –su ciudad natal–, hasta que, acompañado por san Bernabé, se

incorporó a la comunidad de Antioquía. Meses más tarde, ambos subieron a Jerusalén para hablar con los *Apóstoles*: aquellos a los que Jesús había encomendado la guía de la Iglesia y entre los que había escogido a san Pedro como Apóstol principal. Bueno, pues, Pablo y Bernabé, tras hablar con ellos y recibir su enseñanza, regresaron a Antioquía y, un tiempo más tarde –hacia el año 45–, iniciaron un viaje misionero de unos cuatro años de duración que les llevó por Chipre y Asia Menor (actual Turquía).

Por entonces, los cristianos anunciaban el Evangelio sólo a los judíos. De hecho, como ya hemos dicho anteriormente, cuando llegaban a una ciudad, el primer lugar donde predicaban era en la sinagoga, hasta que eran expulsados y entonces predicaban en las calles y plazas. Así, san Pablo y san Bernabé fueron constatando que el Evangelio era generalmente mejor recibido por los paganos que por los judíos. Por su parte, san Pedro había comprobado lo mismo en sus misiones fuera de Jerusalén. Aquello provocó que, hacia el año 49, Pablo y Bernabé se dirigieran a Jerusalén para reunirse con Pedro y el resto de aquella comunidad para discernir comunitariamente si Dios quería que el Evangelio se predicase a los paganos, de tal forma que no se les exigiera cumplir la Ley Mosaica. Es el ya comentado «Concilio de Jerusalén». Su resultado fue muy positivo: desde entonces la Iglesia se abrió a la universalidad, pues cualquiera que creyese que Jesús es el Hijo de Dios y se comprometiese a ser coherente con su Evangelio podía pertenecer a ella (cf. Hch 15,1-35).

En torno al año 50, san Pablo partió de Antioquía en su segundo viaje misionero, en el que predicó el Evangelio por Asia Menor y Grecia. Pero este viaje tiene algo muy especial: inspirado por el Espíritu Santo, Pablo escribió varias cartas a ciertas comunidades cristianas con el fin de clarificar diversos aspectos del Evangelio o para corregir desviaciones doctrinales y morales. Estas cartas se copiaron y fueron enviadas a otras comunidades, comenzando así a fraguarse lo que será el Nuevo Testamento. Tras la muerte de san Pablo, algunos discípulos suyos, inspirados por el Espíritu Santo, escribieron cartas en su nombre con el fin de enmendar ciertos errores que surgieron en algunas comunidades cristianas y para adaptar el mensaje de san Pablo a los nuevos tiempos. Estas cartas también pasaron a formar parte del Nuevo Testamento.

La espiritualidad de san Pablo es muy significativa. Este gran apóstol experimentó intensamente la gracia de Dios, pues, sin hacer nada para merecerlo, Jesús resucitado se hizo presente en su vida y cambió radicalmente su existencia. Por eso, para Pablo era tan importante la fe en Dios y, por el contrario, rechazaba el estricto cumplimiento de la Ley Mosaica que viven los judíos. Él había experimentado en carne propia cómo Dios derrama su amor y su perdón en aquellos que le abren

confiadamente su corazón, pero también exigía que nuestro obrar fuese coherente con la fe que profesamos. Por ello debemos obrar por amor. Dice san Pablo:

«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha» (1Cor 13,1-3, cf. 13,1-13).

Pablo concebía la comunidad eclesial como un único cuerpo en el que Cristo es la cabeza (cf. Col 1,18). Ante tantas divisiones como estaban surgiendo en las primeras comunidades cristianas a causa de la inmadurez de sus miembros y a numerosas interferencias externas, Pablo exhortaba con fuerza a que cada comunidad particular y la Iglesia en su conjunto, se mantuviesen unidas en torno a Cristo.

Y es que él tenía una profunda experiencia mística de unión con Jesús, de tal forma que llegó a afirmar: «he quedado crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20). Y exhortó a los cristianos de Corinto diciéndoles: «el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él» (1Cor 6,17). Y así, con ayuda de Dios y mucho esfuerzo, Pablo consiguió eliminar a su *hombre viejo*, que era esclavo del pecado, para transformarse en un *hombre nuevo* en el que Cristo era el centro de su vida.

En muchas ocasiones hacía referencia a la tercera Persona de la Trinidad: el Espíritu Santo que, siendo un único Dios, es el Espíritu del Padre y el Hijo. Y sentía cómo ese Espíritu moraba en su corazón permitiéndole relacionarse más intensamente con el Padre. Por eso afirmó: «aunque nosotros no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rm 8,26). Ciertamente, san Pablo ayudó de un modo determinante al desarrollo de la espiritualidad cristiana.

Evangelios sinópticos

La Providencia quiso que hubiera cuatro versiones escritas de la Buena Noticia predicada por Jesús: son los cuatro evangelios, que datan de la segunda mitad del siglo I. Veamos cómo fueron apareciendo.

En los años 60 quedaban vivos pocos Apóstoles y apenas había personas que hubiesen conocido de primera mano el anuncio del Evangelio. Por ello surgió en la Iglesia la necesidad de guardar por escrito las enseñanzas de Jesús y los pasajes edificantes de su vida. El primero que emprendió esta tarea fue san Marcos. Era probablemente un colaborador de san Pablo en su primer viaje apostólico que, años más tarde, se estableció en Roma, donde tuvo la suerte de poder escuchar las enseñanzas de Pablo y de Pedro. Inspirado por el Espíritu Santo, escribió su evangelio –a mediados de los años 60– a partir de los dichos sobre Jesús que había recopilado. Se trata de un texto muy sencillo y escueto en el que no aparecen ni la infancia de Jesús ni las apariciones tras su resurrección.

Pero en el año 70 ocurrió una catástrofe que influyó enormemente en la Iglesia: tras una insurrección de los judíos de Jerusalén, el general romano Tito destruyó totalmente la ciudad, quedando extinguida la comunidad cristiana de Jerusalén, que era la principal referencia en la Iglesia. Por otra parte, al desaparecer el culto del Templo, la religión judía pasó a estar en manos de los fariseos, los cuales aferraron al estricto cumplimiento de la Ley Mosaica y, por consiguiente, se esforzaron en hacer desaparecer del judaísmo aquellas ramas o sectas que no se ceñían estrictamente a dicha Ley. La principal de esas sectas era el cristianismo, que acabó siendo expulsado del judaísmo y desde entonces se desarrolló como una religión autónoma.

Esto hizo que la Iglesia buscara con más ahínco poner por escrito las enseñanzas de Jesús. Así, en los años 70 surgieron otros dos evangelios: los escritos por san Mateo y san Lucas que, inspirados por el Espíritu Santo, tomaron como base el evangelio según san Marcos y le añadieron otros pasajes y enseñanzas de Jesús. Asimismo, podemos ver en estos dos nuevos evangelios un mayor desarrollo teológico. Por su semejanza, a los evangelios según Mateo, Marcos y Lucas se les llama *sinópticos*.

El evangelio según san Mateo destaca por ser el más catequético, de tal forma que su estructura viene marcada por cinco grandes discursos de Jesús. Por eso ha sido el más empleado en la Iglesia desde muy pronto. Por su parte, el evangelio según san Lucas da mucha importancia a la subida de Jesús y sus discípulos a Jerusalén, donde nuestro Salvador murió y resucitó. Lucas completó el evangelio con una segunda parte: los Hechos de los Apóstoles, en la que nos narra la expansión del cristianismo desde Jerusalén: centro del mundo judío, hasta Roma: centro del mundo pagano y capital del Imperio Romano.

Los tres evangelios sinópticos –y más tarde el de san Juan– dedican mucho espacio a describirnos por qué y cómo murió Jesús en la Cruz, pues

es la clave del plan salvífico de Dios: al morir por amor, Jesús venció al pecado y a la muerte, de tal forma que, por muy grande que sea nuestro pecado, al estar Dios infinitamente por encima de él, puede librarnos para siempre de su mal. Y también sabemos que la muerte no es el final de nuestra existencia, porque Jesús ha abierto las puertas de la resurrección para que los que le sigamos, por pura gracia divina, podamos vivir eterna y plenamente felices en el Reino de los Cielos junto a Él.

Pero lo que más destaca de los evangelios es que nos narran la vida de Jesús. No hay biografía más edificante que la suya: el Hijo de Dios fue concebido en el seno de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y nació pobremente en Belén, a donde María y su esposo san José tuvieron que acudir para empadronarse. Perseguido por el rey Herodes, María y José huyeron con Él a Egipto. Tras la muerte de Herodes, regresaron a Palestina y se establecieron en Nazaret de Galilea, donde Jesús pasó buena parte de su vida con su familia. Pero un día, movido por el Espíritu Santo, se dirigió al Jordán y allí san Juan Bautista lo bautizó, momento en el cual Jesús escuchó cómo su Padre desde el Cielo le dijo que es su Hijo amado. Tras vencer las tentaciones del demonio en el desierto, comenzó a anunciar de forma itinerante el Reino de Dios por la zona de Palestina y sus alrededores. Poco a poco se rodeó de discípulos –*los Doce*– que lo dejaron todo para seguirle. Pasados tres años predicando y haciendo signos visibles que confirmaban lo que él predicaba, subió a Jerusalén para morir en la Cruz. Tras lo cual, al tercer día resucitó y se apareció a sus discípulos, haciéndoles ver que, efectivamente, es el Hijo de Dios. Pasados cuarenta días, ascendió a los Cielos y se sentó junto a su Padre.

Los evangelios subrayan algo muy importante: seguir a Jesús exige de nosotros dejar todo aquello que nos aparta de Él. Este duro proceso de purificación tiene como fruto alcanzar la libertad interior necesaria para poder unirnos íntimamente a Él y actuar, en consecuencia, por amor: pues el amor es lo más importante. En efecto, un doctor de la Ley le preguntó a Jesús:

«“Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?”. Jesús le respondió: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu espíritu. Éste es el más grande y el primer mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas”» (Mt 22,36-40).

El amor es tan importante para Jesús, que llega a decir lo siguiente:

«Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los Cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen eso también los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso también los paganos? Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mt 5,43-48).

Y así, el Evangelio –la Nueva Alianza– lleva a su plenitud la Ley Mosaica –la Antigua Alianza–.

Textos joánicos

Llegados los años 90, las comunidades cristianas que se habían formado en torno al Apóstol san Juan, vieron que la doctrina cristiana se estaba tergiversando y contaminando con elementos llegados de filosofías paganas. Ello animó a que en el seno de dichas comunidades surgieran, por inspiración del Espíritu Santo, el evangelio y las tres cartas de san Juan, y el libro del Apocalipsis. Son los llamados *textos joánicos*. Escritos más de sesenta años después de la resurrección del Señor, son fruto de una profunda y prolongada experiencia espiritual del mensaje y la persona de Jesús.

Ante el peligro de «espiritualizar» o «deshumanizar» a Jesús, el evangelio según san Juan subraya su condición humana –además de divina–. Así lo dice el Prólogo: «La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). Este evangelio, como los sinópticos, narra con detalle la muerte de Jesús y su resurrección, mostrando que ésta también fue física, de tal forma que el propio Jesús resucitado le dice a santo Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente» (Jn 20,27). Siguiendo esta línea, la Primera Carta de san Juan hace hincapié en que la experiencia que los discípulos tuvieron de Jesús fue física –además de espiritual–. Así comienza esta carta:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida –pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó– lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros

estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1Jn 1,1-3).

En el modelo de discipulado que aparece en los textos joánicos, el amor es fundamental. Tanto es así que a Juan –ejemplo de buen discípulo– se le llama «el discípulo amado» (cf. Jn 13,23) y en la Primera Carta de Juan se afirma sobre Dios: «Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él» (1Jn 4,8-9). Asimismo, se nos dice que podemos sentir que Dios habita en nuestro corazón cuando amamos a la gente: «Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud» (1Jn 4,16).

El capítulo 17 del evangelio según san Juan es una bella oración de Jesús sobre la unidad fraterna, en la que se subraya su carácter místico, afirmando que por medio del amor fraterno podemos llegar a unirnos a Jesús y al Padre tanto como ambos están unidos el uno al otro. En efecto, dice Jesús:

«Que todos sean uno; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que les has amado a ellos como me has amado a mí» (Jn 17,21-23).

Como vemos, sólo es posible la unión con Dios si amamos a nuestros hermanos. Y aquí se nos pone el listón muy alto, porque Jesús nos dice que debemos amar a los demás tanto como Él nos ha amado a nosotros: «Os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros. Como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros» (Jn 13,34). Esto se lo dijo Jesús a sus discípulos antes de la Pasión, en la Última Cena. En ella les lavó los pies para que entendieran la esencia del amor evangélico: el servicio al prójimo (cf. Jn 13,1-16).

Además de estos escritos que acabamos de ver del Nuevo Testamento, la Iglesia incluyó en él otros textos que, si bien habían sido redactados a finales del siglo I o a comienzos del siglo II, ella consideró que fueron inspirados por el Espíritu Santo, pues recogían fehacientemente el mensaje que Jesús transmitió a sus discípulos. Se trata de la Primera y Segunda Carta de san Pedro, la Carta de san Judas, la Carta de Santiago y Hebreos.

ESPIRITUALIDAD DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

Veamos a continuación cómo se plasmó el mensaje del Nuevo Testamento en la espiritualidad de la Iglesia primitiva.

Fe en Dios Trinidad

Los cristianos, como los judíos, somos monoteístas, al contrario de la gran mayoría de las religiones paganas que había en aquella época, que eran politeístas. Pero, a diferencia de los judíos, los cristianos concebimos a Dios como tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tienen una misma naturaleza divina.

Los cristianos creemos que nuestro fundador, Jesús, es el Mesías esperado por los judíos. Él es el Salvador. Y Él es, ante todo, el Hijo de Dios, aquel que, por amor, murió en la Cruz y resucitó, trazando el camino de la redención y la vida eterna. Jesús resucitado está ahora sentado junto a su Padre, rigiendo el Universo y velando por nosotros. Pero lo hace respetando la libertad con la que su Padre nos ha creado.

La imagen que Jesús transmite de Dios tiene importantes diferencias con la que tenían los judíos de su época. Si para ellos Dios se mostraba como un monarca celestial, Señor de los ejércitos y, sobre todo, como la Ley que indica el buen camino, Jesús nos dice que Dios es nuestro Padre y tiene un corazón lleno de amor, dispuesto siempre a perdonar a todo aquel que vuelve a su lado.

Y sabemos que tras ascender al Cielo Jesús resucitado y sentarse junto a su Padre, ambos enviaron al Espíritu Santo para que ayude a cada cristiano en particular y a la Iglesia en su conjunto, a seguir por el camino del Evangelio. Esto lo muestra muy bien el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Experiencia mística

El término *mística* puede hacer referencia a toda vivencia espiritual, en general. Pero, concretamente, se refiere más bien a una intensa y profunda experiencia de Dios. Y cuando una persona escribe sobre su propia experiencia mística, entonces es considerado un *autor místico*. Pues bien, el primer autor místico cristiano es san Pablo, no sólo por la expresión que hemos visto anteriormente: «ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20), sino también por otras como ésta:

«Sé de un hombre en Cristo, el cual hace catorce años –si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado hasta

el tercer cielo. Y sé que este hombre –en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede pronunciar» (2Cor 12,2-4).

San Pablo y otros muchos autores nos muestran que el Espíritu de Dios busca tener un contacto íntimo con cada uno de nosotros y quiere otorgarnos sus dones para ayudarnos a vivir coherentemente nuestra fe y a predicar valientemente el Evangelio. Bueno, pues, gracias a aquellos que, desde los comienzos del cristianismo, se han dejado conducir dócilmente por el Espíritu Santo, el Reino de Dios se hace presente en medio de este mundo a modo de «primicia» de lo que será en plenitud al final de los tiempos. Y es que el Espíritu es ante todo Amor, el Amor divino que brota en el corazón humano que le acoge con humildad y mansedumbre, y desde ahí se despliega en la vida cotidiana.

Espera de la Segunda Venida

Jesús predicó el establecimiento, aquí, en esta vida, del inicio o germen del Reino de Dios (cf. Mc 1,15; Lc 17,21), un Reino que alcanzará su plenitud cuando Jesús resucitado regrese en su Segunda Venida, marcando el final de los tiempos. Siguiendo sus palabras, los primeros cristianos creían firmemente que esa Segunda Venida estaba muy cercana, y podía ocurrir en cualquier momento, en el tiempo presente. Así se lo cuenta san Pablo a los Tesalonicenses hacia el año 51:

«Nosotros, los que vivamos, los que quedemos hasta la Venida del Señor, no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del Cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar. Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

En lo que se refiere al tiempo y al momento, hermanos, no tenéis necesidad que os escriba. Vosotros mismos sabéis perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche» (1Tes 4,15-5,2; cf. Mt 24,3-34).

Esto marcó profundamente la vida de los primeros cristianos. Pero a medida que fue pasando el tiempo y se fue viendo que no llegaba la anhelada Segunda Venida, ésta se fue situando mentalmente en un futuro cada vez más difuso y lejano. Veamos lo que se dice a este respecto en la Segunda Carta de san Pedro, escrita a principios del siglo II, cuando ya habían pasado más de setenta años de la Ascensión del Señor:

«Mas una cosa no podéis ignorar, queridos: que ante el Señor un día es como mil años y, mil años, como un día. No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión. El Día del Señor llegará como un ladrón; en aquel día, los cielos, con ruido ensordecedor, se desharán; los elementos, abrasados, se disolverán, y la tierra y cuanto ella encierra se consumirá» (2Pe 3,8-10).

Como vemos, el autor de esta carta sigue insistiendo en que Jesús regresará en cualquier momento, pero ya no habla de «inmediatez» sino de «tener paciencia». También nosotros debemos esperar con un corazón paciente y vigilante a que un buen día Jesús regrese para establecer definitivamente su Reino. Pero, ciertamente, hay una diferencia muy importante entre la espiritualidad de la «inmediatez» que se vivía en los primeros años y la espiritualidad de la «paciencia» que vivimos ahora, pues no es lo mismo vivir a la espera de la inminente Venida de Jesús, que pensar que esto sucederá algún día, no se sabe cuándo. Y es que la «inmediatez» nos ayuda mucho a estar siempre preparados a acoger a Jesús en nuestro corazón y a dar nuestra vida por Él. Por eso, pasado el tiempo, para animar a que el pueblo fiel estuviese «vigilante», hubo autores cristianos que, en cierto modo, reemplazaron la espera del fin del mundo por la reflexión sobre nuestra propia muerte, pues ésta también puede acontecer en cualquier momento, pero la sentimos mentalmente mucho más próxima.

Amor fraterno

Estamos viendo en este capítulo cómo el amor es el elemento más importante y significativo de la espiritualidad de los primeros cristianos. Era lo que les mantenía unidos en medio del mundo: «La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común» (Hch 4,32). Y el amor no lo sentían sólo entre ellos, sino que intentaban amar a todos, principalmente a los más necesitados, de ahí que la Iglesia haya creado desde sus inicios mecanismos o instituciones de ayuda social.

Es importante tener en cuenta que en aquellos primeros siglos la Iglesia estaba prohibida por el Imperio y, por tanto, no tenía instituciones que mantener: no existían iglesias, obispados, conventos, seminarios, etc. Ello supone que no tenía muchos gastos «estructurales» o «institucionales», lo cual permitía que una gran proporción de las limosnas que los fieles generosamente entregaban, se utilizasen para ayudar a los pobres. En algunas ciudades eran famosas las largas colas de indigentes que se

formaban en la puerta de la casa del obispo o del diácono encargado de la labor asistencial. Pensemos que en aquella época nadie se ocupaba de los pobres: ni el Imperio, para quien los necesitados eran un estorbo, ni los ricos, que preferían hacer donaciones para el bien de la ciudad y así engrandecer su propia fama. Ayudar a los pobres era considerado por muchos un despilfarro o, incluso, una forma de fomentar la holgazanería.

Un modo muy común de socorrer a los menos afortunados de la Iglesia era celebrar comidas comunitarias en las que los más pudientes aportaban comida de sobra para que otros la pudiesen llevar a sus casas. Se trata de los *ágapes*. La palabra «ágape» significa el amor caritativo que brota por obra del Espíritu Santo. Es el amor en su grado más elevado.

Asimismo, los cristianos practicaban generosamente la hospitalidad. Cuando un miembro de la Iglesia viajaba a otra ciudad, sabía que podía hospedarse gratuitamente en la casa de otro cristiano. Y el amor también se expresaba a los esclavos. Por motivos culturales, la Iglesia no se opuso a la esclavitud, pero exigía que a éstos se les tratase como a hermanos. Y a los muchos cristianos que eran esclavos se les animaba a respetar y obedecer a sus dueños. Tenemos un buen ejemplo en la Carta de san Pablo a su amigo Filemón, en la que le anima a acoger a Onésimo...

«...no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido que, siéndolo mucho para mí, ¡cuánto más lo será para ti, no sólo como amo, sino también en el Señor! Por tanto, si me tienes como algo unido a ti, acógele como a mí mismo» (Fil 1,16-17).

Todo esto era un gran testimonio para los paganos, pues veían que la religión cristiana ofrecía una vivencia espiritual real y auténtica. No era una mera creencia ritualista, como pasaba con muchas religiones paganas, o una simple forma de vida, al estilo estoico o epicúreo. Dado que, en lo más profundo, toda persona siente una gran necesidad de amar y ser amada, al contemplar cómo se amaban los cristianos, los paganos se sentían interiormente interpelados, y poco a poco, muchos se fueron convirtiendo a esta nueva y auténtica religión que era el cristianismo.

Familia y mística esponsal

La comunidad que forma la familia es la base sobre la que se apoya la comunidad eclesial. Por eso los misioneros cristianos intentaban –e intentan– convertir a familias enteras. En aquellos primeros siglos, éstas eran también muy importantes para la Iglesia porque cedían sus casas para celebrar en ellas la Eucaristía, los ágapes, y cualquier otro acto comunitario. Por eso aquella Iglesia primitiva era muy «doméstica».

Dado el valor que tiene el amor entre padres e hijos, la Iglesia siempre se opuso rotundamente a que se practicasen abortos o a que se abandonase a los niños huérfanos o no deseados, lo cual eran costumbres aceptadas por la sociedad grecorromana. El sumo cuidado que se tenía en la crianza de los niños es uno de los factores que ayudó al rápido aumento del número de cristianos.

También es muy valorado el amor entre una mujer y su marido. De hecho, siguiendo las enseñanzas de Jesús (cf. Mc 10,2-9), la Iglesia defiende el valor del matrimonio como un vínculo de amor indisoluble entre un varón y una mujer. Es el llamado *amor sponsal*. Es tan importante el amor entre los esposos, que desde muy pronto fue considerado como símbolo del amor más elevado: el que se alcanza al unir nuestra alma con Dios –siendo Él el Esposo y nuestra alma la esposa–. Quien alcanza este grado de amor, siente que esa «unión con Dios» es ya indisoluble, como el matrimonio cristiano. Se trata de la experiencia de Dios más intensa.

De esta mística ya se hablaba en el Antiguo Testamento. De hecho, hemos visto que la simbología sponsal tiene su origen en los profetas (cf. Os 2,16-22). Veremos más adelante cómo muchos místicos cristianos se apoyaron en ella para explicar su propia experiencia de Dios. Lo hicieron comentando sobre todo el libro bíblico que más desarrolla la mística sponsal: el Cantar de los Cantares. Así lo hicieron, por ejemplo, Orígenes (ca. 185-254), san Bernardo de Claraval (1090-1153) y san Juan de la Cruz (1542-1591).

Predicación

La difusión del Evangelio se vivía como una experiencia espiritual, pues aquellos primeros cristianos predicaban sintiendo que el Espíritu de Dios les empujaba a hacerlo, jugándose muchas veces la vida. También lo hacían por puro amor caritativo, pues consideraban que no podían quedarse para ellos mismos, egoístamente, algo tan bueno. Se sentían movidos interiormente a compartirlo con todos. Éste es el principal motivo por el que el cristianismo se difundió tan rápidamente, a pesar de las muchas dificultades que tuvo que superar. Ciertamente, el amor caritativo es imparable, pues tiene su origen en Dios, que es todopoderoso.

En la tarea de la predicación, las mujeres y los hombres se complementaban muy bien. Dado que las costumbres sociales impedían a las mujeres viajar solas, eran generalmente los hombres los que llevaban el Evangelio a otras ciudades, aunque en bastantes ocasiones lo hacían junto a sus esposas. Pero, dentro de las ciudades, eran las mujeres las que lo

llevaban a otras casas, pues la visita de un varón a otra casa era visto como un «acto oficial», porque el varón era el *pater familias* –es decir, el padre de familia, bajo cuyo control estaban todos los bienes y miembros de su casa– y como tal debía ser recibido, lo cual dificultaba que anunciase la Buena Noticia. Sin embargo, las mujeres podían visitar normalmente a sus vecinas para pedirles un poco de sal o para charlar en la cocina, y ahí aprovechaban para hablar del Evangelio. Después la vecina se lo anunciaba a su marido y a toda la familia.

Oración

San Lucas nos dice que tras la Ascensión del Señor a los Cielos, sus discípulos se dirigían al Templo de Jerusalén a orar (cf. Hch 2,42; 2,46; 3,1). Y ello es bastante lógico porque para los judíos aquel era el lugar donde Dios se hacía más presente en medio de su pueblo. Si un judío quería estar muy cerca de Dios, acudía al Templo.

Pero pronto aparecieron cristianos de origen judeo-helenista, es decir, de la diáspora, que no hablaban arameo sino griego. Estos cristianos se oponían al rezo en el Templo porque lo consideraban propio de paganos. El mejor ejemplo es san Esteban. Cuando le arrestaron los judíos por predicar el Evangelio, éste les dijo:

«...el Altísimo no habita en casas hechas por mano de hombre como dice el profeta: “El cielo es mi trono y la tierra el estrado de mis pies. Dice el Señor: ¿Qué casa me edificaréis? O ¿cuál será el lugar de mi descanso? ¿Es que no ha hecho mi mano todas estas cosas?”. ¡Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo!» (Hch 7,48-51; cf. Is 66,1-2).

Por decir esto fue apedreado hasta la muerte. Un poco más adelante veremos cómo el autor de Hebreos nos habla sobre el sentido profundo que tiene este paso del antiguo culto judío al nuevo culto cristiano. Por otra parte, cuando san Pablo habla de la presencia de Dios en el mundo nunca hace referencia al Templo, sino a la persona: «¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1Cor 3,16). «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y lo habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?» (1Cor 6,19). En este contexto se entienden muy bien las palabras de Jesús a la Samaritana:

«Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora –ya estamos en ella– en que los

adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad» (Jn 4,21-24).

Según la nueva espiritualidad nacida en el seno de la Iglesia, si un cristiano quería pedirle algo muy importante a Dios, no era necesario que acudiese al Templo de Jerusalén para que allí un sacerdote mediase ante Dios. En efecto, los cristianos podemos dirigirnos directamente a nuestro Creador. Así se lo dice Jesús a sus discípulos: «Tú, en cambio, cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,6). Jesús también afirma que su Espíritu se hace presente en medio de la comunidad: «donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos» (Mt 18,20). Por ello es posible –y necesario– orar en comunidad: «También os aseguro que si dos de vosotros os unís en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo os lo concederá» (Mt 18,19).

Sacerdocio

Jesús constituyó como *ministros* suyos a los Doce para que, en nombre suyo, dirigiesen a la comunidad cristiana, le transmitiesen el Evangelio y celebrasen los sacramentos. Tras el nacimiento de la Iglesia, poco a poco se fueron definiendo los diferentes grados de los ministros ordenados: obispo, sacerdote y diácono, aunque llegó a haber otros. Pero no se definieron siguiendo el modelo del sacerdocio judío, en el que el sacerdote hacía de mediador entre Dios y el pueblo. Eso es así por un motivo muy sencillo: Jesús es el único mediador, de tal forma que el sacerdote cristiano en su labor ministerial se limita a ser un instrumento que hace posible la acción de Cristo.

Hubo, además, otro gran cambio respecto a la religión judía. Al prescindir del Templo de Jerusalén y sus sacerdotes, todos los cristianos pasamos a ser, a nivel espiritual, «sacerdotes», porque para orar no necesitamos que otra persona medie entre nosotros y Dios, aunque debemos hacerlo en el Espíritu y con la necesaria mediación de Jesús; y en el caso de los sacramentos, es preciso que alguien haga ministerialmente de instrumento de la acción mediadora de Cristo.

En efecto, en el texto de Hebreos se rechaza el antiguo culto de los sacerdotes judíos por ser infructuoso y nulo, y se nos dice que ha sido reemplazado por el nuevo culto cristiano en el que Jesús es el verdadero sacerdote en cuanto que es el auténtico y único mediador con Dios Padre. Así, con su sangre derramada en la Cruz, Jesús se ha constituido en fuente

de salvación eterna. Dejemos que nos lo explique el propio autor de Hebreos:

«Además, aquellos sacerdotes fueron muchos, porque la muerte les impedía perdurar. Pero éste posee un sacerdocio perpetuo porque permanece para siempre. De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor.

Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía: santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer sacrificios cada día, primero por sus pecados propios como aquellos Sumos Sacerdotes, luego por los del pueblo: y esto lo realizó de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

Es que la Ley instituye Sumos Sacerdotes a hombres frágiles: pero la palabra del juramento, posterior a la Ley, hace el Hijo perfecto para siempre» (Hb 7,24-28).

Eucaristía

Los sacrificios que los sacerdotes judíos celebraban en el Templo de Jerusalén son reemplazados en la Iglesia por la celebración de la Eucaristía, el sacramento en el que los cristianos hacemos memoria de la muerte de Jesús en la Cruz, pues éste es el único y auténtico sacrificio, tras el cual, resucitó, venciendo al pecado y a la muerte.

San Lucas nos dice que los primeros cristianos todos los días «partían el pan en sus casas» (Hch 2,46), es decir, celebraban la Eucaristía. Pero una vez que la Iglesia se fue organizando e institucionalizando, ésta pasó a celebrarse por el obispo el domingo, el primer día de la semana judía, en recuerdo del día en que Jesús resucitó. Y sólo se celebraba una Eucaristía en cada diócesis, de tal forma que servía para unir a toda la comunidad en torno a Cristo, que era representado por el obispo. Pero en el siglo III, debido al número elevado de fieles de algunas diócesis, se vio necesario celebrar varias Eucaristías el domingo. Asimismo, es entonces cuando comienzan a celebrarse las primeras Eucaristías en otros días de la semana como consecuencia del desarrollo de las fiestas litúrgicas.

Pues bien, un elemento importante de la liturgia celebrada en los tres primeros siglos es la improvisación. Aunque ya existían algunos textos litúrgicos, los obispos tenían gran libertad para celebrar «a su modo» los sacramentos y la oración comunitaria. Esto acarrea dos problemas: por una parte, la calidad de la liturgia dependía mucho de la destreza del celebrante y, por otra parte, la improvisación promovió la difusión de

ciertos errores doctrinales, pues algunos obispos no estaban suficientemente formados teológicamente.

Fuga del mundo

Los cristianos de los tres primeros siglos se relacionaron con la cultura grecorromana de forma bastante variada. Algunas comunidades optaron por formar guetos aparte de la sociedad, un poco al estilo judío, pues consideraban que el Imperio era algo pernicioso y caduco. Sin embargo, la mayoría optó por coexistir con la sociedad, abriéndose a todo lo que ésta le ofrecía, siempre y cuando no fuese en contra del Evangelio. En todo caso, todos los cristianos vivían interiormente una *fuga del mundo*, buscando experimentar en esta vida la eternidad a la que estamos llamados tras la resurrección. Así lo explica un autor anónimo del siglo II en su *Carta a Diogneto*:

«Los cristianos, en efecto, no se distinguen de las demás personas ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres [...]. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña [...]. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el Cielo [...]. Y así, para decirlo brevemente, lo que es el alma al cuerpo, eso son los cristianos en el mundo» (V-VI).

REFERENTES VIVOS DE SANTIDAD

En esta época, los dos grandes referentes espirituales de la Iglesia fueron la virginidad y, sobre todo, el martirio.

Mártires

Si bien en los primeros años la Iglesia pasó casi inadvertida para el Imperio Romano, poco a poco, a medida que se extiende y se va haciendo presente en la vida de las ciudades, comenzó a ganarse antipatías. Según la tradición, la primera persecución fue la ordenada por Nerón (37-68) en la ciudad de Roma, en el año 64. Desde entonces se sucedieron periodos de relativa tranquilidad con otros de cruentas persecuciones. En el siglo III éstas pasaron a ser sistemáticamente dirigidas contra toda la Iglesia como institución, hasta que en el año 313 el emperador Constantino decidió dar libertad de culto a los cristianos, iniciándose entonces un importante periodo que estudiaremos en el próximo capítulo.

Como consecuencia de las persecuciones, comenzó a haber cristianos que sucumbieron ante la presión y prefirieron traicionar su fe ofreciendo culto a los dioses del Imperio: éstos son los *lapsi*. Otros, por no renunciar a su fe, sufrieron horribles torturas y mutilaciones, sin llegar a morir: son los *confesores*. Y también hubo cristianos que perdieron su vida: los *mártires*. Éstos últimos se convirtieron en un gran ejemplo para todos los cristianos, e incluso para los paganos, pues su entrega mostraba claramente la solidez y la autenticidad de la fe cristiana.

El martirio, más que un ejemplo, es un ideal, pues el buen cristiano ha de seguir a Jesús hasta el final, hasta la muerte. Sabemos que Dios quiere que seamos felices. Pero a veces, la verdadera felicidad, la evangélica, exige de nosotros un gran sufrimiento o, incluso, la muerte. Los mártires son referencia de ello para nosotros, no por lo mucho que sufrieron, sino porque permanecieron fieles a pesar de sufrir unos padecimientos que les llevaron a la muerte. Cuando uno da su vida por el Evangelio imita fielmente a Cristo, el cual, por fidelidad al Padre y por amor a nosotros, murió en la Cruz. Por este motivo, los mártires son los más unidos a Cristo, de tal forma que son considerados como «otros cristos». De hecho, contemplando su muerte, podemos contemplar a Jesús. Y así, los mártires nos muestran que el Evangelio no es un mero ideal, sino algo muy real, que puede vivirse en este mundo.

Una clave importante del heroísmo de los mártires radica en que tienen la plena certeza de que el Espíritu de Jesús, que habita en su corazón, comparte todos sus padecimientos. Veamos cómo lo muestra un texto de la época:

«Porque, ¿quién podría dejar de admirar su nobleza, su resistencia paciente y su lealtad al Señor, siendo así que cuando eran desgarrados por los azotes, de modo que el interior de su carne quedaba visible incluso hasta las venas y arterias de dentro, lo soportaban con paciencia, de modo que los mismos que lo contemplaban tenían compasión y lloraban; en tanto que ellos mismos alcanzaban un grado tal de valor que ninguno de ellos lanzó un grito o un gemido, mostrándonos con ello a todos que en aquella hora los mártires de Cristo que eran torturados estaban ausentes de la carne o, mejor dicho, que el Señor estaba presente y en comunión con ellos?» (*Martirio de Policarpo*, 2).

Efectivamente, la Iglesia primitiva consideraba que el martirio es un camino espiritual que lleva a la unión con Dios, la cual se alcanza en el momento de la muerte. Eso lo sentía muy claramente san Ignacio de Antioquía (ca. 35-ca. 107): por eso pidió a los cristianos romanos que no

impidiesen que fuese entregado a las fieras del circo, porque quería culminar un proceso de maduración espiritual que él sentía en su interior mientras era conducido hacia Roma:

«Porque no quisiera que procurarais agradar a las personas, sino a Dios, como en realidad le agradáis. Porque no voy a tener una oportunidad como ésta para llegar a Dios, ni vosotros, si permanecéis en silencio, podéis obtener crédito por ninguna obra más noble [...] Escribo a todas las Iglesias, y hago saber a todos que de mi propio libre albedrío muero por Dios, a menos que vosotros me lo dificultéis. Os exhorto, pues, que no uséis de una bondad inoportuna. Dejadme que sea entregado a las fieras puesto que por ellas puedo llegar a Dios. Soy el trigo de Dios, y soy molido por las dentelladas de las fieras, para que pueda ser hallado pan puro [de Cristo]» (*Carta a los Romanos*, II,1. IV,1).

Quien muere mártir es proclamado «santo» por la Iglesia, porque dar la vida es la máxima expresión del amor, como dice el propio Jesús: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15,13). Además, en el martirio, el mártir ha culminado totalmente su camino hacia la unión con Dios. Pues bien, como ya hemos comentado, el testimonio de los mártires era tan admirable que atraía a la fe cristiana a muchos paganos, ya que mostraba con bastante claridad que su fe no se apoyaba en simples ideas sino en un Dios que existe realmente. Y así, por cada cristiano que moría martirizado, multitud de paganos se convertían. Por eso la Iglesia considera que la mejor predicación del Evangelio es el testimonio de los mártires.

Lógicamente, el martirio pasó a ser un elemento fundamental de la espiritualidad cristiana. Pronto se rindió culto a los mártires, confiando en su poder intercesor, ya que estaban muy unidos a Jesús en el Cielo. Y comenzaron a escribirse edificantes *vidas de mártires* que fueron —y son— de gran ayuda espiritual para los cristianos. Una de ellas es el *Martirio de san Policarpo*, del que hemos leído anteriormente un conmovedor fragmento.

Siguiendo el ideal martirial, los primeros cristianos se veían a sí mismos caminando hacia el martirio. Y sabían que este camino lo recorrían junto a Cristo, pues sentían que Él estaba en su interior, compartiendo sus alegrías y sus penas. En este contexto se entiende que san Ignacio de Antioquía en su *Carta a los Efesios* se llame a sí mismo «Teóforo», es decir, «portador de Dios» y anime a todos los cristianos a sentirse también «portadores de Dios»: porque Ignacio experimenta la divina presencia del Espíritu de Dios en su corazón y considera que eso no es algo exclusivo de

él, sino de todos los seguidores de Cristo. Sabemos que a la base de esta vivencia está la espiritualidad de san Pablo, quien afirma que somos templo del Espíritu Santo (cf. 1Cor 3,16; 6,19).

La espiritualidad martirial era vivida por toda la Iglesia. Los cristianos sentían que caminaban junto a Jesús hacia la Cruz cada vez que, a causa de su fe, eran insultados, vejados o golpeados, aunque dichos maltratos no les produjeran la muerte. Todo sufrimiento a causa del Evangelio suponía para el creyente un acercamiento hacia la unión con Dios. Así narra esta experiencia el autor de la Primera Carta de san Pedro:

«Queridos, no os extrañéis del fuego que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os sucediera algo extraño, sino alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria. Dichosos vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros» (1Pe 4,12-13).

Debemos también subrayar otra importante consecuencia de las persecuciones: éstas hacían difícil representar artísticamente a Jesús. Por ello, los primeros cristianos optaron por hacerlo de un modo simbólico que sólo ellos conocían: por medio de un sencillo pez dibujado con dos trazos curvos. Resulta que la palabra «pez» en griego es «ΙΧΘΥΣ» (*ichthys*), de tal forma que sus letras son las iniciales de una esencial afirmación cristológica: I = Iēsoûs (Jesús), X = Christós (Cristo), Θ = Theoû (de Dios), Y = Hyiós (Hijo), Σ = Sōtér (Salvador), es decir: «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador». Ésta era una forma de mostrar la fe con poco riesgo de ser descubiertos. Sin embargo, en los espacios privados de los cristianos –en sus casas y en las catacumbas–, a Jesús se le representaba como el Buen Pastor, llevando un cordero sobre sus hombros. Esta imagen también tenía una clara referencia martirial, como lo muestra el propio Jesús: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas» (Jn 10,11).

Vírgenes y ascetas

Basándose en la espiritualidad del martirio, en la Iglesia surgió otro camino en el que el creyente consagraba toda su vida –en cuerpo y alma– a Jesús, a modo de «martirio no cruento». Se trata de la virginidad. Ésta estaba mal vista por los judíos y apenas era practicada en la sociedad grecorromana. En ambos ámbitos, el que una mujer permaneciera virgen era considerado una gran desgracia. Pero no era así en el seno de la Iglesia. De hecho, pronto resultó ser un impactante testimonio de la veracidad de la fe cristiana, surgiendo personas que decidían libremente permanecer

vírgenes toda su vida por amor a Jesús, su único «Esposo». Sabemos que ya a finales del siglo I florecían en la Iglesia las vírgenes y los *continentes* o *ascetas*, que es como se llamaban los varones célibes. Para san Pablo, el gran valor de la virginidad radica en que permite a la persona dedicarse por entero a Dios, al quedar libre de responsabilidades familiares y conyugales. Veamos cómo se lo explica a los cristianos de Corinto:

«Yo os quisiera libres de preocupaciones. El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; y por tanto, está dividido. La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. Pero la casada se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido.

Os digo esto para vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino para moveros a lo más digno y al trato asiduo con el Señor, sin división. Pero si alguno teme faltar a la conveniencia respecto de su novia, por estar en la flor de la vida, y le conviene actuar en consecuencia, haga lo que quiera: no peca, cásele. Pero el que ha tomado una firme decisión en su corazón, y sin presión alguna, y en pleno uso de su libertad está resuelto en su interior a respetar a su novia, hará bien. Por tanto, el que se casa con su novia, obra bien. Y el que no se casa, obra mejor» (1Cor 7,32-38).

Probablemente, las comunidades de esenios ejercieron una cierta influencia en el surgimiento del ideal de la virginidad dentro de la Iglesia. Éstos constituían una especie de secta judía que se hallaba presente en las afueras de las ciudades en las que había una fuerte presencia judía. Es muy conocida la comunidad de Qumran, a orillas del Mar Muerto. A diferencia del judaísmo oficial, entre los esenios había personas que se consagraban totalmente a Dios, dedicando su vida a la oración y a las prácticas ascéticas. Asimismo, vestían de modo especial.

Por otra parte, y en menor medida, quizás también pudieron influir en el ideal cristiano de virginidad algunos movimientos filosóficos grecorromanos de corte dualista –por ejemplo, el platonismo– que, despreciando lo material frente a lo espiritual, animaban a no casarse para evitar propagar la materia.

En todo caso, los grandes referentes son san Pablo (cf. 1Cor 7,25) y, sobre todo, Jesús, pues ambos se mantuvieron vírgenes. Y con el paso del tiempo, a medida que se fue desarrollando la espiritualidad mariana, la Virgen María pasó a ser otro importante modelo. En cierto modo, el desarrollo teológico hacia el dogma de la virginidad perpetua de María

(Concilio de Letrán, año 649) se produjo en sintonía con el desarrollo espiritual de la virginidad como forma de vida dentro de la Iglesia.

Los que optaban por la virginidad solían tener estas características: tomaban esta forma de vida a perpetuidad, eran en su mayoría mujeres, éstas residían en la casa de su familia –pues estaba mal visto que una mujer viviera sola–, no renunciaban a sus bienes –aunque hacían uso de ellos con gran generosidad–, vestían modestamente, pronto comenzaron a llevar velo –como símbolo de estar casadas con Cristo–, participaban en los actos comunitarios de la diócesis, hacían prácticas ascéticas y realizaban algunos servicios para la comunidad como, por ejemplo, cuidar a los enfermos u hospedar a los visitantes.

Como es lógico, los cristianos no sólo vieron en la virginidad una especial consagración a Dios, además descubrieron que era un ámbito muy propicio para dedicarse a la vida contemplativa y caritativa. Y así, en poco tiempo, las vírgenes y los ascetas pasaron a ser un referente espiritual muy importante en las comunidades. Si bien aún no había para ellos rituales de consagración –los cuales surgen en el siglo IV–, pasaron a constituir una institución eclesial, con un lugar específico en las celebraciones litúrgicas. Todo ello empujó a los obispos a escribir *tratados de virginidad*.

Cabe hacerse esta pregunta: ¿hubo comunidades de vírgenes antes del nacimiento del monacato? Sería lógico pensar que sí las hubo. Se trataría de vírgenes que, en lugar de vivir con su familia, lo hacían en la casa de otra virgen –o, quizás, de una viuda– capaz de mantener económicamente a la comunidad y con la autoridad espiritual necesaria para gobernarla. Éste habría sido el paso intermedio entre las vírgenes consagradas y el monacato femenino. Pero no se han encontrado indicios de que hayan existido tales comunidades.

Por último, es necesario destacar el gran número de vírgenes que murieron mártires en las persecuciones. Estas heroicas mujeres, que en muchos casos eran simples adolescentes, mostraron un valor y una entereza sobrenaturales. Entre ellas están santa Cecilia de Roma († ca. 230) –patrona de los músicos, los poetas y los ciegos–, santa Lucía de Siracusa (283-304) –patrona de los ciegos y abogada de los problemas oculares– y santa Inés de Roma (ca. 291-304) –patrona de los adolescentes–. En esos tiempos de gran peligro, fueron un modelo de fidelidad para todos los cristianos.

Clero

El pueblo fiel ha visto en el clero una importante referencia de santidad desde los orígenes del cristianismo. En efecto, los obispos, ayudados por los presbíteros y diáconos, son los «pastores» de su diócesis.

Sus principales labores son las de cuidar espiritualmente de su comunidad, y dirigirla y gobernarla en nombre de Cristo. Por ello la Iglesia ha insistido siempre en que el clero ha de destacar por su virtud y santidad de vida. Veamos qué dice al respecto la Primera Carta a Timoteo:

«Es, pues, necesario que el obispo sea irreprochable, casado una sola vez, sobrio, sensato, educado, hospitalario, apto para enseñar, ni bebedor ni violento, sino moderado, enemigo de disputas, desprendido del dinero, que gobierne bien su propia casa y mantenga sumisos a sus hijos con toda dignidad; pues si alguno no es capaz de gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios? Que no sea un recién convertido, no sea que, llevado por la soberbia, caiga en la misma condenación del diablo. Es necesario también que tenga buena fama entre los de fuera, para que no caiga en descrédito y en las redes del diablo.

También los diáconos deben ser dignos, sin doblez, no dados a beber mucho vino ni a negocios sucios; que guarden el misterio de la fe con una conciencia pura. Primero se les someterá a prueba y después, si fuesen irreprochables, serán diáconos. Las mujeres de éstos, igualmente, deben ser dignas, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo. Los diáconos sean casados una sola vez y gobiernen bien a sus hijos y su propia casa. Porque los que ejercen bien el diaconado alcanzan un puesto honroso y una gran entereza en la fe de Cristo Jesús» (1Tim 3,2-13).

Muchos fueron los obispos, presbíteros y diáconos que murieron mártires en las persecuciones, dando un heroico testimonio de su fe. Asimismo, a medida que el valor de la virginidad fue tomando fuerza en el seno de la Iglesia, cada vez fueron más los clérigos que optaron por el celibato –es decir, por mantenerse solteros– con el fin de entregarse por entero a Dios y a su ministerio pastoral, siguiendo el parecer de san Pablo a este respecto, que hemos visto anteriormente (cf. 1Cor 7,32-38).

AUTORES ESPIRITUALES

Tras los autores de los textos del Nuevo Testamento, fueron surgiendo otros que habían sido discípulos de los Apóstoles y habían recibido de ellos la Buena Noticia. Se trata de los *Padres Apostólicos*, cuyos escritos se sitúan en la segunda mitad del siglo I y en el siglo II. Hemos citado la *Carta a los Romanos* y la *Carta a los Efesios* de san Ignacio de Antioquía (ca. 35-ca. 107) –quien también escribe otras cinco cartas en su traslado a Roma– y la *Carta a Diogneto*, de autor desconocido.

También pertenecen a este grupo san Clemente Romano († ca. 102) y textos como la *Didaché*, la *Epístola de san Bernabé* y *El Pastor* de Hermas.

Tras ellos, surgió un grupo de autores que intentó defender a la Iglesia de los ataques que sufría por parte de los paganos. Son los *Padres Apologistas*: san Ireneo de Lyon (ca. 130-202), Tertuliano (ca. 160-ca. 220), Novaciano († 258), san Cipriano de Cartago († 258), etc. Otros Padres de la Iglesia trataron de «traducir» la fe cristiana al lenguaje del pensamiento griego con el fin de inculturarla en el mundo grecorromano y enriquecerla. Entre ellos podemos destacar a san Justino (ca. 108-ca.166), san Clemente de Alejandría (ca. 150-215) y Orígenes (ca. 185-254), del que hablaremos a continuación.

Orígenes y la espiritualidad de corte platónico

Este autor fue director de la Escuela de Alejandría, alcanzando con él un gran nivel teológico. Tuvo problemas con el obispo de esta ciudad y fue ordenado presbítero en Cesarea, lo que le trajo aún más complicaciones. Murió a causa de las lesiones que le causaron las torturas a las que fue sometido en la persecución romana contra los cristianos. Orígenes, siguiendo los pasos de san Clemente de Alejandría, hizo un gran esfuerzo por introducir en la teología cristiana todo lo bueno que tiene el pensamiento pagano, sobre todo la filosofía platónica. Dentro de su amplísima obra, se hallan escritos espirituales de gran importancia, como su comentario al Padrenuestro. Desgraciadamente, una parte de su pensamiento teológico no se ciñe a la doctrina de la Iglesia.

Uno de sus grandes aportes a la espiritualidad cristiana son los tres grados clásicos de la maduración interior. Según Orígenes, la Palabra de Dios queda impresa en nuestro interior de diferente modo, dependiendo de nuestro grado de madurez espiritual:

1. El *principiante* sólo es capaz de captar lo que literalmente dicen las Escrituras. Su ascenso hacia Dios consiste básicamente en esforzarse en vencer las tentaciones e impulsos que le alejan de Él y en actuar moralmente según la divina voluntad.
2. El *avanzado* capta lo inteligible que hay en las Escrituras y contempla fácilmente a Dios en sus criaturas, descubriendo así la banalidad de éstas respecto a su Creador.
3. El *perfecto* llega a alcanzar el contenido espiritual más profundo de las Escrituras y no necesita ninguna mediación para contemplar a Dios, pues su espíritu se ha unido íntimamente a Él, alcanzando el *matrimonio espiritual* con su amado Esposo.

Según Orígenes, es necesaria la ayuda de la gracia divina en los tres grados. Muchos autores espirituales se basaron posteriormente en ellos, aunque lo hicieron desde diferentes puntos de vista, o subrayando determinados elementos. Obviamente, también hubo otros autores que, sin oponerse a lo establecido por Orígenes, propusieron otros diferentes grados de madurez espiritual, pues la espiritualidad no es una «ciencia exacta», sino un saber vivencial.

En todo caso, si bien todo camino espiritual ha de ser ascético y místico a la vez, los maestros espirituales cristianos consideran que los inicios son mayormente ascéticos, pues es el creyente quien, *activamente*, pone su propio esfuerzo personal para acercarse a Dios. Pero después, en la medida en que madura espiritualmente, su camino espiritual va pasando a ser más místico, pues el creyente, *pasivamente*, se va dejando llevar por el Espíritu Santo.

Por otra parte, es importante subrayar que por medio de Orígenes y otros autores, la Iglesia se decantó por asumir la filosofía platónica como base para su teología. Y ello influyó mucho en la espiritualidad cristiana. La antropología platónica afirma que el ser humano está compuesto por el alma y el cuerpo, pero, erróneamente, lo hace de un modo *dualista*, pues considera al alma como un elemento bueno y al cuerpo como un elemento malo. Así, según esta forma de pensamiento, dado que el alma se asemeja a lo divino, es mucho más importante que el cuerpo, el cual es una especie de cárcel en la que ha de vivir el alma en esta vida.

La Iglesia también considera que la persona tiene alma y cuerpo, pero no acepta el dualismo platónico, pues va en contra de lo que dicen las Escrituras. En ellas se afirma que el ser humano forma una *unidad*, de tal modo que todo él ha sido creado por Dios, ha sido redimido por su Hijo, es templo del Espíritu Santo y todo él, por gracia de Dios, resucitará y accederá al Reino celestial. Pero hay que reconocer que, por influencia platónica, el cristianismo le ha dado generalmente más importancia a lo espiritual que a lo corporal. Incluso ha habido a lo largo de la historia ciertas espiritualidades rigoristas que han mirado al cuerpo con un excesivo recelo, como si fuese una mera fuente de impulsos pecaminosos y contrarios a la voluntad divina. Pero la Iglesia ha sabido superar estas exageraciones.

Pues bien, ha habido grandes autores que, venciendo ésta y otras dificultades, han empleado con gran sabiduría la filosofía platónica para enriquecer la espiritualidad cristiana. Dos claros ejemplos son Orígenes y san Agustín de Hipona (354-430). Otros autores, sin embargo, no se han apoyado en la antropología platónica. Un ejemplo es san Ireneo de Lyon

(ca. 130-202) cuya antropología se ciñe totalmente a la que subyace en los textos bíblicos. Curiosamente, este autor le da una gran importancia al cuerpo humano, del cual dice que ha sido hecho con «las dos manos creadoras» de Dios: el Hijo y el Espíritu Santo. Otro buen ejemplo es santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274), pues se basa, fundamentalmente, en la antropología aristotélica.

3. LA IGLESIA DEL IMPERIO ROMANO (SIGLO IV)

Hemos visto cómo la Iglesia nació y se desarrolló en la clandestinidad durante casi tres siglos. Llegado el siglo IV, el Imperio Romano, en franca decadencia, viendo que no podía vencer a la Iglesia, decidió unir sus fuerzas a ella, iniciándose así un proceso que va a llevar al cristianismo a ser, a finales de este siglo, la religión oficial del Imperio. La Iglesia ha visto en este cambio el sabio impulso del Espíritu Santo. Pero, como todo acontecimiento humano, veremos que este proceso tuvo sus pros y sus contras. Bueno, pues el poder político, social y económico que la Iglesia alcanzó a finales de este siglo lo mantuvo, en buena medida, hasta la Revolución Francesa (1789).

Por otra parte, en el siglo IV se produjo un importante desarrollo en la vida religiosa, cuyo incipiente nacimiento tuvo lugar el siglo anterior.

CONTEXTO

La llamada *Paz de Constantino* llegó en el año 313 con la promulgación del Edicto de Milán, con el que se despenalizó la práctica del cristianismo y se devolvieron las propiedades confiscadas a la Iglesia. Ello supuso el inicio de un cambio radical a nivel espiritual, pues los cristianos dejaron de ser perseguidos y el Imperio Romano se fue cristianizando. Otro año importante es el 380, cuando el emperador Teodosio I el Grande (347-395) convirtió al cristianismo en la religión oficial del Imperio. A raíz de ello, en el año 392 prohibió definitivamente las religiones paganas, por lo que la Iglesia se vio abocada a catequizar y a bautizar a gran número de personas. Como es lógico, esta cristianización forzada produjo un notable descenso en la calidad espiritual de las comunidades eclesiales.

En este siglo, además, Constantinopla se transformó en un centro político muy importante, pues Constantino la convirtió en la nueva capital del Imperio Romano, poniendo así las bases del que será a partir del año 395 el Imperio de Bizancio, tras separarse definitivamente del Imperio Romano de Occidente. De este modo, Roma y Constantinopla pasaron a ser los dos principales centros cristianos.

Vimos cómo durante los tres primeros siglos el cristianismo optó mayoritariamente por una coexistencia pragmática con la cultura grecorromana. Pero, llegada la Paz de Constantino, la relación entre la Iglesia y el Imperio cambió enormemente: desde entonces se fue extendiendo entre los cristianos la idea de que el emperador actúa según los dictados de la Providencia divina. El máximo representante de esta postura

es el historiador y teólogo san Eusebio de Cesarea (275-339), quien considera que Dios se sirvió del Imperio Romano para preparar la implantación del cristianismo.

Pronto, en el seno de la Iglesia, sobre todo en Oriente, se estableció una estrecha relación entre Dios y el emperador, siendo Cristo su mediador. En efecto, en esta época se consideraba que había una unidad sustancial entre el Imperio Romano, convertido en imagen del Reino de Cristo en la tierra, y la Iglesia, transformada en Iglesia universal. Esto produjo en el Imperio de Oriente el llamado *cesaropapismo*, según el cual, si bien se intentó mantener una distinción entre la esfera religiosa –a cargo de los obispos– y la esfera civil –en manos de los gobernantes y magistrados–, el emperador pasó a ser considerado, de hecho, el mediador entre sus súbditos y Dios, llegando a inmiscuirse mucho en cuestiones internas de la Iglesia. Veremos en el próximo capítulo que esto se acentuó en los siglos venideros.

Pero en el Imperio de Occidente no pudo ser así debido a que hubo un tiempo en el que el poder político cayó en manos de la herejía arriana – que niega la divinidad de Jesús–, lo que provocó un considerable distanciamiento con la Iglesia. Por ello, casi al contrario de lo que ocurría en Oriente, la Iglesia de Occidente se mantuvo bastante libre e independiente del poder político, situándose por encima de él en cuestiones religiosas y morales. San Ambrosio de Milán (ca. 333-397) fue uno de los principales defensores de esta postura.

ESPIRITUALIDAD DE LA IGLESIA LEGALIZADA

Tras la Paz de Constantino, la Iglesia tenía total libertad para predicar el Evangelio por todo el Imperio: ese fue el más importante beneficio que obtuvo al cambiar su estatus. Ello trajo consigo una fuerte expansión del cristianismo, pues no sólo comenzaron a convertirse en masa los habitantes de las ciudades, sino que, además, los misioneros cristianos emprendieron la evangelización de las zonas rurales –los *pagos*–, hasta entonces casi totalmente descristianizadas: de ahí el término *pagano*. A lo largo del siglo IV la población cristiana pasó de ser el 10% de los habitantes del Imperio al 50%.

Asimismo, el fin de las persecuciones también permitió a la Iglesia mejorar su organización y crear instituciones y mecanismos eficaces para tomar decisiones –organizando Concilios ecuménicos y Sínodos–, atender a los más necesitados –creando albergues, hospitales y orfanatos– y celebrar una buena liturgia.

Desarrollo de la liturgia

Debido a que las celebraciones comunitarias podían ser un medio para extender herejías, la Iglesia promovió la elaboración de libros litúrgicos «oficiales». Por ello, éste fue un momento de gran creatividad litúrgica: mejoraron mucho los textos y la música, y cada Iglesia local adaptó la liturgia a su cultura, siempre respetando la doctrina establecida. La Iglesia occidental optó por el latín para las celebraciones comunitarias, pues cada vez menos gente conocía el griego.

Como ya no era necesario reunirse furtivamente en las casas familiares, la Iglesia comenzó a construir lugares públicos de culto: las iglesias. Curiosamente, éstas no tenían la distribución interior de los templos paganos, en los que se reservaba un lugar de especial «presencia divina», a la que se da culto, sino la estructura de las basílicas, que estaban especialmente pensadas para reunir a la gente en actos multitudinarios. En efecto, los cristianos sabemos que Dios, si bien está en todas partes, se hace especialmente presente allá donde varios creyentes se reúnen en nombre de Jesús (cf. Mt 18,20). Por eso las iglesias son lugares de reunión comunitaria.

En el siglo IV se generalizó la celebración de la Eucaristía en los días de diario y se desarrollaron las celebraciones eucarísticas para el Triduo Pascual, Navidad, Epifanía y las fiestas de los santos. En las celebraciones, el pueblo participaba activamente con cantos y oraciones. Además, generalmente entendía bien la lengua empleada en la liturgia. Por todo ello, aquellas Eucaristías eran una hermosa celebración comunitaria en la que los asistentes compartían su fe y una viva experiencia espiritual.

También se potenció la oración comunitaria. Si en tiempos de las persecuciones la oración era fundamentalmente individual y se realizaba en las casas, tras la paz constantiniana la oración adquirió un fuerte carácter comunitario. Se constituyeron dos tipos de Oficio divino: el Oficio catedralicio, en el que el pueblo fiel oraba junto a su obispo y sus presbíteros en la catedral; y el Oficio monástico, rezado por los monjes en su capilla. Para que nos demos cuenta de la importancia espiritual de la oración comunitaria de aquella época, dejemos que san Agustín (354-430) nos relate su experiencia en este bello texto en el que habla con Dios:

«¡Cuánto lloré también oyendo los himnos y cánticos que para alabanza vuestra se cantaban en la iglesia, cuyo suave acento me conmovía fuertemente y me excitaba a devoción y ternura! Aquellas voces se insinuaban por mis oídos y llevaban hasta mi corazón vuestras verdades, que causaban en mí tan fervorosos afectos de

piEDAD, que me hacían derramar copiosas lágrimas, con las cuales me hallaba bien y contento» (*Confesiones*, 9, 6, 14).

Los ejercicios ascéticos también adquirieron una forma comunitaria. Un claro ejemplo es la Cuaresma, que es un tiempo de preparación, por una parte, para los catecúmenos que se van a bautizar en Pascua, por otra parte, para los penitentes que quieren reconciliarse con Dios y, asimismo, para todos los fieles en general que desean llegar preparados para vivir intensamente la Resurrección del Señor en la Pascua. Pues bien, el ayuno cuaresmal de cuarenta días fue establecido en Roma en torno al año 350, y unos años más tarde, en tiempos del Papa san Dámaso (304-384), ya estaba organizado.

Culto a Cristo, los mártires y María

Poco a poco, en tanto que se fue haciendo patente que el Imperio se cristianizaba, el pueblo fiel dejó de ver a Jesús como Aquel que, dentro de su corazón, compartía su dolor y sufrimientos, para verlo como «el Dios del Imperio». Con lo cual, su imagen poco a poco se fue alejando mentalmente de los fieles cristianos, que pasaron a imaginarlo sentado en lo alto, en su corte celestial, apartado de la realidad mundana.

Sabemos que ya existía el culto a los mártires antes de la Paz de Constantino. Pero en esta época aumentó mucho. En efecto, como pasaba en una corte terrenal, en la que si se quería acceder al gobernante era preciso contar con la ayuda de un mediador cercano a él, los fieles cristianos sintieron la necesidad de contar con mediadores en la corte celestial para ser escuchados por Jesús, y los mejores eran los mártires, pues son los que están más cerca de Él. Por ello, el culto a los mártires se extendió muchísimo, promovido por los obispos, que edificaron grandes iglesias sobre sus tumbas.

Sin embargo, el culto a María se desarrolló mucho menos que el de los mártires, porque podía ser fácilmente confundido con el culto a las diosas paganas (Celeste, Isis, Artemisa, Demeter, etc.), las cuales despertaban una gran devoción en el mundo grecorromano, y también entre los cristianos recién convertidos. Hubo que esperar al siglo V, una vez que fueron prohibidas las religiones paganas y se definió el dogma de la Madre de Dios (431), para que la Iglesia se decidiese a propagar con fuerza el culto a María. La primera oración mariana de que se tiene constancia –a excepción del Magníficat (Lc 1,46-55)– fue compuesta probablemente en Egipto en torno al siglo III. Es ésta:

«Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;

no deseches las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos de todo peligro,
¡oh siempre Virgen, gloriosa y bendita!».

Humanización del Imperio y decadencia religiosa

Es importante destacar que, a medida que los emperadores se convirtieron al cristianismo, fueron cristianizando y humanizando las leyes y costumbres del Imperio. Por ejemplo, en el siglo IV dejó de emplearse la crucifixión para ejecutar a la gente y se prohibieron los combates de gladiadores y otros espectáculos cruentos en el circo. Y como ya hemos comentado, la Iglesia creó instituciones para proteger a los más indefensos: los pobres, los huérfanos y las viudas.

Pero el final de las persecuciones y la consiguiente expansión de la Iglesia trajeron consigo la masificación del cristianismo y, a la postre, un descenso en la «calidad» de su vida espiritual. Por ello, poco a poco las comunidades cayeron en una decadencia religiosa. Como reacción, algunos cristianos optaron por el monacato, buscando en esta forma de vida una alta «calidad» espiritual.

Por otra parte, ya hemos visto que la Iglesia perdió su independencia respecto del emperador sobre todo en el Oriente, donde éste se consideraba como el «obispo de los obispos», inmiscuyéndose enormemente en las cuestiones internas de la Iglesia y sirviéndose de ella para gobernar. Ello trajo consigo una penosa consecuencia: las grandes familias vieron en el episcopado una forma rápida y cómoda de obtener poder. Por ello pugnaban para que destacados miembros de su familia fuesen ordenados obispos. Esta lamentable lacra también afectó a la Iglesia de Occidente.

Asimismo, la cristianización del Imperio fue un ámbito muy propicio para que surgiesen múltiples conflictos religiosos y herejías, provocados en muchas ocasiones por motivos políticos. Para intentar resolver estos problemas, se organizaron numerosos Sínodos y Concilios, lo que obligó a los obispos a ausentarse demasiado tiempo de sus diócesis.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Vírgenes y monjes

Afortunadamente ya no morían cristianos martirizados, por lo que la consagración a Dios pasó a ser el ideal supremo de los fieles cristianos, y así, los monjes y las vírgenes consagradas se convirtieron en la principal

referencia de santidad. Éstas, viviendo en medio de las comunidades cristianas, daban un magnífico ejemplo de vida entregada a la oración, la ascesis y el servicio caritativo, y entre ellas también había excelentes maestras espirituales.

Los monjes, en lugar de quedarse en los centros urbanos, lo dejaban todo para vivir en medio de la naturaleza, donde se entregaban a la contemplación de Dios y la lucha contra las tentaciones. De ellos hablaremos más adelante.

Con el paso del tiempo, a medida que se extendió y fortaleció el monacato, las vírgenes consagradas –que, recordemos, vivían con sus familias– fueron pasando a formar parte de comunidades monásticas, y así, esta forma de vida cayó en desuso. Hay que esperar a 1970 a que el Papa Pablo VI reavive y ponga al día este especial modo de vivir la virginidad, tan característico de los primeros siglos de la Iglesia.

Clero

A pesar de que con la cristianización del Imperio Romano surgieron algunas personas sin escrúpulos que buscaban ser nombrados obispos para medrar social y políticamente, el siglo IV destaca por ser el siglo de los grandes obispos: san Atanasio de Alejandría (ca. 295-373), san Basilio de Cesarea (ca. 330-379), san Gregorio Nacianceno (329-389), san Gregorio de Nisa (ca. 330-ca. 395) y san Juan Crisóstomo (ca. 344-407), entre otros, en la Iglesia de Oriente, y san Hilario de Poitiers (ca. 315-367), san Ambrosio de Milán (ca. 333-397) y san Agustín de Hipona (354-430), entre otros, en la Iglesia de Occidente. Todos ellos son Padres de la Iglesia, pues sus escritos son considerados fundamento de la doctrina eclesial. Pero es preciso afirmar que junto a estos obispos estaban sus presbíteros y diáconos y, sobre todo, su comunidad, que les sostenían y apoyaban. No olvidemos que las comunidades cristianas son clave para que el clero sea realmente santo.

Vimos en el capítulo anterior cómo el valor de la virginidad se introdujo también entre el clero desde los primeros tiempos de la Iglesia, de tal forma que cada vez eran más los obispos, presbíteros y diáconos que renunciaban a tener una mujer y se dedicaban por completo a su ministerio pastoral, evitando así tener el corazón «dividido» entre los asuntos divinos y los asuntos familiares (cf. 1Cor 7,32-38). Además, todo parece indicar que buena parte del pueblo fiel prefería que sus clérigos fueran célibes. Pues bien, llegado el siglo IV, era tan fuerte esta tendencia, que en el primer Concilio celebrado en España –concretamente en Elvira (cerca de Granada), hacia el año 305– se determinó que los obispos, presbíteros,

diáconos y subdiáconos de esta región que estuviesen casados, habían de guardar continencia sexual con sus esposas. Ciertamente, el celibato de los clérigos se extendió por toda la Iglesia occidental, aunque de forma muy desigual, pues los Papas permitieron que los obispos de cada región legislasen sobre esta cuestión según su parecer.

MONACATO DEL DESIERTO

Nacimiento del monacato

Podemos decir que las mujeres vírgenes y los varones ascetas que vivían en el seno de las diócesis antes de la Paz de Constantino fueron el preludeo o el germen de la vida religiosa. Pero aún no constituían tal forma de vida porque no cumplían la condición más importante: dejarlo todo para entregarse plenamente a Dios. En efecto, recordemos que no hacían voto de pobreza, es decir, no se desprendían de sus posesiones y, además, seguían muy apegados a su ambiente familiar y diocesano. Tampoco hacían voto de obediencia. Es decir, aunque eran personas consagradas a Dios, se considera que no alcanzaron el estado de vida religioso.

Fueron varones ascetas los primeros que, en el siglo III, se aventuraron a dejarlo todo adentrándose en solitario en el desierto para allí encontrar un ambiente más propicio para entregarse plenamente a Dios. Son, propiamente, los primeros religiosos.

Decimos que fueron varones, y no mujeres, por motivos puramente culturales: en aquella época estaba muy mal visto que una mujer saliese de la ciudad para vivir sola en medio del campo. Eso sólo lo hacían las prostitutas, las delincuentes, las brujas o las «endemoniadas». Pero una vez que la vida solitaria masculina tomó fuerza y prestigio, las mujeres pudieron emprender también esta forma de vida, aunque no parece que fueron muchas las que lo hicieron, ni se alejaron de las poblaciones, por el peligro que suponía para ellas, pues quedaban a merced de los maleantes que habitaban las zonas despobladas.

Para entender el monacato primitivo hay que tener en cuenta que en el mundo antiguo se distinguían cuatro espacios concéntricos: en el centro estaba la *polis*: donde vivía la gente; en torno a ella se encontraba el *agro*: la zona agrícola, donde se cultivaban los campos; después estaba la *jorá*: la zona forestal y ganadera, donde se cortaba madera y se pastoreaba el ganado; y por último, se hallaba el amplio *éremos*: la pura naturaleza, una zona «vacía», inhabitada, donde no regían las leyes de la *polis*, y en la que vivían las bestias, los bandidos y los «demonios». Efectivamente, el *éremos*

era esa «tierra de nadie» que se extendía entre las zonas habitadas. Es identificado con el *desierto* porque en Egipto y en otras zonas donde surgió el monacato primitivo, el *éremos* tenía –y tiene– un clima desértico. «Desierto» es también sinónimo de «deshabitado» y «vacío».

A los monjes del desierto se les llama *anacoretas*. Este término procede de la unión de *aná* y *jorá*. *Aná* significa «más allá». Es decir, los anacoretas son los que viven más allá de la *jorá*, en el *éremos*. Y precisamente del término «éremos» proceden los otros dos nombres que reciben estas personas: «eremitas» o «ermitaños». Lógicamente, la palabra «ermita» procede a su vez de estos últimos términos, pues, en su origen, hacía referencia al habitáculo donde residía el ermitaño.

Esto nos lleva a un elemento muy importante en la espiritualidad de los monjes del desierto: la *fuga del mundo*. Vimos que esto ya lo vivían los cristianos en tiempos de las persecuciones, pero los monjes lo tomaron de un modo radical: buscando físicamente un lugar apropiado donde entregarse a Dios en cuerpo y alma. Pero, como es bien sabido, el buen monje no huye del *mundo real*, sino del *mundo del pecado*, y lo hace precisamente para ayudar a mejorar el mundo real. En efecto, huyendo del pernicioso ambiente social de las ciudades, aquellos monjes se adentraban en la soledad de la naturaleza para poder luchar cara a cara contra los «demonios», es decir, contra las tentaciones, y así llegar a unirse íntimamente con Dios. De ese modo daban un valiosísimo testimonio a los cristianos que vivían en las ciudades, mostrándoles que el Evangelio predicado por Jesús es real, no una mera utopía. Paradójicamente, la distancia física no era obstáculo para que aquellos monjes fueran un puntal espiritual importantísimo para las comunidades cristianas, sino, más bien, todo lo contrario, pues su influencia se hacía sentir en toda la Iglesia.

Pues bien, hay dos motivos que, muy probablemente, impulsaron a los primeros ascetas a «huir del mundo» adentrándose en el desierto. El primero y principal ya lo hemos comentado anteriormente: la decadencia religiosa de las comunidades cristianas, a consecuencia de su masificación. En el siglo III había ciudades –por ejemplo, Alejandría– en las que las comunidades cristianas eran muy numerosas. El otro motivo, aunque secundario, es la búsqueda de un lugar seguro donde ocultarse de las duras persecuciones que emprendió el Imperio Romano contra los cristianos antes de la Paz de Constantino. Es decir, hubo ascetas que prefirieron no pasar por la durísima prueba del «martirio físico» y optaron por el «martirio espiritual» que supone dejarlo todo para estar junto a Dios en tierra de nadie.

A partir de aquí, podemos concretar las cuatro etapas que determinan el nacimiento y desarrollo del monacato del desierto:

1°. En el siglo III ciertas comunidades cristianas entraron en decadencia y algunos de sus ascetas decidieron irse a vivir a las afueras de su ciudad para encontrarse a solas con Dios.

2°. Su fama de santidad era tan grande que muchas personas acudían a ellos para pedirles consejo o ayuda espiritual. Por ello, estos ascetas decidieron adentrarse en el desierto en busca de paz y sosiego. Esto no impedía que siguiesen buscándoles con ahínco, lo cual movía a los ascetas a adentrarse aún más en el desierto.

3°. Poco a poco se fueron uniendo a ellos otros cristianos que buscaban vivir su modo de vida, creándose las primeras colonias de eremitas en torno a ellos, los cuales pasaban a ser *abbas*, es decir, padres espirituales.

4°. Llegado el siglo IV, algunos anacoretas decidieron vivir en comunidad bajo una Regla de vida, naciendo así la vida cenobítica o comunitaria. El primer impulsor de esta forma de vida fue san Pacomio Tabenense (290-346), del que hablaremos más adelante.

En poco tiempo el monacato del desierto se popularizó, pues eran muchos los que dejaban todo para tomar esta forma de vida. Por otra parte, el monacato se diversificó en tres grandes tipos: los anacoretas, los cenobitas y los semicenobitas.

Influencias

Si investigamos qué influyó en el desarrollo del monacato del desierto, descubrimos dos fuentes principales: las comunidades de terapeutas judíos y los textos bíblicos. Esto último puede resultar algo chocante pues las Escrituras no animan explícitamente a ser monje en el desierto. Sin embargo, hay pasajes que hablan de la especial espiritualidad de esta forma de vida. Nos referimos sobre todo a los relatos del Pentateuco que narran el éxodo que emprendió el pueblo de Israel por el desierto para, en él, unirse a Dios en Alianza y así llegar a la Tierra Prometida. También hemos visto que hay profetas que definen el *desierto* como un lugar privilegiado donde Dios nos espera para unirse a nosotros como un «amante Esposo». Recordemos este precioso texto de Oseas, en el que Dios desea estar con su «amada»: «Yo la seduciré, la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón...» (Os 2,16). Asimismo, san Juan Bautista habitó en el desierto (cf. Mt 3,1-4) y el propio Jesús estuvo cuarenta días orando y ayunando en él, y allí venció al tentador demonio (cf. Mc 1,12-13). Todo

esto nos lleva a concluir que, según las Escrituras, el desierto es un ámbito especial en el que, tras vencer las tentaciones que nos alejan de Dios, nos unimos a Él, experimentando así el Reino de Dios.

Pero la Biblia no es la única influencia que tuvieron los monjes del desierto. En efecto, en el siglo III los cristianos estaban en contacto con ciertas escuelas filosóficas y religiosas no cristianas que valoraban mucho la vida ascética. Éstas pudieron influir, en mayor o menor medida, en el monacato primitivo. Probablemente, los que más lo hicieron fueron los *terapeutas*, llamados así porque sanaban espiritualmente a la gente. Se trata de unas colonias de judíos eremitas que vivían al sur de Alejandría, de las que habla Filón de Alejandría (ca. 15 a.C.- ca. 45 d.C.). Todo parece indicar que guardaban una estrecha relación con los esenios. Es razonable suponer que en el siglo III aun subsistían estas colonias e, incluso, que existiera algo parecido en torno a otras ciudades con gran presencia judía. Pues bien, tanto se parecían aquellos *terapeutas* –de los que habla Filón– a los monjes cristianos del desierto, que algunos autores pensaron que Filón había tomado por judíos a monjes que, en realidad, eran cristianos. Pero los investigadores modernos han comprobado que Filón no se equivocó: aquellos monjes del desierto del siglo I eran judíos, no cristianos. Lo cual nos lleva a deducir que probablemente los primeros monjes cristianos siguieron en cierta medida la forma de vida de los *terapeutas* judíos.

Eremitas

El eremitismo es la vida solitaria junto a Dios. Como ya hemos dicho, el monacato eremítico del desierto estaba constituido sobre todo por varones. Ciertamente, hubo algunos que vivieron en total soledad. Pero lo más normal es que los eremitas se juntaran formando colonias en las que cada uno vivía solo en su celda –o ermita–, pero cerca de un padre espiritual –o *abba*–. Éste era la clave del buen funcionamiento de la colonia, pues los eremitas no tenían una Regla de vida, sino que se limitaban a seguir las normas y consejos que su *abba* les daba.

Aquellos monjes se reunían los sábados y domingos para comer, orar, dialogar sobre temas espirituales, escuchar *colaciones* –o conferencias espirituales– y para celebrar la Eucaristía. El resto de la semana la pasaban a solas en su celda, que era generalmente una pequeña cabaña o cueva. En ella dedicaban el día a orar, trabajar manualmente y hacer duras penitencias: ayunando, durmiendo poco, etc. Salvo algunos casos esporádicos, estos monjes apenas tenían estudios. Los salmos se los aprendían de memoria para poder recitarlos todos los días. Y sólo eran ordenados sacerdotes cuando era necesario para la celebración de la Eucaristía.

Se mantenían económicamente gracias al trabajo manual, que consistía, generalmente, en hacer cestos de mimbre, cuerdas o tejidos de lino. Uno de los hermanos iba a la ciudad para canjear por pan lo que los monjes habían manufacturado. Dicho reparto se efectuaba el domingo, cuando todos estaban juntos. Asimismo, en las colonias solía haber una hospedería a la que acudían aquellos que se aventuraban a adentrarse en el desierto en busca de la ayuda espiritual que les ofrecían los monjes.

Cuando el *abba* moría y no era reemplazado por otro *abba* que fuese un verdadero referente espiritual para sus hermanos, la colonia entraba en decadencia. Esto, junto con la dureza psicológica y física que supone vivir solo en medio de la naturaleza, hacen que esta forma de vida sea frágil y vulnerable. El eremitismo ha tenido varios momentos de florecimiento a lo largo de la historia del cristianismo. En la actualidad es más bien escaso.

San Antonio Abad y santa Sinclética

Es necesario hacer una breve alusión al principal referente del eremitismo: san Antonio Abad (ca. 251-356). Su biografía se narra en la *Vida de Antonio* que fue escrita por san Atanasio de Alejandría (ca. 295-373) hacia el año 357, es decir, al poco de morir este santo. Dicha obra le convirtió en el gran referente de la vida religiosa durante muchos siglos. En ella se nos dice que cuando san Antonio tenía unos 20 años decidió dejarlo todo y entregarse a la vida ascética. Primero lo hizo enfrente de su casa, después en una tumba lejana y luego en pleno desierto. Pasado el tiempo se formaron en torno a él varias comunidades de eremitas. Más tarde se trasladó a una zona cercana al mar Rojo, donde murió con más de 100 años.

A san Antonio se le representa artísticamente junto a una cerda salvaje que él curó y domesticó. Dado que los cerdos eran considerados animales impuros, dicha cerda representa simbólicamente el pecado, el cual fue doblegado por este santo gracias a su vida eremítica. También representa el dominio que san Antonio tenía sobre la creación, lo cual es una muestra de su santidad (cf. Gn 1,28). Por todo ello fue nombrado patrono de los animales.

También hubo colonias de mujeres anacoretas formadas en torno a una madre espiritual –o *amma*–. Como ya hemos explicado, no fueron numerosas, en comparación a las formadas por varones, ni se alejaban de las poblaciones. La comunidad femenina más famosa fue la de santa Sinclética († ca. 350). Esta monja, atraída por el ideal de la virginidad, vendió todo cuanto tenía tras la muerte de sus padres y se puso a vivir en un sepulcro situado a las afueras de Alejandría. Debido a su fama

espiritual, junto a ella se formó una colonia de mujeres que deseaban seguir sus pasos. La *Vida de Sinclética* fue escrita por un autor anónimo hacia finales del siglo IV o en la primera mitad del siglo V, con el fin de que su vida y enseñanzas sirvieran de ejemplo y referencia para las mujeres que optan por este tipo de vida.

Cenobitas pacomianos y semicenobitas

Los monjes cenobitas se distinguen por vivir en comunidad dentro de un mismo recinto amurallado y siguiendo una Regla de vida. La primera fue escrita por san Pacomio Tabenense (290-346). Cuando tenía 20 años fue reclutado a la fuerza por el ejército romano. Mientras le llevaban encadenado junto a otros hacia un lejano cuartel, en un descanso apareció un grupo de personas llamadas «cristianas» que les socorrieron a él y a sus compañeros. Esto le dejó tan marcado que decidió hacerse cristiano al acabar el servicio militar. Así lo hizo: tras su paso por el ejército, se bautizó y pasó varios años haciendo vida de eremita. Después se dirigió a la región del Tabennesi, al borde del Nilo, donde se le unieron otros discípulos y comenzaron a vivir en comunidad, pero aquello acabó sumido en el caos. Sin embargo, no desistió en su empeño, pues sabía que era voluntad de Dios. Por ello, en el año 323, volvió a repetir la experiencia de vida comunitaria con otros discípulos, pero esta vez san Pacomio escribió unas normas que han sido, a la postre, la primera Regla de vida religiosa. Aquella comunidad prosperó, y después fundó otros monasterios masculinos y femeninos.

San Pacomio ideó la Regla basándose en dos fuentes: una funcional y otra espiritual. A nivel funcional, este santo se apoyó en el sistema organizativo de los cuarteles del ejército romano, adaptado, claro está, a la vida evangélica. A nivel espiritual, su gran referencia es el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se cuenta que la unidad era un elemento esencial en la primera comunidad cristiana (cf. Hch 4,32): por eso los monjes y monjas pacomianos comen, trabajan, oran y descansan en comunidad. Pues bien, siguiendo estas dos referencias, san Pacomio no tuvo reparos en constituir grandes comunidades monásticas, a veces con más de quinientos monjes. Las emplazaba en pleno desierto, alejadas de las zonas habitadas y totalmente rodeadas por un muro, dentro del cual construían los edificios necesarios para la vida monástica: iglesia, comedor, despensa, barracones donde duermen los monjes, etc. En estas comunidades el abad era –y es– muy importante pues, además de ser quien gobierna el monasterio, es sobre todo el padre espiritual de los monjes. El monacato pacomiano sigue vivo en Egipto, aunque ahora se le llama *monacato copto*, pues forma parte de la Iglesia copta.

Con el paso del tiempo fueron apareciendo diferentes tipos de comunidades monásticas que tenían una forma de vida intermedia entre el eremitismo y el cenobitismo. La forma más característica de semicenobitismo –o semieremitismo– son las *lauras*. Se trata de monasterios formados por un conjunto de cabañas –donde viven en soledad los monjes o las monjas– que se agrupan dentro de un muro, en cuyo recinto también hay una iglesia y otros edificios comunes. Este tipo de vida surgió en la zona de Palestina y pretendía reproducir la vida de los eremitas del desierto. Pero, con el paso del tiempo, fueron evolucionando hacia una vida puramente cenobítica.

DESARROLLO DE LA VIDA RELIGIOSA

Diferencias entre mujeres y varones

Por diversos motivos culturales y antropológicos, durante muchos siglos la vida religiosa ha reproducido, en cierto modo, la forma de vida de los laicos. Así, hasta hace poco, las laicas han vivido metidas en sus casas ocupadas de las tareas del hogar y de la huerta, situada dentro de la casa. Esto propició que las monjas viviesen dentro de la clausura en monasterios –situados generalmente en el interior de las ciudades– ocupadas en tareas propias de mujeres como, por ejemplo, confeccionar tejidos o criar a niños abandonados.

Por otra parte, así como el poder político estaba en manos de varones, los monasterios femeninos estaban generalmente supervisados espiritualmente por un monje o el obispo diocesano, quien habitualmente delegaba esta función en un clérigo de confianza. Con todo, los monasterios eran el ámbito donde las mujeres contaban con más autonomía. Como veremos más adelante, hay que esperar a finales del siglo XV para que comience a desarrollarse la vida religiosa apostólica femenina, sin clausura obligatoria. Pero este proceso fue lento, abrupto y complejo.

Los varones laicos generalmente tenían su actividad fuera del hogar: en los campos de labranza, cortando leña, pastoreando, cazando o viajando para vender sus mercancías. Por ello los monjes sentían más a gusto en el campo, donde pueden realizar sus trabajos artesanales, agrícolas o ganaderos sin el riesgo de ser molestados por la gente. Además, hay que tener en cuenta que situándose en el campo evitaban conflictos con el clero secular, emplazado dentro de las ciudades y pueblos.

En efecto, el monacato masculino ha solido mantenerse bastante independiente respecto a la iglesia diocesana, en el sentido de que, por lo general, ésta no se ha inmiscuido en la vida de los monjes. Ello no ha impedido que en numerosas ocasiones el monacato masculino haya surtido de obispos y de otros altos cargos eclesiásticos a la iglesia diocesana. Pero cuando un monasterio masculino ha estado –o está– situado dentro de una ciudad o cerca de ella, los monjes tienen ordinariamente una estrecha relación con la iglesia diocesana.

Monasterios mixtos

Ha sido bastante normal constituir *monasterios dúplices* –también llamados *monasterios mixtos*– formados por una comunidad femenina y otra masculina que vivían muy cerca la una de la otra, haciendo vida separada, pero bajo el gobierno de un mismo superior que, salvo algunas excepciones, era varón. Según parece, era relativamente frecuente que estas comunidades compartieran la oración comunitaria y la Eucaristía. Se constituyeron este tipo de monasterios por dos motivos: bien cuando una comunidad femenina se fundaba cerca de una masculina ya constituida, lo cual ha ocurrido desde los orígenes del monacato pacomiano; o bien cuando un grupo de monjes se instalaban junto a una comunidad de monjas para ayudarlas a nivel administrativo y espiritual, lo cual se ha dado desde el siglo VI y sólo en la Iglesia occidental.

Los monasterios dúplices constituían una importante excepción a la costumbre de emplazar los monasterios femeninos en las ciudades pues, como pasaba con el monacato pacomiano y otras antiguas familias religiosas, era muy normal que junto a un monasterio masculino situado en medio de la naturaleza, se situase otro femenino, pues las monjas se sentían protegidas por los altos muros que rodeaban el monasterio y, sobre todo, por la presencia de los monjes.

En Occidente, este tipo de comunidades en las que un mismo superior –o superiora– gobierna a varones y mujeres tuvo auge en la Alta Edad Media (siglos V-X), pero después fue disminuyendo hasta desaparecer. De hecho, actualmente están prohibidas en el Derecho Canónico. Pero se ha mantenido la costumbre de erigir comunidades masculinas junto a femeninas, o viceversa, sobre todo del mismo Instituto religioso, cada una con su superior.

Monacato basiliano

La vida religiosa cenobítica, que pronto pasó a ser la mayoritaria, dependía en gran medida de las Reglas de vida. Surgieron muchas, generalmente tomando como referencia otras Reglas anteriores. Pero no

todas han subsistido. En Occidente, la Regla de san Benito fue durante los siglos IX al XII la hegemónica, con ayuda de los monarcas y del Papado. Pero la Iglesia católica permitió que aparecieran otras Reglas y legislaciones religiosas que facilitaron adaptar la vida religiosa al difícil devenir de los siglos. De ello hablaremos en capítulos posteriores. En la Iglesia bizantina, en cambio, se acabó imponiendo la Regla de san Basilio, que reemplazó a todas las otras Reglas, generalmente con ayuda de los emperadores de Bizancio.

San Basilio de Cesarea (ca. 330-379) nació en el seno de una familia rica y muy cristiana que residía en la Capadocia (región interior de la actual Turquía). Tras recibir una buena formación intelectual, decidió hacerse monje siguiendo el ejemplo de su madre y de su hermana, que habían fundado una comunidad de monjas en unos terrenos de la familia. Pero antes de tomar este tipo de vida, quiso conocerla de primera mano, por ello emprendió un largo viaje de un año recorriendo monasterios de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto. Regresó convencido de que la vida religiosa ha de apoyarse en la experiencia fraterna y ha de prestar servicio a la Iglesia diocesana.

Los monasterios basilianos están constituidos por comunidades pequeñas, lo cual permite tener un contacto cercano entre todos los hermanos o hermanas. Su vida gira en torno a la oración, el trabajo, el estudio y el diálogo fraterno. Asimismo, san Basilio quiso que los monasterios se emplazasen a las afueras de las ciudades, con el fin de que sirvieran de referencia y ayuda a los cristianos que habitan en ellas. Además, los monjes y las monjas se ocupan de educar a niños y jóvenes, asisten a los peregrinos y realizan otras actividades sociales y pastorales cuando son requeridos por el clero secular.

AUTORES ESPIRITUALES

Hay magníficos escritos espirituales de los Padres de la Iglesia de esta época. Recordemos que hemos nombrado a los principales al hablar de los obispos.

Evagrio Póntico y los apotegmas del desierto

También el monacato fue una importante fuente espiritual. Algunos monjes pusieron por escrito las enseñanzas de los padres espirituales y lo hicieron en forma de pequeños párrafos, llamados *apotegmas*. Estos fueron agrupados formando colecciones que han llegado hasta nuestros días. La mayoría de los autores de los apotegmas son monjes, llamados *Padres del*

desierto, aunque también hubo monjas: las *Madres del desierto*. Cabe destacar a san Macario el Grande (ca. 310-ca. 391) –uno de los primeros monjes en instalarse en el desierto de Escete, al norte de Egipto–, Evagrio Póntico (ca. 345-399), Paladio de Galacia (ca. 368-ca. 430) –autor de la *Historia Lausiaca* (420)–, abba Poimen o Pastor (ca. 340-ca. 450) –que aparece como autor, o citado, en más de 300 apotegmas– y la ya conocida santa Sinclética.

Los apotegmas de los Padres y Madres del desierto en algunas ocasiones intentan ser paradójicos o impactantes con el fin de incitarnos a una profunda meditación. Por ejemplo, dice santa Sinclética: «A los que viven en comunidad, antepónganles la obediencia a la austeridad, pues la austeridad puede producir hipocresía, mientras que la obediencia conduce a la humildad» (PG 65, 425-428, apotegma 16). Y dice Evagrio: «Si tu hermano te exaspera, invítalo a tu casa y no dudes acercarte a él. Antes bien, come tu pan con él; obrando así, salvarás tu alma y no será para ti obstáculo en el momento de la oración» (*A los monjes*, c. 15).

Evagrio Póntico confeccionó las primeras colecciones de apotegmas y lo hizo agrupándolos según su temática. Como indica su apellido, este monje nació en el Ponto (en la costa sur del Mar Negro), se formó teológicamente en Constantinopla y marchó a Jerusalén para ser monje. Allí, siendo acompañado espiritualmente por santa Melania la Vieja (ca. 323-410), tomó la decisión de ir a Egipto. Tras pasar dos años de prueba en el desierto de Nitria (al sur de Alejandría), se estableció definitivamente en el desierto de Las Celdas (al sur de Nitria), donde estaba muy extendida entre los monjes la espiritualidad de Orígenes (ca. 185-254). Allí maduró como monje y escribió varias obras.

En su pensamiento espiritual y teológico, Evagrio tomó muchos elementos origenistas. Por ello, debido a que, tras su muerte, fue declarado erróneo parte del pensamiento de Orígenes, también fueron declarados erróneos los escritos del propio Evagrio. Actualmente se considera que, si bien es cierto que las obras teológicas de Evagrio están contaminadas de ciertos errores origenistas, sus escritos ascéticos son perfectamente válidos. Tanto es así, que la espiritualidad de este monje pasó a influir en muchos otros autores espirituales antiguos, aunque ninguno le cita por temor a ser condenado. Su pensamiento espiritual llegó a Occidente por medio de Juan Casiano (360-435), del que hablaremos en el próximo capítulo.

Evagrio tomó de Orígenes los tres grados de maduración espiritual: principiante, avanzado y perfecto, que están asociados respectivamente a tres etapas espirituales: práctica, física y teológica. Dentro de su obra, lo más importante son los escritos que tratan sobre cómo superar el grado

espiritual de principiante, indicando con detalle cómo el monje ha de vencer los «demonios». Éstos son, de hecho, las tentaciones que tiene el monje, que son ocho y forman una cadena. Así lo explica el propio Evagrio:

«Ocho son, en suma, los pensamientos que engendran todo vicio: en ellos se contiene cualquier otro pensamiento: el primero es el de la gula, y tras él, el de la fornicación; el tercero es el de la avaricia; el cuarto el de la tristeza; el quinto el de la cólera; el sexto el de la acedia [que es el desconsuelo y desesperación que sufre el monje en la soledad de su celda]; el séptimo es el de la vanagloria y el octavo, el del orgullo. Ahora bien, que todos estos pensamientos turben el alma o no la turben, no depende de nosotros, pero que se detengan o no se detengan, o que exciten las pasiones o no las exciten, de nosotros depende» (*Tratado práctico*, c. 6).

Este autor también habla de una cadena de siete virtudes: «La fe, oh hijos, la confirma el temor de Dios, y a éste a su vez, la templanza, y a la templanza la mantiene firme la perseverancia y la esperanza. Y de ambas nace la impassibilidad, de la que es descendiente la caridad». Alcanzar esta última virtud marca el final de la *etapa práctica*, propia del principiante. Después, dentro del mismo apotegma, añade: «La caridad es puerta del conocimiento natural al cual suceden la teología y la beatitud final» (*Tratado práctico*, prólogo). El «conocimiento natural» consiste en contemplar a Dios en el mundo, que es propio de la *etapa física*, en la que están situados los avanzados. Pero cuando el monje adquiere la maduración espiritual del perfecto, se sitúa entonces en la *etapa de la teología*, es decir, del conocimiento inmediato de Dios con un corazón desnudo, y alcanza así la «beatitud final». Entonces el monje puede contemplar sin distracción a su amado Dios.

4. COMIENZO DE LA EDAD MEDIA (SIGLOS V-VII)

Si en el siglo IV el Espíritu Santo auxilió a la Iglesia para adaptarse a su legalización y a ser la religión oficial del Imperio Romano, en el siglo V la ayudó a afrontar un reto muy diferente: la caída del Imperio Romano de Occidente y la invasión de los pueblos germanos, que llegaron con una nueva religiosidad muy bien adaptada al mundo rural que resurgía en Europa tras la destrucción de sus ciudades. Daba así comienzo la Edad Media, en la que la Iglesia supo ocupar un lugar preponderante, gracias, en buena medida, a la vida monástica.

CONTEXTO

En el siglo IV el Imperio Romano de Occidente estaba sumido en una grave crisis, mientras que los pueblos germánicos del norte (los bárbaros) eran cada vez más fuertes. La consecuencia no se dejó esperar: en el año 378 comenzaron las invasiones bárbaras. Las ciudades del Imperio, una tras otra, fueron arrasadas y saqueadas, y su población se dirigió al campo. Sirva como ejemplo que en el año 430 san Agustín falleció en Hipona (norte de África) mientras la ciudad estaba sitiada por el ejército de los Vándalos.

Sin embargo, en el Imperio Bizantino –separado del Imperio Romano de Occidente en el año 395– la historia transcurrió de un modo muy diferente, pues en el siglo V no sufrió invasiones bárbaras, por lo que sus estructuras sociales y políticas se mantuvieron, de modo que la antigua sacrosanta majestad del emperador romano pervivió de forma cristianizada: dando lugar al denominado *cesaropapismo*, cuyo principal exponente lo encontramos en Justiniano (483-565), que encarnó esta máxima: «Un único Imperio y una sola Iglesia bajo la guía del emperador». Así, el emperador de Oriente era considerado como «semejante a los Apóstoles» y «obispo de los obispos», y su misión era supervisar a la Iglesia, velando por sus intereses e interviniendo activamente en su funcionamiento interno.

Volvamos a Europa occidental. Debido a las invasiones, se produjeron en ella grandes migraciones de población procedente del centro y norte de Europa que se asentaban en los territorios del Imperio, trayendo consigo su cultura y religión. Todo ello hizo que la influencia de la religiosidad germana fuese cada vez más fuerte en el siglo V, repercutiendo en la espiritualidad de la Iglesia, sobre todo a nivel del pueblo fiel. También influyeron los celtas –pues habitaban amplias regiones de las islas británicas, Francia y España– y otras antiguas culturas que subsistieron al

Imperio Romano. Pues bien, como culmen de la caída del Imperio de Occidente, en el año 476 los Hérulos depusieron al último emperador: Rómulo Augusto (ca. 462-?) y dio comienzo la Edad Media.

Toda esta situación provocó un gran cambio en la espiritualidad cristiana: de estar fundamentalmente influenciada por el ambiente urbano y la cultura grecorromana en los siglos I-IV, pasó a lo largo del siglo V a estar cada vez más influenciada por el ambiente rural y la cultura de los pueblos germánicos y así siguió siendo hasta que las ciudades recuperaron su poder socioeconómico en los siglos XII-XIII y, sobre todo, hasta que el Renacimiento rescató la cultura clásica grecorromana en los siglos XV-XVI, dando fin a la Edad Media.

Como era de esperar, los reinos germanos modificaron mucho la estructura social europea. A partir del siglo VI la esclavitud comenzó a desaparecer. En parte es gracias a la Iglesia, pues prohibió en los territorios gobernados por los nuevos reyes germanos que se esclavizase a los bautizados, los cuales son cada vez más numerosos debido a que los reinos germanos abandonan sus antiguas religiones y se cristianizan. Pero también influyó la nueva estructura social del *vasallaje* y la *servidumbre*. El vasallaje consistía en el acuerdo de mutua ayuda establecido por dos hombres libres: el *señor* y el *vasallo*, de tal forma que el señor le daba tierras al vasallo y se comprometía a protegerle, y éste a cambio se comprometía a obedecer y a luchar por su señor. El vasallo podía ser un noble de rango inferior. Este acuerdo no se apoyaba en un contrato legal o económico sino en la fidelidad y lealtad mutuas.

Por otra parte, la servidumbre era la relación que se establecía entre un hombre libre —es decir, el *señor*, que solía ser un noble— y sus *siervos*. Este acuerdo consistía en que el señor dejaba vivir y trabajar en sus tierras a sus siervos y, a cambio, éstos le daban parte de sus cosechas y estaban totalmente sometidos a él. Cuando un señor vendía o cedía sus tierras, lo hacía incluyendo a los siervos que las habitaban. En el ambiente rural de la Edad Media, este sistema era económicamente más beneficioso que la esclavitud.

Bueno, pues en el sistema social de la nueva Europa medieval, la Iglesia se situó en la cúspide, por encima de siervos, vasallos y señores, pues todos ellos la necesitaban. En medio del caos desatado por las invasiones y los nuevos reinos germanos, la Iglesia tuvo un papel social y político importante, ya que los gobernantes se servían de ella para regir y administrar su territorio. Los obispos se convirtieron así en jefes polivalentes que, además de desempeñar sus funciones religiosas,

ejercieron también labores políticas: negociando con los mandatarios germanos, y sociales: protegiendo a los pobres de los abusos de los señores.

Asimismo, el monacato encajó muy bien, pues los monjes emplazaban sus monasterios en el campo y desde ellos evangelizaban a la amplísima población rural de las regiones paganas. Para ello cristianizaron algunos ritos y costumbres paganos, como eran, por ejemplo, las romerías y las procesiones. También fue muy normal en la Edad Media que los reyes y señores se ayudasen de los monjes para regir y administrar sus territorios. Y además, la Iglesia diocesana recurrió a ellos asiduamente para que ocupasen el cargo de obispo. Las monjas, por su parte, ejercían una saludable influencia moral y espiritual dentro de las poblaciones donde situaban sus monasterios.

Así pues, la consecuencia de todo esto son los tres «órdenes clásicos» de la sociedad medieval: en el escalón de arriba estaban los *oratores* (orantes): que eran los eclesiásticos y los monjes; después estaban los *bellatores* (guerreros): constituido por los señores y los caballeros; y en el escalón más bajo se situaban los *laboratores* (trabajadores): los campesinos, que constituían la inmensa mayoría de la población y mantenían con su esfuerzo a los otros dos órdenes.

La llegada de la Edad Media influyó mucho en la teología. Los siglos IV y V fueron la cumbre de la patrística. Ésta se sirvió del magnífico sistema de enseñanza que había en las ciudades del Imperio Romano. Pero cuando éste se derrumbó y surgió un nuevo ambiente cultural y social, las escuelas fueron desapareciendo y por ello cada vez habrá menos autores teológicos de relevancia. Los últimos Padres occidentales son san Isidoro de Sevilla (ca. 556-636) y san Beda el Venerable (673-735). En Oriente también decayó la teología, de tal forma que el último Padre oriental es san Juan Damasceno (ca. 675-749).

Desgraciadamente, esta situación perduró hasta los siglos XII-XIII, cuando en Europa occidental volvieron a tomar importancia las ciudades y en ellas se constituyeron buenos centros de estudios en los que se desarrolló el pensamiento escolástico. Asimismo, fue entonces cuando el sistema social del vasallaje y la servidumbre comenzó a ser reemplazado en las ciudades por la burguesía. Dicho cambio fue total y definitivo con la irrupción de la Revolución Francesa (1789).

ESPIRITUALIDAD DEL DECADENTE IMPERIO ROMANO Y DE LOS FLORECIENTES REINOS BÁRBAROS

Culto a Jesús Pantocrátor y María Theotokos

Vimos en el tema anterior que al convertirse los emperadores romanos al cristianismo, Jesús pasó a ser el «Dios del Imperio». Es el Jesús *Pantocrátor*, es decir, Todopoderoso, que rige el universo y actúa como juez. A comienzos del siglo V ya se le podía ver representado en el ábside de algunas iglesias, en lo alto, sobre el altar, sentado en un trono, con la apariencia de un emperador celestial, con solemne serenidad, rodeado de una atmósfera sobrenatural, fuera del tiempo. A esta imagen se le agregó más adelante la de gobernantes rindiéndole culto, subrayando aún más su separación del pueblo fiel.

Pues bien, esta imagen de Jesús Pantocrátor se acentuó durante la caída del Imperio Romano de Occidente, dado que el pueblo buscaba desesperadamente a un Dios salvador omnipotente que le librase del peligro bárbaro. Después, instituidos los nuevos reinos bárbaros, éstos tomaron para sí esta imagen de Jesús por varios motivos: en el Concilio de Nicea (325) se definió teológicamente que Jesús y su Padre tienen la misma naturaleza divina, lo cual, en cierto modo, predispone a tener la misma imagen mental de ambos; asimismo, el culto a Jesús Pantocrátor era muy útil para luchar contra la extendida herejía arriana, que afirmaba erróneamente que Jesús no tiene naturaleza divina; este culto, además, encajaba muy bien en la religiosidad germana, cuyos antiguos dioses destacaban por su fuerza y poder; y, por último, se adaptaba a la mentalidad cósmica agrícola, típica de la Europa rural, en la que se concebía a la naturaleza siendo regida por Dios desde lo alto.

Por otra parte, es en esta época, una vez que desapareció el culto a las diosas paganas –que confundía espiritualmente al pueblo fiel– cuando la Iglesia promovió profusamente el culto a María, el cual evolucionó de forma similar al de su Hijo, esto es, siendo su imagen elevada a las alturas celestiales. La primera fiesta mariana es la Asunción –o Dormición–, que nació a comienzos del siglo V en Jerusalén. Poco después, el Concilio de Éfeso (431) declaró que María es la Madre de Dios, es decir, la *Theotokos*, lo cual fue ratificado en el Concilio de Calcedonia (451). Esto ayudó a promover su culto, pero más como Reina que como Madre. Por ello, a nivel artístico, en las iglesias se representaba a María Theotokos sentada en un trono celeste, con aspecto de «madre del emperador», con el Niño Jesús serio y solemne sentado en sus rodillas. Esta imagen despertaba poca devoción.

Es importante señalar que el culto a Jesús Pantocrátor y María Theotokos perduró ocho siglos en Occidente, hasta la llegada del gótico (siglo XIII). Lo iremos viendo en los próximos capítulos.

Cruces suntuosas

También evolucionó la imagen de la Cruz. Sabemos que en el Imperio Romano se ajusticiaba a los peores bandidos clavándolos en cruces. Era una muerte lenta y atroz. Por ello, tras la Paz de Constantino, cuando la Iglesia adoptó la Cruz como símbolo religioso, lo hizo sin la imagen de Cristo crucificado, pues resultaba demasiado hiriente para el pueblo fiel. A la Cruz se la mostraba, no como un signo del sufrimiento y humillación que padeció nuestro Señor, sino como un símbolo de su victoria contra el pecado y la muerte.

De este modo, la Cruz pasó a ser una imagen del poder y la autoridad de Jesús y, sobre todo, de la Iglesia. Consecuentemente, los mandatarios religiosos empleaban impresionantes cruces de oro o plata con piedras preciosas incrustadas para así mostrar claramente al pueblo fiel la autoridad que Dios les había dado. Y de este modo, mostrando su potestad, los gobernantes eclesiásticos podían convencer a las gentes sencillas de que la verdadera religión era la cristiana.

Culto a los mártires y a sus reliquias

Como es lógico, dado que a Jesús Pantocrátor se le situaba en lo más alto del Cielo, rodeado de la corte celestial, el pueblo fiel encontró en el culto a los mártires una forma eficaz de acceder a Él. Por ello la Iglesia potenció mucho su culto. Así, en estos tiempos tan convulsos y peligrosos, cada pueblo y ciudad hizo lo posible por tener un santo protector, construyendo una iglesia en su honor. En algunos casos, el culto al santo reemplazó el antiguo culto a la divinidad pagana local, de tal forma que se derribó el antiguo templo pagano y en su lugar se levantó una iglesia. En ella se mostraba la imagen del santo del pueblo debajo de Jesús Pantocrátor, que estaba situado en lo más alto, en el ábside. Así se indicaba a la gente que dicho santo era su mediador ante Cristo. Por otra parte, cuando los clérigos predicaban a sus fieles el Evangelio y promovían entre ellos las buenas costumbres, mostraban al santo del pueblo como el ejemplo a seguir.

Como consecuencia del culto a los mártires, fue tomando cada vez más fuerza el culto a sus reliquias, pues en la religiosidad cósmica medieval era importante que en la iglesia del pueblo estuviesen presentes físicamente los restos de su santo, porque ello mostraba a aquellas gentes su presencia y su cercanía. Bueno, pues en las diócesis donde no hubo

martirios, los obispos se preocuparon de traer el hueso de un mártir de otra diócesis, para animar a sus fieles a dar culto a ese mártir. Y así se fue generalizando el traslado e intercambio de reliquias, que fue muy importante durante muchos siglos.

Celebración de la Eucaristía

De la decadencia cultural reinante en esta época no se salvaron las celebraciones eucarísticas, que se empobrecieron mucho debido a varios factores: por una parte, ya no había creatividad, pues los clérigos se limitaban a reproducir, en la medida de lo posible, la liturgia ideada tiempo atrás; además, dado que aumentó mucho el número de clérigos y religiosos, éstos, progresivamente, acapararon buena parte de los cantos y las oraciones de la liturgia, de tal forma que el pueblo fiel se limitaba a escuchar; y, asimismo, cada vez era menos conocido el latín, incluso por el clero, por lo que no se entendía lo que se decía en la liturgia.

Como consecuencia, las celebraciones eucarísticas perdieron gran parte de su carácter vivencial comunitario. Y en buena medida, y salvo algunas excepciones, así continuó, por desgracia, hasta que la reforma emprendida tras el Concilio Vaticano II (1962-1965) lo remedió. Esta carencia fue parcialmente suplida por la piedad popular.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Sin olvidar que los miembros del clero secular son una importantísima referencia para el pueblo fiel, la aparición de la vida religiosa supuso en Occidente un gran revulsivo espiritual.

Desarrollo del monacato en la Iglesia de Occidente

En el capítulo anterior vimos el nacimiento del monacato, el cual se produjo en Oriente. Pues bien, hubo que esperar unos años a que este fenómeno llegase a Occidente y se extendiese rápidamente, convirtiéndose en el brazo evangelizador de la Iglesia en las amplísimas zonas rurales. No en vano, al periodo que va del siglo V al XII se le llama en Europa occidental «la era monástica». En el siglo XIII aparecieron los frailes mendicantes, lo cual supuso un cambio sustancial en la vida religiosa.

Las vírgenes y los ascetas eran un elemento fundamental de toda la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente. Si bien esta forma de vida fue un importante caldo de cultivo para el posterior desarrollo de la vida religiosa, en Occidente ésta apareció como tal –es decir, como una renuncia total para seguir a Cristo– gracias a la influencia del monacato oriental.

En efecto, la vida de los monjes del desierto egipcio se conoció en Roma cuando san Atanasio (ca. 295-373) visitó esta ciudad en el año 339 junto a dos monjes que eran discípulos de san Antonio Abad (ca. 251-356). Su testimonio supuso una grata sorpresa para los cristianos de Roma. Años después san Atanasio escribió la *Vida de Antonio* (ca. 357), y esta obra se difundió por todo el Imperio Romano, mostrando el radical modo de vida del monacato a una Iglesia cuyas comunidades comenzaban a caer en decadencia.

Ello provocó que de todas las regiones surgieran varones dispuestos a dejarlo todo para buscar a Dios fuera de las ciudades. Unos optaron por ir a Egipto o a Palestina y otros por adentrarse en los parajes solitarios de su entorno. Y así, poco a poco, se fueron creando colonias de ermitaños en Occidente, las cuales llegaron a ser numerosas en la Edad Media.

Asimismo, se fue desarrollando el monacato cenobítico. Como pasaba en Oriente, los monasterios femeninos se establecieron generalmente en las ciudades y los masculinos en el campo. Si bien, las invasiones germanas afectaron en un principio al buen desarrollo de la vida religiosa, con el paso del tiempo, gracias a la cristianización de los pueblos germanos y a la inculturación de las monjas y los monjes, la vida religiosa se expandió profusamente en la Edad Media, de tal forma que los monasterios se constituyeron en una referencia evangélica muy importante. Los monjes, predicando en las iglesias y trabajando codo con codo junto a los campesinos, y las monjas, con la ejemplar presencia de sus comunidades en medio de las casas de la gente, daban –y dan– un magnífico testimonio del Evangelio.

La expansión de la vida religiosa trajo consigo la proliferación de diferentes Reglas de vida. Muchas de ellas apenas perduraron en el tiempo. Por otra parte, una característica importante de la vida monástica de esta época es que se apoyaba en el pacto de fidelidad –propio del vasallaje– que hacían el abad del monasterio y cada uno de sus monjes: el abad se comprometía a acogerles misericordiosamente y los monjes a obedecerle a él y a la Regla. La misma relación se establecía entre las abadesas y sus hermanas, pues el monacato femenino se desarrolló en sintonía con el masculino.

En Francia, el monacato nació de la mano de san Martín de Tours (316-397) y, probablemente, de san Hilario de Poitiers (ca. 315-367). También tuvieron gran difusión las Reglas escritas por san Cesáreo de Arles (470-543). En España y Portugal destacaron la Regla de san Isidoro de Sevilla (ca. 556-636) y de san Fructuoso de Braga († 665). Pero es preciso detenernos en las tres Reglas más importantes: las de san Agustín

de Hipona (354-430), san Benito de Nursia (ca. 480-547) y san Columbano el Joven (ca. 543-615).

Monacato agustiniano

Como es lógico, ya había vírgenes y colonias de eremitas en la zona de Cartago (actual Túnez) antes de que san Agustín de Hipona se estableciese en Tagaste con varios amigos en el año 388. Pero no parece que existieran por entonces monasterios cenobíticos y, de ser así, fueron rápidamente incorporados al monacato agustiniano.

La vida de san Agustín es muy interesante. Nació en Tagaste (nordeste de la actual Argelia). Era hijo de un pequeño propietario y consejero municipal, y de una piadosa cristiana: santa Mónica (322-387). Estudió retórica en Cartago (370), Roma (383/384) y Milán (384). Teniendo 19 años, leyó el *Hortensio* de Cicerón (107-43 a.C.) y eso le produjo un gran cambio en su vida: decidió convertirse a la «sabiduría» y para ello tomó con radicalidad el camino *maniqueo*, que cree en la existencia de dos principios irreductibles: el bien y el mal, que luchan entre sí. Agustín pasó así a ser un furibundo anticristiano. Después conoció otras escuelas filosóficas, pero, de hecho, ninguna daba sentido a su vida.

Con 32 años era un reconocido intelectual en Milán, sede de la corte del Imperio de Occidente. Allí escuchó las predicaciones de san Ambrosio (ca. 333-397) y leyó las Escrituras, lo que le hizo recapacitar sobre el verdadero sentido de su vida, y así, recobró la fe. Entonces comenzó a reflexionar sobre cómo podía vivir plenamente el ideal cristiano. Leyendo la *Vida de Antonio* obtuvo la respuesta: la vida monástica. Renunció a la cátedra y a la mujer con la que convivía y se retiró a una finca rural cercana a Milán, en Casicíaco, con su madre, su hijo Adeodato, su íntimo amigo Alipio y otros amigos. Al año siguiente volvió a Milán. Allí asistió a las catequesis cuaresmales de san Ambrosio y fue bautizado. Entonces se decidió a conocer diferentes comunidades cenobíticas de Milán y Roma.

Con 34 años partió a África y se estableció en Tagaste donde transforma su casa paterna para poder vivir en comunidad con sus amigos. Todavía no era una vida propiamente monacal, pues no renunciaban a sus bienes personales. Hacia el año 391 Agustín fue a Hipona donde fue ordenado sacerdote y fundó al lado de la catedral un monasterio de monjes no ordenados, es decir, que no eran clérigos. Como monje y sacerdote, se dedicó a la vida contemplativa, al estudio y a la predicación. Pasados unos siete años, fue nombrado obispo coadjutor. Y dos años después ya era obispo diocesano. Tuvo entonces que dejar el monasterio de monjes no ordenados e ir a vivir a la casa episcopal donde fundó un monasterio de

monjes clérigos. Se trataba de una comunidad de monjes dedicados a labores pastorales. Entonces, hacia el año 397, su amigo Alipio se decidió a escribir unas normas de vida para los monasterios agustinianos, y Agustín le añadió una introducción que, a la postre, pasó a ser la *Regla de san Agustín*.

En su cargo de obispo, san Agustín incrementó su actividad evangelizadora y literaria, y profundizó en la doctrina cristiana. Pastoralmente, se ocupó con sumo cuidado y abnegación de los asuntos concernientes a su propia diócesis: administración, predicación, cuidado de los pobres, etc. También se dedicó a fundar monasterios masculinos y femeninos. De éstos últimos, el más famoso fue el de Hipona, en el que puso a su propia hermana como superiora. Esta comunidad de monjas se ocupaba de criar a niñas abandonadas y a las huérfanas confiadas al obispo. Con 76 años, san Agustín murió en Hipona cuando esta ciudad estaba siendo asediada por los invasores vándalos.

El monacato agustiniano tuvo una expansión muy grande gracias al prestigio de san Agustín, a los obispos formados bajo su influencia y a que hubo familias pudientes que aportaron dinero, casas y villas. Pero, desgraciadamente, no tuvieron éxito los intentos por extender este tipo de monacato en Europa. Y además, a causa de la expansión musulmana en el norte de África, en el siglo XI se extinguió el último monasterio agustiniano. Pero –cosas de la divina Providencia– en ese mismo siglo la reforma gregoriana impuso a los canónigos regulares la Regla de san Agustín. Más tarde la tomaron algunas Órdenes mendicantes y muchos otros Institutos religiosos. Lo veremos en siguientes capítulos.

La Regla agustiniana ofrece un ideal de vida en el que brillan estos valores:

- *Interioridad*. El pensamiento agustiniano anima a buscar la plenitud y la verdad en el interior del ser humano. Es necesario el conocimiento de uno mismo para conocer a Dios y al mundo. Para ello son de gran ayuda el rezo y la contemplación.
- *Comunión*. Así comienza la Regla: «Lo primero por lo que os habéis congregado en comunidad es para que habitéis en la casa unánimes y tengáis una sola alma y un solo corazón hacia Dios» (n. 3). Asimismo, el monje y, obviamente, la monja, han de dar culto a Dios a través del hermano: «Vivid, pues, todos unánimes y concordés y honrad los unos en los otros a Dios, de quien sois templos vivos» (n. 9).

- *Caridad*. El amor fraterno ha de ser el verdadero camino ascético del monje y, sobre todo, su vínculo de unión con Dios y los hermanos.
- *Libertad espiritual*. La libertad agustiniana consiste en escoger espontáneamente hacer la voluntad de Dios. Es importante hacerlo con amor y alegría.
- *Servicio a la Iglesia*. San Agustín situó sus monasterios dentro de las ciudades para que prestasen un buen servicio a la Iglesia diocesana. En su monacato se unificaban estrechamente lo clerical y lo monástico. Pero el monje no debía dejarse llevar únicamente por la actividad pastoral. De ahí la gran importancia que tiene el saber conjugar la contemplación y el apostolado.

Monacato benedictino

Hagamos ahora un pequeño recorrido en la vida de san Benito (ca. 480-547). Su familia formaba parte de la pequeña nobleza rural de Nursia (en el centro de Italia). Estando en Roma, dejó los estudios y abandonó la casa y los bienes paternos para retirarse a vivir sólo para Dios en un lugar deshabitado cerca de Subiaco. Pasados unos años, su fama de santidad se extendió por la región y fue reclamado para ser el abad de una comunidad cenobítica de monjes. Tras pasar muchas calamidades, llegó a fundar varios monasterios, pero ciertos problemas con un presbítero de la región le impulsaron a dejar aquello e irse con varios discípulos a Montecasino para fundar otro monasterio, donde redactó su famosa Regla de vida, fundando así a los *benedictinos*. Allí falleció con 67 años.

La hermana de san Benito, santa Escolástica (ca. 480-ca. 547), fundó cerca de Montecasino otro monasterio, pero no está claro que tomara la Regla de su hermano. Probablemente confeccionó, o tomó, una *Regla mixta*, en la que se combinaban elementos tomados de otras Reglas con el fin de dar respuesta a las circunstancias específicas de la comunidad. Esto era muy común en el monacato femenino de esa época. Todo apunta a que los primeros monasterios femeninos que tomaron la Regla de san Benito datan del siglo VII, dando origen a las *benedictinas*. Éstas se difundieron por toda Europa junto con sus hermanos benedictinos. En muchos casos formaron monasterios mixtos.

Volviendo a Montecasino, pasados algo más de treinta años de la muerte de san Benito, este monasterio fue destruido en una invasión de los Lombardos. Ello hizo que los monjes huyeran a Roma. Allí, el Papa Pelagio II (570-590) les asignó el monasterio de San Pancracio, situado junto a Letrán. La presencia en Roma de aquellos buenos monjes ayudó a que la Regla de san Benito fuera conocida y apreciada por los Papas, por lo

que apoyaron mucho su expansión. Quien más contribuyó en ello fue precisamente el primer Papa benedictino: san Gregorio Magno (540-604), gracias, sobre todo, a haber escrito la *Vida de san Benito* (ca. 590), que tuvo una gran difusión en la Iglesia occidental. Analizaremos las características de esta Regla en el próximo capítulo, cuando estudiemos por qué fue escogida en el periodo carolingio (772-870) para reemplazar al resto de Reglas monásticas de Occidente.

Monacato celta

Irlanda no fue conquistada por el Imperio Romano. Por ello, cuando fue evangelizada, el cristianismo tuvo que inculturarse directamente en la sociedad celta. A partir de mediados del siglo VI el monacato celta experimentó un gran auge. Tanto es así, que la Iglesia pasó a ser básicamente monástica, pues era administrada por monjes, cuyas parroquias se correspondían con los distritos de los clanes familiares. Los jefes de los clanes eran los propietarios de los monasterios.

Obviamente, aquel primitivo monacato estuvo influenciado por la antigua religiosidad celta, que destacaba por su estrecho vínculo con la naturaleza y su creencia en los «espíritus». Pero pronto comenzó a sobresalir por el estudio de las Sagradas Escrituras y los Padres de la Iglesia, y por la copia de manuscritos. Influenciados por los escritos de los Padres del desierto, destacaron por la práctica de un riguroso ascetismo y por la búsqueda de la vida solitaria. Asimismo, daban importancia a la actividad misionera, lo cual les ayudó a extenderse rápidamente no sólo por las islas británicas, sino también por centro Europa, evangelizando amplias regiones paganas e introduciendo elementos de la religiosidad celta en la espiritualidad cristiana.

Destacan dos monjes: san Columbano el Viejo († 597) que extendió el monacato celta hasta el norte de la actual Inglaterra y san Columbano el Joven (ca. 543-615) que, cruzando el Canal de la Mancha, lo difundió por amplias regiones del continente europeo. Este monje escribió dos Reglas, una espiritual y otra disciplinar. Ambas destacan por su gran exigencia ascética, con largos ayunos a pan y agua, y duros castigos por las faltas. Esta gran rudeza provocó que, pasado el tiempo, las Reglas de san Columbano fueran reemplazadas por la Regla de san Benito.

AUTORES ESPIRITUALES

En este apartado vamos a hablar principalmente de Dionisio Areopagita y san Gregorio Magno, pero no son los únicos autores que han

dejado una importante huella espiritual durante este periodo. El autor ascético oriental más conocido es san Juan Clímaco (ca. 578-649), abad del famoso monasterio de Santa Catalina del Sinaí, que aún existe. Su gran obra es la *Escala del Paraíso* (ca. 640), de carácter fundamentalmente ascético.

En la Iglesia occidental destaca Juan Casiano (ca. 360-ca. 435), que conoció a grandes eremitas del desierto egipcio y cuya sabiduría supo plasmar en dos obras muy significativas: las *Instituciones* (ca. 420), que trata de aspectos ascéticos, y las *Colaciones* (ca. 420-430), que aborda temas místicos y es su obra más importante. Por medio de estos escritos, Casiano difundió la espiritualidad de los monjes del desierto en Europa occidental.

Pero el autor más influyente en Occidente es san Agustín de Hipona (354-430), del que ya hemos hablado anteriormente. Su espiritualidad, de corte platónico, es muy afectiva, pues se apoya sobre todo en el amor a Dios y al prójimo: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (*Confesiones*, 1, 1, 1). Su conversión personal, narrada por él mismo en sus *Confesiones*, es muy edificante:

«¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que estabas dentro de mí y no fuera, y fuera te buscaba... rompiste mi sordera..., curaste mi ceguera..., exhalaste tu perfume y respiré..., me tocaste y me abrasé en tu paz» (10, 27, 38).

Dionisio Areopagita y la mística apofática

Se trata de un autor un tanto misterioso porque de él no se conoce ningún dato biográfico. Dado que dice llamarse «Dionisio Areopagita», haciendo referencia a una de las personas que san Pablo convirtió en el Areópago (cf. Hch 17,34), la Iglesia lo tuvo como un Padre apostólico y sus escritos fueron muy influyentes. Pero la crítica literaria moderna ha demostrado que Dionisio es en realidad un autor neoplatónico que vivió probablemente en torno a los años 480-530. Por ello, de ser llamado «san Dionisio» pasó a ser denominado el «Pseudo-Dionisio», es decir, el «falso Dionisio», y su pensamiento quedó algo relegado. Actualmente se vuelve a tomar en consideración. Pues bien, en su obra *Los nombres de Dios*, Dionisio distingue tres tipos de teologías: simbólica, discursiva y mística, que son de gran importancia en espiritualidad, pues nos hablan de tres formas fundamentales de relacionarnos con Dios.

Así presenta Dionisio la primera forma: «En la teología simbólica he tratado de las analogías que puedan tener con Dios los seres que nosotros observamos» (*Teología mística*, III, 1033 A). Se trata de un método

teológico muy sencillo, ideado para los principiantes, a los cuales se les pide que intenten acceder a Dios a partir de un elemento material que simbolice alguna cualidad divina. Por ejemplo, dado que la belleza de un árbol nos habla de la belleza de su Creador, contemplando la belleza de un árbol, de modo simbólico contemplamos la belleza de Dios. Es decir, por simple referencia intuitiva, el conocimiento va derecho desde el objeto (el árbol) a Dios. Por ello, Dionisio considera que es bueno acceder a metáforas sugerentes y a símbolos sensibles que nos hablen de las maravillas divinas que escapan a nuestro conocimiento. Paradójicamente, este método teológico abre un acceso a Dios por medio de algo (el símbolo) que, en cierto sentido, es semejante a Dios, pero que, a su vez, es infinitamente diferente, pues Dios es infinito e inaccesible.

El segundo tipo de teología, la discursiva, nos invita a comenzar nuestro ascenso a Dios en un objeto que captan nuestros sentidos, de tal forma que, razonando en torno a un concepto –o principio universal– que vemos en ese objeto, ascendemos razonadamente a la fuente de dicho concepto, que es Dios. Por ejemplo, vemos que el sol sigue un movimiento uniforme, pero eso no lo puede hacer el sol por sí mismo, sino que debe haber una ley universal que haga que eso sea posible, y esa ley ha tenido que ser creada por alguien, el cual sólo puede ser un ser superior: Dios. Y así concluimos que Dios es el regidor del cosmos, y eso nos ayuda a contemplarle. Como vemos, mediante este modo de conocimiento, el alma del cristiano asciende racionalmente desde las criaturas hacia su Creador.

En el esquema espiritual de Dionisio, la teología simbólica y la teología discursiva guían al alma hasta los umbrales de Dios, que está envuelto en una «nube» que nuestras facultades no son capaces de franquear. En efecto, siguiendo los ejemplos anteriores, por medio de la contemplación de un árbol hemos descubierto simbólicamente que Dios es bello, y por medio de la reflexión sobre el movimiento del sol hemos descubierto discursivamente que Dios es el regidor del cosmos. Pero eso no nos permite «penetrar» en el misterio de Dios, pues Él no es ni meramente bello ni meramente regidor del universo, sino infinitamente más que eso.

Para penetrar esa nube de misterio necesitamos el tercer tipo de teología, la mística, pues ésta nos ayuda a superar todo lo que por medio de la teología simbólica y la teología discursiva atribuimos imperfectamente a Dios. Y superando esas imperfecciones podemos penetrar en la nube y, dentro de ella, podemos unirnos al Señor. Se trata de un contacto experiencial con Dios que supera nuestras capacidades cognitivas y sensitivas. Siguiendo con los ejemplos anteriores, hemos contemplado la belleza de Dios simbólicamente y hemos conocido racionalmente que es el regidor del universo, bueno, pues la teología mística nos dice que Dios no

es bello ni regidor, porque es mucho más que eso, es infinitamente superior a eso y, ante tal descubrimiento, nuestro espíritu entra dentro de la nube divina, y se entrega plenamente a la contemplación mística:

«Allí, sin pertenecerse a sí mismo ni a nadie, renunciando a todo conocimiento, queda unido por lo más noble de su ser con Aquel que es totalmente incognoscible. Por lo mismo que nada conoce, entiende sobre toda inteligencia» (*Teología Mística*, I, 1001 A).

Curiosamente, la teología mística no es propiamente un método de «conocimiento», pues tiene como fin la unión con Dios, no el conocimiento de Dios. De hecho, Dionisio afirma que si alguien cree comprender a Dios, no es a Dios a quien está comprendiendo, pues éste está sumido en la «nube». Por ello, Dionisio no sólo considera que en nuestro ascenso hacia Dios hay que superar lo tangible, sino también lo inteligible y todo cuanto pueda ser concebido por la mente humana. Dicho de otro modo: la mejor forma de acercarnos a Dios en nuestro interior es no intentar conocerle racionalmente o por medio de las sensaciones físicas, sino elevarnos por encima de ello para unirnos a Él sumidos en la nube y el silencio. Es el camino *apofático*. Así lo explica Dionisio al comienzo de su obra *Teología mística*:

«Esto te pido, Timoteo, amigo mío, entregado por completo a la contemplación mística. Renuncia a los sentidos, a las operaciones intelectuales, a todo lo sensible y a lo inteligible. Despójate de todas las cosas que son y aun de las que no son. Deja de lado tu entender y esfuérzate por subir lo más que puedas hasta unirse con Aquel que está más allá de todo ser y de todo saber. Porque por el libre, absoluto y puro apartamiento de ti mismo y de todas las cosas, arrojándolo todo y del todo, serás elevado espiritualmente hasta el divino Rayo de tinieblas de la divina Supraesencia» (I, 1000 A).

Siguiendo a los autores neoplatónicos, Dionisio considera que eso que nos eleva por encima de lo físico e intelectual es el *eros*, es decir, el amor. Sólo el amor nos permite introducirnos en el misterio divino y unirnos a Dios.

Y sabemos que dicho amor no es humano, sino divino, pues proviene del Espíritu Santo que habita en nuestro interior. Es decir, la teología mística es pasiva, ya que, desprendiéndonos de todo, debemos dejarnos elevar por el amor divino, el cual nos introduce en la «nube del no saber», es decir, en Dios.

Pues bien, la mística apofática de Dionisio ha influido enormemente en la historia de la espiritualidad, como iremos viendo en capítulos posteriores.

San Gregorio Magno y la contemplación en la acción

Nacido en Roma, san Gregorio Magno (540-604) destacaba por ser un hombre culto y con vocación contemplativa. Siendo joven ocupó el cargo de prefecto de Roma, pero pronto renunció a él y se hizo monje benedictino. Sin embargo, fue elegido Papa, lo que le forzó a vivir su vocación contemplativa en medio de su activa vida de pontífice.

Por ello, en sus escritos dio una gran importancia a saber conciliar la práctica de las buenas obras con el ejercicio de la contemplación, pudiendo ser considerado el primer autor que habla de cómo conjugar *la contemplación y la acción*. Así, consideraba que el ejercicio de la *lectio divina* (que consta de: lectura, meditación, oración y contemplación) ha de conducirnos de nuevo al mundo, a fin de ejercer la predicación. Sin embargo, san Gregorio afirmaba que los santos «se apresuran constantemente a volver al seno de la contemplación, a fin de renovar en ella la llama de su fervor, una vez que han realizado ya las obras exteriores» (*Moralia*, 30, 2, 8).

Otro aporte de este Papa se refiere a los pecados capitales. Recordemos que Evagrio Póntico escribió sobre los «ocho demonios del monje». Bueno, pues esto lo plasmó Juan Casiano en sus escritos y de ahí pasó a san Gregorio, que adaptó los «ocho demonios del monje» a la espiritualidad del pueblo fiel, creando la conocida lista de los «siete pecados capitales»: lujuria, pereza, gula, ira, envidia, avaricia y soberbia.

5. EL PERIODO CAROLINGIO Y EL FEUDALISMO (SIGLOS VIII-X)

Tres siglos después de la caída del Imperio Romano, surgió en Europa occidental otro Imperio, el Carolingio, que estableció una estrecha relación con la Iglesia y acometió dentro de ella una serie de importantes reformas que afectaban al clero, la liturgia y, sobre todo, la vida religiosa, pues obligó a todos los monasterios a tomar la Regla de san Benito. Y con apoyo del Papado, esta Regla también se impuso en otros reinos. Así, Europa occidental pasó a ser espiritualmente benedictina. Ciertamente, esto fue un regalo venido del Cielo, pues esta espiritualidad ayudó mucho al pueblo fiel a vivir el Evangelio, en unos tiempos en los que estaban en auge diversas religiosidades de origen pagano.

CONTEXTO

En la segunda mitad del siglo VIII surgió en el centro de Europa el Imperio Carolingio. Su máximo exponente es Carlomagno (742-814), quien comenzó a conquistar territorios en el año 772 y, guerra a guerra, acabó haciéndose con el control del centro de Europa y el norte de Italia. Además de consolidar su Imperio, impuso un sistema de gobierno *cesaropapista* en el que el poder civil tenía un gran control sobre el ámbito eclesiástico. Carlomagno consideraba que su potestad de emperador le había sido otorgada por gracia de Dios y, por tanto, era sagrada. En consecuencia, creía que debía intervenir en los asuntos eclesiásticos, salvo en aquellos puramente sacerdotales, que reservaba para el Papa y el clero. Lo mismo pasaba, aunque en menor escala, con el resto de la nobleza: se pensaba que tenía estatus sagrado y la potestad necesaria para intervenir en los asuntos eclesiales de sus territorios.

Dada esta confusión de poderes, se consideraba que la Iglesia y el Imperio eran casi lo mismo, de tal forma que a aquellos que atentaban contra la Iglesia se les perseguía como a enemigos del Imperio. Pues bien, esta mentalidad que sacralizaba la nobleza y establecía un fuerte vínculo entre el ámbito civil y el eclesial perduró muchos siglos, influyendo en la espiritualidad cristiana, como veremos más adelante.

Por otra parte, el Imperio Carolingio impulsó la cultura, que llevaba tres siglos en un penoso declive. Así, Carlomagno se rodeó en la corte de Aquisgrán de los grandes pensadores del Imperio, lo cual supuso un cierto renacimiento cultural, destacando por la recopilación y traducción de textos antiguos. Pero, como venía pasando desde el siglo V, apenas se desarrolló

nueva teología, sino que el estudio de ésta se limitó a reproducir lo que dicen las Escrituras y los Padres de la Iglesia. Los principales centros de enseñanza teológica se situaban en los monasterios, donde primaba el estudio meditativo mediante la lectio divina. Y por otra parte, la mayoría del clero apenas sabía leer lo necesario para celebrar los sacramentos.

Cuando murió Carlomagno y el cargo de emperador lo tomó su hijo Luis el Piadoso (778-840), comenzó la decadencia del Imperio debido a la lucha sucesoria, que provocó tres guerras civiles. En el Tratado de Verdún (843), los hijos de Luis el Piadoso se repartieron el territorio en tres partes. Y en el tratado de Mersen (870) se realizó una nueva partición dando fin a la época carolingia. La división del Imperio provocó su debilitamiento militar y ello, a su vez, propició que aumentara el número y la contundencia de las incursiones de algunos pueblos bárbaros, sobre todo húngaros, procedentes de Asia, y vikingos, procedentes de Escandinavia. Ante esta situación de peligro y descontrol, cada pequeño territorio –o «feudo»– tomó una gran autonomía política y militar con el fin de gobernarse y defenderse por sí mismo. En consecuencia, el territorio europeo se dividió en numerosos feudos, dando lugar así a la época feudal.

España no formaba parte del Imperio Carolingio. Había sido invadida por los musulmanes en el año 711 y poco después, en el 722, los cristianos comenzaron la lenta *Reconquista* desde el norte, concretamente en la zona de Asturias. Desde entonces se hicieron normales las incursiones musulmanas en territorio cristiano y viceversa. Con el paso del tiempo, ambos bandos se dividieron en varios reinos que, a su vez, luchaban entre sí.

El feudalismo supuso una mayor ruralización social y económica de Europa. Las ciudades, que eran pocas y pequeñas, perdieron influencia frente al campo, lo que hizo que el sistema de vasallaje y servidumbre estuviese en su máximo apogeo. Por otra parte, ante esta situación política, la Iglesia diocesana quedó en manos de los señores feudales, que podían situar a sus parientes en altos cargos eclesiales: abadesas, abades, obispos o párrocos. El mismo Papado estaba en manos de las grandes familias romanas. Todo ello repercutió en la calidad espiritual de los religiosos, el clero y el pueblo fiel.

Pero ello no impidió que la Iglesia siguiese evangelizando las regiones paganas. Llegado el año 1000, casi toda Europa ya era «oficialmente» cristiana, ya que todos sus reinos habían adoptado el cristianismo como religión oficial. Los últimos en cristianizarse fueron los escandinavos, cuya evangelización se produjo entre los siglos VIII y XIII. Como ya sabemos, en esto tuvieron un papel muy importante los monjes,

pues son ellos los que fueron cristianizando las vastas zonas rurales. De modo complementario, las comunidades de monjas ayudaron a evangelizar con su presencia y testimonio los pueblos y ciudades.

ESPIRITUALIDAD EN LA EUROPA CAROLINGIA

Vimos en el capítulo anterior que con la caída del Imperio Romano y las invasiones de los pueblos germanos, el cristianismo tuvo que hacer un esfuerzo para adaptarse a la cultura de estos pueblos. Pues bien, cuando el Imperio Carolingio, que era de cultura germánica, se hizo con el poder político y eclesiástico de buena parte de Europa, la «germanización» del cristianismo occidental se hizo aún más patente. Y donde más se notó fue en la espiritualidad del pueblo fiel.

Culto a Jesucristo Pantocrátor y guerrero

La imagen de Jesús seguía siendo la del Pantocrátor, el Todopoderoso. Pero en la época carolingia adquirió un cariz altivo y batallador, pues los germanos eran un pueblo guerrero. A sus monarcas les gustaba mostrar su poder ante sus súbditos y buscaban parecerse al Dios que éstos adoraban. Por ello propiciaron que se transmitiese una imagen de Jesús como supremo rey guerrero, algo semejante a la que Dios tiene en muchos textos del Antiguo Testamento, en los que se habla del «Señor de los ejércitos» que ordena a sus tropas aniquilar a los enemigos. Veamos un ejemplo tomado del libro de Josué:

«Entonces el pueblo lanzó un fuerte grito y se tocaron las trompetas. Al oír el sonido de las trompetas, el pueblo prorrumpió en un griterío ensordecedor, y el muro se desplomó sobre sí mismo. En seguida el pueblo acometió contra la ciudad [de Jericó], cada uno contra lo que tenía adelante, y la tomaron. Luego consagraron al exterminio todo lo que había en ella, pasando al filo de la espada a hombres y mujeres, niños y ancianos, vacas, ovejas y asnos» (Jos 6,20-21).

Desgraciadamente, textos como éste influyeron mucho en la forma de guerrear en Europa occidental, y se hizo especialmente patente en las cruzadas (1095-1291), que veremos el próximo capítulo. Por el contrario, al pueblo fiel apenas se le hablaba de los rasgos humanos, humildes y sufrientes del Jesús de los evangelios, pues no encajaban con la mentalidad germánica.

La imagen señorial de Jesús se potenció en España debido a que hay una corriente cristiana afincada en Toledo –que estaba bajo el poder

musulmán– que, buscando aunar su fe con la musulmana, negaba la divinidad de Jesús. Para luchar contra esta herejía, un monje de una abadía del norte de España, el Beato de Liébana (ca. 701-798), escribió y hizo pintar bellamente un libro que mostraba muy claramente la imagen de Cristo acorde con la espiritualidad cristiana de la época. Este monje se limitó a comentar el libro del Apocalipsis, en el que Jesús aparece resucitado en el Cielo rodeado de gloria y majestad, o como un rey que, cabalgando, somete a todos los pueblos:

«Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco: el que lo monta se llama “Fiel” y “Veraz”; y juzga y combate con justicia. Sus ojos, llama de fuego; sobre su cabeza, muchas diademas; lleva escrito un nombre que sólo Él conoce; viste un manto empapado en sangre y su nombre es: “La Palabra de Dios”. Y los ejércitos del cielo, vestidos de lino blanco puro, le seguían sobre caballos blancos. De su boca sale una espada afilada para herir con ella a los paganos; Él los regirá con cetro de hierro; Él pisa el lagar del vino de la furiosa cólera de Dios, el Todopoderoso. Lleva escrito un nombre en su manto y en su muslo: “Rey de Reyes y Señor de Señores”» (Ap 19,11-16).

Bueno, pues este libro fue profusamente copiado y tuvo una gran difusión por toda Europa occidental, influyendo en la espiritualidad y el arte religioso durante varios siglos. A las copias que aún se conservan de este libro se las llama *beatos*.

En España, además, surgió la imagen de «Santiago Matamoros», fruto de una supuesta visión que tuvo un caballero español en la batalla de Clavijo (844). Este caballero dijo haber visto en medio del fragor de la batalla al apóstol Santiago cabalgando mientras mataba con su espada a los enemigos musulmanes. Esta imagen se reprodujo profusamente en escultura o pintura en las iglesias de la España cristiana para infundir ánimo al pueblo fiel frente al peligro musulmán. Actualmente aún se pueden ver estas imágenes en algunas iglesias españolas, aunque, lógicamente, muchas las han retirado, pues ahora resulta incongruente mostrar a un santo cabalgando y blandiendo una espada, mientras su caballo pisotea con saña a unas personas: los guerreros musulmanes.

Además, durante este periodo, en la liturgia se introdujeron elementos de religiosidad germana y celta. Asimismo, las celebraciones litúrgicas y la oración comunitaria se ritualizaron enormemente, siguiendo el ejemplo de las fastuosas ceremonias de la corte de Aquisgrán. Algunos de estos elementos añadidos fueron más tarde eliminados. Otros aún perviven en la liturgia.

Pero la germanización de la espiritualidad se vio reflejada sobre todo en el tipo de relación que se establecía entre el creyente y Dios. Hemos visto lo importante que era en el ambiente germano la relación de fidelidad entre un súbdito y su señor. Pues bien, esta relación se hizo extensiva a la que mantenía dicho súbdito con Dios, la cual tenía su principal modelo en el Antiguo Testamento, donde Dios establece con el pueblo de Israel una Alianza que pide una fidelidad recíproca por ambas partes. Esta relación de fidelidad fue extensible a la que mantenía el creyente con María o con un santo.

Culto a María y a los santos

En la espiritualidad cristiana el culto a los santos siguió siendo muy importante. Ante el alejamiento y entronización de la imagen de Jesús, la gente buscaba a santos que pudiesen interceder ante Él en la «corte celestial». Asimismo, el pueblo fiel encontraba en ellos la humildad y dulzura que no mostraba la imagen germánica de Jesús.

En el periodo carolingio el culto a María experimentó un cambio sustancial, pues a ella se la daba una imagen que resaltaba individualmente sobre todos los santos, con rasgos de reina celestial. Debido a ello, es en este periodo cuando el culto a María comenzó a tomar fuerza. Así, a partir de esta época la figura de María fue ocupando un lugar cada vez más importante en los tiempos, los espacios, las personas y las instituciones de la Cristiandad occidental. Con el paso de los siglos, la liturgia se fue enriqueciendo de elementos marianos, la piedad popular tuvo cada vez más a María como figura fundamental –conduciéndonos a su Hijo–, los teólogos se preocupaban de dar razón de ella, los artistas plasmaban su imagen en magníficas obras de arte, hubo monasterios, parroquias y catedrales que se pusieron bajo una advocación mariana, muchas familias aristocráticas tomaron a María como protectora y los santuarios marianos proliferaron. Esta eclosión de la espiritualidad mariana la iremos viendo en los próximos capítulos.

Espiritualidad popular

Dado que se promovió poco la espiritualidad evangélica entre el pueblo fiel y, por el contrario, éste estaba muy influenciado por la religiosidad de los germanos, celtas y otros pueblos, la espiritualidad cristiana tomó elementos paganos. Es importante tener en cuenta la visión cósmica de la realidad que tenían aquellos pueblos. Según su mentalidad, Dios actúa por medio de la naturaleza de forma «mágica». Tan convencidos estaban de ello, que para hacer justicia recurrían –supuestamente– a Dios para dilucidar la inocencia de los reos por medio de

los llamados *juicios de Dios* u *ordalías*. Éstos consistían, por ejemplo, en hacer meter a un presunto ladrón la mano en una hoya con agua hirviendo, de tal forma que, si Dios dejaba que se quemase, es porque era culpable. Es decir, se suponía que Dios comunicaba su parecer por medio de un elemento de la naturaleza. En el caso del ejemplo: por medio del agua hirviendo.

También eran supersticiosos: por lo general, su fe se sostenía demasiado en el miedo a la «mala suerte» y al castigo divino. Según su mentalidad, el «buen cristiano» debía hacer muchas y buenas ofrendas a Dios para tenerlo contento. Pensaban que así Dios les premiaría con «buena suerte» o con aquello que le habían pedido. Las ofrendas consistían, por ejemplo, en oír Misa, rezar mucho, dar una fuerte suma de dinero a un monasterio o peregrinar a un lugar lejano. Este modo de vivir la fe buscando «complacer» a Dios tuvo un claro ejemplo en la famosa *penitencia tarifaria*, que consistía en que el sacerdote, en el sacramento de la Reconciliación, ponía la penitencia siguiendo unas «tarifas» estipuladas. En cierto modo, estas tarifas establecían lo que el penitente debía «pagar» a Dios para ser perdonado.

Asimismo, el pueblo fiel creía en la existencia de supuestos «espíritus» y «seres» que habitaban la naturaleza, como duendes, hadas o elfos. Se pensaba que hay lugares «encantados» donde podía pasar cualquier cosa. En definitiva, aunque hubo ciertamente creyentes que tuvieron una profunda experiencia de Dios e intentaron seguir fielmente el Evangelio, se generalizó en exceso una espiritualidad externa y superficial, que ordinariamente no buscaba a Dios en el interior del corazón.

Afortunadamente, esta decadencia espiritual se vio paliada en cierta medida por el monacato benedictino, cuya espiritualidad era esencialmente evangélica. Así, por ejemplo, éste potenció un valioso ejercicio espiritual: las peregrinaciones a santuarios. En efecto, debido a que el monacato benedictino estaba sujeto a la «estabilidad», las peregrinaciones pasaron de ser erráticas, como lo eran las que promovían los monjes celtas, a dirigirse a objetivos fijos, que eran generalmente santuarios. A ellos se acudía para pedir algo importante o para cumplir la penitencia impuesta por un sacerdote en el sacramento de la Reconciliación. Pero la experiencia espiritual de una peregrinación se vive sobre todo en la misma ruta, pues, en ella, mientras el peregrino camina físicamente hacia el santuario pasando por multitud de gozos y sufrimientos, su alma camina espiritualmente hacia Dios venciendo aquello que le aleja de Él. Las monjas y monjes benedictinos establecieron monasterios en las principales rutas de peregrinación con el fin de ayudar física y espiritualmente a los

peregrinos. Por fortuna, este especial ejercicio espiritual vuelve a estar en auge actualmente en Europa occidental.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Monjes

Como acabamos de ver, la vida monástica seguía siendo una gran referencia de santidad en medio del pueblo fiel. Cualquier persona que quería ser santa debía fijarse en ella: practicando la castidad, la pobreza y la obediencia, haciendo duros ejercicios ascéticos, viviendo fuera del «mundanal ruido», dedicando mucho tiempo y esfuerzo al rezo, etc. Hay un texto que puede ilustrarnos sobre cómo era la vida de un monje benedictino de aquella época. Al finalizar su *Historia de los ingleses*, san Beda el Venerable (673-735) dice lo siguiente:

«Yo, Beda, siervo de Cristo y sacerdote del monasterio de San Pedro y San Pablo, de Wearmouth y Yarrow, he compuesto con la ayuda de Dios esta historia, aprovechando en ella los documentos antiguos, las tradiciones de los ancianos y lo que he podido ver con mis ojos. Nací en el pueblo de dicho monasterio y cuando no tenía más que siete años, mis padres me pusieron bajo la dirección del abad Benito. Desde aquella época he pasado toda mi vida dentro del claustro, repartiendo el tiempo entre el estudio de las Sagradas Escrituras, la observancia de la disciplina monástica y la carga diaria de cantar en la Iglesia. Todas mis delicias eran aprender, enseñar o escribir. A los diecinueve años fui ordenado de diácono, y a los treinta de sacerdote. Ambas Órdenes las recibí de manos del obispo Juan de Beverley. Desde mi admisión al sacerdocio hasta el año presente, en que cuento cincuenta y nueve de edad, me he ocupado en redactar para mi uso y el de mis hermanos algunas notas sobre la Sagrada Escritura, sacadas de los Santos Padres o en conformidad con su espíritu e interpretación».

Nobles

En esta época surgió otra figura de santidad: el noble. Recordemos que Carlomagno consideraba que había sido llamado por Dios para desempeñar su labor de emperador. Esta idea se extendió, de tal forma que se veía a la nobleza como una vocación divina, es decir, como a personas especialmente escogidas por Dios para ocupar su estatus social y político. Esto se adaptaba muy bien a la imagen de Jesús Pantocrátor: Rey y Señor del universo. Y tenía una importante y beneficiosa contrapartida: al menos

teóricamente, los nobles estaban moralmente obligados a actuar de un modo acorde a su supuesta santidad: defendiendo a los indefensos, no explotando a su pueblo, siendo justos, no declarando guerras por mero capricho o para demostrar su hombría, etc.

Por otra parte, en esta época se promovieron mucho las biografías de los santos, con el fin de edificar y educar cristianamente al pueblo fiel. Pues bien, sus autores, además de esmerarse en mostrar que los protagonistas seguían el modelo de espiritualidad monástico, les buscaban parentescos nobiliarios para mostrar que, efectivamente, eran santos. Este tipo de biografías perduraron muchos siglos.

REFORMA CAROLINGIA

Ante la lamentable situación en la que se encontraba la Iglesia en el siglo VIII, Carlomagno consideró que era necesario acometer una reforma en profundidad que abarcara todos los estamentos: el monacato, el clero y los laicos.

La reforma del monacato fue la más exitosa. En el capítulo anterior vimos que el Papado apoyó la expansión de la Regla de san Benito desde su aparición, a mediados del siglo VI. A pesar de ello, a comienzos del siglo VIII en Europa occidental coexistían una gran cantidad de Reglas monásticas y, además, la calidad espiritual de algunas de ellas no era la más deseable. Bueno, pues Carlomagno decidió acabar con este problema en su territorio y ordenó que todos los monasterios –femeninos y masculinos– se rigiesen por la Regla de san Benito, quedando prohibidas el resto de las Reglas. Más tarde se promovió la Reforma Aniana. De ello hablaremos más adelante.

Sin embargo, la reforma del clero fue más difícil. Tengamos en cuenta que a partir del siglo IV la vida clerical comenzó a convertirse en un fácil medio de obtener prestigio, poder y recursos económicos, por ello, fueron muchos los que desde entonces se incorporaron al clero sin haber sido llamados por Dios y, además, sin una buena formación. Esto era algo muy generalizado en la Alta Edad Media, pues apenas se hacía un serio discernimiento vocacional y no había seminarios para la formación de los clérigos. Todo ello tuvo una lógica consecuencia: la insuficiente calidad moral y espiritual de una parte del clero secular. Ciertamente, hubo muchos diáconos, sacerdotes y obispos que desempeñaban su labor con gran celo, pero todo indica que también fueron muchos los que, desgraciadamente, no daban la talla. Este problema se arrastró durante siglos. Por ello Carlomagno tomó cartas en el asunto. Su propósito era que el clero secular

fuese más culto y ejemplar, y que celebrase la Eucaristía y el Oficio divino con una liturgia unificada.

Para ello, el emperador emprendió una reforma que buscaba «monastiquizar» al clero secular, obligándole a vivir en comunidad bajo una Regla. El motivo era muy sencillo: para vivir la vocación sacerdotal en soledad –como es costumbre en el clero secular– es necesario tener una gran madurez humana y espiritual; cuando esto no se da, una buena forma de proteger al sacerdote de los peligros de la vida es hacerle vivir en comunidad siguiendo una Regla de vida. Bueno, pues la Regla escogida para el clero fue la de san Crodegando (712-776). Este santo fue obispo de Metz. Escribió la Regla en el año 754 para los canónigos de su catedral, basándose en las Reglas de san Isidoro, san Benito y, sobre todo, en la de san Agustín. En ella se pide a los sacerdotes que vivan en un mismo edificio, con comedor y dormitorio comunes, guardando un ambiente de silencio, haciendo trabajo manual y asistiendo al rezo comunitario. Pero cuando Carlomagno intentó imponer esta Regla a todos los clérigos diocesanos del Imperio, no tuvo éxito. Tampoco lo tuvo su hijo, el emperador Luis el Piadoso. Aunque sí se consiguió que muchos clérigos siguiesen algunos de los preceptos de esta Regla, lo cual mejoró la calidad espiritual de su vida.

Desgraciadamente, la reforma de los laicos fue un rotundo fracaso. Carlomagno dejó dicha reforma en manos de los teólogos que había reunido en Aquisgrán. Se trataba de un buen grupo de pensadores conocedores de las Sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y la filosofía griega. Éstos intentaron recuperar los antiguos valores humanísticos, pero como su iniciativa no fue promovida oficialmente por el Imperio, su repercusión en el pueblo fiel fue muy pequeña.

ÉXITO DEL MONACATO BENEDICTINO

Regla de san Benito

En comparación con otras Reglas, la de san Benito es bastante extensa y completa. Fue escrita de forma clara y metódica. El programa de vida que propone es muy humano y espiritual, y se adapta a las circunstancias del lugar y de los propios monjes. Por ello fue apoyada por el Papado. Además, su espiritualidad resulta también beneficiosa para los laicos. Veamos ahora algunos de sus elementos más importantes.

San Benito concibe la vida monástica en comunidad. Y a la cabeza de ella sitúa al abad, que ha sido elegido democráticamente por sus

hermanos y hace las veces de Cristo en el monasterio. Por ello el abad no es sólo el superior, también es el padre espiritual de los monjes. La obediencia al abad o a otro superior es muy importante para el crecimiento espiritual de los monjes, pues es considerada como el primer grado de humildad, la cual es una virtud fundamental del benedictino.

El buen monje ha de saber guardar silencio y cuidar sus modales. Asimismo, ha de estudiar más allá de lo que dice la Regla, pues ésta no es más que el principio de un largo recorrido que pasa por las Sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y los autores monásticos. El modo de estudio benedictino es la lectio divina, es decir, una meditación pausada de los textos que lleva a la contemplación de Dios.

San Benito reglamenta minuciosamente el Oficio divino en siete Horas: Maitines y Laudes (a media noche), Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas y Completas (antes de acostarse). Con ciertas variaciones, el Oficio benedictino acabó imponiéndose en la Iglesia occidental. Pero san Benito no sólo quiere que sus hermanos destaquen por su devota oración. El lema benedictino es muy conocido: *ora et labora*. Se trata de un imperativo: «ora y trabaja». Efectivamente, aunque no aparece en la Regla, san Benito consideraba que los monjes no sólo deben orar, sino también trabajar, pues la ociosidad es la escuela de todos los vicios.

Otra característica muy típica de los benedictinos es la hospitalidad. La Regla pide que se acoja a los huéspedes como al mismo Cristo. Pero se prohíbe hablar con ellos, salvo al hospedero. La Regla también habla de la importancia de la clausura, pues ayuda a los monjes a vivir en un ambiente de recogimiento, separados del bullicio del mundo. Además, en el monacato benedictino es fundamental la estabilidad, es decir, pertenecer para toda la vida al monasterio donde se profesa, salvo que circunstancias especiales obliguen a cambiar de monasterio.

Difusión de la Regla benedictina y reforma aniana

Hemos visto que con ayuda de los Papas y los monarcas, la Regla de san Benito se extendió rápidamente, de tal forma que fue reemplazando a las otras Reglas monásticas. Ya en el siglo IX todos los monasterios – femeninos y masculinos– de la Europa occidental eran benedictinos, a excepción de los monasterios celtas de Irlanda y Escocia, que mantuvieron las dos Reglas de san Columbano hasta el siglo XII. Durante cuatro siglos (IX al XII) Europa era fundamentalmente benedictina, de modo que los monasterios difundían los valores de la Regla de san Benito entre el pueblo fiel, y así, eran de gran ayuda para que la gente mantuviese la fe y perseverase en el seguimiento de Cristo, a pesar de las muchas influencias

germanas y celtas. Además, gracias a las bibliotecas y escuelas monásticas se conservó y difundió la cultura en aquellos tiempos tan difíciles. También es importante subrayar que los benedictinos promovieron el desarrollo demográfico y económico de Europa, pues sus monasterios organizaban la explotación de bosques, cultivos, ganado, etc. De hecho, muchas ciudades europeas han nacido alrededor de monasterios benedictinos.

Cuando Carlomagno decidió imponer la Regla de san Benito en los monasterios de su Imperio, no sólo pretendía el bien del monacato, también buscaba aprovecharse de él para favorecer al Imperio, sirviéndose de los monasterios con el fin de asentar población en los territorios recién conquistados y difundir la cultura carolingia. Por ello, entre otras medidas, Carlomagno no respetó su derecho a elegir democráticamente al abad, sino que permitió que fuese impuesto según el criterio del poder civil. También decretó que éste pudiese obligar a los monjes a abrir escuelas para laicos en sus monasterios. Estos cambios, por desgracia, provocaron una grave crisis en el monacato benedictino.

Tras la muerte de Carlomagno, Luis el Piadoso dio más independencia a los monjes y promovió una reforma que ayudase a los monasterios a superar la crisis en la que estaban sumidos. Este proyecto lo puso en manos de un monje ejemplar: san Witiza Benito Aniano (750-821). Este monje redactó el *Capitulario monástico*, que consistía en un conjunto de cánones que completaban y modificaban ciertos aspectos de la Regla de san Benito. Entre otras cosas, volvió a dar derecho a los monjes a elegir su abad, eliminó la posibilidad de que el poder civil pudiese obligar a los monjes a abrir escuelas monásticas para laicos e incrementó el Oficio divino. Pues bien, la reforma aniana, aunque altera la Regla de san Benito, es considerada, en general, como una buena reforma, pues ayudó a los monjes a situarse en la Europa del siglo IX. Pero sólo duró unos 40 años, porque la pronta caída del Imperio Carolingio hizo que dejase de aplicarse en los monasterios.

Reforma cluniacense

Tras el fracaso de la reforma aniana surgieron otros intentos de reforma, pero sólo uno tuvo éxito, ya que, además de ser realmente beneficioso para el monacato, fue apoyado por el Papado y los señores feudales. Se trata de la reforma iniciada el año 910 por Guillermo I el Piadoso, duque de Aquitania, que donó a la Santa Sede un territorio para que en él fundara un monasterio. Ese territorio era Cluny, una zona boscosa situada en la región de la Borgoña (centro de Francia). Como esta reforma tuvo éxito, otros señores feudales decidieron ceder terrenos a la Santa Sede para fundar en ellos «abadías hijas» de Cluny.

Una clave del éxito de esta reforma reside en el buen gobierno que ejercieron los primeros abades de Cluny. La otra clave radica en que esta abadía y todas sus abadías hijas dependían exclusivamente de la Santa Sede y, por tanto, quedaban exentas del poder feudal y del poder episcopal, el cual, a su vez, dependía en exceso del feudal. Dado que las abadías hijas de Cluny fundaron a su vez otras abadías, se creó una red en la que todas las abadías tenían un lazo de dependencia, al estilo del vasallaje, con su respectiva abadía madre. En la cúspide estaba Cluny, y sobre ella estaba la Santa Sede.

El primer abad, Bernon († 926), aplicó el Capitulario monástico de san Witiza Benito Aniano en la abadía de Cluny y lo mismo se hizo en las muchas abadías en las que se extendió la reforma cluniacense. Pasado el tiempo, el Capitulario monástico fue reemplazado por las *Costumbres* cluniacenses, redactadas por san Hugo Magno (1049-1109), abad de Cluny y, asimismo, se constituyó la Orden Cluniacense, formada por las abadías dependientes de Cluny. Esta fue la primera Orden de la Iglesia, que tuvo también su rama femenina.

Hay que subrayar el testimonio cristiano que dieron las monjas y los monjes cluniacenses en la Europa feudal. Su carisma era muy eclesial, pues en él influía mucho la Santa Sede, de la que dependían las abadías cluniacenses. Esto era importantísimo en unos tiempos en los que Europa occidental estaba dividida en infinidad de feudos, pues gracias a la red de abadías dependientes de Cluny, Roma podía hacer llegar rápida y eficazmente sus consignas. Así, en medio de una Europa dividida, la Iglesia se erigía como el gran poder centralizador y unificador.

Destaca mucho su elaborada y prolongada liturgia, pues las abadías cluniacenses pretendían ser ante todo casas de oración continua y devota. Si san Benito indica que hay que rezar los 150 salmos a lo largo de la semana, los cluniacenses rezaban al día 138, si bien, según parece, podían llegar a sobrepasar los 210 en las grandes solemnidades. Su objetivo era reproducir aquí en la tierra la Jerusalén celestial, sumándose al coro de los santos y los ángeles que da culto y alaba de todo corazón a Jesucristo, señor y juez de todo lo creado. Movidos por la devoción, los cluniacenses ofrecían a Cristo todo lo mejor que tenían, de ahí la suntuosidad de sus rezos, vestiduras y templos.

Y hay algo muy significativo que señalar: los cluniacenses mostraban cierta devoción por la humanidad de Jesús. Después de tantos siglos en los que la imagen de Cristo había perdido su carácter humano, los cluniacenses daban los primeros pasos para recuperarlo. Asimismo,

siguiendo el camino trazado por la espiritualidad carolingia, María era también centro importante de su contemplación.

Dada la cantidad de horas que dedicaban a la oración comunitaria, estos religiosos no tenían tiempo para trabajar, por lo que en la Orden Cluniacense no se cumplía el equilibrio del *ora et labora*. Por ello, del trabajo manual se ocupaban ciertos monjes que apenas tenían oración comunitaria. Esto supuso una división entre los hermanos orantes –que de modo creciente fueron accediendo al orden sacerdotal y al estudio de la teología– y los hermanos trabajadores, llamados «legos» y, más tarde, «cooperadores». Pues bien, esta estructura comunitaria, de un modo u otro, fue asumida más tarde por otras Órdenes –masculinas y femeninas– y ha llegado hasta el Concilio Vaticano II. Hay que resaltar la importante labor evangélica que han llevado a cabo las hermanas y hermanos legos mediante su trato cercano con el pueblo fiel.

La influencia de los cluniacenses fue muy grande. Por medio de ellos el Papado pudo unificar la liturgia mediante el *Rito Romano*, eliminando así los numerosos ritos locales que por entonces había en Europa occidental y que dificultaban celebrar la Eucaristía a los extranjeros y peregrinos. Asimismo, ayudaron a propagar el arte, sobre todo el estilo románico, que veremos en el siguiente capítulo. Y sus abadías sirvieron de apoyo a los peregrinos que cada vez en más cantidad cruzaban Europa en busca de una experiencia profunda de Dios de camino a un santuario. Los monjes cluniacenses también colaboraron en evangelizar a los señores feudales y a sus caballeros, pues les exhortaban a hacer buen uso de su poder y sus espadas.

A nivel económico, las zonas situadas en torno a las abadías cluniacenses prosperaron mucho. Hay que tener en cuenta que la Orden Cluniacense puede ser considerada como la primera «empresa internacional» –o transnacional– pues podía comercializar sus productos por medio de su red de abadías, que eran independientes de los señores feudales. Pero, si bien las abadías eran prósperas económicamente, y el culto divino era muy suntuoso, a nivel particular, la vida de los monjes era muy austera, pues se seguía esta norma: lo mejor es para Dios y lo peor es para los monjes. A pesar de ello, la prosperidad económica trajo la decadencia a las abadías cluniacenses, pues se enriquecieron en exceso y les condujo a una crisis espiritual. Por ello surgieron otras reformas que recondujeron el monacato.

ESPIRITUALIDAD DE LA IGLESIA ORIENTAL

Hay dos elementos a subrayar en la espiritualidad de la Iglesia oriental de estos siglos: el hesicasmo y los iconos. Ambos perduran en la actualidad.

Hesicasmo

Se trata de una escuela o movimiento espiritual que busca ayudar a la persona a dedicarse por completo a la contemplación de Dios y a la unión con Él. Para conseguirlo, el hesicasta repite continuamente, a modo de letanía, la *oración del corazón*: «Señor Jesús, ten piedad de mí que soy un pobre pecador», que se basa en la oración del publicano en el Templo (cf. Lc 18,13). El hesicasta ha de repetirla hasta que fluya espontáneamente en su interior.

Su objetivo es alcanzar la quietud (*hesychia*) tanto exterior: retirándose al desierto o a un monasterio, como interior: mediante la impassibilidad (*apatheia*). Se adquiere la serenidad cuando los deseos materiales no inquietan el interior de la persona. También es muy importante tener una constante atención en Dios (*nepsis*), que se consigue cuando se controlan los pensamientos que surgen en la mente. Quien, con ayuda de la gracia divina, logra hacer esto, alcanza la *divinización*, es decir, su persona es verdadero templo de Dios (cf. 1Cor 3,16; 6,19) y participa de la vida divina que inunda su interior.

El hesicasmo fue ideado y practicado por los monjes del desierto egipcio en el siglo IV, y de ahí se difundió por todo Oriente, estando especialmente presente en los monasterios del Monte Sinaí (este de Egipto) y del Monte Athos (Grecia). Tras caer el Imperio de Bizancio en 1453, este modo de oración se arraigó en la Iglesia rusa.

Iconos

Icono significa «imagen». El arte de los iconos trata de representar la imagen de Cristo, María o un santo, siguiendo unas técnicas muy determinadas. Su espiritualidad se basa en que todos emitimos una luz espiritual dependiendo de nuestro grado de santidad: cuanto más santos somos, más luz espiritual emitimos. En la Transfiguración (cf. Lc 9,28-36), el Señor transformó su luz espiritual en luz física, por eso su persona resplandecía. Pues bien, los iconos muestran simbólicamente la «luz espiritual» de aquel a quien representan.

La luz espiritual es lo que sentimos cuando estamos junto a una buena persona: aunque no hablemos con ella, notamos interiormente que nos transmite una cierta sensación de paz y amor. Así, al contemplar con fe un icono, percibimos la luz espiritual de quien está representado en él. Los iconos tienen el fondo dorado para mostrar físicamente, en cierto modo, esa luz espiritual.

El inicio del arte de los iconos se sitúa en torno al siglo VI en Bizancio. En su origen era un arte monástico. El pintor de iconos que no seguía estrictamente las técnicas prefijadas cometía una ofensa contra Dios. Asimismo, estaba prohibido el comercio de iconos. Pero, por influencia de los musulmanes, en el Imperio Bizantino se originó el *iconoclasmo*: una corriente herética cristiana que rechazaba tajantemente el culto a los iconos. Los monjes se opusieron frontalmente a esta corriente, lo que desembocó en un largo conflicto político de más de cien años (730-842) al que se conoce como *crisis iconoclasta*.

En este conflicto destacó san Juan Damasceno (ca. 675-749). Este autor defendió la fe cristiana y el culto a los iconos en Damasco, cuando esta ciudad ya era musulmana. En su lucha contra los iconoclastas desarrolló una magnífica teología acerca de la contemplación de Dios en sus representaciones artísticas. Dice:

«En otros tiempos Dios no había sido representado nunca en una imagen, al ser incorpóreo y no tener rostro. Pero dado que ahora Dios ha sido visto en la carne y ha vivido entre los hombres, yo represento lo que es visible en Dios.

Yo no venero la materia, sino al Creador de la materia, que se hizo materia por mí y se dignó habitar en la materia y realizar mi salvación a través de la materia. Por ello, nunca cesaré de venerar la materia a través de la cual me ha llegado la salvación» (*Contra los calumniadores de las imágenes*, I, 16).

Tras la derrota del iconoclasmo, el Concilio IV de Constantinopla (869-870) afirmó lo siguiente: «Lo que el Evangelio nos dice a través de la palabra, el icono nos lo anuncia a través de los colores y nos lo hace presente».

AUTORES ESPIRITUALES

Estos siglos destacan por la escasez de escritores y, por tanto, de autores espirituales. Podemos subrayar a tres: san Juan Damasceno (ca. 675-749) y san Beda el Venerable (673-735), que ya hemos citado, y Juan

Escoto Eriúgena (ca. 810-877), que formó parte de los intelectuales de la corte carolingia.

6. EL ROMÁNICO Y LA REFORMA GREGORIANA (SIGLOS XI-XII)

De la Europa feudal y agraria del siglo X, a la Europa del siglo XIII, considerablemente más comercial y urbana, hay dos siglos de transición muy importantes en los que el Espíritu de Dios tuvo que ayudar a la Iglesia a superar la decadencia feudal y adaptarse a los nuevos tiempos. Este proceso vino marcado espiritualmente por la reforma gregoriana, las reformas monásticas y el románico. Otro importante factor a tener en cuenta es el desarrollo de las cruzadas a Tierra Santa, donde Occidente encontró las fuentes evangélicas de su fe, aunque a costa de cruentas batallas.

CONTEXTO

En los siglos XI y XII Europa duplicó su población. En cifras aproximadas, pasó de 30 a 60 millones de habitantes. Los nobles feudales ensancharon y mejoraron las villas o «burgos» amurallados, desde los que vigilaban sus territorios, y en ellos se asentaron grupos de comerciantes y artesanos. Así, los burgos se convirtieron en centros económicos, por lo que fueron favorecidos por los nobles concediéndoles privilegios que daban bastante libertad a sus habitantes. Esto atrajo a muchas personas del campo que preferían vivir más cómodamente en el burgo, sin tener que trabajar duramente en el campo bajo la tiranía del señor feudal. Pues bien, como consecuencia de esta migración del campo a los nuevos y pujantes burgos, en ellos se multiplicaron las construcciones tanto civiles como eclesiásticas y muchos bosques fueron reemplazados por cultivos, con el fin de alimentar a las nuevas poblaciones. Y al crecer en tamaño, los burgos pasaron a ser ciudades.

Aquellos habitantes de los burgos, que no se dedicaban a trabajos del campo sino al comercio o la artesanía –y más tarde a los negocios bancarios y a la industria–, eran los llamados *burgueses* y constituyen el germen de la *clase burguesa*, que desde entonces fue aumentando en número y poder hasta que, a partir de finales del siglo XVIII, consiguió imponerse a la nobleza y a la Iglesia por medio de la Revolución Francesa, las revoluciones liberales y la independencia de las colonias americanas.

En la época feudal las pocas ciudades que existían eran simples centros administrativos en los que vivía, por una parte, el noble junto a su corte y sus caballeros y, por otra, el obispo junto a sus canónigos y algunas comunidades religiosas femeninas. Pero una vez que los artesanos y

comerciantes se instalaban en las ciudades, éstas pasaban a ser centros económicos pujantes, a cuyos mercados acudía la población del campo para vender sus productos y comprar los utensilios fabricados por los artesanos.

Por otra parte, los habitantes de las ciudades querían que sus hijos fuesen cultos y estuviesen bien formados para que prosperasen en sus negocios o pudiesen optar a altos cargos administrativos. Por ello se preocuparon en contratar a profesores y, así, fueron surgiendo centros de enseñanza en las ciudades. Ante eso, la Iglesia reaccionó creando sus propios centros de enseñanza: las Escuelas catedralicias. Curiosamente, esto repercutió mucho en la teología, pues surgieron autores que no se limitaban a repetir lo que dicen las Escrituras y los Padres de la Iglesia – como se hacía en los monasterios–, sino que aventuraban a hacer nueva teología, es decir, a desarrollar nuevas ideas y pensamientos concernientes a Dios. A esta nueva teología se la ha llamado *escolástica*, pues se desarrolló en las Escuelas catedralicias. Entre estos autores cabe destacar al benedictino san Anselmo de Canterbury (1033-1109), al laico Pedro Abelardo (1079-1142), al cisterciense san Bernardo de Claraval (1090-1153) y al canónigo regular Ricardo de San Víctor (ca. 1110-1173).

En otro orden de cosas, en 1054 se produjo el Cisma Oriental, que supuso la ruptura definitiva con la Iglesia de Bizancio. Fue causado por conflictos políticos entre Roma y Constantinopla, que buscaban la primacía, y problemas dogmáticos, sobre todo por la polémica del *Filioque* introducido por la Iglesia occidental en el Credo, al afirmar que el Espíritu Santo procede no sólo del Padre, sino también del Hijo, lo cual era rechazado por la Iglesia bizantina. Como bien es sabido, con el paso del tiempo, la Iglesia occidental –dependiente de Roma– pasó a llamarse «católica» y la bizantina «ortodoxa».

CRUZADAS

Unos cuarenta años después del Cisma Oriental, en 1095, el Papa Urbano II (ca. 1042-1099) convocó la primera cruzada para recuperar Tierra Santa, que había caído en manos musulmanas varios siglos atrás. El Papa contó con el apoyo de los nobles y monarcas europeos. Aparte de los motivos religiosos que movían a la Iglesia, hubo otros motivos estratégicos y económicos por parte de los monarcas, pues el Próximo Oriente era la puerta de acceso a las rutas de comercio con Asia.

Mucha gente se aventuró a marchar en aquella primera cruzada y en las otras que hubo después, ya que la Iglesia premiaba a los cruzados con el *jubileo*, es decir, con el perdón de todos sus pecados, pues aquella era una

«guerra santa». Desgraciadamente, a sabiendas de que iban a ser perdonados con el jubileo, los cruzados hicieron terribles barbaridades, que aún son recordadas por los musulmanes y los cristianos ortodoxos, pues éstos también fueron sus víctimas. En la Jornada del Perdón celebrada en el año 2000, el Papa san Juan Pablo II pidió perdón por esas y otras atrocidades cometidas con el beneplácito de la Iglesia.

Entre las grandes masas de gentes que partieron a Tierra Santa no sólo había guerreros, también iban muchos laicos, sacerdotes y monjes cuyo objetivo era peregrinar a aquellos santos lugares. Pues bien, este «descubrimiento» de las tierras donde vivió, murió y resucitó el Señor hizo que en Europa occidental se comenzase a hablar asiduamente al pueblo fiel del Jesús humano de los evangelios. Los primeros que lo hicieron fueron los predicadores que llamaban a los laicos a sumarse a las cruzadas. Entre estos predicadores destacó san Bernardo de Claraval. La imagen que él transmitió del Jesús humano –además de divino– influyó mucho en la espiritualidad de su Orden, el Císter, y en la espiritualidad de la Iglesia en general, de tal forma que su pensamiento espiritual y teológico puede considerarse como uno de los principales motivadores del inicio de la espiritualidad gótica, de la que hablaremos en el próximo capítulo.

Aquellos que iban a Tierra Santa llevaban pintado en sus vestimentas el símbolo más evidente de la Pasión de Jesús: la Cruz. De ahí el nombre de «cruzados». Y así, en el siglo XII el símbolo de la Cruz pasó a popularizarse no solo entre los cruzados sino también entre el pueblo fiel de Europa occidental.

REFORMA GREGORIANA

A mediados del siglo XI, la Santa Sede consideraba imprescindible acometer una profunda reforma que ayudase a la Iglesia a superar las muchas carencias que le habían sobrevenido a causa del feudalismo. Además, era preciso acomodarse a la nueva realidad social que estaba naciendo en las ciudades. Esto dio origen a la reforma gregoriana, que abarca los años 1049-1123. Su período más importante lo marca el Papado de Gregorio VII (1020-1085), que da nombre a la reforma.

Vimos en el tema anterior que en el periodo feudal la Iglesia diocesana quedó en manos del poder civil, de tal forma que los obispos y los párrocos podían ser impuestos por los señores feudales. Y lo mismo ocurría con los abades de los monasterios que no pertenecían a la Orden Cluniacense. Además, era común que los sacerdotes diocesanos no guardaran el celibato y estaba demasiado generalizada la compra-venta de

cargos eclesiásticos debido a los beneficios sociales y económicos que reportaban.

Esto movilizó a personas de gran valía para revertir esta situación y reconducir a la Iglesia hacia una espiritualidad verdaderamente evangélica. Así, gracias a la reforma gregoriana se reforzó el poder del Papado, se alcanzó un considerable grado de independencia respecto del poder civil y, con ayuda de Cluny, se unificó la liturgia. Por otra parte, ante la creciente decadencia de los Cluniacenses, favoreció la reforma monástica apoyando el desarrollo de nuevas Órdenes: la Camáldula, el Císter y la Cartuja, de lo cual hablaremos posteriormente. También se hizo un esfuerzo por mejorar la situación del clero. En el I Concilio de Letrán (1123) se ordenó por primera vez a todas las diócesis que exigieran el celibato a los candidatos a clérigo y se prohibió el matrimonio y todo trato desordenado con mujeres a los ya ordenados. Aunque tardó en ponerse en práctica, esta ley ayudó a velar por la salud espiritual del clero. Esta postura respecto del celibato de los clérigos se ha mantenido en los Concilios posteriores hasta la actualidad.

Asimismo, esta reforma promovió la construcción de grandes y bellas catedrales en las nuevas ciudades, es decir, en medio del ámbito ocupado por los comerciantes y artesanos. Ello, a la postre, trajo consigo la supremacía de la Iglesia urbana sobre la Iglesia monástica. También suscitó la implantación de importantes centros de estudios catedralicios, que fueron el origen de las primeras Universidades. De este modo, el saber quedaba en manos de la Iglesia y no de los laicos asentados en las ciudades. Esto ayudó a la potenciación de la teología escolástica, lo cual supuso, como ya hemos comentado, un gran avance respecto a la teología que se impartía en las escuelas monásticas.

MOVIMIENTOS COMUNITARIOS Y HERÉTICOS

Ante los cambios espirituales que se vivían en esta época a raíz del «descubrimiento» del Jesús de los evangelios –gracias a las cruzadas–, entre los laicos fue surgiendo la necesidad de compartir comunitariamente su experiencia de fe. Por ello aparecieron *movimientos comunitarios* en torno a algunos monasterios. Después, de forma independiente a los monasterios, surgieron otros movimientos formados por laicos y clérigos. Pero la reforma gregoriana prohibió a los clérigos formar parte de comunidades laicales.

También se formaron este tipo de movimientos en torno a predicadores itinerantes que, en algunos casos, se distanciaban de la Iglesia

y difundían ideas heréticas, es decir, conscientemente contrarias a la doctrina eclesial. En efecto, a pesar de la reforma gregoriana, en el siglo XII surgieron en Occidente ciertos movimientos heréticos que fueron consecuencia de la nueva realidad social.

Hemos visto que los burgos y ciudades eran lugares donde la gente se sentía bastante libre respecto al poder feudal y, además, podía educar a sus hijos contratando profesores. Pues bien, en este ambiente de libertad y cultura surgieron personas que buscaban por sí mismas a Dios y, de forma obstinada, rechazaban asumir fielmente la doctrina de la Iglesia. En esto ayudó la decadencia religiosa tanto del clero secular, que ni sabía hablar de Dios ni su vida, a veces, era ejemplar, como de las abadías, en las que sobraba el poder, el lujo y la riqueza.

Hasta entonces, en la Europa medieval no había habido estos problemas porque los clérigos y los monjes, mediante su «autoridad», promovían la fe cristiana a gente mayoritariamente inculta y sometida al poder feudal. Pero ahora, el argumento de la «autoridad» no les valía a las personas cultas y libres que habitaban las ciudades, pues necesitaban que se les predicase el Evangelio con argumentos de razón y, sobre todo, mediante el amor y el ejemplo. Y así, comenzaron a surgir predicadores pobres e itinerantes que hablaban de Jesús según su propio parecer y empleando una buena retórica. Desgraciadamente, a estos atrayentes predicadores se fue uniendo mucha gente y, de este modo, se formaron los movimientos heréticos.

El más significativo fue el *movimiento cátaro*, que tenía una religiosidad de corte dualista, es decir, que dividía drásticamente el mundo entre lo material, que era malo, y lo espiritual, que era bueno. En el siglo XII el catarismo y otros movimientos similares se afianzaron con gran fuerza en el sureste francés y el norte de Italia gracias a la ayuda que los señores feudales y las familias más pudientes les prestaban por motivos políticos y económicos, ya que así evitaban pagar los diezmos a la Iglesia. Bueno, pues como respuesta evangélica a estos movimientos, surgieron en el siglo XIII las Órdenes mendicantes. Las veremos en el próximo capítulo.

ESPIRITUALIDAD ROMÁNICA

El románico constituye el último episodio de la espiritualidad generada por la imagen de Jesús Pantocrátor que desde su trono celestial gobierna el Universo y la vida de las personas. Recordemos que se originó con la cristianización del Imperio Romano y ha estado presente en Europa occidental con pequeñas variaciones durante ocho siglos. Pues bien, esta

espiritualidad fue apagándose lentamente a lo largo del siglo XIII debido a la irrupción de la nueva espiritualidad gótica, propia del ámbito urbano y cuyo elemento fundamental era la imagen de Jesús que nos muestran los evangelios, en los que se subraya que antes de resucitar y subir al Cielo padeció y murió en la Cruz.

Arte románico

En el siglo XI aparece el arte románico, llamado así porque su arquitectura tomaba como modelo la de los edificios del Imperio Romano: con bóveda de cañón y arco de medio punto. Pero lo importante del arte románico era la espiritualidad que transmitía al pueblo. Una espiritualidad muy bien adaptada al mundo rural y agrario que por entonces predominaba en Europa.

Las iglesias románicas tenían una simbología espiritual muy impactante. Dado que la técnica arquitectónica estaba escasamente desarrollada, aquellas iglesias se construían muy sólidamente, con anchos muros y estrechas ventanas. Ello las convertía en pequeñas y oscuras fortalezas donde la gente podía refugiarse cuando el pueblo era atacado. Así, las iglesias románicas simbolizaban la fortaleza de la fe cristiana.

Siguiendo la tónica del arte religioso nacido con la cristianización del Imperio Romano y potenciado en tiempos carolingios, Jesucristo Pantocrátor era representado sentado en un trono, mostrando así el paralelismo que había entre la imagen divina y la imagen monárquica. Pero en esta época no sólo se le representaba dentro de los templos: los monjes cluniacenses sacaron la imagen del Pantocrátor al pórtico, a la vista de todos, y lo rodearon de su corte celestial, formada por bellas semicircunferencias compuestas por ángeles y santos –algunos de los cuales tocan instrumentos musicales– que cantan eternamente alabanzas al Señor. Estos espectaculares pórticos eran unas magníficas catequesis para el pueblo fiel pues, al contemplarlos, comprendía que quien entra en la Iglesia camina hacia el glorioso Reino Celestial.

Efectivamente, según se entraba a una iglesia románica, se veía al fondo, sobre el altar, la imagen de Jesús Pantocrátor presidiendo todo el espacio interior. En la bóveda del techo se solían pintar estrellas o ángeles para simbolizar el cielo. A veces las paredes estaban decoradas con imágenes de santos. Los capiteles de las columnas solían estar esculpidos con representaciones de pasajes bíblicos y, además, estaban bellamente pintados. Por otra parte, la tenue oscuridad que reinaba en aquellas iglesias hacía presentir la misteriosa presencia de Dios. Todo ello ayudaba al creyente a pensar que estaba en la «Jerusalén celestial» regida por Jesús

resucitado. Sumergida en esta rica simbología, cuando la persona caminaba hacia el altar, caminaba figurativamente hacia la resurrección. En algunas iglesias se ponía en el ábside una imagen de María Theotokos en vez de a Jesús Pantocrátor.

Culto a Jesús Pantocrátor y religiosidad cósmica

Según la espiritualidad románica, Dios se comunica con las personas por medio de la naturaleza. Por eso se seguían celebrando en esta época *ordalías* o *juicios de Dios* para resolver los procesos judiciales, dejando que –supuestamente– Dios se expresase por medio de un elemento natural a favor del acusado, si es que era inocente. En efecto, en tiempos del románico todavía el pueblo fiel estaba muy influenciado por las religiosidades germánica y celta que, como ya sabemos, son animistas, cósmicas y supersticiosas. Además, inmersos en una cultura eminentemente agrícola y ganadera e influenciados por las astronomías bíblica y aristotélico-ptolemaica –en las que la tierra es el centro del universo–, los europeos pensaban que el mundo estaba cubierto por una bóveda celeste –con el sol, la luna y las estrellas– y que más arriba estaba el Reino de los Cielos, en el que Jesús estaba sentado gobernándolo todo, haciendo que lloviese sobre los campos, que hubiese caza en los montes y peces en los ríos. Pues bien, ese es el Jesucristo Pantocrátor que se mostraba en las iglesias románicas.

En esta época comenzaron a proliferar los crucifijos, ya que a la representación de la Cruz se añadió la imagen de Jesucristo, pero no la del Crucificado –sufriente–, sino la del Resucitado, al que presentan solemne y majestuoso, bien vestido y con corona real. En el siglo XII, debido a la influencia de las cruzadas a Tierra Santa, esta imagen se fue humanizando, por lo que poco a poco a Jesús se le representaba con menos ropa y mostrando sus heridas. Aunque todavía sin expresar sufrimiento. También se le representaba muerto en la Cruz, pero aparentando estar serenamente dormido.

Culto a María Theotokos y origen del Rosario

El culto de la Virgen María siguió un proceso similar al de su Hijo. En el siglo XI el arte románico todavía mostraba a María como la Theotokos (Madre de Dios) sentada en su trono con gran majestad. En sus rodillas estaba sentado el Niño Jesús, derecho, hierático y solemne. Esta imagen tan poco tierna hacía que María aún no ocupase un lugar central en la piedad del pueblo fiel. Pero en el siglo XII experimentó una cierta humanización: progresivamente su rostro fue mostrando más amor y paz, apareciendo cada vez más como Madre y menos como Reina.

En esto influyó mucho san Bernardo de Claraval (1090-1153), al difundir entre el pueblo el título de *Nuestra Señora*. La importancia de este título radicaba en que a María se la dejó de ver como «la Señora» –feudal– que estaba sentada en su trono, lejos del pueblo, y comenzó a ser considerada como «Nuestra», es decir, como una Madre cercana. Seguía siendo «Señora», pues es la Madre de Dios, pero ahora se la veía más cerca de «sus» hijos. Esto hizo que la devoción a María aumentase enormemente entre el pueblo fiel y cada vez fuese mayor el número de iglesias y monasterios que se pusieron bajo una advocación mariana.

María también fue adquiriendo más preponderancia en la liturgia y la piedad popular. A finales del siglo XI el obispo Ademar de Monteil († 1098) compuso el canto *Salve Regina*. Y en el siglo XII surgieron las letanías a la Virgen, que concluyen siempre con el *ora pro nobis*.

Asimismo, el Rosario fue tomando un cariz más mariano. En su origen, este rezo consistía en un «salterio» de 150 Padrenuestros que los monjes y monjas legos –dedicados al trabajo manual– rezaban diariamente en sustitución de los 150 salmos. Más tarde, esta devoción se extendió entre el pueblo fiel. Bueno, pues entrado el siglo XII, entre los Padrenuestros del «salterio» se fueron introduciendo las palabras del saludo del Ángel a la Virgen María en la Anunciación (cf. Lc 1,28), es decir, la primera parte del Avemaría, pues aún no se rezaba completo. De esta forma, aquel «salterio» pasó a llamarse *Salterio de Nuestra Señora* o *Salterio de la Virgen*, aunque tuvo otros nombres.

Peregrinaciones, cruzadas, procesiones y romerías

Siguió teniendo gran fuerza el culto a los santos, como mediadores ante Jesucristo Pantocrátor. Sus reliquias eran importantes porque mostraban su presencia «física». Su culto se realizaba en las criptas (subterráneas) de los santuarios. Allí acudían infinidad de peregrinos buscando un favor especial o cumplir una penitencia. Muchos enfermos graves se instalaban en las criptas, junto a la presencia física de los santos, con un doble objetivo: para que éstos intercediesen por su sanación, o bien, si había llegado su hora, para que les condujesen al Cielo. Pues bien, la presencia de personas moribundas –es decir, que estaban a las puertas de la otra vida– acrecentaba el ambiente sobrenatural de las criptas, en las que, además, se quemaba abundante incienso con el fin de disimular el nauseabundo olor que emanaba de estas personas.

Ciertamente, en los santuarios se producían muchas sanaciones debido a la mediación milagrosa de los santos, pero también por el cuidado que recibían de los laicos y religiosos que se ocupaban de ellos. También

había hospitales al lado de los santuarios y a lo largo de los caminos de peregrinación. En muchos casos, dichos hospitales estaban bajo el cuidado de caritativas comunidades monásticas femeninas o masculinas.

Si bien surgieron muchos santuarios, los peregrinos se dirigieron cada vez más a Jerusalén, donde murió y resucitó el Señor, a Roma, donde están enterrados san Pedro y san Pablo, y a Compostela, donde se descubrió milagrosamente la tumba de Santiago Apóstol en el año 813. Pero, llegado el siglo XII, estando el norte de España libre del peligro musulmán, Compostela –o Santiago de Compostela– pasó a ser el lugar predilecto de peregrinación. Actualmente siguen siendo muchas las personas que peregrinan a Santiago. Como ya hemos comentado, las peregrinaciones son un importante ejercicio espiritual en el que el peregrino, a medida que se acerca físicamente, y con mucho esfuerzo, hacia el santuario, se acerca espiritualmente, y con mucho amor, hacia Dios. Se trata de un camino de maduración interior que ayuda al peregrino a ser mejor cristiano.

Las cruzadas eran consideradas como un tipo muy especial de peregrinación, en las que no sólo se pretendía visitar Tierra Santa, sino, sobre todo, recuperarla para la Cristiandad. Éste era el ideal de los *caballeros cruzados*, que eran guerreros cuya espada era consagrada – generalmente en un monasterio– para defender el Evangelio, proteger a los peregrinos y luchar por Tierra Santa. En este contexto de las cruzadas, en las cada vez más populares *vidas de santos*, abundaban los personajes con espíritu caballeresco: los míticos *caballeros andantes* que vagaban por el mundo haciendo el bien.

Asimismo, en esta época también fueron cobrando importancia las *procesiones* y las *romerías*. Ya hemos visto que son ritos religiosos de origen pagano que la Iglesia supo adaptar a la espiritualidad cristiana. Las procesiones se realizan en las poblaciones grandes, donde hay espacio suficiente para pasear y dar culto a la imagen del santo por sus calles. Las romerías se realizan generalmente en pueblos pequeños, aunque las hay también en muchas ciudades. La palabra «romería» viene de «Roma» pues, en su origen, estas celebraciones pretendían reemplazar el ir de peregrinación a Roma. Consisten en caminar todos juntos hasta una ermita cercana donde está la imagen de un santo o de la Virgen. Se sabe que algunas ermitas fueron antiguamente la cabaña donde vivió un ermitaño. De ahí el nombre de «ermita». En otros casos, están situadas en antiguos lugares sagrados paganos, que los misioneros decidieron cristianizar construyendo en ellos una pequeña capilla dedicada a un santo. Otras ermitas fueron construidas expresamente para que el pueblo pudiese celebrar una romería.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Ermitaños, reclusas y monjes camaldulenses

En los siglos XI y XII hubo muchos hombres que dejaron todo para buscar a Dios por su cuenta, como ermitaños, buscando así una radical pobreza y un abandono ascético que no encontraban en las Órdenes monásticas. Había varios tipos de ermitaños: unos formaban colonias de un modo muy semejante a los eremitas del desierto egipcio, otros lo hacían totalmente en solitario; algunos eran cultos, aunque la gran mayoría eran analfabetos; también los había clérigos, otros eran monjes que habían dejado su abadía, pero la mayor parte eran laicos; también había un grupo especial de ermitaños que no se quedaban en un lugar fijo, sino que preferían deambular de pueblo en pueblo; y algunos, además, predicaban la penitencia y la conversión.

Cuando en una comarca no había presencia de clero secular ni de monjes o monjas, los ermitaños eran la principal referencia espiritual para la gente. Por eso, cuando moría un ermitaño que había sido muy significativo para el pueblo, se conservaba su cabaña como una especie de «lugar sagrado». Y ya que no podían rendirle culto a él, porque oficialmente no era santo, en la cabaña ponían una imagen de la Virgen o de un santo y así convertían la cabaña en una ermita. Y a ella acudían los lugareños a orar o en romería.

Un poco más adelante veremos que las principales reformas emprendidas en la vida monástica tuvieron como referencia la ascesis y la pobreza de los ermitaños. Pero la influencia de éstos no quedaba ahí. Los historiadores han visto en este auge de la vida eremítica de los siglos XI y XII un anticipo de las Órdenes mendicantes del siglo XIII. De hecho, veremos en el próximo capítulo que san Francisco (ca. 1181-1226) hizo vida eremítica a las afueras de Asís antes de fundar su Orden. Santo Domingo (ca. 1172-1221), si bien era canónigo regular, pasó varios años predicando en solitario y de forma itinerante –lo cual, en cierto modo, es una forma de eremitismo– antes de fundar la Orden de Predicadores. Y los carmelitas y agustinos fueron en su origen colonias de ermitaños.

También hubo mujeres con vocación eremítica. Pero, como no podían vivir en soledad en medio de la naturaleza por el peligro y el rechazo social que ello suponía para ellas, se recluían generalmente dentro de una casa pegada a una iglesia, de tal forma que podían seguir la Eucaristía y el Oficio divino, si lo había, a través de una ventana interior que daba al altar. Se les llamada *reclusas* o *emparedadas*. Algunas vivían en pequeños alojamientos pegados a las murallas de la ciudad y hubo

monjas que vivieron emparedadas dentro de sus monasterios. Todas ellas debían vivir solas o junto a alguien que se ocupase de su alimentación y cuidado cuando eran muy mayores o estaban enfermas. Dado que esta forma de vida contaba con el apoyo de los obispos, se reglamentó eclesiásticamente y se extendió bastante. Existía un minucioso rito de «emparedamiento solemne». También hubo *reclusos*, aunque mucho menos.

Probablemente, algunas reclusas fueron las primeras personas que dedicaron su vida a rendir un asiduo culto a la Eucaristía fuera de la Misa, pues en ciertas iglesias en las que había adosada la vivienda de una reclusa, la reserva eucarística se conservaba en el altar para que la reclusa pudiera adorarlo devotamente.

Junto a los ermitaños y las reclusas hay que hacer mención a los monjes camaldulenses. Hacia 1025 san Romualdo (ca. 951-ca. 1027) creó en la Toscana la comunidad monástica de la Camáldula, que seguía la espiritualidad de la Regla de san Benito, pero con un sesgo fuertemente eremítico. Este monasterio y los otros que ha ido fundando la Orden Camaldulense tienen una estructura de *laura*, es decir, dentro de un terreno rodeado por un muro, cada monje vive solo en una cabaña. En el interior del recinto hay una iglesia y otros edificios comunes. Asimismo, al estilo de los eremitas, los camaldulenses dan mucha importancia al rigor ascético. Si bien esta Orden no tuvo una gran difusión, aún existe en nuestros días.

Monjes cistercienses

La *Orden del Císter* –en francés: *Cîteaux*– es la gran reforma monástica de esta época, ya que tuvo una rápida expansión. Surgió a consecuencia de la decadencia que vivía la Orden Cluniacense, cuyos monasterios eran excesivamente ricos y estaban demasiado centrados en el culto divino. Esos dos problemas son los que trató de resolver la Orden Cisterciense, que pretendía volver a los orígenes de la espiritualidad benedictina en la que son muy importantes la pobreza y el equilibrio del *ora et labora*.

Esta Orden fue fundada en 1098 en Cîteaux, a donde llegaron tres monjes, conocidos como los «tres monjes rebeldes», pues, saltándose el voto de estabilidad, salieron de la abadía cluniacense de Molesme con el fin de fundar una nueva comunidad que fuese fiel al carisma originario de san Benito. Ellos fueron los tres primeros abades de Cîteaux. El primero, san Roberto (1028-1111), fue obligado a regresar a Molesme porque era el legítimo abad de aquella comunidad. Con el segundo abad, san Alberico (+1108), la comunidad de Cîteaux pasó por un momento difícil. Pero

gracias al tercer abad, el inglés san Esteban Harding (+1133), la abadía tomó fuerza y comenzaron a entrar novicios en el año 1111. Un año más tarde llegó un gran grupo procedente de París, en el que se encontraba el joven san Bernardo de Claraval (1090-1153), que fue el gran difusor de la Orden del Císter.

En 1119 van a introducir una importante innovación dentro de la vida religiosa: el *Capítulo general* que, formado por todos los abades de la Orden, se reúne periódicamente con el fin de tratar sobre asuntos de observancia común, respetando la autonomía de las abadías. Posteriormente, las otras Órdenes fueron tomando esta institución, incluida Cluny (en 1259).

En el carisma cisterciense la Virgen María ocupa un lugar muy especial, de tal forma que estos monjes desarrollaron aún más la bella espiritualidad mariana que se vivía en la Orden Cluniacense. De hecho, todos los monasterios cistercienses están bajo una advocación mariana – salvo aquellos que tenían otra advocación antes de ser asumidos por esta Orden–. Asimismo, los cistercienses promovieron mucho el rezo del Rosario, es decir, el por entonces conocido como «Salterio de la Virgen».

También destacan por el silencio y el reposo espiritual que se siente en el interior de sus abadías, y por la austeridad de su arquitectura, que pretende reflejar la austeridad de sus vidas. Pero, si bien los monjes, a nivel individual, vivían muy austeramente, las abadías tenían un sistema económico similar al cluniacense, por lo que pronto se convirtieron en grandes emporios, pues, además, en la espiritualidad cisterciense se le da mucha importancia al trabajo, en detrimento de los excesivos rezos comunitarios cluniacenses. De hecho, como ya antes pasaba con los monjes cluniacenses, los reyes les pedían que se instalasen en tierras recién conquistadas o deshabitadas para que las convirtiesen en terrenos prósperos y productivos. Su éxito económico, desgraciadamente, les condujo a la decadencia. Pero para siempre ha quedado en la memoria de la Iglesia aquella primigenia espiritualidad cisterciense que ahora, sus sucesores, tratan de vivir en las actuales abadías de la Orden.

Monjes cartujos

La fundación de la *Orden de la Cartuja* –en francés: *La Chartreuse*– se produjo al mismo tiempo y en un lugar relativamente cercano a Cîteaux. Por eso hubo bastante relación entre los primeros monjes cartujos y cistercienses. Pero los cartujos crearon un monacato de carácter semieremítico –parecido a los camaldulenses– con una legislación propia, aunque basada en la benedictina.

El fundador de la Cartuja fue san Bruno (ca. 1032-1101). Nacido en Colonia, destacó como profesor de teología en Reims. Pero cuando tenía 50 años decidió tomar una vida retirada. Dos años después se instaló en La Chartreuse (cerca de la actual Suiza) y en 1084 fundó allí una comunidad de monjes eremitas. Pasados cinco años, el Papa Urbano II (1042-1099) le pidió a san Bruno que se instalase en Roma para trabajar en la Curia, dejándole vivir con algunos discípulos en un terreno solitario de los alrededores de Roma. Y allí murió, con 69 años, sin haber pretendido fundar ninguna Orden ni dejar ninguna Regla escrita. Lo único que dejó fueron unas tradiciones y usos que, pasados unos decenios, sirvieron de base para escribir la Regla de la Orden de la Cartuja, a la que llaman *Estatutos*. Esta Orden se propagó lentamente, aunque en el siglo XIV tuvo una gran difusión.

Los cartujos se han mantenido siempre muy fieles a sus Estatutos. Cuando un novicio o novicia no es capaz de soportar física o psicológicamente la austeridad de la Cartuja, en vez de rebajar las exigencias monásticas para acomodarlas a dicha persona, se le pide que abandone el monasterio. Por ello, los cartujos no han necesitado nunca reformarse. La vida de una Cartuja combina lo cenobítico con lo eremítico, pues tienen algunas actividades y rezos comunitarios, pero cada monje –o monja– vive muy austeramente en su propia celda, donde ora, estudia, hace algún trabajo manual, come, cuida su huerta privada, etc.

Cuando una persona entra en la Orden de la Cartuja ha de dejarlo todo, incluida su propia identidad pública, por ello muchos cartujos firman con un simple: «un cartujo», sin indicar su nombre. Cuando mueren son enterrados en el jardín del claustro sin ataúd y no se indica su identidad en la lápida. La presencia del cementerio en medio del claustro ayuda a los monjes a estar espiritualmente vigilantes ante la inesperada hora de la muerte. El silencio es también muy importante. Y no tienen hospedería, para que los huéspedes no les distraigan. Ello les ayuda a vivir sumidos en la contemplación de Dios, que es el objetivo principal de su vida. Su trabajo –y apostolado– tradicional ha consistido en copiar e imprimir libros.

Caballeros cruzados, Órdenes militares y el comienzo de la vida religiosa activa

Hemos hablado anteriormente de los caballeros cruzados que defendían el Evangelio. Los musulmanes eran en aquella época el mal a combatir, por ello los cruzados eran vistos como santos. Sabemos que de ellos y de los legendarios *caballeros andantes* hablaban mucho las *vidas de santos* que escuchaba el pueblo fiel para su edificación y entretenimiento.

Pues bien, los caballeros cruzados fueron el origen de las Órdenes militares, pues la Iglesia necesitaba hospedar, cuidar y proteger a los peregrinos en su camino hacia Jerusalén. En un principio, se ocupaban de ello algunos caballeros cruzados de forma altruista, pero poco a poco se fueron agrupando y organizando hasta que se constituyeron en Órdenes religiosas con la colaboración de algunos monjes cistercienses que les ayudaron a hacer sus Reglas de vida. Las Órdenes militares acabaron siendo los «cuerpos de élite» del ejército cruzado en las contiendas contra los musulmanes. De hecho, en España se fundaron con este fin para ayudar en la guerra de la Reconquista.

Puede considerarse la creación de las Órdenes militares el punto de inicio de la *vida religiosa activa*. Efectivamente, hasta entonces las Órdenes religiosas masculinas, aunque permitían –o pedían– a algunos hermanos salir a evangelizar al pueblo fiel, centraban su actividad en el trabajo manual y el culto divino dentro de la clausura del monasterio. Con las Órdenes militares ya no pasaba eso, pues su Regla y Costumbres de vida les indicaban que el centro de su actividad estaba fuera del convento: protegiendo a los peregrinos o luchando contra los musulmanes, y ante eso quedaba supeditada la vida conventual y el culto divino. En el siglo XIII nacieron las Órdenes mendicantes tomando, en cierto modo, como referencia el modelo de *vida activa* de las Órdenes militares. Pero en vez de salir del convento para luchar, lo hacen para predicar.

La Orden militar más significativa fue la *Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón*, más conocidos como Orden del Temple o templarios. Fue fundada hacia 1119 por varios caballeros cruzados que se unen para proteger a los peregrinos en Tierra Santa. En 1129 fue aprobada por la Santa Sede. San Bernardo de Claraval le dio su Regla de vida –la *Regla de los Caballeros del Temple*– que después fue modificada por el patriarca de Jerusalén. Durante casi dos siglos los Templarios desarrollaron una dura labor por la Cristiandad. Pero también destacaron como hábiles banqueros. Y eso marcó su trágico final, pues tras la expulsión de los cristianos de Tierra Santa, fue abolida en 1312 por el Papa Clemente V (1264-1314) bajo la presión del rey de Francia Felipe IV el Hermoso (1285-1314), que necesitaba imperiosamente hacerse con las grandes sumas de dinero que los templarios habían atesorado.

Efectivamente, en el siglo XIV, una vez que la Iglesia dio por perdida Tierra Santa, algunas Órdenes militares dejaron de tener sentido, y pasaron a ser un problema, dado el poder militar y económico que tenían. Con el paso del tiempo las Órdenes militares han ido desapareciendo o adaptándose a las nuevas circunstancias.

Órdenes hospitalarias

Hemos visto que las monjas y los monjes se ocupaban de atender a todo aquel que necesitase de hospedaje o atención médica, pues lo normal era que los monasterios tuviesen una hospedería. Asimismo, las Órdenes militares atendían en sus conventos a los peregrinos y viajeros. Pero en los siglos XI y XII se fundaron algunas Órdenes que se especializaron en esta labor: se trata de las Órdenes hospitalarias, que generalmente se emplazaban en los caminos de peregrinación y en las ciudades, pues es ahí donde más se las necesitaba.

Varios siglos más tarde, en 1572, san Juan de Dios (1495-1550) fundó la Orden hospitalaria que lleva su nombre, la cual ha llegado hasta nuestros días realizando una loable labor de pastoral sanitaria. Asimismo, podemos considerar como herederas de esta forma de vida religiosa a las muchas Congregaciones –la mayoría femeninas– que a partir del siglo XVI se van a dedicar a la labor de cuidar a niños, pobres, ancianos y enfermos.

Canónigos regulares y la expansión de la Regla de san Agustín

Los canónigos son sacerdotes que viven en comunidad. A lo largo de la historia han existido bastantes comunidades de este tipo. Generalmente eran sacerdotes diocesanos que vivían junto a la catedral sin pronunciar votos religiosos, poseyendo bienes propios y disponiendo de una habitación privada. A éstos se les llama *canónigos seculares*. También abundaron las canonesas seculares.

Recordemos que el Imperio Carolingio (siglos VIII-IX) pretendió que todos los sacerdotes diocesanos vivieran bajo la Regla de san Crodegando, constituyéndoles así en *canónigos regulares*. Aunque sabemos que no tuvo el éxito esperado, pues muchos clérigos no quisieron tomar esta forma de vida, sí se fundaron numerosas comunidades de canónigos regulares. Tres siglos más tarde, la reforma gregoriana va a intervenir obligando a todas las comunidades de canónigos regulares a tomar la Regla de san Agustín, naciendo así los *canónigos regulares de san Agustín*, que eran propiamente religiosos. Generalmente cada comunidad dependía del obispo diocesano, y su legislación consistía en añadir a la Regla de san Agustín unas Costumbres adaptadas a sus circunstancias particulares.

Muchas de las comunidades de canónigos regulares de san Agustín en España, Italia y Francia se dedicaron fundamentalmente a la vida contemplativa y apenas salían a predicar. Tampoco trabajaban manualmente porque vivían de rentas, diezmos y otros ingresos económicos. Es decir, centraban su vida en el culto divino, la oración

particular y, en cierta medida, el estudio. En Alemania y otras regiones del norte, en cambio, su vida era menos contemplativa y salían a predicar. Asimismo, surgieron *Congregaciones de canónigos regulares de san Agustín* que agrupaban varias comunidades que eran regidas por un Capítulo general, a ejemplo de los cistercienses. Destacan también los *canónigos premonstratenses* –o norbertianos–, que son una Orden religiosa dedicada al culto divino y a la predicación del Evangelio. Fue fundada en 1120 por san Norberto de Xanten (1080-1134).

La clave del éxito de la Regla de san Agustín está en que se trata de un conjunto de normas muy evangélicas, equilibradas, humanas y comprensivas, que no concretan los horarios de rezos, ni la pastoral, ni las comidas, etc., pues eso, que sí existía en la Regla original de los monjes agustinianos del norte de África, fue eliminado al ser retomada dicha Regla en Europa. Por ello, puede aplicarse a cualquier tipo de vida religiosa, pues no hay más que añadirle unas Costumbres en las que se indiquen con detalle las actividades y forma de vida de los religiosos. Esto ha propiciado que hayan tomado esta Regla, además de los canónigos, algunas Órdenes mendicantes, hospitalarias, redentoras y monásticas y otros muchos Institutos religiosos.

Antes de acabar con este apartado, es preciso decir que, como ha solido pasar con otras familias religiosas anteriores, los camaldulenses, cistercienses, cartujos y premonstratenses fundaron también su rama femenina. Asimismo, surgieron las canonisas regulares de san Agustín y algunas Órdenes militares fundaron una rama monástica femenina.

AUTORES ESPIRITUALES

Cabe destacar en este periodo a san Bernardo de Claraval (1090-1153), santa Hildegarda de Bingen (1098-1179) y la Escuela de San Víctor. Del primer autor hemos hablado anteriormente. Según él, la experiencia espiritual, a diferencia de las otras experiencias, se produce en el interior de la persona a nivel de sentimientos y del «sujeto pasivo», que dócilmente se deja obrar por Dios. La cumbre de dicha experiencia se alcanza cuando la Palabra de Dios llega al fondo del alma. En su comentario al Cantar de los Cantares, san Bernardo habla de la *mística sponsal* –o mística nupcial–, entre el Esposo (Dios) y la esposa (nuestra alma).

En el año 2012 el Papa Benedicto XVI proclamó Doctora de la Iglesia a la monja benedictina santa Hildegarda de Bingen. Su camino espiritual consiste, básicamente, en estos pasos: partiendo de la fría razón natural, nuestra persona ha de pasar por una purificación ascética, la cual

nos permitirá alcanzar la contemplación de Dios en lo más profundo del alma, pero ello, a su vez, nos conduce a una purificación mística, gracias a la cual llegamos a la cumbre espiritual. Ésta consiste en la unión de nuestra alma con Dios, alcanzando así la caridad y humildad perfectas.

La Escuela de San Víctor se desarrolló cerca de París, en una abadía de canónigos regulares de san Agustín que destacaba por su vida contemplativa y su interés por el estudio. Apoyándose fundamentalmente en las Escrituras, san Agustín de Hipona (354-430) y Dionisio Areopagita (ca. 480-530), crearon una forma de hacer teología que conducía hacia la contemplación de Dios. Estos autores determinaron un camino de ascenso al conocimiento divino, según el cual, partiendo de la ignorancia, el buscador de Dios ha de apoyarse en el saber filosófico para acceder al saber teológico que, a su vez, ha de abrirle la puerta del conocimiento experiencial de Dios, que es lo realmente importante. Es decir, según ellos, la mística es la cumbre del saber verdadero. Este camino lo puede recorrer cualquiera, pues todos estamos llamados a alcanzar la unión con Dios en esta vida. Pero para ello es necesario que seamos humildes, honestos y diligentes, y que nos apartemos de todo aquello que nos aleja de Dios, lo cual no es fácil. Los tres grandes autores de esta escuela son los abades: Hugo de San Víctor (1096-1141), Ricardo de San Víctor († 1173) y Adam de San Víctor († 1192).

7. EL GÓTICO Y LAS CIUDADES (SIGLO XIII)

La Europa urbana del siglo XIII supuso un nuevo reto para la Iglesia, pues cada vez había más personas cultas y libres que, además, habían oído hablar del Jesús de los evangelios gracias a las noticias llegadas de Tierra Santa. Si hasta entonces el buen cristiano debía someterse ante el poder de Jesús Pantocrátor, en esta época pasó a identificarse con su Cruz redentora. Asimismo, se exigió coherencia evangélica al clero y a los religiosos. Pero difícilmente podían ofrecer un buen testimonio los sacerdotes diocesanos – pues estaban escasamente formados y, a veces, su comportamiento era poco edificante–, los canónigos –que vivían cómodamente encerrados en sus dependencias– ni los monjes –cuyas ricas abadías estaban situadas en medio del campo y, por tanto, lejos de la gente–. Debido a ello, el Espíritu Santo suscitó una nueva forma de vida religiosa: la mendicante, que situó sus conventos en medio de las ciudades y animó a sus frailes a salir de la clausura para pedir limosna y predicar el Evangelio.

CONTEXTO

En el tema anterior vimos cómo en los siglos XI y XII los burgos, que eran grandes recintos amurallados, fueron tomando importancia porque en ellos se instalaban comerciantes y artesanos que los convertían en influyentes centros económicos. El crecimiento de los burgos dio lugar a las ciudades y a la incipiente clase burguesa. Pues bien, llegado el siglo XIII la importancia de las ciudades era tal, que podemos hablar de una nueva Europa urbana, muy diferente a la Europa feudal del siglo X. Del predominio de la sociedad rural e inculta del campo, se pasó en esta época al predominio de la sociedad relativamente culta y pudiente de las ciudades. En éstas no regía la mutua fidelidad que unía al señor con sus vasallos. Los vínculos que unían a los gobernantes con los habitantes libres de las ciudades eran la legislación y el dinero: el rey redactaba unas leyes que permitían a los comerciantes y artesanos instalarse en sus ciudades y, a cambio, éstos pagaban unos impuestos. Gracias a la formación de gremios según los oficios, los comerciantes y artesanos consiguieron organizarse y defender mejor sus derechos, y así, poco a poco fueron teniendo más poder y prestigio social.

Todo esto produjo un cambio en la espiritualidad del pueblo fiel que se vio reflejado en el arte, pasando del estilo románico al gótico. Pero también tuvo una consecuencia muy negativa: la difusión de herejías, pues la Iglesia de comienzos del siglo XIII pasó por un momento de decadencia. Mientras el clero y las comunidades religiosas apenas predicaban al pueblo

la doctrina cristiana, los predicadores itinerantes, muchas veces al margen de la Iglesia, acaparaban con sus bellas palabras y pobre apariencia la atención de la gente, formándose así movimientos heréticos.

La Iglesia tuvo que hacer frente a esta nueva realidad, y para ello fue fundamental el Papa Inocencio III (ca. 1161-1216). Sus dos grandes decisiones fueron: apoyar el nacimiento de las Órdenes mendicantes –lo cual suponía una reforma de la vida religiosa– y convocar el IV Concilio de Letrán (1215) con el fin de reformar la Iglesia en su conjunto. Este Concilio instó a organizar la burocracia eclesiástica, animó a que el pueblo recibiese con frecuencia los sacramentos y promovió que el clero secular tuviese un comportamiento acorde a su condición. Asimismo, pidió que se fomentase el estudio de la teología, que se predicase al pueblo fiel y que las comunidades religiosas viviesen pobremente: estas tres peticiones fueron asumidas por las nuevas Órdenes mendicantes. Además, el Concilio prohibió las *ordalías* o *juicios de Dios*. A partir de entonces se dirimieron los juicios siguiendo métodos racionales, sin necesitar que Dios –supuestamente– accediese a mostrar su parecer por medio de un elemento de la naturaleza.

ESPIRITUALIDAD GÓTICA

Arte gótico

Vimos en el capítulo anterior que los predicadores de las cruzadas hablaban al pueblo del Jesús humano –además de divino– de los evangelios. Destacó entre ellos san Bernardo de Claraval (1090-1153), que era un teólogo y predicador del norte de Francia. Esto trajo consigo que en esta zona de Europa surgiese el germen de una nueva espiritualidad que generó, a su vez, un nuevo estilo artístico, el gótico. El primer edificio construido según este estilo fue la basílica de la abadía de Saint Denis, muy cercana a París y concluida hacia 1140. Y veinte años más tarde se decidió construir siguiendo este modelo la nueva catedral de París: *Notre Dame*, es decir, «Nuestra Señora», el título mariano creado por san Bernardo.

Si bien al principio hubo reticencias en emplear el estilo gótico, pues algunos lo veían demasiado novedoso, llegado el siglo XIII su expansión por Europa fue imparable. Cada vez más catedrales y monasterios eran construidos en este estilo, si bien es verdad que en la segunda mitad del siglo XIII aún hay quien prefería emplear el estilo románico. Pero lo cierto es que a lo largo del siglo XIII el arte gótico se impuso y el románico quedó en desuso. Y este cambio artístico fue asociado a la espiritualidad, que también cambió.

Jesús crucificado y María Madre

La espiritualidad gótica surgió de la valoración de lo humano en Jesús y la Virgen María. Por eso ya no se tomaba la imagen de Dios principalmente del Antiguo Testamento o del Apocalipsis, sino de los evangelios. Ello supuso un aprecio de la persona: de nuestra capacidad de amar y de razonar. Y condujo a buscar a Dios no tanto en la observación de la naturaleza, como pasaba anteriormente, sino en lo que bullía en el corazón y se razonaba con la inteligencia.

Todo eso es lo que mostraba el arte gótico. Sus catedrales son grandes y están muy iluminadas. La luz del sol, imagen de la Luz divina, pasa por bellas vidrieras en las que hay imágenes religiosas. En éstas también están representados los distintos gremios, pues éstos han colaborado económicamente en la construcción de la catedral. Así se muestran la grandeza de Dios, pero también la grandeza de la inteligencia humana, que ha sido capaz de construir semejantes edificios, y la grandeza del amor que movió al ser humano a hacerlo.

El arte gótico muestra una imagen de Cristo muy diferente al románico. Deja de ser representado como Jesús Pantocrátor y ahora aparece crucificado, con un rostro muy humano y sufriente, y con un cuerpo cubierto de heridas por las que chorrea sangre. También comenzaron a popularizarse los belenes, en los que se ensalzaba sobre todo la miseria en la que nació Nuestro Salvador. Ambas imágenes de Jesús –crucificado y niño– fueron muy difundidas por los Órdenes mendicantes, sobre todo por los franciscanos y las clarisas.

La imagen de María también se humanizó mucho, pues dejó de ser representada como María Theotokos. Ahora se la mostraba como una Madre tierna que cuida de su Hijo, con un aspecto normal y cotidiano.

Fiesta del Corpus y culto al Santísimo Sacramento

Nuestro Señor se apareció en 1208 a santa Juliana (1193-1258), abadesa de una comunidad de monjas agustinianas de Lieja (actual Bélgica) y le inspiró una fiesta en honor al Santísimo Sacramento. Esta fiesta la instituyó el obispo de esta ciudad en 1246, después el legado pontificio la extendió a Alemania y, por último, el Papa Urbano IV (1195-1264) aprobó esta solemnidad para toda la Iglesia occidental en 1264.

Esta celebración nos ayuda a unirnos afectivamente a Jesús, pues se hace sacramentalmente presente en medio de nuestro mundo gracias al Santísimo Sacramento. De Él eran muy devotos santa Clara de Asís (ca. 1193-1253) y santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274), quien creó los

famosos himnos del *Panis Angelicus*, *Adoro te devote* y *Pange lingua*. Las dos últimas estrofas de este último son conocidas como *Tantum ergo*:

Tantum ergo Sacramentum,
veneremur cernui:
et antiquum documentum
novo cedat ritui;
præstet fides supplementum
sénsuum defectui.

Veneremos, pues, humildes
tan augusto Sacramento
y a la antigua ceremonia
sustituya el rito nuevo;
supla la fe más ardiente
del sentido los defectos.

Genitori genitoque,
laus et iubilatio;
salus, honor, virtus quoque,
sit et benedictio;
procedenti ab utroque
compar sit laudatio.
Amen».

sean gozo y alabanza
al Padre y al Hijo excelsos,
salud, honor y grandeza
y bendición y respeto;
y al que de entrambos procede
sea igual loa y obsequio.
Amén».

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Órdenes mendicantes

El gran modelo a seguir por parte del pueblo fiel eran los nuevos frailes mendicantes que predicaban el Evangelio de un modo pobre e itinerante. Como ya adelantamos en el capítulo anterior, estas Órdenes tomaron la forma de vida activa de las Órdenes militares, pero en vez de salir de los conventos a defender a los peregrinos o a guerrear, lo hacían para predicar. Y no sólo con la palabra, sino también con las obras: mostrando su amor a la gente y compartiendo su pobreza. La Iglesia vio que ése era el mejor método para combatir las herejías y, sobre todo, para extender el Reino de Dios.

Se llaman *mendicantes* porque asumieron una pobreza radical, tanto a nivel individual –lo cual ya practicaban los monjes–, como comunitario, lo que les obligaba a pedir limosna. Dado que los monjes no mendigaban porque vivían de su trabajo en el campo, y que los clérigos tenían prohibido hacerlo pues se mantenían gracias a los diezmos y otras prebendas, la aparición de los frailes mendicantes fue muy impactante para el pueblo fiel. Asimismo destacaban porque anunciaban el Evangelio no sólo en las iglesias, sino también en los hostales, los caminos, las plazas de los pueblos y allá donde fuese necesario.

Para ellos, si bien el culto divino es importante, lo es más la predicación. Esa es su gran diferencia con los monjes. La legislación que rige a los mendicantes no sólo les permite tener una vida apostólica: les obliga a ello. Su organización interna es, además, mucho más eficaz que la de los monjes. Los conventos mendicantes están agrupados en *Provincias*, y el conjunto de ellas –es decir, todos sus frailes– está bajo las Órdenes de un *superior general*.

Asimismo, se preocupaban de estudiar bien la teología, y lo hicieron con tanto empeño, que los grandes teólogos del siglo XIII, que llevaron la Escolástica a su cumbre, fueron frailes mendicantes. Más adelante hablaremos detenidamente de cómo nacieron estas Órdenes y de su espiritualidad.

Órdenes redentoras

Junto a las Órdenes mendicantes surgieron en esta época las Órdenes redentoras, también de vida activa, cuya misión principal era la de rescatar a los muchos cristianos que eran hechos prisioneros por los musulmanes. Tenían dos formas de rescatar a un prisionero: bien reunían dinero para pagar lo que sus captores pedían por él, o bien un fraile se ofrecía para reemplazarle, tomando su lugar en la cárcel.

Así, hay antiguos relatos que cuentan cómo los frailes redentores llegaron a formar comunidades dentro de aquellas inmundas cárceles norteafricanas. En ellas –según cuentan– hacían lo posible por orar comunitariamente, celebrar la Eucaristía y realizar los demás actos conventuales. Así se identificaban con Jesús, el cual estuvo encarcelado la noche antes de morir en la Cruz. Actualmente estas Órdenes centran su labor en la pastoral carcelaria y en la liberación de personas que sufren esclavitud.

La primera Orden redentora es la *Orden de la Santísima Trinidad y de la Redención de Cautivos* –los trinitarios–. Fue fundada en 1193 por los franceses san Juan de Mata (1154-1213) y san Félix de Valois († 1212) y fue aprobada por Inocencio III en 1198. Unos años más tarde, y a petición de la Virgen María, el mercader catalán san Pedro Nolasco (1180-1245) fundó en Barcelona, en 1218, la *Orden de la Merced* –los mercedarios– para rescatar a cristianos que caían en manos de los musulmanes. En 1235 esta Orden fue aprobada por el Papa Gregorio IX (1145-1241).

Monjas, Terceras Órdenes y beaterios

Todas las nuevas Órdenes mendicantes y redentoras desarrollaron su rama femenina, aunque bajo la forma monástica, es decir, dedicadas a la

vida contemplativa dentro de la clausura y siguiendo de cerca la espiritualidad de sus fundadores. Hay que esperar a finales del siglo XV para que surjan las primeras comunidades religiosas de vida activa.

Desde los orígenes del monacato ha habido laicos allegados a las comunidades religiosas que recibían de las monjas y los monjes acompañamiento espiritual, compartían su oración comunitaria o escuchaban sus conferencias espirituales. Pues bien, ese fenómeno se reprodujo con gran fuerza en torno a las monjas y los frailes mendicantes y redentores. Dado que aquellos laicos participaban de la espiritualidad de los religiosos, pronto surgió la necesidad de unirse a ellos mediante algún vínculo.

Los primeros que lo hicieron fueron los franciscanos a propuesta del propio san Francisco, en 1221. Surgió así la *Tercera Orden*, llamada así porque la *Primera Orden* era la constituida por los Frailes Menores y la *Segunda Orden* correspondía a las monjas clarisas. Y el resto de las Órdenes asumieron la terminología franciscana. Con el paso del tiempo, se institucionalizaron las Terceras Órdenes dándoles una Regla de vida y un hábito.

En paralelo a las Órdenes mendicantes masculinas, hubo muchas mujeres que también desearon consagrarse a Dios siguiendo una forma de vida activa o apostólica. Pero dado que no existía esa forma de vida femenina en el seno de la Iglesia, surgieron los *beaterios*, constituidos por comunidades de laicas que hacían votos privados.

En los beaterios, las mujeres llevaban una devota vida de ascesis y oración. Solían realizar algún trabajo manual para sostenerse económicamente. También realizaban encomiables labores asistenciales, como ocuparse de niños huérfanos, cuidar a enfermos o visitar a presos. Asimismo admitían en su comunidad a viudas desahuciadas, exprostitutas y madres solteras que habían sido repudiadas por sus padres. Muchos formaban parte de una Tercera Orden y se regían según su Regla.

Al frente de los beaterios solía haber una mujer noble o de familia adinerada, y un sacerdote o un fraile se encargaba de su guía espiritual. Pasado el tiempo, algunos se convirtieron en comunidades religiosas. Los beaterios más conocidos son los *beguinatos* de la zona renana, que se desarrollaron en este siglo, aunque los veremos el próximo capítulo.

NACIMIENTO DE LOS MENDICANTES

Los franciscanos y los dominicos son dos Órdenes parecidas que surgieron a la vez, pero con un origen muy diferente. Después aparecieron los carmelitas y los agustinos, fruto de comunidades de eremitas que se transformaron en mendicantes.

Franciscanos: los Hermanos Menores

San Francisco nació en Asís en 1182 en el seno de una próspera familia. Su padre era comerciante de telas. Con 20 años participó en una guerra contra una ciudad cercana, cayó prisionero y, tras ser liberado, padeció una larga enfermedad. Con 23 años partió a otra guerra. Entonces, en Espoleto, tuvo un sueño en el que Dios le pedía que dejase la guerra y regresase a su ciudad, lo cual fue el inicio de su conversión. Al año siguiente, en 1206, Jesús, por medio de la imagen del Crucificado de la semiderruida iglesia de San Damián, le pidió que reparase su «casa». Esto lo asumió san Francisco de modo literal, de tal forma que, tras renunciar a todos sus bienes familiares ante el obispo, comenzó a restaurar varias iglesias cercanas a Asís. En 1208, escuchando el Evangelio durante la celebración de la Eucaristía en la pequeña iglesia de la Porciúncula, descubrió su vocación en favor del Reino. Entonces comenzaron a unirse a él otros compañeros. Al año siguiente escribió una Regla formada con frases del Evangelio y el Papa Inocencio III aprobó verbalmente la *Orden de los Hermanos Menores*.

Desde entonces la Orden franciscana se expandió muy rápidamente, pues Francisco envió a numerosos hermanos, en su mayoría incultos, a predicar de forma itinerante, a modo de «juglares de Dios» que difundían por iglesias, plazas y encrucijadas el mensaje del amor evangélico. Aunque aquellos primeros franciscanos no podían predicar sobre temas doctrinales debido a su falta de conocimientos teológicos, su sola presencia y sus palabras de aliento y consuelo eran más que suficientes para convertir a grandes masas. La Orden creció tan rápidamente que tuvo que dividirse en doce Provincias en el primer Capítulo general, celebrado en 1217 en la Porciúncula.

Dos años después, san Francisco visitó el Próximo Oriente, dejando en Tierra Santa una importante presencia franciscana. Y a su regreso renunció al gobierno de la Orden. El Capítulo general de 1221 rechazó su Primera Regla –o *Regla no bulada*–, que había sido redactada a partir de la Regla de 1209. El Capítulo general de 1223 aprobó la Segunda Regla –o *Regla definitiva*–, que fue aceptada por el Papa Honorio III (1150-1227). En 1224 Francisco recibió en el monte Alverna el don de las *Cinco Llagas*,

que mostraban su íntima adhesión a la Pasión de Cristo. Y en 1226 falleció en la Porciúncula tras sufrir varias enfermedades. Dos años después fue canonizado. Los franciscanos fueron –y siguen siendo– los mendicantes más numerosos con gran diferencia, pues su carisma es muy atrayente, siendo san Francisco el personaje de la Iglesia más famoso después de Jesucristo.

Santa Clara de Asís (ca. 1193-1253), amiga espiritual de san Francisco, decidió seguir sus pasos fundando con su ayuda en 1212 una comunidad de monjas que fueron el origen de la *Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara*: las clarisas. Éstas recibieron en 1216 el *Privilegio de la pobreza*, que les permitía vivir sin posesión alguna, lo cual no estaba permitido al resto de las monjas. Tres días antes de su muerte, en 1253, Inocencio IV (1195-1254) confirmó la *Regla propia de santa Clara*. La espiritualidad de Clara está en total consonancia con la de Francisco: ascesis, fraternidad, oración y afán por vivir lo ordinario como si fuera algo único y maravilloso.

Dominicos: los Hermanos Predicadores

Santo Domingo nació en Caleruega (Castilla) hacia 1172 en el seno de una familia bien posicionada económica y socialmente. Siendo niño, fue enviado a estudiar con su tío arcipreste a un pueblo cercano. Después estudió artes y teología en el Estudio General de Palencia. Cuando finalizó los estudios, surgió una hambruna terrible en la región y santo Domingo decidió venderlo todo, incluidos sus valiosos libros, para crear una casa de ayuda para los pobres. Su fama de santidad llegó a El Burgo de Osma y el obispo de dicha diócesis le pidió que se uniese a su comunidad de canónigos regulares. Y eso hizo santo Domingo.

En 1203 partió en un viaje diplomático a Dinamarca junto a su obispo, Diego de Acebes, y en él conocieron los estragos que hacía la herejía cátara en el Languedoc (sureste de Francia). Tras un segundo viaje diplomático a Dinamarca, en 1206, Diego y Domingo se sumaron a la *Santa Predicación* en el Languedoc, organizada por el Papa con ayuda de abades cistercienses. Ese mismo invierno fundaron una comunidad de monjas –que será, a la postre, la primera comunidad de dominicas– para que fuese el principal centro de apoyo de la Santa Predicación. Los abades regresaron a sus monasterios, Diego murió en El Burgo de Osma y Domingo se quedó predicando solo. Un año después, en 1209, el Papa convocó una cruzada contra los cátaros, pues éstos habían asesinado a su legado. Y así, en medio de la guerra, santo Domingo permaneció en el Languedoc durante nueve años predicando pobre e itinerantemente, hasta que en 1215 se le sumaron otros sacerdotes que querían predicar junto a él

y fundó una comunidad de predicadores en Toulouse. Tras asumir comunitariamente la Regla de san Agustín, Domingo consiguió que el Papa Honorio III aprobase la *Orden de Predicadores* en 1216.

Un año después santo Domingo dispersó a sus hermanos por los principales centros universitarios de Europa para que estudiaran bien teología y crearan buenos centros de formación para la Orden. En 1220, en el primer Capítulo general, los dominicos redactaron sus Constituciones, en las que asumieron canónicamente la forma de vida mendicante, tomando como base los evangelios. Al año siguiente murió Domingo. Sólo se conservan de él tres pequeñas cartas. Pero su espiritualidad quedó impresa en las Constituciones de las monjas y de los frailes dominicos, en cuya redacción intervino, y en sus *Modos de Orar*, que veremos un poco más adelante.

Santo Domingo logró fundar la primera Orden a la que la Santa Sede le permitió predicar y difundir íntegramente el Evangelio y la doctrina cristiana. Esa labor estaba restringida hasta entonces a los obispos, que constituían la «Orden de Predicadores» y la «Orden de Doctores» para predicar y enseñar el contenido de la fe de la Iglesia; dicha misión la desempeñaban junto a sus ayudantes, que podían ser clérigos diocesanos o monjes ordenados. Al resto de «predicadores» la Iglesia sólo les permitía la exhortación moral o la predicación penitencial para la conversión.

Carmelitas: los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo

San Bertoldo del Monte Carmelo nació en Francia, estudió en París, se ordenó sacerdote y partió a Tierra Santa junto a los cruzados. Cuenta una leyenda que, tras conseguir con sus oraciones que Antioquía (Turquía) fuese liberada del asedio musulmán, decidió entregar su vida al servicio de la Virgen, haciéndose eremita en el monte Carmelo en 1156, siguiendo la espiritualidad del profeta Elías. Se le sumaron otros sacerdotes y laicos y él quedó al frente de esa colonia de eremitas. Tras su muerte (ca. 1195), su sucesor, Brocardo, recibió en 1209 la *Regla de San Alberto*, patriarca de Jerusalén. Debido a que los cruzados estaban perdiendo Tierra Santa, los carmelitas decidieron trasladarse poco a poco a Europa entre los años 1215 a 1238. Allí optaron por sumarse al modo de vida mendicante. Su nueva Regla fue aprobada por Inocencio IV en 1247.

Los –y las– carmelitas tienen dos modelos a seguir –además de Jesús–: la Virgen María y el profeta Elías. Su espiritualidad es más contemplativa que apostólica, de tal forma que el carmelita ha de procurar vivir en íntima relación con Dios en el silencio y la soledad de su celda. En

ella, penetra hasta lo más hondo de sí mismo para reposar junto a su Amado. El apostolado es algo secundario, aunque los carmelitas también han destacado como grandes predicadores y misioneros.

Agustinos: los Hermanos Ermitaños de San Agustín

En el siglo XII se fundaron varias comunidades de ermitaños en el norte de Italia que siguieron la Regla de san Agustín. En 1243 cuatro de ellos fueron enviados a hablar con el Papa Inocencio IV para pedirle que les agrupase en una misma Orden, les diese una legislación y les nombrase un superior general. El Papa accedió a ello y aprobó la fundación de los *Ermitaños de San Agustín* como una Orden mendicante.

Los agustinos y las Agustinas tomaron para sí la rica y profunda espiritualidad de San Agustín. Sabemos que el amor a Jesús es el centro del pensamiento de este Padre de la Iglesia, por ello su espiritualidad es muy afectiva. También a ejemplo de él, buscan el apoyo de la inestimable ayuda de la gracia divina para alcanzar la unión con Dios.

Conflicto entre mendicantes y clero secular

Hasta el siglo XIII las Órdenes religiosas vivían en paralelo al clero secular. Los monjes estaban en sus monasterios situados fuera de las ciudades, y desde ellos evangelizaban las zonas rurales. Pero los mendicantes situaron sus conventos en las ciudades y era en ellas donde predicaban, metiéndose así en el terreno del clero secular. Esto trajo consigo un fuerte conflicto que obligó a los mendicantes a pedir bulas papales para conseguir establecerse en las ciudades y en las Universidades, donde también tenían problemas con los profesores diocesanos. Por eso, en el nacimiento y expansión de los mendicantes fue clave el firme apoyo del Papado.

ESPIRITUALIDAD DE LAS ÓRDENES MENDICANTES

Transición del románico al gótico

Santo Domingo y san Francisco vivieron en una época de transición espiritual. Ambos se empararon en su niñez de la espiritualidad románica, pero las Órdenes por ellos fundadas fueron grandes impulsoras de la nueva espiritualidad gótica que se estaba extendiendo por toda Europa. La Orden de los Hermanos Menores, si bien conservó algunos elementos románicos – como la importancia que le dan a la naturaleza como ámbito de comunicación con Dios–, también impulsó y propagó mucho la imagen humana, pobre y sufriente de Jesucristo, que es fundamental en la

espiritualidad gótica. Es muy significativo que san Francisco redactara la Regla de 1209 entresacando frases tomadas exclusivamente de los evangelios, dejando atrás la espiritualidad del Antiguo Testamento.

Santo Domingo, que vivió la espiritualidad románica tanto en Castilla como en el Languedoc, tras fundar la Orden de Predicadores, renunció a esta espiritualidad y decidió enviar a sus hermanos a Bolonia y sobre todo a París para que se formasen teológicamente, pero también para que conociesen e interiorizaran la nueva espiritualidad gótica, mucho más adaptada para predicar el Evangelio en la nueva Europa urbana.

Amor y conocimiento de Dios

Llama mucho la atención cómo se relacionan con Dios los franciscanos y los dominicos. Los primeros: amando buscan conocer a Dios. Los segundos: conociendo buscan amar a Dios. Son dos matices muy importantes que han determinado su espiritualidad y su modo de hacer teología.

La espiritualidad franciscana anima a acercarse con amor a la gente y a la naturaleza, pues todo es obra de Dios, y Dios es todo amor. Donde hay alguien necesitado, hay un corazón franciscano dispuesto a consolarle y ayudarle. Este modo de ver la vida ha hecho de los franciscanos una Familia religiosa muy querida por el pueblo. El franciscano vacía su interior de todo lo banal y mundano, de toda posesión y prejuicio, para que Dios lo llene con su entrañable amor misericordioso. De esta forma, pone su humilde corazón a disposición de la Divinidad para que, a través de él, Ésta pueda transmitir su amor a todas sus criaturas. Y amando, el franciscano alcanza la sabiduría y se convierte en fuente de Paz y Bien. Así reza la *Oración franciscana por la paz* –u *Oración de san Francisco*–, de autor anónimo y que data probablemente de comienzos del siglo XX:

«Señor, haz de mí un instrumento de tu paz:
donde haya odio, ponga yo amor,
donde haya ofensa, ponga yo perdón,
donde haya discordia, ponga yo unión,
donde haya error, ponga yo verdad,
donde haya duda, ponga yo la fe,
donde haya desesperación, ponga yo esperanza,
donde haya tinieblas, ponga yo luz,
donde haya tristeza, ponga yo alegría.
Oh, Maestro, que yo no busque tanto
ser consolado como consolar,
ser comprendido como comprender,

ser amado como amar.
Porque dando se recibe,
olvidando se encuentra,
perdonando se es perdonado,
y muriendo se resucita a la vida eterna».

Uno de los grandes aportes espirituales de la Orden dominicana es considerar el estudio como una privilegiada vía de experiencia de Dios. De hecho, es la primera Orden en la que todos los hermanos que van a ser ordenados sacerdotes deben formarse muy bien teológicamente. Esto supone una gran novedad en la historia de la espiritualidad, pues hasta entonces los que buscaban a Dios por medio del conocimiento eran una minoría, principalmente por los motivos socioculturales que hemos visto en capítulos anteriores, pero también porque el saber era considerado, en cierto modo, como un peligro espiritual, pues, mal orientado, puede poner a la persona bajo la tentación de creerse mejor que los demás. Ya lo dice el Señor: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los grandes y los sabios, y haberlas revelado a los pequeños» (Mt 11,25). Esto mismo lo dijo san Pablo (cf. 1 Cor 1,17-25) y muchos otros maestros espirituales.

Pero santo Domingo insistió en que hay que estudiar con un corazón «mendicante» y humilde. Así, el estudio nos permite a los creyentes conocer mejor a Aquel a quien queremos amar: y conociéndole mejor, más y mejor le amamos. Santo Tomás de Aquino (ca. 1224-1274) explicó muy bien en qué se fundamenta la espiritualidad del estudio dominicano: no consiste simplemente en memorizar y recitar lo memorizado, ni en investigar y publicar lo investigado, sino en algo mucho más profundo: en «contemplar y dar lo contemplado» (*Suma de Teología*, II-II, q. 188, a. 5c). Sólo cuando el estudio es contemplativo, éste nos permite acceder a la Verdad, para después poder predicarla.

Efectivamente, a nivel pastoral, santo Domingo consideró que era indispensable que sus hermanos se apoyaran en el estudio de la teología para poder predicar bien el Evangelio. Ese es el motivo por el que el Papa Honorio III dejó a los dominicos predicar íntegramente la doctrina de la Iglesia.

Aunque san Francisco no le dio importancia al estudio pues consideraba más importante conocer a Dios desde la experiencia espiritual de la pobreza radical, desde sus inicios los franciscanos también contaron con muy buenos teólogos. Buena prueba de ello es san Antonio de Padua (1195-1231), que es Doctor de la Iglesia. Asimismo, algunos años más tarde, liderados por su Ministro General san Buenaventura (1221-1274),

también Doctor de la Iglesia, los franciscanos comenzaron a establecer una buena formación teológica para los hermanos ordenados.

Escolástica

Así pues, pensando en la formación teológica, los mendicantes se situaron en las zonas universitarias y algunos de sus más preparados frailes se dedicaron a la enseñanza y a escribir sobre teología. Surgieron de este modo grandes teólogos, entre los que destacan, entre otros muchos, los franciscanos san Buenaventura y el beato Duns Escoto (1266-1308), y los dominicos san Alberto Magno (ca. 1200-1280) y santo Tomás de Aquino.

Además, se produjo un cambio muy significativo en la forma de orientar la teología: tiempo atrás sólo se estudiaban los «saberes eternos», es decir, las Escrituras y ciertos textos de los Padres, generalmente comentarios a las Escrituras. Y esto se hacía de forma monástica, es decir, mediante la lectio divina. Esto estaba muy en consonancia con la imagen que en aquellos tiempos se tenía de Jesús: el Pantocrátor, el Rey eterno. Desde la segunda mitad del siglo XII, en las Universidades, además de estudiar los saberes eternos, se hacía una nueva teología que trataba sobre los problemas concretos y actuales. Y esto se desarrolló mucho en el siglo XIII. Un claro ejemplo es la *Suma contra gentiles* de santo Tomás, que habla sobre cómo debatir con los no creyentes de esa época.

En efecto, además de emplear la lectio divina, en las escuelas catedralicias también se estudiaba mediante la *questio* y la *disputatio*, con las que se razonaba y se debatía hondamente lo estudiado. Esta forma de hacer teología estaba muy ligada a la nueva espiritualidad gótica, que mostraba un Jesús muy humano –y divino–, que comparte aquí y ahora los sufrimientos y las alegrías de la gente.

Mientras que los franciscanos prefirieron desarrollar una teología de corte agustiniano, es decir, de raíz platónica, entre los dominicos hubo frailes que se arriesgaron a desarrollar una nueva teología apoyada parcialmente en la filosofía de Aristóteles. Esta nueva teología dio lugar al *tomismo*, llamado así porque fue santo Tomás quien le dio su máximo desarrollo. Además, los teólogos mendicantes escribieron grandes «Sumas» –o recopilación de saberes teológicos– con las que la Escolástica llegó a su apogeo.

Pobreza personal y colectiva

Ya hemos destacado la pobreza de los mendicantes. Ésta tiene un sentido espiritual muy profundo: ponerse en manos de la Providencia, lo cual mueve a la persona a unirse espiritualmente a Dios. En efecto, los

mendicantes vivían únicamente de las limosnas. No tenían rentas ni diezmos. Ello les ayudaba a instalarse fácilmente en un lugar, pues no necesitaban contactar con un noble para que les regalase terrenos. Únicamente necesitaban que el obispo les cediera una iglesia o les diera permiso para construirla. Además, sus conventos eran pequeños y sencillos y, por tanto, fáciles de edificar.

Hay otro asunto importante: la mendicidad estaba íntimamente ligada a las ciudades, pues sólo en ellas se podía vivir de las limosnas. Si los monjes tenían amplias explotaciones agrarias y ganaderas era, entre otros motivos, porque no podían vivir de las limosnas en el campo, pues en él la población era escasa y pobre. En cambio, en las ciudades había mucha gente y una significativa parte de ella tenía suficientes recursos económicos para vivir holgadamente.

De todas formas, las Órdenes mendicantes no viven de igual modo la pobreza. Como es bien sabido, para los franciscanos la «hermana pobreza» es su forma de seguir a «Cristo pobre» y en ella ven un inestimable camino de libertad interior para unirse a Dios. El franciscano busca tener un corazón desprendido para darse a todos por entero. No se siente dominador ni dominado por nada ni nadie, salvo por Dios, a quien le entrega toda su vida. La pobreza es para el franciscano una excepcional senda para conocer a su amado Dios y al mundo que Él ha creado. Buscando la verdadera pobreza de san Francisco, en la Familia Franciscana han ido surgiendo diversas ramas de franciscanos a lo largo de la historia, entre las que cabe destacar a los *conventuales* y los *observantes* (siglo XIII) y a los *capuchinos* (siglo XVI).

En cambio, los dominicos no absolutizan la pobreza, aunque también es para ellos un modo privilegiado de ponerse en manos de la Providencia. La consideran una ayuda indispensable para estudiar y predicar, pues sólo desde la pobreza y la humildad se puede contemplar la Verdad en el estudio y sólo así puede ser predicada. Y es que, ciertamente, cuando nos sentimos famosos, ricos o poderosos, nos alejamos de la Verdad.

De todas formas, pasado el tiempo, las Órdenes mendicantes tuvieron que rebajar su nivel de pobreza comunitaria y optar por tener otros ingresos además de las limosnas, debido fundamentalmente a que llegó a haber tantos frailes mendicantes en las ciudades, que los laicos no podían sostener a todos con sus limosnas, sobre todo en tiempos de hambre, epidemias o guerras.

La fraternidad y el Capítulo

Al igual que en la vida monástica, la fraternidad es un elemento fundamental de la espiritualidad mendicante. Pero los franciscanos y los dominicos la viven de modo diferente. Para los franciscanos es algo muy vivencial. Sus comunidades buscan ser un lugar de cercanía y cariño. El mismo Jesús es para ellos un hermano. Y también lo son los seres de la naturaleza, como nos lo muestra san Francisco en su *Cántico de las criaturas*, que veremos un poco más adelante. Y esto es así porque la pobreza les hace sentirse iguales a todos, pues todos somos hijos de un mismo Padre, cuyo corazón está lleno de amor y ternura.

Para los dominicos la fraternidad es también muy importante, por ello la favorecieron mediante un sistema de gobierno que, desde su origen, es el más democrático de toda la Iglesia. Todos los cargos que tienen algún tipo de poder en la Orden de Predicadores han sido elegidos democráticamente por sus hermanos, y las decisiones más importantes no las toma el prior, sino los hermanos reunidos en Capítulo, de tal forma que el prior debe hacer cumplir lo que en él se ha decidido. Pues bien, gracias a esta forma tan democrática de entender la fraternidad, la Orden de Predicadores nunca se ha dividido en diversas ramas.

Ciertamente, el Capítulo es un elemento fundamental en las Órdenes monásticas y mendicantes, si bien en cada una funciona de modo diferente. Por ejemplo, en la Regla de san Benito se dice que el abad, tras escuchar el parecer de sus hermanos, ha de hacer lo que él juzgue más conveniente.

Pero es importante subrayar el carácter espiritual que tiene para todos. Según el sentir de las monjas, los monjes y los frailes mendicantes, el Capítulo no es un simple órgano de gobierno, sino el modo que tienen los hermanos de discernir comunitariamente la voluntad de Dios. No se trata de competir para ver quién tiene más votos, sino de aunar los espíritus para discernir todos juntos, con un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32), qué es lo que Dios desea. A la base de esta forma especial de discernimiento está el «Concilio de Jerusalén», en el que los Apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, tomaron la decisión más importante de la historia de la Iglesia: abrir el cristianismo a los paganos, es decir, a la universalidad (cf. Hch 15,1-35).

La predicación itinerante y la división en provincias

Francisco y Domingo quisieron que sus hermanos salieran al mundo como predicadores pobres e itinerantes para extender el Reino de Dios por medio de la palabra, sabedores de que una buena predicación puede transformar la vida de las personas, llenándola de sentido y felicidad.

Mientras que los franciscanos procuraban llegar al corazón de la gente con una predicación cercana y afectuosa, los dominicos lo hacían sustentándose sobre todo en unos sólidos conocimientos de teología, que ellos mismos vivían coherentemente.

Bueno, pues la itinerancia es lo que configura a los mendicantes como religiosos de vida activa, es decir, no monástica. No tienen voto de estabilidad ni deben guardar una rigurosa clausura, todo lo contrario, deben salir a predicar el Evangelio por amplias y lejanas comarcas, pasando frío o calor, durmiendo en hospicios de pobres o en graneros, y mendigando la comida. Su modelo de vida lo marca este significativo pasaje evangélico:

«Después de esto, designó el Señor a otros 72, y los envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios a donde él había de ir. Y les dijo: “La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Id; mirad que os envíe como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino. En la casa en que entréis, decid primero: ‘Paz a esta casa’. Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa. En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad los enfermos que haya en ella, y decidles: ‘El Reino de Dios está cerca de vosotros’”» (Lc 10,1-9).

Pero la itinerancia requiere un sistema de gobierno diferente al monástico. Los mendicantes, al ingresar en la Orden, no profesan obediencia al superior de su comunidad –como hacen los monjes– sino al *superior general* de toda la Orden, de tal forma que éste tiene potestad para enviar a sus hermanos a donde sea conveniente. Dado que era materialmente imposible que un superior general fuese responsable del gobierno directo de miles de frailes, las Órdenes mendicantes pronto se dividieron en *Provincias*, de tal forma que los frailes van a quedar bajo la potestad de su *superior provincial*, el cual debe obediencia al superior general. Este sistema de gobierno lo van a adoptar los Institutos religiosos de vida activa.

Pues bien, pronto los dominicos y sobre todo los franciscanos enviaron misioneros al norte de África y a Oriente para predicar el Evangelio en zonas mayoritariamente musulmanas o paganas, y a territorios asiáticos más al este. Por ello, también pronto comenzó a haber mártires mendicantes.

NACIMIENTO DE LA INQUISICIÓN Y FINAL DE LAS CRUZADAS

Por desgracia, la predicación de las Órdenes mendicantes no fue suficiente para frenar la influencia de algunos movimientos heréticos. Por ello, el Papa Gregorio IX consideró oportuno crear una institución eclesial que velase por la pureza de la doctrina que se imparte al pueblo fiel, fundando en 1231 la Inquisición. Para evitar abusos e injusticias dentro de esta institución, pronto se puso en manos de las Órdenes mendicantes, pues éstas podían suministrar abundantes frailes bien formados teológicamente y espiritualmente, así como a buenos predicadores, pues la Inquisición, originalmente, buscaba convertir a los herejes por medio de la palabra. Después se abrió a miembros de otras Órdenes y a los clérigos seculares. Pero, desafortunadamente, las circunstancias empujaron a endurecer los métodos empleados por la Inquisición, y al cabo de unos años acabó siendo un medio coercitivo para obligar a todos los cristianos a profesar estrictamente la fe católica. Muchas personas sufrieron enormemente o perdieron la vida a causa de ello.

Por medio de la Inquisición la Iglesia no sólo atentó contra la libertad interior de las personas, sino también contra el desarrollo de la ciencia, pues los pensadores no podían decir nada que contradijera lo que decían literalmente las Sagradas Escrituras y la doctrina católica. Obviamente, también influyó mucho en la espiritualidad, pues la Inquisición persiguió los caminos espirituales que no entraban dentro de la pureza católica. Si bien algunos clérigos y religiosos aceptaron de buen grado formar parte de esta institución por el prestigio y el poder que conllevaba, para la mayoría de ellos supuso una dura e indeseada carga, pues, como es lógico, para un hombre entregado a Dios no era agradable dedicarse a investigar la rectitud de otras personas y, mucho menos, asistir a duros interrogatorios y ejecuciones. Éstos, por cierto, eran llevados a cabo por el poder civil, no por la Iglesia, aunque ésta los aprobaba.

A partir del siglo XVII y el cambio de mentalidad que trajo la Edad Moderna, la Inquisición fue suavizando sus métodos e incluso pasó a ser rechazada por algunos sectores eclesiales. En el siglo XIX, tras la Revolución Francesa (1789) y proceso revolucionario, dejó de recibir el apoyo del poder civil, por lo que cesaron definitivamente las ejecuciones y demás métodos drásticos. El Papa san Pío X (1835-1914) la reemplazó en 1908 por la *Sagrada Congregación del Santo Oficio* y ésta a su vez fue reemplazada por el Papa Pablo VI (1897-1978) en 1965 por la *Congregación de la Doctrina de la Fe*. Así sigue actualmente. En la Jornada del Perdón celebrada el año 2000, el Papa san Juan Pablo II pidió

perdón en nombre de la Iglesia por el mucho daño que ha hecho la Inquisición a lo largo de su larga y trágica historia.

Casualmente, el nacimiento de la Inquisición vino acompañado por el fin de las cruzadas tras un lento declive. A comienzos del siglo XIII se hizo el llamamiento a dos cruzadas dentro del territorio europeo: contra los cátaros en el Languedoc (1209) y contra los musulmanes en España (1215). También se convocaron cuatro cruzadas destinadas a liberar Tierra Santa. Si bien las dos desarrolladas en territorio europeo tuvieron éxito militar, la situación en Tierra Santa fue de mal en peor debido a la fortaleza de los musulmanes. Por ello en 1291 desapareció definitivamente la presencia católica en aquella región.

AUTORES ESPIRITUALES

Los principales autores espirituales de este periodo los encontramos en las Órdenes mendicantes. También en Helfta, un monasterio de monjas cistercienses.

San Francisco de Asís

Este santo siguió al pie de la letra aquello que le dijo Jesús al joven rico: «...ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme» (Mc 10,21). La pobreza radical era el modo que san Francisco tenía de caminar espiritualmente hacia Jesús. También destacó por su confraternización con los seres de la creación. Hay un texto suyo muy conocido que para muchos es, aparte de los textos bíblicos, la más significativa oración sobre la contemplación de Dios en la naturaleza. Se trata del *Cántico de las criaturas* o *Cántico del hermano sol*:

«Altísimo, omnipotente, buen Señor, tuyas son las alabanzas, la gloria y el honor y toda bendición. A ti solo, Altísimo, corresponden, y ningún hombre es digno de hacer de ti mención.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas, especialmente el señor hermano sol, el cual es día, y por el cual nos alumbras. Y él es bello y radiante con gran esplendor, de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano viento, y por el aire y el nublado y el sereno y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual alumbras la noche, y él es bello y alegre y robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la madre tierra, la cual nos sustenta y gobierna, y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba.

Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor, y soportan enfermedad y tribulación. Bienaventurados aquellos que las soporten en paz, porque por ti, Altísimo, coronados serán.

Loado seas, mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar. ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!: bienaventurados aquellos a quienes encuentre en tu santísima voluntad, porque la muerte segunda no les hará mal.

Load y bendecid a mi Señor, y dadle gracias y servidle con gran humildad».

Si bien esta bellísima oración es de espiritualidad románica, pues se dirige a Jesús Pantocrátor por medio de los elementos de la creación, hemos visto más arriba que a san Francisco se le considera un gran impulsor de la espiritualidad gótica, por la mucha importancia que le da al Jesús pobre y sufriente de los evangelios: ahí se encuadra la espiritualidad de los belenes, con la que san Francisco nos anima a participar de la humildad, belleza y alegría del nacimiento del Niño Jesús, y la espiritualidad de las *Cinco Llagas*, en la que nos invita a compartir con Jesús su sufrimiento redentor.

Santo Tomás de Aquino y la antropología unitaria

Siendo discípulo del dominico alemán san Alberto Magno (ca. 1200-1280), santo Tomás (ca. 1224-1274) es considerado como el autor cumbre de la teología escolástica. Ambos son Doctores de la Iglesia. La *Suma Teológica* de santo Tomás ha sido –y aún es– una de las obras teológicas de más referencia, por lo que la espiritualidad que hay en ella ha influido enormemente. Esta espiritualidad se apoya más en el pensamiento aristotélico que en el platónico, lo cual supone una gran novedad.

Según este autor «la contemplación es aquello que de un modo más directo nos hace amar a Dios» (*Suma Teológica*, II-II, 182, 2). Siguiendo el pensamiento aristotélico, la razón juega un papel muy importante en la contemplación, pues ha de guiar correctamente al amor. Dicho de otro modo: sin la razón, el amor es ciego, y puede conducirnos a algo que no sea Dios, como por ejemplo: un ídolo, un falso profeta o nosotros mismos. Y si queremos que la razón guíe bien al amor, hemos de esforzarnos en formarla rectamente según el Evangelio.

Santo Tomás afirmaba que para amar algo, antes hay que conocerlo. Pero, una vez conocido, es preciso amarlo para poder conocerlo aún mejor. Pues bien, el conocimiento de Dios impulsado por el amor nos conduce a la más alta sabiduría. Es el llamado estudio por *connaturalidad*. Así lo explica santo Tomás:

«Y esa compenetración o connaturalidad con las cosas divinas proviene de la caridad que nos une con Dios, conforme al testimonio del Apóstol: “Quien se une a Dios, se hace un solo espíritu con Él” (1Cor 6,7). Así pues, la sabiduría como don, tiene su causa en la voluntad, es decir, en la caridad; su esencia, sin embargo, radica en el entendimiento, cuyo acto es juzgar rectamente, como ya hemos explicado (I q.79 a.3)» (*Suma Teológica*, II-II, q.45, a.2).

En el pensamiento tomista, la espiritualidad está íntimamente ligada a la moral, de tal forma que nuestra relación con Dios ha de reflejarse en nuestras buenas obras, y viceversa, nuestras buenas obras mejoran nuestra relación con Dios. Por ello, según santo Tomás, el fruto de la verdadera espiritualidad es la caridad. Así, el amor, guiado por la recta razón, no sólo nos eleva hacia la unión con Dios, sino que, asimismo, ha de movernos a hacer el bien a los demás. Ésta es la esencia de la espiritualidad tomista.

Modos de orar de santo Domingo

La antropología aristotélica de santo Tomás es bastante acorde a la bíblica –de raíz hebrea–, pues ambas son *monistas*, es decir, ven al ser humano como una unidad. Según esto, toda nuestra persona es la que se comunica con Dios cuando oramos, no sólo una parte. De ello es buena prueba la forma de orar de santo Domingo, a quien le gustaba pasar las noches en una iglesia orando mediante diferentes posturas y movimientos corporales, de tal forma que toda su persona oraba a la vez, en armonía. Así, lo que su corazón sentía, su mente lo pensaba, su boca lo proclamaba y su cuerpo lo expresaba gestualmente. Esto viene bellamente narrado en un pequeño texto con imágenes conocido como *Los nueve modos de orar de santo Domingo* (ca. 1280), que recoge el testimonio de frailes y monjas que le vieron rezar por las noches. El gran interés de este texto radica en que son muy escasos los antiguos escritos de espiritualidad cristiana en los que se nos habla de la oración con el cuerpo. De los nueve modos de orar que se describen, dos son típicamente dominicanos: contemplar a Dios en el estudio y orar mientras se camina yendo de viaje, y los otros siete son posturas o movimientos.

No es que nosotros necesitemos movernos o adoptar una postura determinada para orar. Pero lo cierto es que cuando rezamos de verdad,

sintiendo realmente lo que decimos a Dios, percibimos cómo toda nuestra persona ora en unidad. Por ejemplo, cuando expresamos a Dios nuestro amor, sentimos que el cuerpo se esponja o se llena de ardor; cuando le suplicamos, nuestro cuerpo se tensa; y cuando le alabamos, notamos una cierta exaltación interior. Sin embargo, si nuestro cuerpo no acompaña a nuestra oración, ello puede ser señal de que no oramos en verdad y que le estamos diciendo a Dios algo que realmente no sentimos.

Monjas de Helfta

Gracias a la labor pastoral y espiritual que los dominicos ejercían en los monasterios de Holanda y Alemania en el siglo XIII, particularmente en los de benedictinas, cistercienses y dominicas, el nivel teológico y espiritual de éstas era bastante elevado. Concretamente, en la segunda mitad del siglo XIII, destacó la comunidad de las monjas cistercienses de Helfta, de cuyo acompañamiento espiritual se encargaban los frailes dominicos del cercano convento de Halle. Las monjas de Helfta crearon un centro de teología con una buena biblioteca. Estudiaban artes (*trivium* y *quadrivium*), Sagradas Escrituras, patrística y teología escolástica, aprendían latín y griego, y recibían a grandes predicadores y teólogos para que las instruyesen. También tenían una escuela de música y se dedicaban a copiar libros.

Pero, sobre todo, aquellas monjas destacaron por su intensa relación espiritual con Jesús, que supieron expresar por escrito, mostrando diversos aspectos humanos y divinos de su amado Esposo y expresando ellas mismas sus propios sentimientos hacia Él. Ciertamente, este monasterio fue un importante centro místico. Destacan estas escritoras: santa Matilde de Magdeburgo (ca. 1212-1282), santa Matilde de Hackeborn (1241-1299) y santa Gertrudis la Grande (1256-1302). Desgraciadamente, diversos problemas impidieron a la comunidad seguir con esta labor teológica y espiritual y, a finales del siglo XIII, esta escuela espiritual desapareció al fallecer sus principales figuras.

8. CRISIS, MÍSTICA Y DEVOTIO MODERNA (SIGLOS XIV-XV)

Tras un periodo de esplendor tanto teológico como espiritual, el siglo XIV destacó por su decadencia, causada por las guerras y la peste negra – que assolaban Europa–, y el Cisma de Occidente –que dividió a la Iglesia y a Europa–. El pueblo fiel sentía miedo y culpa. Pero el Espíritu Santo inspiró en esta época el surgimiento de dos significativas espiritualidades: la *mística renana* y la *devotio moderna*. Esta última pasó a ser la principal corriente espiritual del siglo XV. También en este siglo comenzó el Renacimiento, que alcanzó su cumbre espiritual en España, en el siglo XVI, como veremos el próximo capítulo.

CONTEXTO

Peste

Europa occidental se abrió al comercio marítimo con Oriente. De allá llegaban cada vez más barcos cargados de seda y especias, pero que, además, en sus bodegas traían ratas, cuyas pulgas eran portadoras de la peste bubónica. En el año 1348 comenzó a extenderse rápidamente esta enfermedad por toda Europa. En total, mató a un tercio de la población europea en pocos años. Hubo ciudades en las que murió un 80 % de su población.

Como efecto colateral de la peste y las guerras, la vida religiosa se vio muy afectada, pues muchos monasterios y conventos se quedaron casi deshabitados. Y para evitar su cierre, se decidió bajar el nivel de exigencia a las nuevas vocaciones religiosas, con lo que las Órdenes comenzaron a llenarse de personas que, en vez de dejarlo todo por Dios, buscaban su propio beneficio. Y ello condujo a una gran decadencia. Algo similar pasó con el clero secular.

Encomiendas

En el mundo monástico hay que sumar otra importante lacra: las *encomiendas*. En el siglo XIII había muchas abadías que, si bien acaparaban grandes terrenos y otras fuentes de recursos, contaban con pocas vocaciones debido a que las Órdenes mendicantes recién nacidas ofrecían una forma de vida religiosa muy atrayente. Obviamente, esto se agravó en el siglo XIV, por lo que la Santa Sede decidió transformar en encomiendas muchas de esas ricas y decadentes abadías, con el fin de que sus recursos económicos quedasen en manos de la Iglesia y no del poder

civil. Los superiores religiosos de estas abadías no eran elegidos por sus comunidades sino impuestos por la Santa Sede, que los escogía entre el alto clero con el fin de llevar a cabo una buena gestión económica.

Como es lógico, esta situación hizo que la calidad de la vida religiosa en aquellas abadías fuese aún peor, de tal forma que el número de religiosos disminuyó aún más. En algunos casos, dejó de haber hermanos legos que se ocupasen del trabajo manual, y fueron reemplazados por laicos contratados para ello. Así, llegó a haber encomiendas sin ningún monje. Esto no ocurrió homogéneamente en toda Europa occidental, pues en algunas regiones, por ejemplo en la zona alemana, apenas hubo encomiendas.

El cisma de Occidente y santa Catalina de Siena

También el Papado generó graves problemas. Ya entrado el siglo XIII, hubo un buen número de Papas y cardenales de nacionalidad francesa. Por lo que no es de extrañar que en ese siglo se convocaran dos Concilios en Lyon. Además, la situación de Roma era bastante caótica y el rey de Francia, Felipe IV el Hermoso (1268-1314), presionaba para que el Papa se estableciera en suelo francés.

Estando así las cosas, en 1309 el Papa francés Clemente V (1264-1314) decidió establecerse provisionalmente en Aviñón. Ésta era una pequeña ciudad del sureste de Francia bien comunicada y que contaba con un centro universitario. En ella se establecieron, también provisionalmente, los siguientes Papas, hasta que Clemente VI (1291-1352) compró la ciudad a Juana de Anjou (1326-1382) y estableció en ella la residencia estable del Papado. Obviamente, esto sentó muy mal a la población de Roma que, haciendo un paralelismo con el destierro del pueblo de Israel en Babilonia (siglo VI a.C.), definió esta anómala situación como «destierro de Aviñón» o «cautividad babilónica».

La solución, en parte, vino de manos de santa Catalina de Siena (1347-1380). Esta mujer, cuando tenía 5 o 6 años, tuvo una fuerte experiencia de Jesús, lo que la llevó a consagrarle poco después su virginidad. Tras pasar por graves problemas en el seno de su familia, pues su madre quería que se casase, entró con 16 años en una comunidad que formaba parte de la Tercera Orden dominicana, con ayuda de los dominicos y el apoyo de su padre. Durante su pubertad vivió encerrada en su casa dedicada a la ascesis y la oración. Y con 20 años comenzó a salir para ayudar a los pobres, enfermos de peste y encarcelados. En esta época alcanzó el culmen espiritual: la *muerte mística*. Entonces, con 25 años, comenzó su labor pública en favor de los más necesitados y de la paz entre

algunas ciudades-estado italianas. En torno a ella se formó una comunidad de discípulos que la acompañaba y ayudaba. En 1377 santa Catalina habló con Gregorio XI (1336-1378) y le convenció de que dejase Aviñón y se instalase en Roma. Así lo hizo, pero falleció al año siguiente, tras lo cual los cardenales votaron, bajo la presión del pueblo de Roma, a un Papa italiano: Urbano VI (1378-1390), que decidió quedarse en Roma.

Pero la forzada elección de Urbano VI y otras circunstancias, empujaron a un gran número de cardenales a elegir otro Papa, es decir, un *antipapa*: Clemente VII (1342-1394), que puso su sede en Aviñón y recibió el apoyo de varios países europeos. Esto provocó el *Cisma de Occidente*, que perjudicó enormemente a la Iglesia. Santa Catalina se instaló entonces en Roma e hizo todo lo posible para solucionar la situación: habló con embajadores, escribió cartas a gobernantes y dedicó largas horas a la oración. Tanta fue su actividad que cayó gravemente enferma. Pero en vez de regresar a Siena para recuperarse, decidió quedarse en Roma para dar su vida en favor de la solución del conflicto, falleciendo en 1380 con 33 años.

Tras la muerte de Clemente VII en 1394, se eligió en Aviñón a un nuevo antipapa poco sumiso al rey de Francia: Benedicto XIII (1328-1423). Ello provocó que se convocase el Concilio de Constanza (1414-1418) en el que se eligió, en 1417, a un único Papa: Martín V (1368-1431), dando fin al Cisma.

ESPIRITUALIDAD POPULAR

Sentimientos de miedo y de culpa

Ante la trágica realidad que se sufrió en el siglo XIV, con familias enteras que morían víctimas de la peste, la guerra o el hambre, el pueblo fiel vivía con miedo y desesperanza. La gente presentía que esta dura realidad era fruto de un castigo divino. Reinaban los sentimientos de culpabilidad, miedo a la muerte y desprecio por un mundo que generaba tanto sufrimiento. Y muchas personas buscaban desesperadamente reconciliarse con Dios. Esto hizo que se multiplicasen los movimientos de *flagelantes* que pedían a Dios que dejase de castigar a su pueblo. Se trataba de grandes grupos de hombres y mujeres que iban de pueblo en pueblo flagelándose, formando grandes hileras de hombres ensangrentados. Su paso por las poblaciones era un acontecimiento espectacular. La gente se agolpaba en las calles para verles pasar y unirse a su dolor y su plegaria.

Crecieron en esta época las Terceras Órdenes y las cofradías, pues muchas personas laicas necesitan integrarse en una comunidad en la que

poder compartir su fe y su experiencia de Dios. Proliferaron también diferentes formas de espiritualidad en torno a la muerte y el purgatorio. Y aumentó el número de capillas. Asimismo, para evitar el castigo del infierno o del purgatorio, la gente buscaba la salvación por medio de *indulgencias* –que son un acto formal de la Iglesia que disminuye la pena temporal contraída por el pecado– y *jubileos* –que son una forma particular de indulgencia general o plenaria, recibida en un primer momento por los cruzados, pero que después se extendió a los peregrinos–.

Devoción a Jesús sufriente y a los ángeles custodios

Otra consecuencia de la realidad social y espiritual que se vivía, fue que la imagen de Jesús se hizo más crudamente humana y sufriente, pues eso ayudaba mucho a la gente a sentirse comprendida y acompañada por Él. Por eso en el siglo XIV se multiplicaron las imágenes de Jesús flagelado o muerto en la Cruz. También proliferaron las consoladoras imágenes de *la Piedad*, es decir, de María sosteniendo en sus brazos el cuerpo muerto de su Hijo. Siguiendo esta dinámica espiritual aparecieron los *Viacrucis*, en los que el pueblo acompaña paso a paso a Jesús hasta el Calvario. También se escenificaba públicamente la Pasión del Señor y otros acontecimientos religiosos. Y los belenes de Navidad subrayaban sobre todo lo mucho que sufrió el Niño Jesús al nacer.

Si bien la imagen de Jesús, cercana y sufriente, suscitaba gran devoción entre el pueblo fiel, el culto a los santos siguió siendo importante. Así, el culto a las reliquias proliferó y se hicieron grandes y suntuosos relicarios que atraían la mirada de la gente. Pero, desgraciadamente, ante tanta pesadumbre y desgracia, había muchos que buscaban encontrar sentido a la desgracia por medio de la creencia en los «malos espíritus», por lo que la brujería tomó un cierto auge. Otros encontraron una falsa escapatoria uniéndose a grupos heréticos que afirmaban que la Iglesia era la culpable de lo que ocurría. El satanismo –o culto al demonio– también se extendió. Pero sobre todo tomó auge el temor al demonio, por lo que proliferaron las devociones que se oponían directamente a él: se trataba del culto a los ángeles, sobre todo al *ángel de la guarda* –o ángel custodio– que Dios pone a nuestro lado para que nos proteja.

Culto al Cuerpo de Cristo

Es precisamente en esta época cuando tomó fuerza el culto al Cuerpo de Cristo: el pan consagrado en la Eucaristía, también llamado «Santísimo Cuerpo de Cristo», «Santísimo Sacramento» o simplemente «Santísimo». En los siglos I-III, el Cuerpo de Cristo que no era consumido en la Eucaristía se guardaba en la casa de una familia, generalmente en la del

obispo, el cual se ocupaba de que fuera debidamente repartido entre los ausentes, enfermos y presos de la diócesis. A partir del siglo IV, habiendo cesado las persecuciones, la reserva del Santísimo se fue solemnizando, de tal forma que con el tiempo pasó a guardarse en *sagrarios* –o cofres sagrados– situados en lugares especialmente dignos, casi siempre en la sacristía, junto a otros objetos valiosos, como documentos y ornamentos sagrados.

Sabemos que en el siglo XII, o quizás antes, ya había iglesias en las que se guardaba el Cuerpo de Cristo en un altar con el fin de que las *reclusas* que vivían junto a la iglesia pudiesen rendirle culto. Pues bien, en el siglo XIV este modo de guardar el Santísimo comenzó a generalizarse, de tal forma que se confeccionaron *sagrarios* especialmente decorados para ser expuestos al culto del pueblo. Tuvo tanto auge esta devoción, que en el siglo XV comenzaron a situarse los *sagrarios* en el lugar más céntrico y visible de la iglesia: en el retablo del altar mayor, lo cual se universalizó tras el Concilio de Trento (1545-1563) y quedó bellamente plasmado en los retablos barrocos (siglo XVII). Desde entonces va a ser raro encontrar *sagrarios* situados en sacristías o en otros lugares. Cuando llegó la reforma litúrgica tras el Concilio Vaticano II (1962-1965), en muchas iglesias el *sagrario* se emplazó en una capilla lateral especialmente preparada para ello, aunque en otras muchas siguió ocupando un lugar central en el altar mayor.

Por otra parte, en el siglo XIV comenzó la «exposición» pública del Santísimo Cuerpo de Cristo, cuyo culto tuvo su inicio en el siglo XIII, como vimos en el capítulo anterior. Asimismo, surgió la costumbre de la «visita» al Santísimo que las iglesias guardan en su *sagrario* expuesto al público, y al que el pueblo fiel dedica un íntimo momento de oración.

ESCUELAS Y AUTORES ESPIRITUALES

En estos tiempos difíciles, no surgieron nuevas formas de vida religiosa. Los flagelantes y las personas especialmente buenas eran una clara referencia espiritual del pueblo fiel. Asimismo, a comienzos de siglo surgió la *mística renana*, de gran repercusión en algunas regiones del centro de Europa, y a finales de siglo apareció la *devotio moderna*, que pasó a ser el principal modelo espiritual del siglo XV. De ellos hablaremos más adelante.

En la zona de influencia de la *mística renana*, fundamentalmente en Bélgica, apareció la *mística flamenca*. Ésta tenía un carácter espiritual muy parecido a la *mística renana*. De hecho, algunos expertos agrupan a ambas

dentro de la *mística renano-flamenca*. Esta escuela de espiritualidad nos anima a dejar el mundanal ruido para adentrarnos en lo más profundo de nosotros y unirnos con Dios. Influyó en la devotio moderna.

El autor más importante de esta escuela es el beato Juan Ruysbroeck (1293-1381) –o Ruusbroec–. En sus escritos describe la vida interior. Según este autor, si una persona quiere acercarse espiritualmente a Dios, ha de alejarse de lo exterior y superficial para adentrarse en sí mismo, donde Él habita, y allí ha de «recoger» todas las potencias del alma –la memoria, el entendimiento y la voluntad– concentrándolas en Él. Entonces se produce un «contacto» espiritual y uno se siente inmerso en Dios.

También cabe subrayar la *Escuela Inglesa*. Durante los siglos XIV y XV hubo en Inglaterra un grupo de ermitaños y personas especialmente contemplativas, que dejaron unos escritos en los que prima la renuncia al ego y al mundo para centrarse en la contemplación de Dios. Sin desarrollar complejas teorías espirituales, promovieron las obras de caridad, la vida ascética moderada y el afecto. Destacan el sacerdote ermitaño Ricardo Rolle (ca. 1300-1349), el canónigo regular Walter Hilton (+ 1396), la laica célibe Juliana de Norwich (ca. 1342-1413) y la laica casada Margarita Kempe (1373-1439).

Hay, además, otros muchos autores espirituales en este siglo. Entre ellos sobresale santa Catalina de Siena (1347-1380), Doctora de la Iglesia, de la que ya hemos expuesto su vida. Entre sus escritos destacan sus cartas y, principalmente, *El Dialogo*. Un rasgo característico de la espiritualidad de esta santa es su carácter intelectual, fruto de su trato con teólogos dominicos. *El Diálogo* es una obra fundamentalmente formativa en la que se promueve el conocimiento de uno mismo y, sobre todo, la relación íntima con Dios. Habla de cinco etapas para conocer a Dios y alcanzar la perfección, a saber: (1º) lo más bajo son las personas sometidas al pecado; (2º) después están los que aman por «temor servil» al castigo divino; (3º) el siguiente grado se alcanza cuando amamos para conseguir el favor de Dios, pero se trata de un «amor mercenario»; (4º) es mucho mejor amar desinteresadamente con «amor filial»; (5º) pues a quien lo alcanza se le concede el «amor perfecto» con el que se une verdaderamente con Dios. La persona queda entonces despojada de sí misma y llena de Él.

Otros destacados autores espirituales de esta época son: santa Brígida de Suecia (1303-1373), fundadora de la Orden del Santísimo Salvador, los dominicos san Vicente Ferrer (1350-1419) y Jerónimo Savonarola (1452-1498) y, asimismo, san Bernardino de Siena (1380-1444), santa Catalina de Bolonia (1413-1463) y santa Catalina de Génova (1447-1510) de la Familia Franciscana.

Beguinas y otros movimientos espirituales de la zona renana

A lo largo del siglo XIII fueron tomando fuerza en la zona renana – es decir, en las regiones aledañas al río Rin, que transcurre por las actuales Suiza, oeste de Alemania, Bélgica y Holanda– un gran número de beaterios. Se trataba de comunidades de laicas piadosas llamadas *beguinas*. También las había de varones, los *begardos*, aunque éstos fueron mucho menos numerosos. Todos ellos contaron con el apoyo de las recién fundadas Órdenes mendicantes, especialmente de los dominicos y franciscanos. Este movimiento religioso se extendió también por otras zonas del centro de Europa, pero lo hizo con menos fuerza.

En las comunidades de beguinas –o *beguinatos*– surgió una especial espiritualidad que manejaba una terminología mística propia y se transmitía en la lengua nativa, no en latín. Escribieron obras espirituales de gran calidad, destacando las de Hadewich de Amberes († 1260) y Matilde de Magdeburgo (1207-1282). Esta espiritualidad influyó en la religiosidad de los habitantes de las ciudades cercanas y en la *mística renana*, como veremos más adelante.

Los beguinatos fueron muy abundantes, de tal forma que en aquella zona llegaron a abarcar un 6% de la población. Hay tres motivos para ello: la pujanza religiosa y espiritual que allí se vivía; el gran número de mujeres que había en comparación con los varones, pues éstos tenían un índice de mortalidad mucho más elevado debido a sus duros trabajos en el campo y, sobre todo, a las guerras, en las que morían a millares; y la incapacidad de los monasterios femeninos de aquella región de albergar a tantas mujeres que querían consagrarse a Dios.

En muchos casos, los beguinatos se forman en torno a mujeres cultas de una elevada posición social capaces de costear su construcción y mantenimiento. Su tamaño variaba mucho: podían ser una simple vivienda o todo un barrio de una ciudad, rodeado de un muro, con plazas, edificios públicos e iglesia en su interior. La forma de vida de las beguinas tenía un cierto parecido a la de las religiosas: eran célibes; hacían votos privados y temporales; se dedicaban a una tranquila vida de trabajo, oración y obras de caridad, gestionando casas de ayuda para pobres, ancianos o viudas; solían vestir capa y capucha como los frailes mendicantes; a veces, como ellos, mendigaban la comida, aunque la mayoría ganaba su sustento trabajando; tenían una maestra, a la que llamaban «Marta», que ellas mismas elegían; y había un clérigo diocesano o religioso encargado de acompañar espiritualmente al beguinato. También hubo beguinas y begardos que vivían en solitario, bien en una casa, o bien entregados a la itinerancia y la mendicidad.

En la zona renana había asimismo grupos de cristianos que se reunían –o se carteaban– periódicamente para compartir su fe en torno a un maestro espiritual. Eran los *amigos de Dios*. Sobresalieron en el siglo XIV. Contaban con laicos, clérigos y religiosos. Pero también aparecieron otros grupos que promovían una doctrina diferente o contraria a la Iglesia, cuyos líderes eran visionarios que se sentían iluminados por Dios. Se trata de los *hermanos y hermanas del libre espíritu*. Defendían, entre otras cosas, que la persona es capaz de llegar a un estado de impecabilidad en el que ya no necesita los sacramentos ni escuchar la Palabra de Dios. Desgraciadamente, sus ideas se difundieron entre el pueblo fiel, de tal forma que contaminaron a los beguinos. De hecho, hubo algunas beguinas condenadas por la Inquisición, como Margarita Porète, que en 1310 fue quemada en la hoguera.

Pues bien, debido al peligro de que se extendiera la herejía en los beguinos, la Iglesia actuó contundentemente, ordenando que fuesen suprimidos. Esta drástica medida se tomó en el Concilio de Vienne, en 1312. El Papa Clemente V pidió entonces a las Órdenes mendicantes que colaborasen en reconducir espiritualmente a las beguinas. Se les dio tres opciones: ingresar en un monasterio, integrarse en una Tercera Orden, o llevar una sencilla vida de oración, penitencia y servicio a Dios. Ante esta situación, muchos beguinos tomaron la Regla de la Tercera Orden de los franciscanos o de los dominicos, apoyados por éstos. Parece que hubo algunos beguinos que subsistieron, pero fueron cerrados definitivamente por la Reforma protestante (siglo XVI).

El Papa también pidió a los frailes mendicantes que se ocupasen del cuidado espiritual de los monasterios femeninos de sus Órdenes. Los dominicos alemanes pusieron estos mandatos del Papa en manos de su mejor teólogo: el Maestro Eckhart (ca. 1260-ca. 1327). Para acometer esta labor, éste y otros predicadores rechazaron la opción de difundir fría y rígidamente la doctrina de la Iglesia, y se decantaron por adaptarse a las personas a las que debían predicar, de tal forma que desarrollaron una «predicación mística» en lengua nativa, muy en sintonía con la espiritualidad generada en la zona renana en torno a las comunidades de beguinas, los monasterios femeninos y los amigos de Dios. El resultado fue la *mística renana*.

Mística renana y el Maestro Eckhart

Tomando como base la espiritualidad que vivían las beguinas y la mística neoplatónica y apofática de Dionisio Areopagita, esta escuela espiritual aporta importantes claves vivenciales y metafísicas para alcanzar la unión con Dios. Un elemento fundamental es el *desasimiento*, que

consiste en desasirnos –o soltarnos– de todas nuestras impurezas y falsas seguridades para emplazar nuestra vida sobre la roca firme que es Dios. Él, ciertamente, nos regala gratuitamente su presencia en nuestro corazón, pero antes es necesario que lo purifiquemos y lo abramos dócilmente a la acción de su Espíritu. Por ello, el desasimiento requiere que nosotros hagamos un gran esfuerzo de nuestra parte. Es decir, si queremos alcanzar la experiencia mística, debemos esforzarnos ascéticamente.

A medida que nos desprendemos de todo lo que se opone al Evangelio vamos haciendo vacío en nuestra alma, y ese vacío es ocupado por Dios. Esto tiene lugar en el fondo del alma, en lo más profundo de nosotros, allá donde Dios tiene su morada. Bueno, pues cuando alcanzamos la unión con Dios, experimentamos su sobreabundante presencia en nuestra alma y nos sentimos tan inundados por su amor, que no somos capaces de distinguir qué amor procede de Dios y cual procede de nuestro corazón: porque sentimos que todo es un único amor divino, intenso y pleno. En ese momento experimentamos que ya no somos nosotros los que guiamos nuestra vida, sino que lo hace el mismo Cristo. Esta vivencia nos la explica el Maestro Eckhart en el *Libro del consuelo divino* comentando aquello que dice Jesús en el capítulo 17 del evangelio según san Juan: «Te pido que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado» (Jn 17,21). Entonces Eckhart dice lo siguiente:

«Aquí, Nuestro Señor Jesucristo rogó a su Padre que pudiésemos nosotros hacernos uno con Él y en Él, y no sólo unidos, sino un único uno. Para estas palabras y esta verdad, tenemos también una señal visible y exterior, una clara prueba en el fuego. Cuando el fuego prende en el leño y éste se inflama y se convierte en ascua, lo consume y lo transforma totalmente con respecto a su apariencia anterior, le quita la aspereza y su frialdad, su peso y su humedad y lo hace cada vez más semejante a su misma naturaleza de fuego. Pero no se extinguen ni se satisfacen o acallan la leña ni el fuego con el logro de un cierto calor o con una llama mutua; es preciso que el fuego nazca del mismo leño y le comunique su propia naturaleza, su propia esencia, de modo que todo sea un fuego homogéneo y cada vez más indistinto, de modo que desaparezca entre ellos hasta la más pequeña diferencia. Antes de alcanzar este punto hay un rugir y un pugar, un chisporroteo y una lucha entre el fuego y el leño. Entonces el fuego se torna tranquilo, se extingue y el leño desaparece».

Este autor era un eminente teólogo dominico, que llegó a ser catedrático de teología en París y prior provincial de Teutonia (Alemania).

Tras el Concilio de Vienne, en 1312, teniendo aproximadamente 53 años, se le confió la misión de ayudar espiritualmente a monjas dominicas y beguinas de Alsacia y Suiza. En 1323 fue nombrado director del Estudio General de los dominicos en Colonia. Pero en 1326 se introdujo un proceso de la Inquisición contra él, debido a ciertas acusaciones sobre supuestas herejías que estaba difundiendo en sus homilías en lengua nativa al pueblo fiel, como consecuencia de su estrecho contacto con las beguinas. Eckhart murió probablemente en Aviñón al año siguiente, con unos 67 años, intentando defenderse de las acusaciones.

El Maestro Eckhart conocía bien la teología de san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino, pero se apoya sobre todo en la filosofía neoplatónica y, como ya hemos comentado, en la mística de Dionisio Areopagita. Su producción literaria consta de tratados y sermones. Su lenguaje emplea sutiles términos metafísicos y expresiones místicas propias del ambiente en el que predica, gracias a lo cual pudo describir con gran detalle la unión con Dios, pero a costa de ser poco comprensible para los que no dominan esta terminología. Parte de su obra está escrita en latín y otra en un dialecto del alemán antiguo, lo cual aumenta aún más la dificultad de comprensión.

Como consecuencia del proceso inquisitorial que sufrió este fraile, el Papa Juan XXII (1249-1334) publicó en 1329 la bula *In agro dominico* contra sus escritos. Esto supuso el final del auge de la mística renana. Aunque esta bula constata que Eckhart es fiel a la doctrina de la Iglesia, en ella se declara que sus escritos contienen 17 sentencias heréticas y 11 sospechosas de herejía, lo cual viene a mostrar algo importante: hay textos de Eckhart difíciles de comprender, con expresiones muy oscuras que pueden resultar erróneas, sobre todo si son sacadas de contexto. Pues bien, a pesar de que el Maestro Eckhart nunca fue condenado como hereje, su persona y su espiritualidad quedaron marcadas por la sospecha tras la promulgación de esta bula.

A pesar de esto, sus discípulos, sobre todo Juan Taulero (ca. 1300-1361) y el beato Enrique Susón (ca. 1295-1365), lucharon por mantener viva esta corriente mística. Para ello la expusieron y explicaron con un lenguaje más comprensible y claro. Pero una vez que éstos murieron, esta espiritualidad fue, en cierto modo, reemplazada por la devotio moderna, como veremos más abajo. Afortunadamente, los escritos de ambos discípulos se divulgaron mucho, sobre todo el *Diálogo de la eterna Sabiduría* de Susón, más conocido por su versión en latín titulada *Horologium Sapientiae*. A mediados del siglo XVI las obras de ambos, junto con algunos sermones de Eckhart, fueron traducidos al latín, difundiéndose por Europa, influyendo en autores tan destacados como san

Juan de la Cruz (1542-1591), cuya espiritualidad se vio marcada por la mística renana.

Lo que más destaca del pensamiento espiritual de Enrique Susón es que, a diferencia de Eckhart y Taulero, en el ascenso hacia Dios distingue claramente los tres grados clásicos de madurez espiritual: principiante, avanzado y perfecto. Asimismo, en sus textos le da mucha importancia a la Pasión de Cristo, animándonos a meditar el sufrimiento de Jesús para acceder espiritualmente a su divinidad. Las obras de este fraile han transmitido profusamente la mística renana a las siguientes generaciones, pues se difundieron mucho e influyeron en otros autores. Y lo hizo con un lenguaje relativamente sencillo. Así habla, por ejemplo, sobre la *divinización* que experimentamos cuando nos unimos a Dios:

«Un hombre abandonado puede llegar en esta vida a sentirse uno con Aquel que es la Nada respecto de todas las cosas captables por los sentidos o expresables en palabras. A esa Nada es a la que llamamos comúnmente “Dios” que, en sí mismo, es el Ser sobre todo ser. En ese fondo, un hombre abandonado se reconoce uno con esta Nada, y esta Nada se conoce a sí misma sin que precise del ejercicio de la inteligencia. Pero has de saber que en todo esto se esconde el misterio. Un misterio en el que hay que profundizar» (*Diálogo de la Verdad*, VII).

Separación de la teología y la espiritualidad

Podemos considerar a los místicos renanos como los últimos autores que unieron la alta teología y la profunda experiencia espiritual. Hasta entonces era normal que los grandes teólogos fuesen también maestros espirituales. Pero una vez que fallecieron Eckhart, Taulero y Susón, esto se dio, desgraciadamente, en casos excepcionales, pues desde entonces el estudio concienzudo de la teología marchó por un lado, debido a que se hizo muy académico, y la honda experiencia espiritual por otro, porque se simplificó intelectualmente para evitar confusiones.

Devotio moderna y Tomás de Kempis

Hemos visto que la mística renana quedó en entredicho con la bula *In agro dominico*. Además, dada su cierta complejidad metafísica, se la veía susceptible de poder propiciar errores espirituales entre sus seguidores, más aún cuando los hermanos y hermanas del libre espíritu difundían entre ellos una espiritualidad claramente herética. Por ello a penas nadie tomó el relevo de los místicos renanos y flamencos. Taulero falleció en 1361 y Susón en 1365. El beato Juan Ruysbroeck vivió hasta 1381. Estando así las cosas, la zona renana, tan pujante a nivel religioso, necesitaba una nueva

guía espiritual. Pues bien, es justo entonces cuando surgió en Holanda la devotio moderna, una espiritualidad con cierta influencia de las místicas renana y flamenca, pero muy sencilla y menos vulnerable a las herejías. Sus creadores fueron Gerardo Groote (1340-1384) y Florencio Radewijns (1350-1400). El primero fundó a los *Hermanos y Hermanas de la Vida Común*, que eran comunidades formadas fundamentalmente por laicos, y el segundo organizó este movimiento y fundó, además, la *Congregación de canónigos regulares de Windesheim*. Ambas agrupaciones vivían y difundían la devotio moderna.

Como pasa con otras muchas escuelas espirituales, la devotio moderna no ve bien que se busque la relación espiritual con Dios por medio del estudio, pues alcanzar un gran conocimiento puede hacernos pensar que somos mejores que los demás, y eso nos aleja de Dios. Por el contrario, promueve el acercamiento a Jesús por medio del amor y la piedad. Teológicamente hablando, se trata de una espiritualidad muy sencilla: se centra en el Jesús de los evangelios. Es en Él donde encontramos un modelo a seguir claro y puro. Por ello la devotio moderna promueve mucho la meditación de los pasajes más importantes de la vida de Jesús.

En vez de animar al creyente a ahondar en su corazón en busca de Dios, como hacía la mística renana, le invitan simplemente a tener una vida moralmente correcta mediante la práctica de las virtudes, la oración, los ejercicios de piedad y los exámenes de conciencia. La oración en la devotio moderna es muy metódica: se indica claramente cuándo, dónde y cómo hay que orar y se explica con gran detalle cómo hacer la lectio divina. Así se ayuda al creyente a no desviarse por caminos erróneos. También anima a hacer *ejercicios espirituales*, y se publican diversos métodos bien explicados para que el ejercitante sepa en todo momento qué ha de hacer. Uno de ellos es el *Exercitatorio de la vida espiritual* de García Jiménez de Cisneros (1455-1510), abad de Monserrat. San Ignacio de Loyola (1491-1556) leyó un *Compendio breve* de esta obra en su estancia en Manresa e influyó en sus *Ejercicios Espirituales*.

Hay muchos autores en la devotio moderna. Además de sus dos fundadores, podemos destacar a los teólogos Juan Zerbolt (1366-1398) y Juan Gerson (1363-1429), los cartujos Ludolfo de Sajonia (o el Cartujano) (ca. 1300-ca. 1377) y Dionisio de Rickel el Cartujano (1402-1471) y al benedictino ya citado García Jiménez de Cisneros.

Pero, sin lugar a dudas, el más conocido es el canónigo regular Tomás de Kempis (ca. 1379-1471). Este autor nació en Kempen –en español «Kempis»–, ciudad situada en la zona renana de Alemania. Con 13 años conoció a los *hermanos de la vida común* en Holanda. Seis años

después se incorporó a la comunidad que este movimiento tenía en la casa de Radewijn y al año siguiente (1399) ingresó en el monasterio de Santa Inés en Zwolle, de la Congregación de canónigos regulares de Windesheim. Fue ordenado sacerdote y desempeñó los servicios de prior, subprior y maestro de novicios. Copió obras importantes y escribió libros para edificar a sus novicios y a la gente en general. El más importante es la *Imitación de Cristo*. Para escribirlo, Kempis recopiló pensamientos espirituales tomados de otros autores. Por eso no firmó el libro, lo cual ha llevado a dudar sobre su autoría durante varios siglos. Actualmente los análisis muestran con bastante claridad que él es el autor. Desde su primera edición tuvo tal difusión que es el libro religioso cristiano más divulgado después de la Biblia. Se trata de un conjunto de sentencias sencillas y cortas para ser meditadas por el lector. Promueve especialmente la humildad, la abnegación y, sobre todo, el amor. Jesús es el gran modelo a seguir. Veamos un ejemplo:

«Bienaventurado el que conoce lo que es amar a Jesús, y despreciarse a sí mismo por Jesús.
Conviene dejar un amado por otro amado, porque Jesús quiere ser amado sobre todas las cosas.
El amor de las criaturas es engañoso y mudable, el amor de Jesús es fiel y durable.
El que se encamina a las criaturas, caerá con lo caedizo; el que abraza a Jesús, se afianzará en Él para siempre.
Ama a Jesús y tenle por amigo, que aunque todos te desamparen, Él no te desamparará ni te dejará perecer en el fin.
De todos has de ser desamparado alguna vez, lo quieras o no» (II, c. 7, 1).

REZO DEL ROSARIO

Hemos dejado para el final del capítulo el tema del Rosario porque, tras haber estudiado lo anterior, se va a entender bien su desarrollo y difusión. Durante el siglo XIII el *Salterio de la Virgen María* fue tomando la forma de 150 Avemarías con Padrenuestros intercalados, aunque tenía muchas variantes. Tras el Concilio de Vienne (1311-1312), se difundió esta forma de rezo entre las beguinas para ayudarlas a tener una correcta espiritualidad cristiana. Hemos visto que fue precisamente ahí, en la zona renana, donde más tarde nació la devotio moderna, en la cual, la meditación de la vida de Cristo es muy importante. Bueno, pues de la conjunción del rezo del Salterio de la Virgen María y la meditación de la vida de Cristo es

de donde surgen las bases del actual Rosario, en el que se combinan ambos ejercicios espirituales.

El Rosario se rezaba por entonces de diferentes modos. En su proceso de formación y difusión colaboraron los monjes cartujos y cistercienses, así como los frailes mendicantes. En el norte de Francia, el dominico fray Alain de la Roche –o Alano de Rupe– (1428-1475) fundó, en torno al año 1470, la primera cofradía cuya espiritualidad se centra en la devoción a María por medio del rezo del Rosario. Influenciados por ello, y coincidiendo con el fallecimiento de fray Alain de la Roche, en el convento de los dominicos de Colonia –situado en plena zona renana– se crea la primera Cofradía del Rosario, que tuvo un gran éxito entre el pueblo fiel y las autoridades civiles y eclesiásticas, recibiendo el apoyo del Papado. Por ello, desde Colonia se comenzaron a fundar cofradías del Rosario en otros conventos dominicanos, hasta que llegó al convento donde residía la Curia generalicia de la Orden de Predicadores, en Roma, de tal forma que desde 1485 las cofradías del Rosario pasaron a ser difundidas por la propia Curia.

En todo este proceso, el rezo del Rosario ha ido evolucionando, así como el Avemaría. Como ya hemos visto anteriormente, esta oración, en su origen, se limitaba al saludo del Ángel a María (cf. Lc 1,28), y a veces no entero. Según parece, la segunda parte del Avemaría surgió en la primera mitad del siglo XV y se difundió un tiempo más tarde, cuando el Rosario comenzó a rezarse comunitariamente a dos coros en las cofradías. Hasta entonces se rezaba sobre todo de forma individual. Como veremos más adelante, hay que esperar a 1569 a que el Papa dominico san Pío V (1504-1572) establezca definitivamente el modo de rezar el Rosario. Así se ha mantenido hasta que se añadieron los cinco misterios luminosos en 2002, a sugerencia del Papa san Juan Pablo II.

Es bien sabido que esta oración ha tenido una gran difusión. La clave de su éxito radica en estos elementos: tiene una estructura muy sencilla; combina las oraciones más conocidas: el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria; invita a contemplar pasajes –o misterios– fundamentales de los evangelios y de la vida de María; y es una oración repetitiva, que cuando se reza con devoción y un ritmo bien acompasado, nos ayuda a recoger nos dentro del corazón, ante la amorosa presencia de Dios. Por eso, su rezo diario nos purifica y nos guía hacia Jesús.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Sabemos que la crisis de la segunda mitad del siglo XIV dejó muy marcada a la vida religiosa en general. Eran muchos los religiosos que no

tenían verdadera vocación, y que usaban su condición religiosa para satisfacer sus propios intereses. Por eso, teólogos y Universidades denunciaron con contundencia esta deplorable situación pidiendo una reforma de la vida religiosa. Algo parecido ocurría en el clero secular.

Los dominicos reaccionaron pronto: a instancias de santa Catalina de Siena, eligieron en 1380 a un Maestro de la Orden –es decir, a un superior general– que promovió la reforma: el beato Raimundo de Capua (1330-1399). Entre los benedictinos, en 1390 comenzó a fraguarse la observante Congregación de San Benito de Valladolid. Unos años más tarde, el Concilio de Constanza (1414-1418) afrontó la crisis de la vida religiosa formulando disposiciones que abordan el problema a nivel jurídico y económico, pero sin apenas tocar la vida interna de las Órdenes. Fueron éstas las que, desde dentro, tuvieron que reformarse, intentando recuperar la antigua observancia de sus fundadores, aunque adaptándose a los nuevos tiempos. Esto generó el *movimiento de observancia*. Desgraciadamente, este proceso trajo consigo la división de algunas Órdenes en «reformados» y «no reformados». Este periodo de reformas abarcó también el siglo XVI.

¿Qué referencias vivas de santidad hay en los siglos XIV y XV? A pesar de la crisis, muchos clérigos, laicos y religiosos sobresalieron por su ejemplaridad. Además, en un ambiente tan decadente, la escuela espiritual de la devotio moderna, con su sencillez y claridad, hizo un gran bien en el seno de la Iglesia. Y también podemos hacer referencia a los grupos de flagelantes que atravesaban los pueblos, moviendo a las personas a pedir perdón a Dios, a orar devotamente y a convertirse al Evangelio.

9. EL RENACIMIENTO Y LA ESCUELA ESPAÑOLA (SIGLO XVI)

Los siglos XV y XVI son dos siglos de transición entre el final de la Baja Edad Media, marcada por la Escolástica y la Edad Moderna, en la que el cientificismo y la razón tomaron gran importancia en el pensamiento occidental. A nivel religioso, el estudio del humanismo griego ayudó a valorar a la persona, hecha a imagen y semejanza divina, y propició una espiritualidad que buscaba la presencia de Dios dentro de ella. Asimismo, el Espíritu Santo suscitó nuevas formas de vida religiosa, destacando la Compañía de Jesús, ideada para servir a Dios y a las personas en el mundo moderno. Pues bien, el resultado de todo ello es la Escuela Española del siglo XVI.

CONTEXTO

Curiosamente, el paso de la Edad Media a la Edad Moderna vino impulsado por la decadencia y caída del Imperio Bizantino (1453), que propició la llegada a Occidente, principalmente a Italia, de numerosas obras clásicas hasta entonces desconocidas o de las que se tenía acceso a través de traducciones hechas por musulmanes. Esto hizo que el Renacimiento naciera en Italia en pleno siglo XV y que desde ahí se difundiera por Europa. En España comenzó a tomar fuerza a finales de siglo.

La teología occidental ganó mucho con la difusión de buenas ediciones de Padres de la Iglesia oriental así como de obras de pensamiento griego. Estas últimas impulsaron el estudio y valoración del ser humano, es decir: el *humanismo*. Todo esto se vio multiplicado por la imprenta, creada en Alemania a mediados del siglo XV y cuyo uso se generalizó en la primera mitad del siglo XVI.

El arte también evolucionó con el Renacimiento. Los artistas renacentistas italianos estudiaron el arte griego con minuciosidad para llegar a la «perfección»: un claro ejemplo son Leonardo Da Vinci (1452-1519) y Miguel Ángel (1475-1564). A nivel religioso, si bien la arquitectura renacentista se difundió fuera de Italia, la Iglesia, por lo general, prefirió mantener el estilo gótico y mejorarlo con influencias renacentistas, sobre todo en España. Así, en el siglo XVI, se edificaron conventos, iglesias y catedrales en un bello estilo llamado *gótico florido*. Ciertamente, también se construyeron magníficos edificios religiosos de estilo renacentista, como el monasterio de San Lorenzo del Escorial en España, pero resultaban espiritualmente más «fríos» e inexpresivos que los

góticos. Por eso hubo que esperar a la llegada del arte barroco en el siglo XVII para que el gótico fuese definitivamente reemplazado.

Desgraciadamente, el Renacimiento influyó de forma negativa en el Papado. Entre los años 1441 y 1517 éste se vio arrastrado hacia una gran decadencia espiritual. Durante este periodo, los Papas, a modo de príncipes mundanos, se preocupaban de engrandecer Roma con suntuosos edificios que eran financiados con el dinero que el pueblo fiel daba para conseguir las indulgencias que les librasen de las penas tras la muerte. Y es bien conocida la decadencia moral de ciertos Papas.

Por otra parte, a finales del siglo XV cambió la visión del mundo con el descubrimiento de América y las muchas colonias que los portugueses estaban estableciendo en África y Asia. En pocos años, la Iglesia católica pasó de estar circunscrita en Europa occidental a extenderse por inmensos territorios situados al otro lado del mundo.

Pero la Iglesia católica en general, no sólo el Papado, estaba sumida en una gran decadencia, lo cual propició el inicio en 1517 de la Reforma protestante, promovida en Alemania por Martín Lutero (1483-1546). La Reforma se vio muy favorecida por el apoyo político de varios gobernantes centroeuropeos que querían independizarse del Papado, gracias a lo cual triunfó y, a la postre, ocasionó el nacimiento de nuevas Iglesias cristianas en el centro y norte de Europa totalmente separadas de la Iglesia católica. Esto desencadenó cruentas «guerras de religión» entre diferentes bandos y obligó a la Iglesia católica a tomar medidas para que las ideas de la Reforma no se expandieran por toda Europa. La principal consistió en convocar el Concilio de Trento (1545-1563) para impulsar la verdadera Reforma, también llamada «Contrarreforma», por oponerse frontalmente a la Reforma protestante. Este Concilio marcó profundamente la espiritualidad católica hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965). De ello hablaremos en los próximos capítulos.

Es decir, en el siglo XVI la realidad cambió mucho: mientras la Iglesia católica se expandía por medio mundo y tenía que afrontar el reto de evangelizar a muy diversas culturas y razas, en Europa perdía grandes territorios y tenía que enfrentarse a aquellos que ofrecían otra forma de cristianismo.

REFORMA RELIGIOSA ESPAÑOLA EN TIEMPOS DE LOS REYES CATÓLICOS

Ante las muchas carencias y deficiencias de la Iglesia española del siglo XV, se emprendió una reforma religiosa en el reinado de los Reyes

Católicos –Fernando II de Aragón (1452-1516) e Isabel I de Castilla (1451-1504)–, impulsada por el franciscano Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517), que era el cardenal primado, es decir, el más alto cargo de la Iglesia en España. El objetivo era revitalizar la vida espiritual en todos los ámbitos eclesiales: obispos, clero secular, Órdenes religiosas y pueblo fiel.

Se quería hacer una reforma desde dentro de la propia Iglesia, pues éste era el mejor modo de que realmente fuera fructífera. Sus puntos esenciales fueron los siguientes: buscó el retorno a Jesús y su Evangelio; propició el encuentro personal con Dios para erradicar la superficialidad y el ritualismo que se vivía por entonces; y emprendió la evangelización y catequización del pueblo fiel por medio de buenos predicadores.

En esta reforma influyó mucho el Renacimiento, pues los centros de estudios y los grandes conventos y monasterios se preocuparon por adquirir esas antiguas obras griegas que habían llegado a Europa con la caída del Imperio Bizantino y que, traducidas al latín, se estaban difundiendo gracias a la imprenta. Esto enriqueció enormemente el pensamiento teológico, influyendo, lógicamente, en las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares, fundada por el cardenal Cisneros en 1499.

El pensamiento griego da mucho valor al ser humano y lo estudia con detalle. Y ello se aplicó teológicamente para desarrollar la idea de que la persona está hecha a imagen y semejanza de Dios. Así, los maestros espirituales centraron la búsqueda de Dios en la persona: en lo más profundo de ella, desarrollando una espiritualidad mística que trata de describir lo que experimentamos en nuestro interior cuando contemplamos a Dios. También se le dio gran importancia a la oración mental, es decir, a la que realizamos de modo privado y sin ningún rezo vocal. Tanto a nivel teológico como a nivel puramente espiritual, los autores de esta época tomaron como principal modelo a Jesús.

Erasmismo

Hay un factor importante que ayudó a prender la chispa de la mística española: la llegada de las obras de Erasmo de Rotterdam (1469-1536), las cuales exponen un pensamiento humanista denominado *erasmismo*. Este autor recibió desde pequeño una buena educación humanista, ingresó como canónigo regular y se ordenó sacerdote. Pronto salió del convento, realizó estudios en París y se doctoró en Turín. Se dedicó a viajar y dar clases de teología y griego. Cuando surgió el problema protestante, decidió permanecer neutral, de tal forma que, si bien no abandonó la Iglesia católica, reconoció en la Reforma protestante varios elementos positivos, como son el que espiritualmente valore mucho al laicado –pues los clérigos

y los religiosos no son los únicos que pueden alcanzar la santidad— y el que promoció la lectura de la Biblia entre el pueblo fiel en su lengua nativa — lo cual estaba prohibido por la Iglesia católica, por miedo a que la Palabra de Dios fuese mal comprendida—. Pero su neutralidad le llevó a ser muy atacado por ambas partes, y sus libros acabaron en el *Índice de libros prohibidos* de la Iglesia católica.

El objetivo de Erasmo era aplicar a la espiritualidad cristiana el humanismo clásico de los autores griegos y romanos. Para ello consideraba imprescindible retornar a las fuentes de la espiritualidad cristiana: los evangelios y san Pablo. Asimismo, le daba una extraordinaria importancia a la oración mental como camino hacia la interioridad, pero rechazando de modo exagerado la oración vocal, la liturgia, las prácticas ascéticas y los actos de piedad.

Su obra más importante, el *Manual del caballero cristiano* (1503) — más conocida por su nombre latino: *Enchiridion militis christiani*—, fue publicada en España en 1528 y tuvo un éxito fulgurante, pues los centros de estudios, los conventos y las personas cultas y pudientes se apresuraron a comprarla. Pero pronto se vio que, si bien Erasmo aportaba en ella elementos novedosos a la espiritualidad, sin embargo, atacaba demasiado la vida religiosa y ciertos elementos importantes de la espiritualidad cristiana. Por ello, sin necesidad de que fuese prohibida, esta obra dejó de difundirse. Años después, en 1559, pasó al *Índice de libros prohibidos* en España.

RECOGIMIENTO FRANCISCANO

La primera mitad del siglo XVI español estaba protagonizada por el recogimiento franciscano, que se inició gracias a la reforma que emprendió el cardenal Cisneros, quien ayudó a que se publicaran gran cantidad de obras de literatura mística pensando principalmente en el enriquecimiento espiritual del clero, las monjas y los frailes, aunque también benefició a los laicos. Asimismo, propició la renovación religiosa del pueblo fiel, fundamentalmente mediante la composición de *doctrinas cristianas*, que eran catecismos sencillos. En este ambiente nació el recogimiento franciscano.

El *recogimiento* trata de responder a lo que nos dice Jesús en Mt 6,6: «Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre». A lo largo de la historia de la Iglesia ha habido personas que han sentido la necesidad de buscar la soledad para encontrarse con Dios. Recordemos, por ejemplo, los antiguos eremitas del desierto egipcio y los ermitaños europeos medievales. Pues bien, entre los

franciscanos se hizo muy patente esta espiritualidad, de tal forma que constituyeron comunidades apartadas de las poblaciones en las que poder llevar una vida especialmente ascética –con grandes privaciones y penitencias– y mística: volcados en la oración mental, pero sin dejar de lado la celebración de la Eucaristía, la oración comunitaria y su labor pastoral. Si bien esta forma de vida sobresalió especialmente en los franciscanos, la hubo también en las otras Órdenes, pues, tras la grave crisis que sufren todas ellas en el siglo XIV, en el XV se construyeron conventos reformados en las afueras de las ciudades, o en medio de la naturaleza, buscando un ambiente espiritualmente más sano.

El recogimiento franciscano, además de renovar religiosamente la Orden franciscana en consonancia con la reforma de la Iglesia en España, colaboró mucho en extender las ideas de dicha reforma entre el pueblo fiel, para que su espiritualidad fuese menos ritualista y más interior. Bueno, pues este movimiento produjo una espiritualidad mística de carácter afectivo, que no dejó de lado el indispensable aporte de la ascesis, y que fue divulgada en libros sencillos y profundos en lengua española.

Dos de sus autores más significativos son Francisco de Osuna (1492-1540) y san Pedro de Alcántara (1499-1562). Éste último, siendo provincial, emprendió una reforma de la Provincia de San Gabriel, introduciéndola en una gran austeridad. También destacó como predicador y como maestro espiritual, entre otros, de santa Teresa de Jesús (1515-1582). Si bien era un hombre profundamente místico, supo compaginarlo con su ajetreada vida activa. Su obra principal es el *Tratado de oración y meditación*, escrita hacia 1557. Él mismo reconoce que se trata de una síntesis del *Libro de la oración y meditación* (1554) de fray Luis de Granada (1504-1588). Sin embargo, no se limita a reproducir lo expuesto por este dominico, sino que añade elementos propios del recogimiento franciscano.

Francisco de Osuna

Este autor estudió en Salamanca y anduvo por Francia, Alemania y Holanda. En sus obras nos muestra cómo el recogimiento nos ayuda a encontrar a Dios en nuestro interior. Para ello es necesario silenciar el pensamiento, centrarse en Dios con ánimo alegre y vivir en el amor. Su obra más significativa es el *Abecedario espiritual*. Se trata de una serie de seis obras publicadas entre los años 1525 y 1554. La más importante es el *Tercer abecedario espiritual* (1527), que influyó mucho en santa Teresa de Jesús. Se trata del primer escrito místico en lengua castellana. Esta obra nos habla de la vía afectiva de acercamiento a Dios. Si bien considera que el saber es importante, afirma que lo fundamental es la devoción y la oración.

Define el recogimiento como un ejercicio espiritual por el cual, habiendo recogido y congregado lo disperso que hay dentro de nosotros y habiendo acallado todo concepto e imagen, nos limitamos a contemplar con simpleza y pureza a Dios, y así, nos unimos a Él con nuestro amor. Veamos cómo nos habla del recogimiento en el *Tercer abecedario espiritual*:

«El mismo negocio espiritual tiene propiedad muy principal de recoger el corazón, y es esta la mejor señal o rastro que la gracia por esta vía recibida deja en el ánima, de la cual ahuyenta y lanza todo cuidado superfluo e inútiles cogitaciones que solían derramar al hombre y echarlo de su casa; empero este recogimiento lo restituye y lo quieta en gran sosiego; mas quiere que tú también tengas cuidado de lo frecuentar, según dice nuestra letra, con todas las maneras solícitas que pudieres, parando mientes con gran atención que no vayas contra la inclinación que el recogimiento obra en tu anima; la cual por la mayor parte será de se recoger más a lo interior del desierto; porque, según está escrito, de dentro sale la gloria [cf. Sal 44,14], a la cual gloria se querría el ánima reducir como a centro de quietud y holganza [cf. Ex 3,3]» (VI, 4).

La escuela del recogimiento franciscano es muy numerosa. Podemos destacar estos otros autores: Bernardino de Laredo (1482-1540), Alonso de Madrid (ca. 1485-1521) y Antonio de Guevara (1480-1545).

COMPAÑÍA DE JESÚS

En pleno siglo XVI las Órdenes mendicantes seguían ancladas en esquemas de funcionamiento medievales basados en la fraternidad, lo cual les restaba eficiencia. Por ello, si bien es cierto que supieron adaptarse a los nuevos tiempos y, de hecho, evangelizaron grandes e inhóspitos territorios, su funcionamiento interno quedó algo «anticuado» ante la *Compañía de Jesús*, fundada en 1534 por san Ignacio de Loyola (1491-1556) y en la que prima hacer el bien de un modo práctico. Se trata de una forma de vida religiosa que busca dar respuesta a la nueva realidad sociopolítica que tiene que afrontar la Iglesia. Es un Instituto religioso cuya espiritualidad y funcionamiento interno ofrecen una gran capacidad de adaptación y efectividad.

San Ignacio de Loyola

Teniendo 30 años, luchaba con el ejército español en la defensa de Pamplona contra las tropas francesas. En la batalla cayó herido y fue llevado a su casa paterna, en Guipúzcoa. Allí tuvo que convalecer en la

cama diez meses, durante los cuales leyó varias obras espirituales que le hicieron replantearse la vida. Una visión de la Virgen María provocó su total conversión. Dejó entonces las armas y marchó en peregrinación a Jerusalén. A su paso por Cataluña, visitó el santuario de Monserrat, y a los pies de la Virgen dejó sus ropas de soldado para tomar unas vestiduras de pobre. Cerca de ahí, en Manresa, pasó diez meses viviendo en una cueva, donde tuvo una fuerte experiencia mística que supuso para él un paso muy importante en su progreso espiritual. Decidió entonces trabajar por el bien de las almas con aquellos compañeros que quisieran seguir su camino. También en Manresa comenzó a escribir sus *Ejercicios Espirituales* tomando como base su propia experiencia espiritual.

Después peregrinó a Roma y Jerusalén y volvió a España donde se rodeó de laicos y laicas a los que trataba de ayudar espiritualmente con sus ejercicios espirituales. Con ánimo de formarse teológicamente, estudió dos años en Barcelona y, con 35 años, se trasladó a Alcalá de Henares, donde, además de estudiar en su Universidad, realizó labores caritativas y continuó con su labor de ayudar espiritualmente a otras personas, lo cual levantó sospechas entre las autoridades eclesiásticas. Por ello fue encarcelado e interrogado acerca de lo que decía a la gente sobre Dios. Al cabo de seis semanas se le puso en libertad al no encontrar en él nada erróneo.

Al año siguiente, en 1527, fue a estudiar a Salamanca con otros cuatro compañeros. En esta ciudad acudió a confesarse a San Esteban, el convento de los dominicos, que contaba con grandes teólogos. Unos frailes le invitaron a comer al convento para que después les hablase de sus ejercicios espirituales, pero en dicha conversación estos dominicos mostraron su recelo porque vieron que Ignacio hablaba a la gente de asuntos morales y espirituales sin apenas tener estudios teológicos. Ante tal situación, Ignacio se negó a seguir hablando con aquellos frailes y apeló a las autoridades eclesiásticas competentes. Entonces, estos frailes, ante el peligro de que quizás, debido a su falta de formación teológica, estuviera difundiendo erróneamente ideas de los *iluminados* –de los que hablaremos un poco más adelante–, informaron a las autoridades para que ellas se hicieran cargo de él y, de acuerdo con ellas, se decidió que lo más conveniente era que Ignacio se quedase hasta entonces retenido en el convento. Así que allí se le acomodó en una capilla. Durante su estancia en San Esteban se le invitó a que comiese con la comunidad en el refectorio y a la capilla acudieron muchos frailes a charlar con él, algunos de ellos interesados en conocer su novedosa espiritualidad. Muy probablemente, la comunidad le animó a que estudiase bien teología, porque eso le iba a ayudar a conocer aún mejor a Dios y a hablar sabiamente de Él a los demás. A los tres días, las autoridades se lo llevaron y lo encerraron en la cárcel de Salamanca, y procedieron a interrogarle varios doctores

eclesiásticos. Pasadas tres semanas, éstos dictaminaron que su pensamiento se ceñía a la doctrina de la Iglesia y verificaron la ausencia de errores en sus *Ejercicios Espirituales*, texto que por entonces aún no había concluido.

Pues bien, tras aquella dura experiencia, san Ignacio decidió ir a París en busca de libertad espiritual. Pero también estudió bien teología durante siete años. En París se rodeó de estudiantes con los que fundó en 1534 la Compañía de Jesús, que fue aprobada en 1540 por el Papa Pablo III (1468-1549), y se expandió rápidamente por Europa y los nuevos territorios colonizados por Portugal y España.

Servicio, contemplación, estudio y misión

En la Compañía de Jesús prima el servicio. Su fin es servir con amor a Dios y a la humanidad. Por eso la forma de vida ignaciana se vuelca al máximo en la acción, de tal forma que eliminan todo aquello que la dificulta, empezando por algunos aspectos comunitarios. Así, si en las Órdenes monásticas y mendicantes la comunidad determina en buena medida la vida espiritual del fraile o de la monja –mediante la oración comunitaria, la celebración de Capítulos y otros actos comunitarios–, todo eso es suprimido por la Compañía: sus miembros sólo rezan individualmente y son gobernados única y directamente por sus superiores, a los que deben una total obediencia. Éstos, antes de tomar una decisión importante, consultan a otros jesuitas de confianza. Bueno, pues teniendo en cuenta que estos religiosos hacen el *cuarto voto* de obediencia al Papa para la misión, la Compañía aporta a la Iglesia un instrumento de actuación rápida y eficiente que le permite afrontar difíciles problemas con gran diligencia.

Hay otro elemento muy importante: en la espiritualidad ignaciana la acción se apoya en la contemplación. Sabemos que la contemplación y la acción ya complementaban desde hacía mucho tiempo en la Iglesia. Teniendo su origen en Jesucristo, recordemos que de ello habló san Gregorio Magno (540-604) y forma parte del carisma de los frailes mendicantes. Pero en la Compañía este camino espiritual se potencia al máximo gracias a su especial carisma.

Ciertamente, contemplar a Dios en la labor cotidiana del día a día sin la ayuda y el sostén de la oración comunitaria, no es fácil, pues, sin la formación oportuna, uno puede acabar reemplazando la contemplación por la acción. Por ello, al jesuita se le prepara muy bien interiormente por medio de un arduo noviciado de dos años, en el que se le forma como un decidido seguidor de Jesús, con el que se relaciona personalmente, de corazón a corazón. El *mes de ejercicios espirituales ignacianos*, del que

hablaremos en breve, es fundamental en esta etapa. Después del noviciado, el jesuita sigue madurando espiritual y académicamente en un largo proceso de formación, y ha de esperar unos quince años para incorporarse definitivamente a la Compañía tras pasar por la *tercera probación*, que se trata de un periodo parecido al noviciado, de seis meses de duración, en el que el jesuita tiene una intensa experiencia de encuentro con Cristo y refuerza su vocación ignaciana.

En la Compañía es muy importante el estudio. Por eso su proceso de formación es muy largo. Si los dominicos ven el estudio como un modo de contemplar a Dios, para después predicar lo contemplado, los jesuitas enfocan el estudio como un medio para servir a Dios y al prójimo. De hecho, son el primer Instituto religioso que tiene la enseñanza a laicos como actividad principal. Desde su fundación han creado colegios y Universidades de gran calidad donde ha estudiado la élite de la sociedad, y también mucha gente sin recursos. Y eso, a su vez, va a determinar el objeto de su estudio: si los dominicos, y otros religiosos, se centran fundamentalmente en la teología, los jesuitas, además de estudiar bien la teología, van a tener especialistas en todas las ramas del saber, con el fin de ofrecer una excelente enseñanza en sus centros de estudio.

Por otra parte, los jesuitas también le dieron un renovado impulso a la actividad misionera, dando a esta vocación una impronta especial. En ello desempeñó un papel muy significativo san Francisco Javier (1506-1552) quien, tras una heroica labor evangelizadora en Extremo Oriente, murió de una enfermedad intentando entrar en China. Sus escritos, y los de otros misioneros jesuitas, han difundido una atractiva espiritualidad misionera, muy entregada y «aventurera», que ha animado a muchos hombres y mujeres a ser misioneros. Ello condujo a la Iglesia a nombrar a san Francisco Javier patrono de los misioneros. Un dato relevante es que el término *misión* –del que después derivó el de *misionero*– comienza a usarse a finales del siglo XVI a raíz, precisamente, de las misiones de los jesuitas en Oriente.

Ejercicios Espirituales

Los *Ejercicios Espirituales* son fundamentales. San Ignacio acabó de escribirlos en 1548. Hemos visto que ya antes se realizaban ejercicios espirituales metódicamente en el ámbito de la devotio moderna. Pero, ciertamente, con san Ignacio y la Compañía adquirieron un gran desarrollo y difusión. De hecho, los ejercicios espirituales más extendidos son los ignacianos. Aunque se apoyan parcialmente en la devotio moderna, constituyen una nueva forma de espiritualidad. Fueron escritos para los directores de los ejercicios, lo cual es llamativo, pues los otros «libros de

ejercicios» que había por entonces tenían como destinatarios a los ejercitantes. El objetivo de los ejercicios ignacianos es que el ejercitante se una firmemente a Cristo y elija libremente servirle. A este respecto, aportan datos muy iluminadores para que el director pueda ayudar al ejercitante a discernir la voluntad de Dios. Duran un mes aproximadamente y se dividen en cuatro «semanas», que muy básicamente se pueden resumir así: en la primera semana el ejercitante hace un exhaustivo examen de conciencia y experimenta el perdón de Dios, en la segunda elige seguir a Jesús, en la tercera medita la Pasión de Jesús y en la cuarta semana medita la Resurrección de Jesús. Este es su *Principio y fundamento*:

«El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar dellas, quanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden. Por lo qual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados» (*Ejercicios Espirituales*, 33).

Los ejercicios espirituales ignacianos tuvieron que adaptarse a las exigencias de los nuevos tiempos. San Ignacio los pensó para ser impartidos de modo individual, pero pronto, dada la gran demanda que había para hacerlos, hubo que darlos también en grupo, aunque sin perder el contacto individualizado entre director y ejercitante. Y asimismo, también fue necesario poder acortarlos a una semana pues muchos laicos y, sobre todo, clérigos y religiosos, querían –y quieren– que sus ejercicios espirituales anuales sean de tipo ignaciano.

Su gran demanda motivó que la Compañía construyera centros especializados para impartirlos a grandes grupos. Son el origen de las llamadas *casas de ejercicios* que también las diócesis y otros Institutos religiosos han construido en los últimos siglos, fundamentalmente desde el siglo XIX. Por todo ello, san Ignacio fue nombrado en 1922 patrono de los ejercicios espirituales por Pío XI (1857-1939).

Vida religiosa moderna

A modo de conclusión, podemos decir que la Compañía supone otro gran paso en la evolución de la vida religiosa. Vimos que los monjes se centran en el trabajo manual y el culto divino dentro de su monasterio. Después, los frailes mendicantes mantuvieron bastantes elementos de la vida comunitaria de los monjes, pero salieron de sus conventos para predicar el Evangelio. Y la Compañía de Jesús prescindió drásticamente de lo monástico para centrarse en servir a Dios y a las personas mediante sus centros educativos, misiones, casas de ejercicios y demás labores evangélicas. Así, lo que une comunitariamente a los jesuitas es, sobre todo, su trabajo en equipo dentro de sus instituciones, buscando servir a Dios y a la humanidad. Nace así la vida religiosa moderna.

Desde entonces, muchos de los nuevos Institutos de vida consagrada tendieron a desarrollar, en mayor o menor medida, el modelo de la Compañía, aunque generalmente optaron por mantener la oración comunitaria, suprimida por san Ignacio. A partir del siglo XX, las circunstancias sociopolíticas obligaron a las antiguas Órdenes mendicantes a modernizarse, asumiendo gran número de instituciones (parroquias, colegios, Universidades, casas de ejercicios, hospitales, centros asistenciales, etc.), adaptando para ello su carisma original y su vida conventual.

Otros autores espirituales jesuitas de los primeros tiempos que podemos destacar son: san Francisco de Borja (1510-1572), Alonso Rodríguez (1526-1616), san Alfonso Rodríguez (1531-1617) y san Roberto Belarmino (1542-1621), nombrado Doctor de la Iglesia en 1933.

AUTORES ESPIRITUALES ESPAÑOLES DE MEDIADOS DE SIGLO XVI

En torno a 1550 surgió otro grupo de autores que se había impregnado de la espiritualidad difundida por los franciscanos recogidos y se sumaba a ellos para escribir obras en lengua española con el fin de colaborar en la mejora espiritual del clero, los religiosos y el pueblo fiel.

El objetivo de estos autores era que sus lectores alcanzasen el mayor grado de perfección espiritual. Por ello promovieron, generalmente, una espiritualidad muy popular de corte místico-afectivo, en la que se buscaba la unión con Dios, y en la que el amor jugaba un papel importante para relacionarnos con Él. Además, siguiendo la devotio moderna, animaban al pueblo a meditar la Pasión de Jesús y a hacer oración mental de un modo metódico. Por otra parte, algunos consideraban la contemplación de la

naturaleza como un magnífico medio para ascender interiormente al Creador.

En este grupo de autores encontramos, entre otros, a los agustinos santo Tomás de Villanueva (1488-1555), Alonso de Orozco (1500-1591) y fray Luis de León (ca. 1527-1591), a san Francisco de Borja, a san Juan de Ávila (1499-1569), recientemente nombrado Doctor de la Iglesia, y a fray Luis de Granada, gran divulgador de esta espiritualidad, pues sus tratados y manuales se difundieron por toda la Iglesia tras el Concilio de Trento.

Pues bien, estos autores, junto con el recogimiento franciscano, la espiritualidad ignaciana y la reforma carmelitana forman la Escuela Española de espiritualidad. Ciertamente, supuso una regeneración para la espiritualidad del pueblo fiel, marcada por la oración vocal, la piedad popular y la ascesis.

San Juan de Ávila

Tras estudiar en Salamanca y Alcalá de Henares, fue un activo predicador en el sur de España. Fundó colegios universitarios, colegios menores y la Universidad de Baeza. También creó centros de formación para seminaristas, pues por entonces aún no existían los seminarios. Asimismo fue catequista de niños y director espiritual. Pero ha pasado a la historia sobre todo por su faceta de escritor espiritual. Su gran obra es *Audi, Filia* (1556). Debido a que fue incluida en el *Índice de libros prohibidos* de 1559, del que hablaremos en breve, la modificó y se volvió a publicar tras su muerte en 1574.

Se trata de un amplio comentario al salmo 44,11-12. En el esquema de su primera edición, algo modificado en la de 1574, muestra este camino cristiano: (1º) «oye, hija»: se comienza escuchando a Dios; (2º) «y ve»: se nos invita a orar y meditar, así adquirimos una visión —o conocimiento— de nosotros mismos y de Dios; (3º) «inclina tu oído»: también debemos prestar especial atención a las Escrituras y la doctrina de la Iglesia; (4º) «olvida tu pueblo y la casa paterna»: es necesario que dejemos el mundo, el demonio y nuestra propia voluntad; (5º) «y codiciará el Rey tu belleza»: y así llegamos a la unión con Jesús en nuestro interior. Ciertamente, saber escuchar es muy importante para contemplar a Dios. Así nos habla san Juan de Ávila sobre ello:

«Y si el tropel de la humana mentira quisiere cegar o hacer desmallar al caballero cristiano, alce sus ojos al Señor, y pídale fuerzas, y oya sus palabras, que dicen así: “Confíad, que yo vencí al mundo” (Jn 16,33). Como si dijese: “Antes que yo acá viniese, cosa muy recia era tornarse contra este mundo engañoso y desechar lo que en él

florece, abrazar lo que él desecha; mas, después que contra mí puso todas sus fuerzas, inventado nuevos géneros de tormentos y deshonoras, los cuales yo sufrí sin volverles el rostro, ya no sólo pareció flaco, pues encontró quien pudo más sufrir que él perseguir, mas aún queda vencido para vuestro provecho, pues, con mi ejemplo que os di y mi fortaleza que os gané, ligeramente lo podéis vencer, sobrepujar y hollar”. Pues mire el cristiano que como los que son del mundo no tienen orejas para escuchar la verdad de Dios, antes la desprecian, así el que es del bando de Cristo no las ha de tener para escuchar las mentiras del mundo, ni curar de ellas, porque ahora halague, ahora persiga, ahora prometa, ahora amenace, ahora espante, ahora parezca blando, en todo se engaña y quiere engañar» (*Audi, filia*, I, c. 1, 5).

Fray Luis de Granada y la contemplación de Dios en la naturaleza

Un poco más adelante veremos que los principales opositores a la espiritualidad de la Escuela Española fueron frailes dominicos. Pero no todos. De hecho, la mayoría apenas participaron en este asunto y hubo algunos, como fray Luis de Granada, que simpatizaron con esta Escuela, pero sin renunciar a las bases tomistas de la espiritualidad dominicana. Este fraile ingresó en el convento de los dominicos de Granada y más tarde estudió con la élite intelectual de su Orden en el Colegio de San Gregorio de Valladolid. Después pasó unos diez años en el apartado convento de Escalaceli, cercano a Córdoba, donde tuvo una profunda experiencia de Dios. Tras lo cual se dedicó a predicar en el sur de España, hasta que, con 46 años, fue trasladado a la Provincia de Portugal, donde fue provincial y consejero del cardenal-infante Don Enrique (1512-1580). Entonces publicó sus dos obras más importantes: el *Libro de la oración y meditación* (1553) y la *Guía de pecadores* (1556-1557). Ambas fueron al *Índice de libros prohibidos* de 1559, pero después las modificó y las publicó de nuevo, junto a otras muchas obras.

El objetivo de fray Luis de Granada era explicar al pueblo fiel qué había de hacer para ser un buen cristiano y tener una buena relación espiritual con Dios. Como ya hemos dicho, sus obras se divulgaron mucho por Europa, así como por los nuevos territorios evangelizados, e influyeron en autores espirituales de los siglos XVII y XVIII. Pero poco a poco fueron reemplazadas por otros tratados más modernos.

Su espiritualidad destaca por su carácter afectivo y alegre. También por su belleza, pues es un gran literato. Insiste mucho en que su propósito es ayudar a los principiantes a iniciar su relación con Dios, y nada más. Esto es así porque, en su opinión, una vez que el creyente adquiere

experiencia espiritual, es mejor que sean ésta y sobre todo el Espíritu Santo, quienes le guíen hacia la unión con Dios.

En su espiritualidad sobresale asimismo el equilibrio que establece entre la mística –la relación íntima con Dios–, la ascesis –el esfuerzo personal– y la acción –las buenas obras–. También llama la atención lo mucho que se apoya en elementos concretos de la naturaleza para hablarnos de su Creador. A este respecto, sabemos que en la Biblia, sobre todo en los salmos y en los evangelios, hay muchos textos en los que se nos invita a contemplar a Dios por medio del universo por Él creado. Jesús nos anima en varias ocasiones a contemplar la naturaleza. Nos dice por ejemplo: «Mirad los pájaros del cielo: ellos no siembran ni cosechan, ni acumulan en graneros, y sin embargo, el Padre que está en el Cielo los alimenta» (Mt 6,26). Este bello camino espiritual fue retomado por algunos autores o corrientes cristianas, cuya vivencia interior podemos englobar genéricamente dentro del término «espiritualidad ecológica».

Ya hemos visto el texto más significativo: el *Cantico de las criaturas*, en el que san Francisco nos invita a confraternizar con la naturaleza. Se trata de algo que muchas personas han hecho –y hacen– en su vida cotidiana, tratando fraternalmente a un perro, a un árbol de la huerta o a los pájaros que anidan en él, por ejemplo. Pero hasta entonces nadie había subrayado lo mucho que eso puede ayudarnos a relacionarnos con Dios, el Padre común de todos. Actualmente en el seno de la Iglesia, sobre todo por parte de la Familia Franciscana, se nos anima, además, a defender la naturaleza. Por el bien de ella misma y, sobre todo, de la humanidad. En esta línea, el Papa Francisco, en su Encíclica *Laudato si'* (2015), habla del grave peligro en el que se encuentra la creación y nos pide que trabajemos denodadamente por su conservación. Y es que, ciertamente, son los más pobres los que más sufren el *cambio climático*, es decir, el recalentamiento de la atmósfera provocado actualmente por el ser humano.

Por otra parte, también podemos contemplar a Dios conociendo –o estudiando– la naturaleza, y quien mejor nos habla de ello es fray Luis de Granada. En sus escritos y homilias abundan detalladas referencias a elementos de la naturaleza que nos ayudan a conocer diversas cualidades de su Creador. Se inspira en los *Hexaemeron* –comentarios a la creación en seis días– de san Basilio de Cesarea (ca. 330-379) y san Ambrosio de Milán (ca. 333-397). El texto más significativo y completo es la primera parte de la *Introducción del símbolo de la fe* (1583). Se trata de un bellissimo escrito en el que fray Luis de Granada nos habla minuciosamente de la creación del mundo y de la contemplación de Dios en la naturaleza. Por ejemplo, hablando de las hormigas dice:

«Sin más herramienta ni albañí que su boquilla, hacen un alholí o silo debajo de la tierra, donde habiten y donde guarden su mantenimiento. Y aún este alholí no lo hace derecho, sino con grandes vueltas y revueltas a una parte y otra, como se dice de aquel laberinto de Dédalo, para que si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa, sacan fuera la tierra, y la ponen como por vallado a la puerta de ella» (Cap. XVIII, I).

«Mas especialmente causa más admiración hallarse en él ojos. Porque espántanse los anatomistas del artificio con que el Criador formó este sentido tan excelente, con que tantas cosas conocemos. Pues ¿quién no se maravilla de que ese tan artificioso y tan delicado sentido haya formado el Criador en una cabeza tan pequeña como la del mosquito y de la hormiga?» (Cap. XVIII).

«Mas a la verdad entendimiento tienen, no suyo, sino de aquella soberana Providencia que en ninguna cosa falta, y en ninguna yerra, y en todas es admirable como lo es en sí misma. No hay en este animalillo cosa que no nos esté predicando la sabiduría del que en tan pequeño cuerpo puso tantas habilidades» (Cap. XVIII, I).

Y dice:

«Esta espiritual alegría se recibe cuando el hombre, mirando la hermosura de las criaturas, no para en ellas, sino sube en ellas al conocimiento de la hermosura, de la bondad y de la caridad de Dios, que tales y tantas cosas crió no sólo para el uso, sino también para la recreación del hombre» (Cap. I, I).

EL PROBLEMA DE LOS ALUMBRADOS Y EL *ÍNDICE DE LIBROS PROHIBIDOS* DE 1559

Resulta que las numerosas obras publicadas por los autores espirituales de la Escuela Española se difundieron ampliamente entre los religiosos y el pueblo fiel, cayendo a veces en manos de gente mal formada religiosamente que, con buena intención, buscaron por su cuenta desarrollar su propia espiritualidad. Desgraciadamente surgieron así ideas espirituales erróneas y un falso misticismo que se difundió no sólo entre los laicos, sino también en monasterios de monjas, pues muchas por entonces eran bastante incultas y estaban mal formadas doctrinalmente.

A los que cayeron en este desorientado misticismo se les llamó despectivamente «alumbrados» o «iluminados». Dentro de ellos, los más radicales rechazaban el empleo de la inteligencia y el conocimiento para llegar a Dios, así como todos los actos litúrgicos, incluida la Eucaristía. Buscaban ser «iluminados» directamente por Dios sin ninguna mediación eclesial. Y estas ideas se mezclaron con algunos postulados de la Escuela Española, creando una cierta confusión.

Asimismo, al problema de los alumbrados se sumaba el de la Reforma protestante, que rechazaba la jerarquía de la Iglesia, la vida religiosa y el culto a los santos y a María; abogaba por la lectura de la Biblia en la lengua nativa; y le daba gran importancia a la fe –sin obras– como medio de salvación. De ello hablaremos el próximo capítulo. Pues bien, estas ideas llegaron a España mezcladas con las de Erasmo de Róterdam y, en ciertos ambientes, pronto se confundieron con la espiritualidad de la Escuela Española.

Toda esta confusión entre los alumbrados, el protestantismo, el erasmismo y la Escuela Española provocó que la Inquisición actuase, y lo hizo con contundencia, prohibiendo no sólo los libros claramente heréticos, sino también todos aquellos que, sin ser heréticos, podían inducir al error, entre los que había muchos de la Escuela Española. Así, por consejo del teólogo dominico Melchor Cano (1509-1560), numerosas obras espirituales de gran valor, tanto españolas como de otros países, fueron a parar en 1559 al *Índice de libros prohibidos* publicado por el inquisidor general Fernando Valdés (1483-1568). Esto supuso un duro golpe para los autores espirituales españoles, los cuales, por miedo, dejaron de escribir por un tiempo.

Pero no sólo la Inquisición puso problemas. Además de Melchor Cano, hubo otros dominicos que se opusieron a la nueva espiritualidad propuesta por la Escuela Española. Éstos consideraban que era peligrosa porque fácilmente podía hacer caer en el error teológico al pueblo fiel, y afirmaban que la buena espiritualidad no es tanto la que nos conduce a tener grandes experiencias místicas –las cuales no rechazaban– sino, más bien, aquella que, simplemente, nos ayuda a ser personas caritativas. Por ello, estos dominicos defendían la sencilla espiritualidad tradicional, basada, como ya hemos visto, en estos tres elementos: la ascesis, que nos ayuda a vencer las tentaciones para así poder hacer el bien; la oración vocal, pues impide que nuestra mente se pierda en banas o erróneas elucubraciones, y nos inculca buenos sentimientos y valores; y la piedad popular, que nos une afectivamente a Dios por medio de la devoción al Santísimo, la Virgen o un santo.

Estos dominicos no se oponían a la oración mental, de hecho, ellos mismos la practicaban todos los días en sus conventos, pero consideraban que podía confundir espiritualmente a las personas poco formadas teológicamente, las cuales, desgraciadamente, eran mayoría entre los laicos y las monjas, a pesar de los esfuerzos catequéticos que la Iglesia llevaba a cabo por entonces.

Mientras, fuera de España, el Papa Pablo III (1468-1549) había convocado tiempo atrás el Concilio de Trento, y a él fueron a parar las tensiones entre los que apoyaban y rechazaban la espiritualidad de la Escuela Española, por lo cual, el Concilio suministró a los autores españoles decretos para poder formarse respecto a los dogmas católicos, y así evitar caer en errores teológicos.

Bueno, pues en 1560 murió Melchor Cano y en 1566 Fernando Valdés dejó de ser el inquisidor general y murió dos años más tarde, lo cual rebajó la presión que la Inquisición ejercía sobre los escritores espirituales de la Escuela Española. Ello propició que éstos volvieran a escribir. Lo hicieron publicando de nuevo las obras que habían ido a parar al *Índice de libros prohibidos*, pero corrigiendo aquellas expresiones que podían resultar sospechosas.

REFORMA CARMELITANA

Unos años después de la publicación del *Índice de libros prohibidos* de 1559, santa Teresa de Jesús (1515-1582) y san Juan de la Cruz (1542-1591) escribieron sobre temas espirituales con gran profundidad experiencial, pero también con gran claridad y corrección doctrinal para evitar problemas con la Inquisición. A resultas de lo cual, surgió la más alta mística de la Escuela Española. Todo esto tuvo lugar en pleno proceso de la reforma carmelitana, que santa Teresa inició en 1562 y a la que pronto se incorporó san Juan de la Cruz. El resultado es la *Orden de carmelitas Descalzos*, que fue aprobada por el Papa Clemente VIII (1536-1605) en 1593.

Esta corriente mística influyó enormemente en la espiritualidad cristiana de los siglos siguientes, y continúa haciéndolo en la actualidad. También es muy valorada fuera de la Iglesia. Todo ello explica que ambos santos hayan sido nombrados Doctores de la Iglesia.

Santa Teresa de Jesús

Ingresó con 20 años en el monasterio carmelitano –o carmelo– de la Asunción, en su ciudad natal: Ávila. Con 39 años tuvo una fuerte experiencia interior ante una imagen de Cristo «muy llagado», que ella narra de este modo:

«Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese de una vez para no ofenderle [...]. Paréceme le dije entonces, que no me había de levantar de allí hasta que hiciese lo que le suplicava. Creo que cierto me aprovechó, porque fui mejorando mucho desde entonces» (*Libro de la vida*, 9, 1. 3).

Debido a su maduración espiritual, comenzó a experimentar fenómenos místicos. Afortunadamente varios jesuitas, entre los que se encuentra san Francisco de Borja, la ayudaron a encauzarlos correctamente, llegando a alcanzar el *desposorio espiritual* con Jesús. Ante la decadencia religiosa que se vivía en el monasterio de la Encarnación, consiguió fundar el primer carmelo reformado –San José, de Ávila– en 1562, tras lo cual fundó otros muchos y escribió, a petición de diversos sacerdotes, sus famosas obras. Para ello contó con buenos maestros espirituales, entre los que destacan el ya citado san Pedro de Alcántara y el dominico fray Domingo Báñez (1528-1604), el cual, además, la ayudó mucho a llevar a cabo la reforma de la Orden del Carmelo. Con 57 años alcanzó el *matrimonio espiritual*, es decir, la unión con Dios, y diez años después falleció en Alba de Tormes.

Su obra cumbre es *Castillo interior* o *Moradas* (1577). También destaca su autobiografía espiritual: el *Libro de la vida* (1562-1565). Llama la atención el detalle con el que la santa describe su experiencia interior y su ascenso hacia la unión con Dios, pasando de la oración ascética a la mística. En su espiritualidad hay dos claros interlocutores: su alma y el Jesús humano –y divino– de los evangelios. A santa Teresa le gustaba imaginar pasajes en los que Jesús está necesitado de consuelo o auxilio, sobre todo en la Pasión, pues eso le ayudaba a sentirse íntimamente unida a Él.

Sabemos que Dios nos tiene reservado a cada uno de nosotros un camino espiritual diferente y personalizado. Pero dado el detalle y la claridad con la que santa Teresa describe los pasos que ha experimentado en su ascenso hacia la unión con Dios, dicha descripción ha servido de

referencia a muchos cristianos y en ella se han apoyado otros autores espirituales. Veámoslo muy esquemáticamente:

1. La oración ascética de santa Teresa, que brota de su propio esfuerzo personal, discurre por estas etapas: *oración vocal*, *meditación*, *oración afectiva* y *recogimiento adquirido*, con lo que consigue introducirse dentro de su corazón, ante la presencia de Dios.
2. La oración mística de la santa, en la que ella se deja conducir por Dios, sigue estos otros pasos: *recogimiento infuso* –que afecta al entendimiento–, *oración de quietud* –que afecta también a la voluntad–, *sueño de potencias* –en la que se intensifica la quietud–, *oración de unión* –que afecta a todas las facultades interiores, incluidas la memoria y la imaginación–, *desposorio espiritual* –por el que conoce y ama a Dios en profundidad– y *matrimonio espiritual* o *unión transformante*, que es el culmen del camino espiritual de santa Teresa, y que describe así en sus *Séptimas Moradas*: «No se puede decir más de que –a cuanto se puede entender– queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios» (7M 2,4) y dice más adelante: «Ansí en el templo de Dios, en esta morada suya, sólo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio» (7M 3,11).

Pero nuestro camino hacia Dios tiene su verdadero culmen tras la resurrección. Es tan grande el deseo que tenía la santa de llegar a la unión plena con Dios en el Cielo, que llegó a decir lo siguiente:

«Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Vivo ya fuera de mí,
después que muero de amor;
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí:
cuando el corazón le di
puso en él este letrero,
que muero porque no muero...».

San Juan de la Cruz

Con 21 años ingresó en la Orden del Carmelo y pocos años después, en 1567, conoció a santa Teresa, la cual le pidió que se sumase a la reforma carmelitana. Al año siguiente fundó el primer carmelo masculino reformado. Pasado el tiempo, santa Teresa le llamó para que fuese confesor de las monjas carmelitas, ya reformadas, de la Encarnación. En 1577 fue

apresado por sus hermanos carmelitas y llevado a Toledo, pero, con ayuda de las gestiones de santa Teresa, se escapó y difundió la Orden del Carmelo reformado por Andalucía. Con 43 años fue nombrado vicario provincial de los carmelitas reformados de Andalucía y después prior en Segovia. Cuando iba a ser enviado a México, cayó enfermo y falleció con 49 años en Úbeda (Jaén).

Entre sus obras, destacan la *Subida al Monte Carmelo* (1578-1585) y el *Cántico espiritual* (1584). Es muy interesante cómo describe la maduración espiritual, en la que el alma pasa por dos procesos de purificación o crisis, que él llama *noche*: el primero tiene lugar al pasar de principiante a avanzado: es la *noche del sentido*; y el segundo y más radical es la *noche del espíritu* que acontece antes de alcanzar el grado de perfecto. En ambos procesos de crisis hay una componente *activa*, es decir, provocada por lo que el creyente hace para madurar, y una componente *pasiva*, que es mucho más importante pues es provocada por Dios, el único que realmente nos puede hacer llegar a la perfección. Así explica el propio san Juan de la Cruz la noche pasiva del espíritu y su objetivo final:

«La causa de padecer el alma tanto a este tiempo por él es que, como se va juntando más Dios, siente en sí más el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma con fuego espiritual que la seca y purga, para que, purificada, se pueda unir con Dios; porque, en tanto que Dios no deriva en ella algún rayo de luz sobrenatural de sí, esle Dios intolerables tinieblas cuando según el espíritu está cerca della, porque la luz sobrenatural oscurece la natural con su exceso» (*Cántico espiritual*, 13, 1).

«Esta Noche oscura es una influencia de Dios en el alma que la purga de sus ignorancias e imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos contemplación infusa, o MÍSTICA TEOLOGÍA, en que de secreto enseña Dios [a] el alma y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo» (*Noche oscura*, Libro 2, 5, 1).

Nadie como él ha sabido narrar lo que sentimos cuando alcanzamos la unión con Dios. Así lo expresa en *Llama de amor viva* (1584):

«¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva
acaba ya si quieres,
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
que a vida eterna sabe
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida has trocado.
¡Oh lámparas de fuego
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
color y luz dan junto a su querido!
¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno
donde secretamente solo moras,
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!»

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

Religiosos reformados, clérigos regulares y jesuitas

Un modelo significativo de santidad del siglo XVI son los religiosos reformados, pues son un claro ejemplo de espiritualidad, austeridad y piedad. Casi todas las Órdenes se reformaron de un modo u otro. Dicha reforma se caracterizó generalmente por una vida ascética de pobreza, ayuno y penitencia.

Asimismo, dada la decadente situación del clero secular en Italia, en el siglo XVI nacieron allí varios Institutos religiosos formados por clérigos que vivían en comunidad y realizaban una encomiable labor apostólica sacerdotal, colaborando así en la evangelización del pueblo fiel. Se encuadran dentro de los llamados *clérigos regulares*. Rompen con la vida religiosa clásica de los monjes y los mendicantes: no usan hábito ni viven en conventos o monasterios, y consideran que la condición clerical es esencial dentro de su carisma, no algo añadido a la condición religiosa. En 1524 se fundó la primera Orden de este grupo, llamada precisamente *Orden de los Clérigos Regulares*, más conocidos como Teatinos. Debido al éxito que tuvo este nuevo modelo religioso regenerando la vida sacerdotal italiana, algunos de sus elementos sirvieron de modelo al Concilio de Trento para reformar al clero de toda la Iglesia.

Por otra parte, la Compañía de Jesús, a la que podemos encuadrar dentro del grupo de Institutos de clérigos regulares, difundió rápidamente su especial carisma entre el pueblo fiel y los muchos alumnos de sus colegios y Universidades. Como ya hemos visto, se trata de un nuevo modelo de santidad servicial y emprendedora que ha servido de referencia a toda la Iglesia.

En el próximo capítulo hablaremos sobre el desarrollo de la vida religiosa femenina en el siglo XVI.

Sociedades de vida apostólica y san Felipe Neri

También en esta época surgen las *Sociedades de vida apostólica*, formadas por laicos y clérigos que, sin hacer votos públicos, forman una comunidad fraterna cuyo fin principal es colaborar en el apostolado de la Iglesia. La primera fue fundada por san Felipe Neri (1515-1595). Veamos unos breves rasgos de su vida.

Con 20 años se estableció en Roma, donde se puso a estudiar filosofía y teología, pero, dada la decadente situación de esta ciudad, se volcó en realizar obras caritativas. En 1548 fundó con su confesor la *Archicofradía de Peregrinos y Convalecientes* con la que poder hospedar y asistir a los peregrinos que llegaban a Roma y a los enfermos que no eran atendidos en los hospitales de la ciudad. A la edad de 36 años se ordenó sacerdote, y desde ese momento su apostolado lo enfocó en los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, en la dirección espiritual y en crear y organizar en la iglesia donde vivía grupos de oración, teatro y canto con el fin de ayudar al pueblo fiel a conocer mejor a Dios. Básicamente, era un local multiusos al que llamaban «oratorio». Pues bien, con el paso del tiempo, se le unieron otros sacerdotes y en 1575 la Santa Sede aprobó canónicamente la Sociedad del *Oratorio*. Tras su muerte, este modelo de vida cristiana se extendió por otras partes del mundo, desarrollando una profusa misión apostólica. Asimismo, surgieron otras Sociedades de vida apostólica, como veremos en el próximo capítulo.

San Felipe Neri estaba convencido de que todos estamos capacitados para tener una profunda vida espiritual. Le daba más valor a las obras de caridad que a los sacrificios y penitencias. Y exhortaba a sus hermanos a ser acogedores y cariñosos con todas las personas, sobre todo con las más desfavorecidas. También fomentaba la sana alegría, pues sabía por experiencia propia, que ésta purifica a los que la comparten.

Misioneros y teólogos humanistas

Toda espiritualidad cristiana ha de colaborar en transformar el mundo en el Reino de Dios. No se trata simplemente en que la persona se relacione mejor con Dios, sino, sobre todo, en que ello se traduzca en un bien para los demás, fomentando la justicia y la paz.

Como es obvio, los misioneros del siglo XVI, que en su mayoría eran españoles y portugueses, llevaron consigo la espiritualidad que han asimilado en sus conventos y centros de estudio, la cual es, en buena medida, la que hemos visto a lo largo de este capítulo. Ésta les permitió superar grandes dificultades para hacer llegar la Palabra de Dios a culturas muy diferentes y, por otra parte, encauzar evangélicamente el comportamiento de los colonizadores. Esto requirió de los misioneros una gran ascesis, no cabe duda, pero también fue necesaria una honda experiencia mística, que les permitió descubrir la huella de Dios en aquellas alejadas tierras. Así, gracias a su madurez espiritual, los misioneros consiguieron adaptarse a climas, culturas y costumbres muy diversos, aprendieron las lenguas nativas del pueblo fiel y tradujeron a ellas numerosos libros religiosos. También tuvieron sabiduría para discernir las injusticias y el valor necesario para denunciarlas.

Hemos hablado anteriormente de san Francisco Javier. Otro buen ejemplo es el misionero dominico Bartolomé de las Casas (ca. 1484-1566). Trabajando en sintonía con el teólogo dominico Francisco de Vitoria (ca. 1483-1546), denunciaron ante las autoridades españolas el precario trato que los colonos dispensaban a los habitantes de los territorios conquistados en América. Ambos compartían una honda espiritualidad humanista. Bueno, pues tras un arduo trabajo, consiguieron que se promulgaran en 1542 las *Leyes Nuevas de Indias*, gracias a las cuales –al menos teóricamente– aquellos habitantes de América tuvieron los mismos derechos que los colonos y debían recibir de ellos un trato justo y humano. Pero, por desgracia, estas leyes no se cumplían, por lo que Bartolomé de las Casas y otros misioneros tuvieron que seguir luchando por el respeto de los derechos de aquellas personas. En esta labor destacaron, entre otros, el franciscano fray Toribio de Benavente (1482-1569), el dominico san Luis Beltrán (1526-1581) y el jesuita san Pedro Claver (1580-1654).

A Francisco de Vitoria se le sumaron otros teólogos humanistas formando la llamada *Escuela de Salamanca*, que propició un gran avance en la cuestión de los derechos humanos. Entre estos teólogos cabe destacar a tres frailes ya citados: Melchor Cano, Domingo Báñez y fray Luis de León. También debemos hacer mención al agustino Alonso de la Veracruz (1507-1584), quien destacó en México como gran intelectual y misionero.

En este periodo también hubo grandes teólogos jesuitas con una espiritualidad muy humanista, como Luis de Molina (1535-1600) y Francisco Suárez (1548-1617). Todo esto es un buen ejemplo de cómo la buena espiritualidad conduce a la justicia y la paz.

10. EL BARROCO Y LA ILUSTRACIÓN (SIGLOS XVII-XVIII)

Los historiadores suelen situar la Edad Moderna entre la caída del Imperio Bizantino (1453) y el comienzo de la Revolución Francesa (1789). Su momento álgido lo alcanza en los siglos XVII y XVIII, tras el Renacimiento, cuando ya ha quedado muy atrás la Edad Media. Durante estos dos siglos, Europa estuvo compuesta por Estados gobernados por monarquías absolutistas, el saber científico fue tomando cada vez más fuerza, surgió la Revolución Industrial, y el capitalismo y la burguesía eran cada vez más significativos. Pero lo que más marcó la espiritualidad de estos siglos fue el Concilio de Trento (1545-1563). Veamos por qué.

CONTEXTO

En el siglo XVII la ciencia tuvo grandes avances. En astronomía se pasó del modelo *aristotélico-ptolemaico*, en el que el sol gira en torno a la tierra, al modelo *copernicano*, en el que la tierra gira en torno al sol. Asimismo, se dio un gran salto científico cuando la física de Aristóteles fue reemplazada definitivamente por el *positivismo*, que se apoyaba en hechos comprobables física y matemáticamente. Y a nivel civil, la teología dejó de ser la «reina de las ciencias».

El fruto de este proceso «modernizador», en el que la razón se situó en la cumbre del saber, es la *Ilustración*. Ésta comenzó su andadura a finales del siglo XVII y se implantó sobre todo en Francia, Inglaterra y Europa Central. Los intelectuales ilustrados pretendían combatir con la «luz» de la razón humana la «oscuridad» de la ignorancia, la superstición y la tiranía. Pensaban que era posible crear un nuevo mundo basado en los dictados de la razón y, en cierto modo, estuvieron acertados, pues el resultado de la Ilustración fue la Revolución Francesa y la Edad Contemporánea, que veremos en el próximo capítulo. Pero la Ilustración no sólo influyó en la economía, la sociedad y la política, también se dejó sentir en la teología y en la experiencia de Dios.

PROTESTANTISMO

Para entender la espiritualidad de los siglos XVII y XVIII debemos retroceder al siglo XVI, pues en él sucedieron dos acontecimientos determinantes que apenas hemos tratado en el capítulo anterior: la Reforma protestante y el Concilio de Trento.

Martín Lutero

El iniciador de la Reforma protestante es un fraile agustino alemán llamado Martín Lutero (1483-1546), que vivió en su juventud la decadencia del Papado renacentista. Se quedó escandalizado viendo cómo la Iglesia de Cristo, aprovechándose de la piedad de la gente, incentivaba desmedidamente el cobro de dinero para conceder indulgencias –con las que las almas salen del purgatorio–, y con ese dinero financiaba su gran opulencia. Por ello, en 1517 publica 95 tesis en las que atacó a la Iglesia por caer en el paganismo y la avaricia. Fue el inicio de la Reforma protestante.

Ciertamente, eran muchos los que pensaban que la Iglesia necesitaba una seria reforma, en eso no le faltaba razón a Lutero, pero con sus propuestas sobrepasó los límites de la doctrina católica, provocando una ruptura, que en buena medida fue propiciada políticamente por algunos gobernantes centroeuropeos que deseaban independizarse del poder de Roma. Además, en un proceso a parte, la Iglesia de Inglaterra también se separó del Papado creando la Iglesia anglicana en 1534. Pues bien, como resultado de las reformas religiosas del siglo XVI, buena parte del centro y norte de Europa pasaron a ser «protestantes», de tal forma que muchos de sus habitantes dejaron de ser católicos y se incorporaron a diversas Iglesias separadas de la Iglesia católica. Y esto se convirtió en una fuente de conflictos políticos y de confrontaciones teológicas.

La espiritualidad protestante está marcada por los cinco puntos principales de la postura teológica de Lutero:

- *Sola Fides*: al cristiano le basta tener fe en Jesús para que Él le justifique y le salve. Por tanto, no son necesarias las obras.
- *Sola Gratia*: al cristiano le basta la gracia divina para ser salvado. Por tanto, no es necesaria la Iglesia jerárquica.
- *Sola Scriptura*: al cristiano le bastan las Escrituras para conocer la Palabra de Dios y la doctrina cristiana. Y las Escrituras pueden ser leídas en cualquier idioma, pues son comprensibles para todos. Por tanto, no es necesario el Magisterio de la Iglesia. Asimismo, es preciso eliminar las imágenes de Dios y los santos, es decir, hay que optar por la iconoclastia.
- *Solus Christus*: al cristiano le basta con dirigirse a Jesús, pues Él es el único mediador ante Dios. Por tanto, no hay que rendir culto a los santos ni a la Virgen María.

- *Soli Deo Gloria*: toda la gloria es para Dios, pues sólo Él nos salva.

Iglesias calvinista y anglicana

Juan Calvino (1509-1564) se convirtió al protestantismo buscando, ante todo, un retorno a la Iglesia primitiva. En 1536 publicó en Basilea la primera redacción de *La institución de la religión cristiana*, donde exponía su doctrina religiosa, y en 1541 consiguió imponer sus tesis en Ginebra. La espiritualidad calvinista se parece bastante a la luterana. Lo más distintivo es la teoría de la *predestinación*. Según Calvino, Dios es un señor omnipotente y un juez estricto que ha elegido desde la eternidad a unas personas para la felicidad eterna y a otras para la condenación eterna. Bueno, pues esta concepción divina provoca en el creyente un intento por ver reflejado en sus obras, incluidas las actividades económicas, una señal de que él es uno de los elegidos para la salvación. Como consecuencia, el calvinismo promueve entre sus fieles una moral muy estricta y una esmerada dedicación profesional, pues la rectitud ética y el éxito económico son vistos como un signo de salvación. A nivel político, Calvino consideraba que el poder civil debería quedar bajo el poder religioso.

La reforma en Inglaterra es fundamentalmente fruto de dos factores. Por una parte, en el siglo XVI el clero, la vida religiosa y la jerarquía eclesiástica estaban muy desacreditados entre el pueblo fiel debido a su despotismo y decadencia. Y por otra parte, Inglaterra se estaba aislando política y económicamente del continente europeo debido a su expansión colonial y comercial por otras partes del mundo. El detonante de la separación de la Iglesia de Inglaterra fue el deseo del rey Enrique VIII (1491-1547) de divorciarse de Catalina de Aragón (1485-1536) para así poder casarse con Ana Bolena (1507-1536). Debido a que el Papa Clemente VII (1478-1534) se mostró contrario, Enrique VIII se hizo proclamar jefe de la Iglesia de Inglaterra en 1534, por lo que fue excomulgado.

La mayoría del clero y del pueblo aceptaron la separación, pero hubo quienes se resistieron y, por ello, sufrieron persecución. Asimismo, se suprimieron casi todos los conventos y monasterios de Inglaterra. Años más tarde, Eduardo VI (1537-1553) introdujo profundas modificaciones religiosas, e Isabel I (1533-1603) consolidó la separación anglicana y, a su vez, fortaleció económica y políticamente a Inglaterra. A nivel religioso, la Iglesia anglicana, en vez de tomar la doctrina luterana, prefirió mantener en buena medida la doctrina católica anterior a la escolástica. Así, su espiritualidad se apoya fundamentalmente en el estudio de la Biblia, los

Padres de la Iglesia y los primeros Concilios ecuménicos. Es decir, es una espiritualidad básicamente neoplatónica.

Puritanismo y pietismo

Durante el reinado de Isabel I, un grupo importante de la Iglesia de Inglaterra pensaba que la ruptura con la Iglesia de Roma no había sido realmente definitiva, pues conservaban buena parte de la doctrina y la liturgia católicas. Además, se consideraba que la cúpula de la Iglesia anglicana era demasiado sumisa al poder civil. En estas circunstancias surgió el *puritanismo*, una corriente espiritual que afirma que la autoridad de Dios está por encima de la voluntad humana y propugna una reforma interior de la persona con ayuda de la gracia divina. Asimismo, considera que el buen cristiano ha de ser humilde y obediente, y debe estudiar la Biblia. También promueve la simplicidad en el culto y la indumentaria, y se opone a la celebración de las fiestas religiosas tradicionales, pues –según el puritanismo– sólo se ha de celebrar el domingo, día de la resurrección del Señor. También asume el «sacerdocio» común de todos los creyentes.

Por otra parte, en el seno de la Reforma luterana surgió el *pietismo*. Fue fundado en 1689 por el alemán Philipp Jakob Spener (1635-1705) en su casa, donde celebraba reuniones en las que se daban conferencias y se estudiaba la Biblia. Este movimiento rechaza el formalismo y promueve una profunda experiencia personal de Dios, basada en la reflexión e interiorización de las Sagradas Escrituras. También tenía un gran espíritu misionero, por ello se expandió muy rápidamente por Europa y Norte América en ambientes luteranos y anabaptistas –los cuales rechazan el bautismo de niños–, e inspiró el nacimiento del *metodismo* en Inglaterra en el siglo XVIII, que buscaba la regeneración de la religiosidad anglicana.

CONCILIO DE TRENTO

A comienzos del siglo XVI, se veía en el seno de la Iglesia la necesidad de tomar medidas para corregir su profunda crisis, que abarcaba a todos sus estamentos. Dicha crisis, además, se agudizó por los cambios socio-políticos que estaba viviendo Europa, mientras que la Iglesia seguía anclada en esquemas medievales. Y a eso se sumó, sobre todo, la amenazante Reforma iniciada por Lutero, que ponía aún más en peligro a la Iglesia. Por eso, el Papa Pablo III (1468-1549) decidió convocar un Concilio ecuménico. Éste se celebró en tres fases y abarcó, en total, del año 1545 a 1563. El objetivo principal de este Concilio fue reformar la Iglesia, centrándose fundamentalmente en contrarrestar la Reforma protestante. Por

eso, a la reforma promovida por Trento se le llamó «Contrarreforma» o «verdadera Reforma». Éstos son sus puntos principales:

- Contra la *Sola Fides*: Trento afirma que la fe ha de ir acompañada por obras. Si no, no es verdadera fe.
- Contra la *Sola Gratia*: Trento afirma que para alcanzar la salvación es necesario, además de la gracia divina, la acción de la Iglesia jerárquica, pues ésta hace las veces de Cristo en el mundo para predicar el Evangelio, enseñar la Verdad revelada, celebrar los sacramentos y gobernar al pueblo fiel.
- Contra la *Sola Scriptura*: Trento afirma que es necesario que la Biblia sea interpretada y explicada por el Magisterio de la Iglesia, es decir, por el Papa y los obispos. Por tanto, se prohíbe al pueblo fiel leer o escuchar textos bíblicos sin la ayuda de una buena explicación y que éstos sean publicados en las lenguas nativas de cada país. Y se opone rotundamente a la iconoclastia protestante.
- Contra el *Solus Christus*: Trento afirma que, si bien Cristo es el único mediador que pone en contacto a los seres humanos con Dios, ello no impide que los santos y la Virgen María intercedan con sus oraciones por cada uno de nosotros ante nuestro Señor.
- La Iglesia católica admite el postulado del *Soli Deo Gloria*, aunque subrayando que se trata del Dios trinitario.

ESPIRITUALIDAD BARROCA

Arte barroco

El Concilio de Trento marcó las líneas fundamentales del arte barroco del siglo XVII. Así, si los protestantes dan prioridad a las Escrituras para relacionarse con Dios, el arte barroco prima la exaltación de los sentidos: del oído –con la música– y, sobre todo, de la vista –con la pintura, escultura y arquitectura–. Es un estilo muy ostentoso y grandioso que intenta mostrar al pueblo fiel la superioridad y esplendor de la fe católica. La piedad popular se hizo eco de ello sobre todo en las cofradías de Semana Santa, que confeccionaron maravillosos pasos procesionales en los que se mostraban físicamente al pueblo fiel los misterios de la Pasión del Señor.

Aunque el arte barroco dejó de ser el estilo predominante desde la primera mitad del siglo XVIII, la espiritualidad asociada a él siguió vigente

a lo largo de este siglo, pero influenciada por la Ilustración. Y el Concilio de Trento siguió marcando la espiritualidad católica hasta el Concilio Vaticano II (1962-1965).

Liturgia y piedad popular

Dada la propaganda anticatólica que las Iglesias protestantes estaban difundiendo por Europa, el Concilio de Trento dio mucha importancia a la difusión de la doctrina católica, contrarrestando los elementos centrales de la espiritualidad protestante. Así, como los protestantes negaban el poder intercesor de María y los santos, Trento les dio un lugar especial en la liturgia y en la piedad popular, recordando siempre que Cristo es el Hijo de Dios y el mediador ante Él. Y como los protestantes afirmaban que el creyente ha de relacionarse con Dios leyendo las Escrituras y prohibió las imágenes religiosas, sabemos que Trento le dio mucha importancia a la transmisión de la fe por medio de imágenes, desarrollando el Barroco, un estilo artístico de gran «exuberancia sensitiva», como ya hemos comentado.

Desgraciadamente, este Concilio generó una liturgia muy rígida, demasiado sujeta a las rúbricas –que determinan lo que ha de hacerse en cada instante de la celebración–, por lo que no podía ser adaptada a las diferentes circunstancias culturales. Por ello, la Eucaristía y los otros sacramentos se celebraban en todo el mundo exactamente igual y en latín. Sin embargo, el Concilio promovió mucho la piedad popular, y en esto sí fue flexible, con lo cual, ese fue el medio que encontraron los párrocos y los misioneros de acomodar la espiritualidad cristiana a la lengua, cultura y religiosidad del pueblo fiel. Ciertamente, la piedad popular ayudó a difundir por todo el mundo la fe católica, aunque en ocasiones se impregnó en exceso de antiguos elementos paganos.

Todo ello provocó una dualidad a la hora de celebrar comunitariamente la fe: el clero, los religiosos y los laicos cultos o de clase alta, lo hacían en la celebración de la Eucaristía, mientras que la mayor parte del pueblo, aunque también acudía a la Eucaristía, se implicaba mucho más en las expresiones populares de piedad como, por ejemplo, las procesiones y las romerías. De esta forma, así como la Eucaristía se siguió celebrando igual hasta el Vaticano II, sin embargo la piedad popular se desarrolló enormemente. Un claro efecto lo tenemos en el extraordinario crecimiento que tuvieron las cofradías, que llegaron a contar con miles de cofrades y tenían una gran variedad de expresiones religiosas.

Pero esta dualidad de culto condujo a situaciones extrañas. Por ejemplo, el pueblo fiel asistía a la Eucaristía para cumplir con el precepto de «oír Misa todos los domingos y fiestas de guardar», pero no comulgaba,

pues los requisitos para hacerlo resultaban excesivos: ayuno eucarístico, confesión, etc. Y como la Iglesia obligaba a comulgar en Tiempo de Pascua, se extendió la costumbre de comulgar sólo una vez al año y en esa época: es la llamada «comunión pascual». Otro ejemplo: durante la Eucaristía –que el sacerdote celebraba en latín y de espaldas al pueblo, mostrando así que, unido a él, mira hacia Cristo– la gente estaba ocupada en ejercicios piadosos y devociones particulares, como el rezo del Rosario o el culto a los santos de las capillas laterales. Asimismo, en ciertas ocasiones se llegó a fomentar una excesiva devoción al santo o a la Virgen del pueblo, en detrimento del culto a Jesús.

Por desgracia, llegado el siglo XVIII, la Ilustración acentuó aún más la dualidad de culto. Así, la pequeña parte de la Iglesia que estaba bien formada e instruida, inspirada por la Ilustración, apoyó la buena y pura liturgia, y publicó tratados de espiritualidad que instruían teológicamente sobre este tema. Pero esa otra gran parte del pueblo fiel que permanecía en la ignorancia siguió con sus devociones populares, contrarrestando, en cierto modo, los excesos racionalistas de la Ilustración.

La polémica de los ritos chinos y malabares

Con motivo de la inculturación de la espiritualidad y la liturgia católicas en los nuevos pueblos evangelizados, se produjo una desgraciada polémica en China y la India. Cuando los misioneros jesuitas llegaron a estas regiones en el siglo XVI, se toparon con una gran distancia cultural y religiosa respecto a Europa. Además, a diferencia de lo que ocurría en América y Filipinas, no se trataba de zonas colonizadas por europeos católicos, lo que a ellos les hubiera dado bastante autoridad, sino que allí eran simples y desprotegidos extranjeros. Así, al llegar a Extremo Oriente, los misioneros jesuitas hicieron un respetuoso esfuerzo de inculturación, de tal forma que adoptaron vestimentas propias de aquellas regiones e introdujeron importantes cambios en las prácticas rituales cristianas. De este modo, por ejemplo, pasaron a referirse a Dios con nombres sacados de libros sagrados de aquellas culturas, en China admitieron que se venerase a los antepasados difuntos y a Confucio como maestro –veneración que no era en sí religiosa sino un signo de respeto y admiración–, eliminaron los ritos cristianos que allí resultaban demasiado extraños, como el uso de saliva en el bautismo, y dispensaron del cumplimiento de algunas leyes canónicas de difícil cumplimiento. Gracias a eso los misioneros jesuitas tuvieron un gran éxito evangelizador.

Pero después llegaron a China misioneros religiosos de otras Órdenes, que consideraron excesiva aquella inculturación. Por ello, los dominicos hicieron llegar a la Santa Sede su protesta, lo cual originó una

larga polémica que finalizó a mediados del siglo XVIII cuando el Papa Benedicto XIV (1675-1758) decidió en 1744 prohibir en todo el mundo todo aquello que no se ciñese a lo establecido en las normas de la liturgia católica.

Culto a Jesucristo y al Santísimo Sacramento

Abundaban en esta época las devociones a Jesús. Cabe destacar la proliferación de los Viacrucis, el fervor por la infancia de Jesús y el resurgimiento de la devoción al Sagrado Corazón, de origen medieval, y que tanto influyó en la espiritualidad de los siglos XIX y XX, como veremos en el próximo capítulo. Pero sobre todo crecieron las expresiones populares en torno a la Pasión del Señor en Semana Santa.

Asimismo, tomó mucha fuerza el culto al Santísimo Sacramento. Por ello el sagrario era siempre emplazado en el centro del retablo, sobre el altar, y se hacían *expositores* para mostrar públicamente el Santísimo. Esto hizo que se confeccionasen *custodias*, a veces muy grandes y suntuosas, con las que se sacaba en procesión al Santísimo para que la gente le rindiese culto por las calles del pueblo o la ciudad. Destacaba por su espectacularidad litúrgica la procesión del *Corpus Christi*. Era –y en algunos lugares aun lo sigue siendo– un gran acto de devoción colectiva que reforzaba enormemente la fe del pueblo. También se celebraban *autos sacramentales*, que consistían en breves composiciones dramáticas cuyo fin era enaltecer el sacramento de la Eucaristía.

Culto a María y a los santos

Dado que los protestantes negaban el poder intercesor de María, la Iglesia potenció mucho el culto mariano y exaltó la figura de María bajo dos advocaciones: la Asunción a los Cielos y la Inmaculada Concepción. Sobre todo esta última, de tal forma que grandes instituciones civiles y religiosas se volcaron en defender este especial privilegio de María. El resultado es que en 1644 fue aprobada la festividad de la Inmaculada para España, y se extendió a la Iglesia universal en 1708. Pues bien, ambas advocaciones tuvieron su definición dogmática: en 1854 el Papa beato Pío IX (1792-1878) declaró el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María y en 1950 Pío XII (1876-1958) hizo lo propio con la Asunción de María en cuerpo y alma al Cielo.

En este tiempo también se potenció el rezo del Rosario. Después del Concilio de Trento, el Papa san Pío V (1504-1572), además de fijar la liturgia, lo mismo hizo con la letanía a la Virgen y el rezo del Rosario. Esta oración fue muy difundida por los dominicos y otros muchos sacerdotes y predicadores, pasando a ser la oración mariana más popular. En ello jugó

un papel muy importante la crucial batalla de Lepanto (1571) –en la que la armada cristiana venció a la turca–, pues san Pío V pidió a la Iglesia que, por medio del rezo del Rosario, rogara a María que intercediera ante su Hijo para que ayudase a la Cristiandad ante tan grave trance. Dos años después, el Papa Gregorio XIII (1502-1585) instituyó la fiesta de la Virgen del Rosario el primer domingo de octubre, y posteriormente pasó al 7 de octubre, día de la batalla de Lepanto.

El culto al «santo del pueblo» siguió siendo muy importante. Además, la Iglesia celebraba en esta época muchas canonizaciones para mostrar a sus fieles la grandeza y autenticidad de la fe católica. Pero las autoridades eclesiales se vieron obligadas a controlar de cerca el culto y devociones a los santos para evitar errores dogmáticos, pues con cierta facilidad éstos podían – y pueden– caer en la superstición o la idolatría. Así, Próspero Lambertini (1675-1758) –que más tarde fue el Papa Benedicto XIV– puso las bases de lo que es el «modelo de santidad», rebajando la importancia de los fenómenos milagrosos y subrayando las virtudes heroicas. Esto ayudó mucho al pueblo fiel, pues su formación espiritual se basaba en gran medida en las *vidas de santos* que escuchaban en las casas e iglesias.

LUCHA CONTRA DESVIACIONES ESPIRITUALES

En el siglo XVII se desarrollaron dos importantes desviaciones espirituales: el *jansenismo* y el *quietismo*, que, a su vez, dieron lugar a dos fuertes movimientos en contra: el *antijansenismo* y el *antiquietismo*, que influyeron mucho en la espiritualidad cristiana.

Jansenismo

Esta corriente espiritual fue promovida por el obispo francés Cornelio Jansenio (1585-1638), y arraigó con fuerza entre las monjas cistercienses de Port-Royal (norte de Francia). En su surgimiento jugó un papel importante el hecho de que en ciertos ambientes rigoristas no se aceptase que el Papado diese por bueno el supuesto «laxismo» en el que –según ellos– caen los jesuitas al dar preponderancia al libre albedrío de la persona frente al poder de Dios. Los rigoristas tampoco aceptaban el *humanismo devoto* de san Francisco de Sales (1567-1622) que subrayaba, frente a los calvinistas, la libertad que Dios ha dado al ser humano para decidir su propio destino.

La espiritualidad jansenista se apoyaba en una errónea interpretación del pensamiento de san Agustín, según la cual, el pecado original ha

corrompido profundamente al ser humano, de tal forma que éste necesita que Dios le dé la «gracia eficaz» para poder salvarse. Pero –según los jansenistas– Dios sólo se la da a ciertas personas, las cuales son conducidas por dicha gracia a la salvación. Pero, a las que no se la da, son llevadas por el pecado hacia la condenación. Es decir, según los jansenistas, no hay libre albedrío.

Asimismo, los jansenistas cayeron en el perfeccionismo religioso. Pensaban que Dios es un juez severo e implacable con nuestras faltas. Según ellos, para poder celebrar un sacramento hay que estar perfectamente preparado, lo cual es muy difícil: por ello los jansenistas desaconsejaban participar en la Eucaristía y otros sacramentos. El perfeccionismo también les hizo caer en el rigorismo ascético, pues –en su opinión– la gracia eficaz hace que la persona someta a su cuerpo a grandes penitencias. Por lo tanto, quien no lo hace es porque Dios no le ha dado la gracia eficaz y, por tanto, irá irremisiblemente al infierno.

El jansenismo fue muy influyente en la espiritualidad francesa del siglo XVII, aunque fue poco a poco desapareciendo hasta su extinción en el siglo XIX. Influyó en ello el *antijansenismo* generado en el seno de la Iglesia. Pero, por desgracia, éste también tuvo repercusiones negativas, ya que dificultó la reforma de comunidades que habían caído en decadencia pues, cuando un superior exigía a sus hermanos más observancia religiosa, corría el riesgo de ser acusado de jansenista.

Quietismo y semiquietismo

Si el jansenismo fue una desviación por exageración ascética, el quietismo es una desviación por exageración mística. Se originó en el norte de Italia a mediados del siglo XVII, y se difundió por escuelas, iglesias y casas particulares, llegando a Roma. No contamos con datos precisos sobre esta corriente. Según parece, era similar al *iluminismo* español del siglo XVI. Los manuales clásicos de espiritualidad afirman que los quietistas sólo practicaban la oración mental y rechazaban la oración vocal, la liturgia, las devociones a los santos y a María, la penitencia y las obras de misericordia. Se trataba de una senda espiritual por la que el creyente caminaba hacia la unión con Dios –supuestamente– sin mediaciones. Buscaba llegar a un estado espiritual en el que la persona permanezca totalmente pasiva –«quieta»– para que sea Dios quien actúe en ella. También se dice que los quietistas consideraban que en ese estado de total inocencia, la persona no es responsable de sus actos y, por tanto, no es necesario el sacramento de la Reconciliación.

Ante tal situación, la Inquisición actuó enérgicamente, de tal forma que el gran perjudicado fue el sacerdote español Miguel de Molinos (1627-1696), que vivía en Roma y tenía fama de maestro espiritual. Había escrito una obra titulada: *Guía espiritual que desembaraça al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz*. La Inquisición lo encarceló de por vida y su obra fue a parar al *Índice de libros prohibidos*. Actualmente los expertos reconocen que esta obra no contiene ningún error doctrinal. El hecho es que fue condenada achacándole los errores que, presuntamente, la Inquisición había encontrado en los quietistas. Esto se hizo con el fin de dejar claro qué tipo de espiritualidad no era permitida por la Iglesia. También fueron encarceladas por la Inquisición otras personas que, supuestamente, eran quietistas.

Por otra parte, en Francia surgió un pequeño brote de un cierto quietismo menos radical que el italiano. Se le conoce como *semiquietismo*. También fue rechazado por la Iglesia. La lucha contra el quietismo y el semiquietismo provocó una fuerte corriente *antiquietista* que hizo que todo lo que parecía «místico» fuera puesto en duda. Esto, obviamente, perjudicó a la verdadera mística como veremos a continuación.

Separación de la ascética y la mística

El iluminismo del siglo XVI y el quietismo del siglo XVII hicieron que la Iglesia sospechase de la mística, por lo que tomó fuerza la separación de la ascética y la mística como caminos espirituales independientes. Según esta teoría, la vía ascética sería un camino común para todos los cristianos que consiste en madurar espiritualmente por medio de los ejercicios de piedad que el creyente hace con su propio esfuerzo. Esta vía nos conduce, supuestamente, a la *contemplación adquirida*. La vía mística, sin embargo, sería un estrecho camino reservado para unos pocos a los que Dios les ha infundido una gracia especial para poder ser guiados por Él hacia la más alta cota espiritual, que es la *contemplación infusa*. Esta doble vía espiritual llevaba a pensar que no todos estamos capacitados para alcanzar la santidad en esta vida, sino sólo esos pocos a los que Dios concede la contemplación infusa.

En el siglo XX hubo autores que se opusieron a esta teoría, afirmando que todo camino interior que nos lleva hacia Dios es a la vez ascético y místico, y negando, además, la existencia de la contemplación adquirida, pues, según ellos, toda contemplación es infusa, es decir, infundida por el Espíritu Santo. Esta postura fue asumida por el Concilio Vaticano II, como veremos más adelante.

Pero el miedo al antiquetismo produjo que dejaran de publicarse nuevos textos puramente místicos, produciéndose así un «vacío místico» de tres siglos, los que trascurren entre las obras de san Juan de la Cruz, de finales del siglo XVI, y la *Historia de un alma* de santa Teresa de Lisieux, de finales del siglo XIX. Los escritos de este periodo que podríamos definir como *místicos* no llegan al nivel de la literatura mística que hubo hasta el siglo XVI y a la que, afortunadamente, renació en el siglo XX. En cierto modo, podríamos decir que la literatura mística fue reemplazada en los siglos XVII al XIX por los tratados de espiritualidad.

Tratados de espiritualidad

La prevención contra la mística no supuso la prohibición de hacer oración mental, todo lo contrario, se generalizó mucho, sobre todo entre los religiosos, pues en esta época lo «espiritual» estaba de moda. Pero para evitar errores, se publicaron grandes y amplios tratados de espiritualidad que explicaban claramente en qué consiste la oración y cómo hay que hacerla, exponiendo diversas y complejas metodologías. Destacan los tratados de los jesuitas Alfonso Rodríguez (1526-1616): *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* (1609), Luis de la Puente (1554-1624): *Guía espiritual* (1609) y *La perfección del cristiano en todos sus estados* (1612-1616), y Diego Álvarez de Paz (1560-1620): *La vida espiritual y su perfección* (1608). De este modo, se desarrolló mucho la teología espiritual. Más adelante, en el siglo XVIII, se pasó a escribir por separado tratados de mística y tratados de ascética, distinguiendo así claramente entre la vía ascética y la vía mística para acceder espiritualmente a Dios. Y aparecieron también tratados sobre la «perfección sacerdotal» y la «perfección religiosa» que hablaban con detalle sobre los componentes de la espiritualidad de estas dos formas de vida.

También se desarrolló el *discernimiento espiritual*. En esta época eran muy valorados los místicos reconocidos como santos por la Iglesia. Pero, desgraciadamente, los autores que escribieron su vida para dársela a conocer al pueblo fiel, acentuaron en exceso, o exageraron, sus ejercicios ascéticos y sus «fenómenos místicos», por lo que, siguiendo su ejemplo, hubo muchos laicos y religiosos –sobre todo monjas– que se esforzaron en hacer grandes penitencias o que decían tener visiones, raptos, éxtasis y otros fenómenos místicos. Pues bien, ante los excesos ascéticos, los directores espirituales y los confesores contaban con tratados de ascética para aconsejar sobre este tipo de prácticas. Pero mucho más complicado era discernir la veracidad de los supuestos fenómenos místicos que decía tener la gente. Por ello se escribieron tratados sobre *discernimiento espiritual* o *discreción de espíritus*, que ayudaban al confesor y al director espiritual a identificar qué *mociones* –o impulsos interiores– provienen realmente de

Dios y cuáles no. Estos tratados son considerados actualmente como incipientes estudios de psicología aplicada a la espiritualidad. Destaca el tratado de *Las tres vidas del hombre, corporal, racional y espiritual* (1623) del carmelita Miguel de la Fuente (1574-1626). Aunque el libro de los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio siguió –y sigue– siendo una referencia fundamental.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

El Concilio de Trento se preocupó mucho de la salud espiritual del clero secular. Por ello tomó medidas importantes. Obligó a los obispos a residir en sus diócesis, convocar sínodos diocesanos anuales y visitar sus diócesis. También les exigió erigir seminarios para proporcionar una buena formación pastoral y espiritual a los futuros sacerdotes seculares.

Las Órdenes de frailes y monjas «reformados» del siglo XVI siguieron siendo una importante referencia espiritual para el pueblo fiel en los dos siguientes siglos, pues, en cierta medida, supieron conservar la observancia y calidad espiritual que les eran característicos. Obviamente, también las Órdenes no reformadas ofrecían a todos un buen ejemplo. Por otra parte, la espiritualidad ignaciana tenía cada vez más influencia, pues los jesuitas la difundían profusamente en sus iglesias, colegios y misiones. Muchos grandes personajes de esta época estudiaron en un colegio de la Compañía, o fueron dirigidos espiritualmente por un jesuita, o hicieron los ejercicios espirituales ignacianos. Además, comenzaron a surgir nuevos Institutos de vida apostólica que se volcaron en ejercer tareas muy necesarias para la sociedad, como son la educación de niños y jóvenes y el cuidado de ancianos, enfermos y huérfanos. Destaca la *Orden de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*, es decir, los Escolapios, fundados en 1617 por san José de Calasanz (1557-1648). Se trata del primer Instituto religioso cuya misión específica es la enseñanza escolar gratuita de niños y jóvenes pobres.

Institutos femeninos de vida activa

El desarrollo de la vida apostólica femenina ha sido más complejo que el de la masculina. A finales del siglo XV hubo comunidades de religiosas terciarias que optaron por salir de la estricta clausura para hacer obras educativas y caritativas. Y siguiendo su ejemplo, en el siglo XVI surgieron los primeros Institutos religiosos femeninos con vocación apostólica. El primero es la Congregación de *Hermanas Angélicas de San Pablo* –las Barbanitas–, fundado en Italia, en 1530, por san Antonio María Zaccaria (1502-1539). El Papa Pablo III (1568-1549) lo aprobó en 1535.

Pero las cosas cambiaron notablemente cuando el Papa san Pío V publicó la bula *Circa pastorales* (1566), con el fin de unificar la vida religiosa femenina y evitar ciertos excesos, obligando a todas las religiosas a guardar una estricta clausura. A las comunidades de religiosas terciarias se las obligó a adoptar la estricta clausura contemplativa, es decir, a convertirse en monasterios. Sin embargo, a los Institutos religiosos femeninos se les dio dos opciones: o bien elegían formar parte de la vida religiosa, renunciando al apostolado fuera de la clausura, o bien podían optar por el apostolado formando una Sociedad de vida apostólica, es decir, renunciando a la vida religiosa. Ante esta tesitura hubo diferentes posturas.

La *Orden de la Visitación*, fundada en 1610 por san Francisco de Sales (1567-1622) con ánimo de que las hermanas se ocupasen fuera de la clausura de los pobres y enfermos, optó por la vida religiosa, por lo que pasaron a dedicarse a la enseñanza de niñas en internados. Algo parecido ocurrió con las *Hermanas Angélicas de San Pablo*, así como con la *Orden de Santa Úrsula* –las ursulinas–, fundada en 1535 por santa Angela Merici (ca. 1470-1540), aunque una parte de este Instituto decidió mantener el apostolado original de la Congregación, pasando a ser una Sociedad de vida apostólica.

Cuando san Vicente de Paul (1581-1660) y santa Luisa de Marillac (1591-1660) fundaron a las *Hijas de Caridad* en 1633, optaron por el apostolado, constituyéndolas como una Sociedad de vida apostólica. Ciertamente que, años antes, en 1625, san Vicente de Paul ya había fundado otra Sociedad de vida apostólica: la *Congregación de la Misión*, cuyos miembros son también llamados Paules, Lazaristas o Vicentinos. El fin de este Instituto es el de predicar el Evangelio por zonas pobres y descristianizadas, y de colaborar en la buena formación de los seminaristas diocesanos. Pues bien, las Hijas de la Caridad pronto se extendieron y se convirtieron en el Instituto femenino más numeroso. Su misión es bien conocida: acoger a niños abandonados y a ancianos, socorrer a pobres, atender a enfermos, educar a niños y jóvenes, etc. Su fama es tan grande que, al menos en España, decir que alguien es una «hija de la caridad» es sinónimo de decir que es un «santo». Otras Sociedades de vida apostólica femeninas se crearon en los siglos XVII y XVIII para gran provecho de la sociedad, sobre todo de los más necesitados.

El caso más significativo lo protagonizó la inglesa Mary Ward (1585-1645), quien, inspirándose en los jesuitas, fundó en 1609 una Congregación femenina de enseñanza en la que no se contemplaba la clausura: el *Instituto de la Bienaventurada Virgen María*. Esta Congregación se extendió rápidamente por Europa. Si bien el Papa Pablo V (1552-1621) era favorable a ella, la Santa Sede decidió disolverla en 1631, debido a las

numerosas quejas que provocaba entre los obispos y algunos miembros de la Curia romana. Mary Ward se negó a renunciar a la vida religiosa apostólica, por lo que fue juzgada y encarcelada por la Inquisición como supuesta hereje. Aunque al cabo de un tiempo fue declarada inocente, no se admitió su demanda. La Congregación por ella fundada sobrevivió en Roma y Alemania.

Bastantes años después, en 1749, el Papa Benedicto XIV (1675-1758) publicó la Constitución Apostólica *Quamvis justo* (1749), en la que se flexibilizaba la clausura de las comunidades religiosas que quisiesen realizar actividades caritativas o educativas. Esto facilitó la formación de Congregaciones femeninas apostólicas. Y en 1900 el Papa León XIII (1810-1903) publicó la Constitución Apostólica *Conditae a Christo*, en la que eliminaba definitivamente la obligación de la clausura en la vida religiosa femenina.

Misioneros y mártires

Las Órdenes mendicantes, los jesuitas y los nuevos Institutos que fueron surgiendo en esta época, enviaron a los nuevos territorios descubiertos en Asia y América gran cantidad de misioneros. Entonces comenzaron a difundirse en Europa sus arriesgadas aventuras evangelizadoras, las cuales eran muy edificantes para el pueblo fiel, por lo que cada vez eran más los jóvenes que se animaban a seguir este tipo de vida.

Las historias más ejemplares eran –y son– las de los misioneros mártires. En efecto, a Europa y América llegaban los impactantes testimonios de los misioneros jesuitas, dominicos, franciscanos y agustinos que morían víctimas de las persecuciones en Japón. Éstas habían comenzado varias décadas después de que, en 1549, llegara a aquella isla san Francisco Javier (1506-1552). Desde finales del siglo XVI, cada año morían decenas de misioneros y cientos de cristianos japoneses. Fue tan cruenta la persecución, que en torno a la década de 1630 dejó de enviarse misioneros. En total, la cifra de víctimas mortales se elevó a más de 3000. Y fueron muchos más los que padecieron grandes penalidades en las persecuciones. Pero ello no impidió que miles de japoneses mantuvieran en secreto su fe hasta que en 1865 se permitió a la Iglesia evangelizar aquel país. Debido a que, durante los años de persecución, aquellos cristianos no tenían sacerdotes ni ningún apoyo pastoral de la Iglesia y, además, debían ocultar su religión, desarrollaron una religiosidad muy impregnada de elementos budistas, sintoístas y animistas que, después, tras el regreso de los misioneros, hubo que depurar y reconducir. Por otra parte, en los siglos

XVII y XVIII también hubo misioneros y laicos mártires en China y en otros lugares de misión.

Las encomiendas francesas y la reforma trapense

Como consecuencia de los acuerdos entre la monarquía francesa y la Santa Sede alcanzados en el siglo XVI, los grandes monasterios franceses – masculinos y femeninos, de todas las Órdenes– pasaron a ser *encomiendas* gestionadas por la monarquía, de tal forma que eran los reyes los que nombraban a sus superiores, que eran escogidos entre las familias aristocráticas, para que éstos se ocupasen de que buena parte de sus enormes beneficios económicos fuesen a parar a las arcas de la Corona. En la práctica, estas comunidades tenían dos superiores: el nombrado por el rey, que sólo iba al monasterio para controlar las cuentas o enviaba en su lugar a un vicario, y el elegido por la comunidad, que era quien ejercía de *superior regular*. Obviamente, esto supuso un duro golpe a la vida monástica francesa.

Por diversas circunstancias familiares, Armando Juan le Bouthillier de Rancé (1626-1700), fue nombrado por el rey, cuando sólo tenía 11 años, abad del monasterio cisterciense de La Trapa –en francés *La Trappe*–. Este cargo, junto a otros, le convirtieron en una persona muy rica. Se dedicó a los estudios eclesiásticos desde muy joven y se ordenó sacerdote con 25 años, aunque llevaba una vida mundana y desordenada, lo cual comenzó a crearle problemas de conciencia. A la edad de 34 años, varios acontecimientos le movieron a cambiar su estilo de vida y a desprenderse de todas sus posesiones salvo de la abadía de La Trapa. Pasados tres años, decidió hacerse monje, con el permiso del rey. Así, tras hacer el noviciado, pasó a ser el *abad regular* de La Trapa, emprendiendo en 1664 su reforma. Para ello estudió a fondo la Regla de san Benito y la espiritualidad cisterciense. Pero la vuelta a la antigua observancia que él promovió, con su trabajo manual, silencio y ascesis, provocó que fuera acusado de jansenista. Afortunadamente supo defender su catolicidad y pudo consolidar la reforma.

Ésta llegó también a las monjas cistercienses, pues la abadesa del monasterio de Les Clairets, que estaba bajo la jurisdicción de La Trapa, le rogó al abad Armando Juan que le ayudase a reformar su abadía. Dicha reforma fue aceptada progresivamente por las monjas de aquella comunidad. Lo mismo ocurrió con otras tres abadías femeninas. Así, pasado el tiempo, la reforma trapense se extendió por otras muchas abadías masculinas y femeninas, que acabaron constituyendo la *Orden Cisterciense de la Estricta Observancia*. También se les conoce como trapenses y a sus

monasterios se les llama trapas, aunque en la actualidad, por lo general, se hacen llamar simplemente cistercienses.

ESCUELA FRANCESA DEL SIGLO XVII

Tras el gran florecimiento espiritual en la España del siglo XVI, en Francia se desarrolló una escuela de espiritualidad que se centró en la profunda experiencia de Jesús, ante quien el creyente, tras ser redimido, debía *anonadarse* para que Cristo lo fuese todo en su vida. No sólo se apoyaba en la Escuela Española de espiritualidad, también fue decisivo el retorno a las Escrituras y la patrística que se vivió en esta época en la Iglesia francesa. Fruto de este movimiento, las Órdenes clásicas se renovaron espiritualmente, y surgieron nuevas Congregaciones.

Los autores más destacados de la Escuela Francesa son: san Francisco de Sales (1567-1622), el cardenal Pedro de Bérulle (1575-1629) y el beato Luis Lallemant (1587-1635), de los que hablaremos a continuación. También son importantes el ya citado san Vicente de Paúl, san Luis María Grignon de Monfort (1673-1716) –fundador de la *Congregación de Hermanas de la Sabiduría* y de la *Compañía de María*–, san Juan Bautista de la Salle (1651-1719) –fundador de la *Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas*– y santa Margarita María de Alacoque (1647-1690), gran promotora de la devoción al Corazón de Jesús.

San Francisco de Sales

Nació en Francia cerca de Suiza. Estudió en París en un colegio de jesuitas y después derecho y teología en París y Padua. Se ordenó sacerdote con 26 años. En 1594 fue enviado a una zona dominada por calvinistas, en la que desarrolló una difícil pero exitosa actividad pastoral. Con 35 años fue nombrado obispo titular de Ginebra, desempeñando una activa labor apostólica y espiritual. Fundó la *Orden de la Visitación* en 1610.

Sus dos grandes obras espirituales son la *Introducción a la vida devota* (1608, 1619) que tuvo un gran éxito por su carácter divulgativo y el *Tratado del amor de Dios* (1616), que es un magnífico tratado de espiritualidad. En ellas promueve el *humanismo devoto*, que se centra en la ascesis moderada y el seguimiento del Evangelio. Esto influyó mucho en la Iglesia francesa y sirvió para contrarrestar los excesos jansenistas. Por todo ello ha sido nombrado Doctor de la Iglesia. Así explica en el *Tratado del amor de Dios* qué es la *teología mística* y cómo se diferencia de la *teología especulativa*:

«Por eso oración y teología mística son una misma cosa. Se llama “teología” porque, como la teología especulativa, tiene a Dios por objeto; ésta no trata más que de Dios; pero con tres diferencias, pues, primero, aquélla considera a Dios en cuanto Dios, y esta habla de Él en cuanto soberanamente amable, es decir, aquélla estudia la divinidad de la Bondad suprema, y ésta la suprema bondad de la Divinidad; segundo, aquélla versa sobre Dios con los hombres y entre los hombres, y ésta mira a Dios consigo mismo; aquélla tiende al conocimiento de Dios, y ésta busca el amor de Dios; la una saca alumnos instruidos, doctos y teólogos; la otra los forma ardientes, afectuosos, amantes de Dios, Filoteas o Teótimos. Llámase “teología mística” porque la conversación es completamente secreta; entre Dios y el alma todo se dice de corazón a corazón, mediante comunicación ajena a todos los que no la viven. El lenguaje de los amantes es tan particular que sólo ellos lo entienden: “Yo duermo – dice la Esposa divina– pero mi corazón vela y mi Amado me habla” [Cant 5,2]» (Libro VI, 1).

Cardenal Pedro de Bérulle

Se ordenó de sacerdote con 24 años y con 27 hizo los ejercicios espirituales ignacianos, lo que le movió a centrar su experiencia espiritual en Cristo. Introdujo el Carmelo teresiano femenino en Francia en 1604, y en 1611 fundó en Francia la comunidad sacerdotal del *Oratorio*, inspirada en la de san Felipe Neri (1515-1595). En 1627 fue nombrado cardenal, y con 54 años falleció súbitamente celebrando la Eucaristía.

Su pensamiento influyó mucho en la espiritualidad francesa. Según Bérulle: «En primer lugar hay que mirar a Dios y no a sí mismo y no obrar por miramiento y búsqueda de sí mismo, sino por la mirada pura de Dios» (*Obras de piedad*, XI). Este autor se centra fundamentalmente en Cristo, a quien debemos adorar y ante quien debemos *anonadarnos*, es decir, desaparecer. Esto lo muestra muy bien en su obra *Elevación sobre la gracia de Dios en María Magdalena* (1627), en la que comenta maravillosamente cómo María Magdalena se humilla ante Jesús y se identifica con Él en varios pasajes evangélicos. En su obra *Discursos sobre el estado y las grandezas de Jesús* (1623), hablando del Hijo de Dios, nos dice:

«Nosotros, a imitación suya y siguiendo su ejemplo, anonadados ante misterio tan excelso, que vuelve muda toda elocuencia, deberíamos encontrar otra manera de elocuencia, hecha de obras y de acatamiento, alabando, amando y admirando a Jesucristo nuestro Señor con toda nuestra alma y suplicándole que toda nuestra vida no

sea sino una devota acción de gracias y perpetuo tributo de homenaje y esclavitud» (Primer discurso, IV, 5).

Beato Luis Lallemant

Siendo rector del noviciado de la Compañía de Jesús en Ruan (norte de Francia), se declaró la peste en la ciudad. Entonces, tras poner a salvo a los novicios, se quedó para atender a los enfermos, muriendo de peste. Aunque no escribió textos espirituales, sus discípulos publicaron las notas que habían tomado de sus pláticas, dando lugar a la obra *Doctrina espiritual*.

Muy en línea con la espiritualidad ignaciana, Lallemant afirma que la unión con Jesús ha de impulsarnos a servir a los demás, subrayando que la contemplación es la base de la acción. Por ello, es muy importante que el servicio a los demás no perturbe nuestra relación íntima con Cristo. Y si queremos unirnos realmente a Él, debemos conocerle, amarle e imitarle.

ESCUELA ITALIANA DEL SIGLO XVIII

En el siglo XVIII surgió un pequeño movimiento espiritual en Italia que es heredero de la Escuela Española del siglo XVI, sobre todo de la mística carmelitana, y de la Escuela Francesa del siglo XVII. Cabe citar a dos autores: san Alfonso María de Liguori (1696-1787) y san Pablo de la Cruz (1694-1775).

San Alfonso María de Liguori

Además de autor espiritual, es un gran moralista, motivo por el cual fue nombrado Doctor de la Iglesia. Afirma que en el camino hacia la unión con Dios es necesario cumplir los preceptos evangélicos. Unos son fáciles de practicar, y para ello nos basta con la *gracia ordinaria* que Dios da a todos, se lo pidamos o no. Pero hay otros preceptos que son difíciles de cumplir, y para hacerlo es necesario que Dios nos otorgue la *gracia extraordinaria*, que es eficaz en sí misma. Pues bien, para obtener esta gracia es necesario suplicarla en la oración.

Este santo fundó la *Congregación del Santísimo Redentor* —es decir, los Redentoristas— que en la actualidad se dedica especialmente al estudio de la teología moral y a celebrar el sacramento de la Reconciliación, si bien, su campo pastoral es mucho más amplio.

San Pablo de la Cruz

Nacido en el Piamonte (nordeste de Italia), con 19 años escuchó un sermón que le empujó a cambiar de vida. Entonces organizó una asociación con otros jóvenes para ayudar al prójimo mediante la palabra y el buen ejemplo. Con 26 años fundó la *Congregación de la Pasión*. Tras ordenarse sacerdote se dedicó a la predicación itinerante y a difundir su Congregación. Pocos años antes de morir fundó la rama femenina.

Su espiritualidad se apoya mucho en la mística de Juan Taulero (ca. 1300-1361) y san Juan de la Cruz (1542-1591), y se centra en la vivencia de la Pasión del Señor. Es muy interesante su aportación sobre la *muerte mística*, que está muy emparentada con la *noche oscura* de san Juan de la Cruz. Se trata de un proceso espiritual muy duro en el que nuestro interior se purifica de lo que no es Dios –ahí se hallan nuestros caprichos y autosatisfacciones– para alcanzar la unión con Dios y la auténtica felicidad. Por desgracia, este autor fue erróneamente acusado de quietista, por eso su pequeño tratado de la *Muerte Mística*, de gran profundidad espiritual, tuvo que ser escondido. Pero, tras permanecer oculto más de dos siglos, fue descubierto en 1976.

En este tratado, san Pablo de la Cruz nos dice que hay ocho formas diferentes de muerte mística: la *muerte sacramental*, vivida en el bautismo (cf. Rm 6,5-8); el *estado de muerte*, que se alcanza cuando nuestra vida queda escondida en la de Cristo (cf. Col 3,1-3); la *muerte ascética*, que es la mortificación (cf. Col 3,5.9-10); la *muerte apostólica*, que consiste en llevar con nosotros el morir de Cristo, para que su vida se reproduzca en los otros (cf. 2Cor 4,11-12); la *muerte martirial*, al dar la vida por el Evangelio (cf. Fil 3,8.10-11; 2Tim 4,6); la *muerte psicológica*, en la que muere nuestro ego al someterse nuestra alma a la voluntad divina (cf. Gal 2,20); y la *muerte natural*, cuando al final de la vida morimos unidos a Cristo (cf. 1Tes 4,13-14). También la *vida religiosa* conduce a la muerte mística cuando el religioso muere a todo deseo y voluntad propios, y sufre las consecuencias de una vida pobre hasta alcanzar la identificación con la vida de Cristo.

11. LA ESPIRITUALIDAD CONTEMPORÁNEA. HASTA EL CONCILIO VATICANO II (SIGLOS XIX Y XX)

Entramos en la Edad Contemporánea, que tiene su inicio con la independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa, las cuales ponen las bases del sistema sociopolítico actual. Pero el cambio fue duro y tumultuoso, y la que más lo padeció fue la Iglesia, que perdió su poder terreno, y fue atacada fuertemente por los partidos liberales y comunistas. A pesar de todo, salió adelante, y en buena medida lo hizo gracias a la piedad popular de los fieles cristianos, a la heroica labor del clero secular y los Institutos religiosos y, sobre todo, al Espíritu de Dios, que sabe estar en su sitio en los momentos de tempestad.

CONTEXTO

En el siglo XVIII ciertos sectores de la Ilustración comenzaron a ver el sistema monárquico como irrazonable y desfasado, y propugnaban otro en el que imperase la voluntad de los ciudadanos. Además, la burguesía, potenciada por la Revolución Industrial –nacida a mediados de siglo en Gran Bretaña, y difundida por Centroeuropa y Estados Unidos–, veía injusto que el poder estuviese en manos de los aristócratas, por lo que presionó para que fuese la economía el eje vertebrador de la sociedad. Como vemos, se estaba fraguando el actual sistema de democracia capitalista, en el que la burguesía es la clase imperante, desplazando totalmente a la aristocracia y a la Iglesia.

La chispa del cambio se produjo con el estallido de la Revolución Francesa, en 1789. Comenzó entonces el «periodo revolucionario» que finalizó en 1815 con el ocaso de Napoleón Bonaparte (1769-1821), tras haber extendido las ideas revolucionarias por toda Europa. A este periodo le siguieron en varios países de Europa diversos gobiernos liberales que continuaron, en cierta medida, con la línea marcada por la Revolución Francesa. Poco antes, en 1775, las colonias británicas en América habían iniciado también su «revolución» con la guerra de independencia contra la monarquía inglesa. Este movimiento se extendió por toda América en las colonias españolas y portuguesas, en las que la burguesía se alzó en armas y también logró la independencia. Ciertamente, todo esto provocó un cambio drástico e irreversible, que no sólo afectó al poder político, sino también a la mentalidad del pueblo fiel. La Iglesia fue la más afectada, pues perdió buena parte de su poder político, social y económico, ya que la Revolución Francesa y los posteriores gobiernos liberales le quitaron sus

privilegios y desamortizaron sus posesiones. A nivel civil, los obispos pasaron a ser simples ciudadanos.

Pero lo más importante es que la Revolución Francesa también intentó arrebatarse a la Iglesia los valores cristianos, pues tomó para sí los ideales de «libertad, igualdad y fraternidad», e intentó mostrar a la Iglesia de cara al pueblo como un «poder opresor». Tomó así fuerza el *anticlericalismo*. Éste se expresó políticamente mediante la expulsión o suspensión de los Órdenes religiosos, la desamortización y expropiación de propiedades eclesiales y la puesta en marcha de múltiples cortapisas, cuyo fin era impedir que los sacerdotes y religiosos pudiesen desempeñar su labor pastoral.

Si desde la cristianización del Imperio Romano la Iglesia había ido marcando las pautas morales al poder civil, ahora cambiaban radicalmente las cosas: a partir de este momento tuvo que competir con el poder civil para infundir buenos valores entre el pueblo fiel, pues la Revolución separó totalmente a la Iglesia del Estado, de tal forma que, a nivel civil, la moral cristiana fue reemplazada por las leyes del Estado, que estaban sujetas a una ética de base filosófica. El resultado fue que el pueblo fiel comenzó a confundir lo moralmente bueno –según la Iglesia– con lo legalmente correcto –según las leyes civiles–.

Ahora el poder civil ya no tenía ninguna relación con lo sagrado. Así, por ejemplo, si antiguamente la aristocracia defendía la idea de que es Dios quien le ha otorgado su posición, en los nuevos Estados posrevolucionarios las leyes afirmaban que la soberanía proviene del pueblo. Además, poco a poco los Estados intentaron asumir la labor educativa y caritativa que hasta entonces estaba en manos de la Iglesia, de tal forma que comenzaron a constituirse la enseñanza y la sanidad públicas, aunque fue en la segunda mitad del siglo XX cuando éstas llegaron realmente a toda la población.

El resultado de todo esto fue la *secularización*, es decir, lo religioso fue perdiendo presencia pública en el ámbito social y fue quedando relegado al ámbito privado de cada persona. También tomaron fuerza el *ateísmo*, que rechaza la existencia de Dios, y el *agnosticismo*, que se muestra indiferente ante lo religioso. Estos tres fenómenos han ido en aumento hasta la actualidad.

En los siglos XIX y XX surgió un buen número de *ideologías* que determinaron no sólo la política, sino también la espiritualidad de la gente. Nos referimos al comunismo, socialismo, anarquismo, fascismo, liberalismo, conservadurismo, feminismo, nacionalismo y ecologismo.

Algunas de estas ideologías intentaron manipular, reemplazar o eliminar las creencias religiosas de la gente.

Terminadas las guerras napoleónicas, se celebró el Congreso de Viena en 1815, cuya principal tarea fue «restaurar» la situación anterior a la Revolución. Comenzó así un período de cierta estabilidad política y social conocido con el nombre de «Restauración». A nivel político, pudo recuperarse algo del sistema anterior, aunque los partidos liberales lograron dar continuidad a las ideas revolucionarias. Pero a nivel social no se pudo recuperar la mentalidad prerrevolucionaria, pues la gente ya no comprendía ni admitía los privilegios y prebendas de la aristocracia y la Iglesia.

AISLAMIENTO DE LA IGLESIA

Los católicos se encontraron ante una situación muy complicada ya que los partidos liberales, que luchaban por la libertad y la democracia, a su vez, atacaban de forma brutal a la Iglesia. Por ello, ésta consideró que lo más oportuno era aliarse a la débil aristocracia que sobrevivió tras la Restauración, a la alta burguesía y a los partidos políticos conservadores. Con ello pretendía no sólo defenderse, sino lograr el orden social y político que ella consideraba que mejor se adaptaba al Evangelio. Aunque a nivel de personas o comunidades particulares hubo casos en los que la Iglesia logró adaptarse bastante bien a las nuevas circunstancias, todo parece indicar que, como institución, más que adaptarse, la Iglesia optó por permanecer anclada en el pasado prerrevolucionario.

Esto condujo a la Iglesia a un aislamiento tanto intelectual, pues muchos pensadores no aceptaron su postura, como social, ya que los cada vez más numerosos y empobrecidos trabajadores —que formaban la *clase obrera*— se echaron en manos de las nuevas fuerzas políticas que iban surgiendo y que dieron lugar al *comunismo*, que era un acérrimo enemigo de la Iglesia. Éste acusaba al cristianismo de ser el «opio del pueblo», porque, según él: en vez de luchar por el bien de los trabajadores, el cristianismo «adormece» su conciencia hablándoles de un supuesto «cielo» situado en el más allá, al que irán después de morir si son dóciles al poder capitalista.

Pues bien, dada esta situación de aislamiento político, intelectual y social que la Iglesia vivía en el siglo XIX, ésta optó por reforzar sus convicciones. Sumándose al *romanticismo*, movimiento sentimentalista que surgió en Europa como reacción al racionalismo ilustrado, la Iglesia soñaba nostálgicamente con la vuelta al esplendor religioso que, supuestamente, se vivía en la Edad Media. No es casualidad que en esta época se

construyesen muchas iglesias y conventos en estilo neorrománico y, sobre todo, neogótico; o que algunas Órdenes intentasen recuperar antiguas observancias religiosas, a veces de forma exagerada.

También la Iglesia reforzó al máximo la figura del Papado, pues en el periodo revolucionario pasó por muy malos momentos y, posteriormente, los partidos liberales se opusieron a él. Ello dio lugar a un movimiento llamado *ultramontanismo*, cuyo máximo logro fue definir como dogma la infalibilidad y el primado del Papa, lo cual tuvo lugar en el Concilio Vaticano I (1869-1870).

La Iglesia también optó en el siglo XIX por tomar una postura claramente antiliberal, pues las fuerzas políticas que más la atacaban eran los partidos liberales. Pero, como ya hemos dicho, son ellos los que defendían la democracia y la libertad, por eso hubo personas dentro de la Iglesia que pugnaron por establecer nexos de unión con ellos. Pero la Santa Sede rechazó su postura, de tal forma que en 1864 el Papa beato Pío IX (1792-1878) publicó el *Syllabus*, un documento en el que aparecían una colección de errores liberales que había que evitar. Además, el Papa León XIII (1810-1903) restauró el tomismo como el sistema teológico de la Iglesia, intentando así dotarla de una buena base teológica que le permita sobrellevar esos malos tiempos. Dio lugar al *neotomismo*, pues el pensamiento de santo Tomás se vio sesgado y recortado. Pero, llegado el siglo XX, la Iglesia tuvo que afrontar un conflicto mucho peor contra el comunismo, pues éste persiguió y mató a miles de cristianos allí donde consiguió hacerse con el poder.

Pues bien, a pesar del aislamiento y del anticlericalismo que sufría la Iglesia, fue ella la que se ocupó del cuidado de los más desfavorecidos en esta época. Muchas Congregaciones y Movimientos eclesiales se volcaron en crear buenos colegios, hospitales, orfanatos y residencias de ancianos en los barrios más pobres, pues los Estados no eran capaces de proporcionar tales servicios. Ciertamente, la caridad fue uno de los elementos más significativos de la espiritualidad cristiana de este periodo de la historia. Asimismo, aprovechando la expansión colonialista de algunos Estados europeos, los Institutos religiosos enviaron misioneras y misioneros por todo el mundo.

ESPIRITUALIDAD POPULAR

La Revolución Francesa y los posteriores movimientos liberales, ayudaron a poner espiritualmente a cada uno en su sitio. Entre los que antes eran cristianos por la presión social o por superstición, unos dejaron de

interesarse por el tema religioso y pasaron a ser agnósticos, y otros comenzaron a defender la no existencia de Dios, como ateos. Aquellos que, además, se sentían agraviados de algún modo por la Iglesia, pasaron a ser anticlericales. Pero muchos de aquellos que tenían una fe sincera, se comportaron como heroicos cristianos, jugándose su prestigio, o incluso la vida, por defender a la Iglesia y al Evangelio. También hubo personas poco creyentes que, ante la complicada situación que vivían, encontraron el sentido de su vida en el Evangelio, y reforzaron su fe y su compromiso con la Iglesia.

Culto al Sagrado Corazón y a la Eucaristía

Dado que las devociones crean un fuerte lazo de unión afectiva entre el pueblo fiel y Dios, éstas protegen a la Iglesia contra los ataques que recibe desde fuera. Por eso, como en el siglo XIX no había suficientes sacerdotes para predicar y celebrar los sacramentos, la Iglesia recurrió a la piedad popular para transmitir y sostener la fe del pueblo fiel. Donde más se notó fue en el ámbito de los santuarios, que aumentaron en número y afluencia de creyentes. Pero, debido al carácter afectivo y experiencial de las devociones, la Iglesia consideró necesario sustentarlas doctrinalmente para no caer en la idolatría o la superstición.

Sobresalió la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Vimos en capítulos anteriores que esta devoción tuvo su origen en la Edad Media y cobró fuerza en el siglo XVII. Bueno, pues el Papa Pío IX aprobó oficialmente su culto en 1856, y pronto pasó a ser una devoción muy popular gracias sobre todo a los jesuitas. Fruto de esta eclosión, se edificaron templos y se levantaron grandes estatuas del Sagrado Corazón en lugares emblemáticos. Asimismo, surgieron Congregaciones –la mayoría francesas y de una espiritualidad generalmente próxima a la ignaciana– en cuyo nombre aparece el Sagrado Corazón: Esclavas del Sagrado Corazón, Misioneros del Sagrado Corazón, Hermanos del Sagrado Corazón, etc.

Esta devoción está muy ligada a la espiritualidad de la *reparación*, que está motivada por el gran daño que la Revolución Francesa y los movimientos liberales han causado al Sagrado Corazón de Jesús y a multitud de personas. Este mal requiere una reparación, por ello el cristiano se asocia al Sagrado Corazón de Jesús, del que brota el Amor que todo lo sana. Ahí se apoya la espiritualidad de las Congregaciones del Sagrado Corazón y de mucha gente devota. Esta espiritualidad tan sencilla y afectiva ayudó mucho a eliminar el rigorismo jansenista, que todavía en el siglo XIX estaba presente en la vivencia religiosa del pueblo fiel, sobre todo en Francia.

Hubo otra piedad popular que se acrecentó en este siglo: la devoción a la Eucaristía. Recordemos que la costumbre era comulgar sólo una vez al año, porque es el mínimo exigido por la Iglesia. Pues bien, en esta época aumentó el número de los que comulgaban cada mes, o cada domingo, o incluso, diariamente. Además, en 1851 el Papa Pío IX recomendó la *adoración perpetua al Santísimo Sacramento*, lo que hizo que esta devoción se difundiese enormemente. Lo mismo ocurrió con la *adoración nocturna*. Y como pasaba con otras devociones, la adoración al Santísimo fue asumida por algunas Congregaciones, como las *Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad*, que se fundaron en España en 1856. Por otra parte, en 1881 se celebró el primer *Congreso Eucarístico Internacional*, en Lille (norte de Francia). A partir de entonces, los Congresos Eucarísticos se celebran cada año o cada pocos años, siendo convocados por el Papa. A ellos asisten obispos, sacerdotes, religiosos y muchos laicos.

Devoción a María, san Antonio de Padua y el Papa

En este periodo se multiplicaron las devociones marianas, sobre todo en torno al rezo del Rosario, oración que fue de gran ayuda al pueblo fiel. También se construyeron santuarios a María y se fundaron Congregaciones marianas. Pero destacan sobremanera las apariciones. María se apareció en París (1830) a santa Catalina Labouré (1806-1876), hija de la caridad, lo que originó la devoción a la *Medalla milagrosa*; en La Sallete (1846) a dos niños; en Lourdes (1858) a una niña: santa Bernadette (1844-1879); y en Fátima (1917) a tres niños. Esto incentivó enormemente la devoción mariana.

También es muy importante la definición del dogma de la *Inmaculada Concepción de la Virgen María* el 8 de diciembre de 1854. Con ello se puso fin a una larga discusión puramente teológica entre, por una parte, los tomistas, sobre todo dominicos, que afirmaban que María es «pura» pues nunca cometió ningún pecado y fue redimida del pecado original por su Hijo y, por otra parte, la práctica totalidad del resto de los teólogos, que apoyándose en el parecer del franciscano Duns Escoto (1266-1308) y el sentir común del pueblo fiel, defendían que María ni siquiera tuvo pecado original pues Dios quiso –y, por tanto, pudo– preservarla de ello, por lo que María, más que «pura», es «purísima». Ésta última fue la posición que los obispos, con el Papa Pío IX a la cabeza, dieron por válida.

Esto nos hace ver cómo los dogmas tienen su origen en la experiencia espiritual del pueblo fiel, la cual es después definida por los teólogos. Y más tarde, si es necesario, el Magisterio de la Iglesia –es decir, el Papa en comunión con los obispos– declara dicho saber como verdad

revelada por Dios, es decir, como dogma. Ciertamente, todo dogma ha de ser aceptado y creído por los fieles cristianos, porque así nos adherimos a la fe que comparte la comunidad eclesial. La mejor manera de asumir y dar sentido a un dogma es sumarnos a la experiencia espiritual comunitaria que le dio origen. Por ejemplo, respecto al dogma de la Inmaculada, cuando rezamos a María, debemos captar interiormente su pureza. Y al tener experiencia espiritual del dogma, lo aceptamos. Y no sólo eso, maduramos interiormente. Sin embargo, cuando nos limitamos a racionalizar lo que afirma la formulación dogmática, entonces es mucho más difícil de dar sentido al dogma.

Volviendo a la devoción a María, en América fueron cobrando mucha fuerza en esta época diversas advocaciones marianas, como Nuestra Señora de Luján en Argentina, la Virgen de Chiquinquirá en Colombia, la Virgen de Copacabana en Bolivia, Nuestra Señora de la Aparecida en Brasil y, sobre todo, la Virgen de Guadalupe, en México, cuyo santuario es actualmente el segundo más visitado del mundo después de San Pedro de Roma. De hecho, la devoción a la Virgen de Guadalupe está tan extendida por América, que el Papa Pío XI (1857-1939) la nombró Patrona de todas las Américas.

También destaca en esta época la devoción a san Antonio de Padua (ca. 1290-1231) que fue extendida por las clarisas y los franciscanos tras su rápida canonización en 1232. En torno al siglo XV nació una particular devoción a la imagen de este santo con el Niño Jesús en brazos, la cual tomó gran fuerza en los siglos XIX y XX, de tal forma que se difundió tan profusamente que pasó a ser la devoción popular a un santo más extendida. Ésta se basa en un acontecimiento de la vida de san Antonio: poco antes de morir recibió la visita del Niño Jesús. Actualmente, en pleno siglo XXI, es muy común encontrar esta imagen en muchas iglesias y en todo tipo de tiendas religiosas, y a veces en tiendas no religiosas. La pobreza y humildad de san Antonio, unidas a la ternura que despierta el Niño Jesús, han ayudado a mucha gente a orar devotamente a Dios. Como pasa con el Sagrado Corazón, esta espiritualidad colaboró en acabar con el rigorismo jansenista.

En esta época el prestigio del Papado aumentó enormemente entre el pueblo fiel debido a los atropellos que sufrieron Pío VI (1717-1799) y Pío VII (1742-1843) por parte de Napoleón. Desde entonces al Papa se le ve como un héroe cristiano que tiene que luchar contra multitud de ataques y dificultades para poder llevar a buen puerto la «barca de la Iglesia». Como consecuencia de ello, surgió una nueva piedad popular: la devoción al Papa, que apenas existía hasta entonces, pues los peregrinos que iban a Roma, la «Ciudad Santa», lo hacían fundamentalmente para visitar las

tumbas de san Pedro y san Pablo. Pero desde el siglo XIX mucha gente va también a Roma por ver y escuchar al Papa.

ELEMENTOS DE RENOVACIÓN

Como ya hemos comentado, en el siglo XIX las Órdenes monásticas y mendicantes sufrieron un duro golpe, ya que fueron expulsadas y expropiadas, por lo que tuvieron que restaurarse a partir de lo poco que quedaba de ellas, e incluso hubo algunas que se extinguieron. Hay dos nombres significativos: Próspero Guéranger (1805-1875), que restauró la Orden de San Benito en Francia y Enrique Lacordaire (1802-1861), restaurador de la Orden de Predicadores, también en Francia. Ambos dejaron una fuerte impronta espiritual entre sus hermanos.

Asimismo, en la segunda mitad del siglo XIX surgieron diferentes movimientos renovadores que, pasados los años, desembocaron en el Concilio Vaticano II (1962-1965). Éstos se vieron favorecidos por la mejora del nivel cultural del pueblo fiel y el gran incremento en cantidad y calidad de las publicaciones religiosas. En esta línea se desarrolló el *Movimiento Litúrgico* que, iniciado por Próspero Guéranger en la abadía de Solesmes, promovido por destacados liturgistas y apoyado por los Papas, ayudó a favorecer la comprensión y el amor a la liturgia. Además, hay gran difusión de escritos de temática espiritual. De ello hablaremos al final del capítulo.

En los años 1930-1960 en Alemania y Francia surgieron grandes teólogos –como el jesuita Karl Rahner (1904-1984), los dominicos Yves Congar (1904-1995) y Edward Schillebeeckx (1914-2009), y el ex jesuita Hans Urs von Balthasar (1905-1988)– que dieron lugar a la *Nouvelle Théologie* (Nueva Teología) que está a la base de los textos del Concilio Vaticano II. Algo similar podemos decir a nivel bíblico –con la fundación de la Escuela Bíblica de Jerusalén (1890) de los dominicos y del Pontificio Instituto Bíblico de Roma (1909) de los jesuitas– y de otras ramas de la teología. En general, este florecimiento repercutió muy positivamente en la espiritualidad, pues le dio un buen sustento teológico.

También mejoró la espiritualidad a nivel académico. El Papa san Pío X habló en *Sacrorum Antistitum* (1909) de la necesidad de impartir académicamente esta rama de la teología, pues hasta entonces los temas referentes a ella se trataban de modo integrado en el conjunto de la teología. Pero hubo que esperar a 1919 para que los dominicos creasen la cátedra de *Ascética y Mística* en la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino –más conocida como el *Angelicum*– y un año más tarde también

lo hiciesen los jesuitas en la Pontificia Universidad Gregoriana. Después, el Papa Pío XI, en *Deus scientiarum Dominus* (1931), ordenó que en los seminarios y facultades de teología se incluyese la asignatura de *Ascética y Mística* en sus programas escolares. Esta rama de la teología pasó a llamarse *Teología Espiritual* tras el Concilio Vaticano II.

Llamada universal a la santidad

Pero, sobre todo, hay tres elementos renovadores a destacar. De dos de ellos hablaremos al final del capítulo: la gran proliferación de escritos espirituales y el surgimiento de nuevos autores místicos. El otro es el debate que surgió en torno a la *llamada universal a la santidad*. En efecto, en la primera mitad del siglo XX, eran cada vez más los que defendían esta postura, encabezados por el presbítero Auguste Sauré (1859-1946) y los dominicos Juan González Arintero (1860-1928) y Réginald Garrigou-Lagrange (1877-1964). Éstos consideraban que el camino espiritual que todo creyente ha de recorrer hacia Dios es a la vez ascético y místico, rechazando así la separación entre la vía ascética –válida para todos– y la vía mística –válida para unos pocos–, que vimos en el capítulo anterior.

Lo que hicieron estos autores fue recuperar una idea que aparece en las Sagradas Escrituras (cf. Ef 4,7-13) y que forma parte de la tradición de la Iglesia: todos estamos llamados a ser santos, y a esto sólo se llega por medio de la mística, es decir, dejándonos guiar interiormente por Dios; lo cual, obviamente, también necesita de ascesis, es decir, de dominio de sí mismo. Y para ello no hace falta retirarse a un monasterio o llevar una vida especial, sino que también puede lograrse en la vida cotidiana. Por eso, el trabajo honesto y laborioso es un buen medio de santificación.

Si bien estos autores sufrieron una fuerte oposición, su postura se fue imponiendo en el seno de la Iglesia, recibiendo un espaldarazo definitivo cuando san Josemaría Escrivá fundó en 1928 el *Opus Dei*, cuya espiritualidad –como veremos en breve– coincide básicamente con la de ellos. Y así, varias décadas más tarde, el Concilio Vaticano II asumió plenamente esta postura.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

En esta época tan difícil para la Iglesia, el Espíritu Santo inspiró abundantes modelos de santidad: el apostolado juvenil, los Movimientos eclesiales, los misioneros, las nuevas Congregaciones apostólicas –muchas de ellas femeninas– y los Papas. Además, hay que añadir al clero secular, los jesuitas y las Órdenes mendicantes y monásticas, que resurgieron con

fuerza en el siglo XX. Baste este dato: en los años 1960-1965 son más de 100.000 los religiosos que hay en Italia, así como en Francia y en España. Veamos algo de todo esto a continuación.

En el siglo XIX, mientras que la Iglesia se veía arrinconada en Europa por la nueva situación política que surgió tras el periodo revolucionario, en América, Asia y África se expandió enormemente, pues casi todos los Institutos religiosos, incluidos los monásticos, enviaron muchos misioneros. También lo hizo la Iglesia diocesana. Y esto continuó así hasta la década de 1970. La labor de la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe –de la Curia romana– fue encomiable. Además, en el siglo XX nacieron en otros continentes nuevos Institutos religiosos con gran pujanza.

Un santo misionero de referencia es san Damián de Molokai (1840-1889), religioso belga de la *Congregación de los Sagrados Corazones* que anunció el Evangelio en Molokai, una isla de Hawaii donde abandonaban a los leprosos. Allí se contagió y acabó muriendo de lepra. Asimismo son muy significativos los muchos misioneros y laicos que murieron mártires en varios lugares de misión, como Vietnam, China y Corea.

También hubo misioneros en Europa. Mientras el pueblo sufría guerras, revoluciones y drásticos cambios políticos, muchos sacerdotes y religiosos se dedicaron a predicar el Evangelio por amplias comarcas durante meses y meses. En esta labor pastoral jugaron un papel importante las *misiones populares* que organizaba la Iglesia para formar religiosamente a los fieles cristianos en parroquias especialmente necesitadas de ello. Cabe destacar a san Antonio María Claret (1807-1870), gran predicador, que llegó a ser arzobispo de Santiago de Cuba, confesor de la reina Isabel II (1830-1904) y fundó la *Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María* y la *Congregación de las Religiosas de María Inmaculada*, comúnmente llamados claretianos y claretianas. A nivel teológico, los claretianos actualmente tienen un especial interés por el estudio de la vida religiosa.

Es asimismo ejemplar la labor de muchos sacerdotes seculares y religiosos que dedicaron –y dedican– su vida a predicar y acompañar espiritualmente a sus parroquianos. El gran modelo del clero parroquial es san Juan María Vianney (1786-1859), el llamado «Cura de Ars». Desempeñó su labor pastoral sobre todo por medio del sacramento de la Reconciliación.

Y hay que hacer una especial mención a la vida monástica. En tiempos tan complicados, muchas de sus comunidades se rehicieron y, con

su vida de contemplación, trabajo y silencio, oraron para que Dios sostuviese a la Iglesia y le infundiese la gracia necesaria para predicar la Palabra a la nueva sociedad. Ciertamente, la vida monástica ofreció a la Iglesia y al mundo claros ejemplos de santidad. El más paradigmático es la carmelita descalza santa Teresa de Lisieux (1873-1897). De ella hablaremos más adelante.

En Inglaterra surgió el edificante *Movimiento de Oxford*, constituido por un grupo de pensadores y clérigos ingleses que se pasaron a la Iglesia católica ante la decadencia espiritual de la Iglesia anglicana. En aquellos tiempos del Imperio Británico, que era oficialmente anglicano, fue un paso muy valeroso. A la cabeza de ellos se encuentra el beato cardenal John Henry Newman (1801-1888), hombre volcado en el estudio de la teología, sobre todo de los Padres de la Iglesia, que se dejó guiar dócilmente por las mociones del Espíritu Santo, convirtiéndose en una gran referencia para muchos.

En Francia surgió en el siglo XX una corriente espiritual que podríamos denominar de «la pequeñez». Sus referencias más significativas son: la pequeña santa Bernadette de Lourdes, santa Teresita del Niño Jesús –es decir, santa Teresa de Lisieux– y el hermanito Carlos de Foucauld (1858-1916), fundador de una amplia Familia espiritual que lleva su nombre. Esta espiritualidad se extendió por Francia y dio lugar a diversos Institutos religiosos en los que sus miembros son llamados «hermanitos» o «hermanitas». Los elementos fundamentales de su carisma son su extrema humildad, pobreza y entrega caritativa. Esta espiritualidad, que todavía no es muy conocida a nivel global, está siendo difundida actualmente por la *Familia Carlos de Foucauld*, las *Hermanitas y Hermanitos del Cordero*, las *Hermanitas y Hermanitos de los Pobres* y otras comunidades cristianas.

Apostolado juvenil y los salesianos

Durante este período hubo multitud de religiosos y laicos que se volcaron en la educación integral –tanto religiosa como académica– de niños y jóvenes. De hecho, surgieron muchas Congregaciones dedicadas a esta labor. A este respecto, destaca san Juan Bosco (1815-1888), fundador de la *Pía Sociedad de San Francisco de Sales* y de las *Hijas de María Auxiliadora*, es decir, de los salesianos y salesianas. Ellos son actualmente el tercer Instituto religioso masculino que cuenta con más miembros, tras los franciscanos –sumando todas sus ramas– y los jesuitas, y su espiritualidad ha sido –y es– muy influyente en la Iglesia. Vamos a ver a grandes rasgos cómo fue su proceso de fundación.

Don Bosco, tras ordenarse sacerdote con 26 años, se dedicó a la educación de numerosos niños y jóvenes que deambulaban por su ciudad natal, Turín, que era un importante núcleo industrial. Se acercaba a ellos por medio de juegos y regalos. Una vez que tenía su atención, les ofrecía una pequeña función religiosa y, por último, les predicaba con un lenguaje muy asequible. Debido al éxito de esta novedosa pastoral, fundó en 1846 el *Oratorio Festivo* y, tras ello, fundó las *Escuelas Profesionales* para que los jóvenes aprendiesen un oficio. Como consecuencia de su logro evangelizador, en colaboración con otros que se sumaban para ayudarle en esta valiosa labor, fundó en 1858 a los salesianos y en 1872 a las salesianas.

Para conseguir sobrevivir en el ambiente político de Turín, que era muy anticlerical, Don Bosco adaptó la terminología de sus Congregaciones a la que se usaba por entonces en el ámbito civil. Por ejemplo, al superior de una comunidad se le llama «director», al provincial se le llama «inspector» y al superior general «rector mayor». Dada la magnífica labor que desempeñaban las salesianas y los salesianos, pronto hubo autoridades civiles y eclesiásticas de otras regiones de Italia y del mundo que pidieron ayuda a Don Bosco, de tal forma que la Familia Salesiana se difundió con gran rapidez.

De su espiritualidad cabe resaltar su pedagogía, que da mucha importancia a la humildad, el trabajo, el optimismo y los valores humanos. Su método pedagógico se basa en la prevención de las faltas y el premio a las virtudes. Si es necesario reprender a un alumno, es mejor hacerlo mediante gestos o miradas severas, antes que con palabras duras u otros castigos más drásticos. Don Bosco inculcaba a sus hermanos que el aula es un lugar privilegiado para encontrarse cada día con Jesús hecho niño o niña. A nivel teológico, los salesianos destacan en la actualidad como especialistas en teología pastoral.

Movimientos eclesiales, Institutos seculares y el Opus Dei

Tras los procesos revolucionarios del siglo XIX, muchas laicas y laicos, pertenecientes sobre todo a la burguesía y las clases medias, se animaron a suplir pastoralmente la carencia de sacerdotes y religiosos y, asimismo, asumieron grandes proyectos caritativos y educativos. Esto va a ser el germen de los Movimientos eclesiales, en los que las personas laicas son un elemento fundamental. Gracias precisamente a su carácter laical, estos Movimientos destacan por su gran capacidad para introducir el Evangelio en los más diversos ámbitos civiles.

El primero en surgir es *Acción Católica*. Se fundó en 1905 siguiendo las directrices del Papa Pío XI, a partir del asociacionismo católico que nace a mediados del siglo XIX. Su principal objetivo es emplazar a Cristo en el ámbito familiar y escolar. Nueve años después, en el valle de Schoenstatt (Alemania), el sacerdote palotino José Kentenich (1885-1968), junto a un grupo de seminaristas de su Congregación, fundó el *Movimiento Apostólico de Schoenstatt* con el ánimo de evangelizar a la sociedad descristianizada, siguiendo el modelo de María. En 1921 el laico Frank Duff (1889-1980) creó en Irlanda el primer grupo de la *Legión de María*, obra especialmente apostólica, que busca la maduración espiritual de sus miembros, siguiendo a Cristo por medio de su Madre. Y después han ido surgiendo otros muchos Movimientos.

Algunos de ellos adquirieron una estructura parecida a las Sociedades de vida apostólica salvo en un elemento muy importante: no tenían vida común. Por ello, con el fin de integrarlos canónicamente, el Papa Pío XII (1876-1958) promulgó en 1947 la Constitución Apostólica *Provida mater ecclesia*, aprobando esta nueva forma de vida. Son los *Institutos seculares*.

Vamos a detenernos en el *Opus Dei*. Su fundador, san Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), se ordenó sacerdote en 1925 en Huesca. Dos años después se trasladó a Madrid para poder hacer el doctorado en Derecho Canónico, y allí se dedicó pastoralmente a la atención de pobres y enfermos. San Josemaría comenzó entonces a constatar en su trato cotidiano con la gente, que todas las personas están llamadas a ser santas, y que la vida ordinaria puede ser un excelente camino para ello. Pues bien, con ánimo de fomentar esta senda espiritual, fundó el Opus Dei en 1928, y a él se fueron sumando otros sacerdotes y, sobre todo, muchos laicos, que desde entonces han constituido la base principal de esta institución. Tras la Guerra Civil Española (1936-1939) y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) san Josemaría, por fin, pudo comenzar a expandir rápidamente el Opus Dei por todo el mundo. En 1950 obtuvo del Papa Pío XII su aprobación definitiva –como Instituto secular–, así como la de la *Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, vinculada a éste y formada por sacerdotes diocesanos. En 1982 el Papa san Juan Pablo II (1920-2005) erigió al Opus Dei como *Prelatura personal*, lo cual supuso el nacimiento de una nueva forma organizativa en la Iglesia, pues pasó a ser una institución cuyo «superior» es un obispo que no tiene jurisdicción sobre un territorio eclesial, sino sobre los miembros de dicha Prelatura.

Como hemos visto, el Opus Dei nació con la firme convicción de que todos estamos llamados a ser santos, lo cual es posible alcanzar en la vida cotidiana, viviendo cristianamente en familia, realizando dignamente el

trabajo que tenemos asignado, colaborando con la Iglesia en su labor evangelizadora, sirviendo a las personas e intentando mejorar la sociedad. Sus miembros, así como los de la *Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*, desarrollan su labor pastoral fundamentalmente en parroquias, colegios y universidades, ayudando a todos a ser buenos cristianos. En la actualidad, a nivel teológico, destacan por su estudio y desarrollo del tomismo.

AUTORES ESPIRITUALES

Se produjo desde finales del siglo XIX una gran proliferación de escritos espirituales, como los del cisterciense Jean-Baptiste Chautard (1858-1935) y el benedictino Columba Marmion (1858-1923). Abundaban las obras de reflexión teológica de temática espiritual: como las del jesuita Auguste Poulain (1836-1919), el carmelita Gabriel de Sainte-Marie-Madeleine (1893-1953), los dominicos Juan González Arintero (1860-1928) y Réginald Garrigou-Lagrange (1877-1964) y el cisterciense Thomas Merton (1915-1968). Asimismo se publicaron numerosos tratados, manuales y diccionarios de teología espiritual.

Cabe destacar al jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955), gran paleontólogo, filósofo y teólogo que, buscando la convergencia entre el saber científico y el saber teológico, nos muestra la creación como una realidad dinámica que evoluciona movida por el Espíritu Santo hacia su plenitud en el Cristo total: la *Cristogénesis*. En palabras de san Pablo: «Y cuando estén sometidas todas las cosas a Cristo, entonces el mismo Hijo se someterá también a Aquel que le sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1Cor 15,28).

Surgieron en esta época autores místicos, es decir, que dejan traslucir su propia experiencia de Dios. Vimos que a partir de finales del siglo XVI dejaron de publicarse escritos místicos debido a la presión que se ejerció en el seno de la Iglesia contra el iluminismo y el quietismo. Así, hay un llamativo vacío de literatura mística hasta que se publica la *Historia de un alma* (1898) de santa Teresa de Lisieux. Muy poco tiempo después surgieron otros escritos místicos de la mano de la beata Isabel de la Trinidad (1880-1906), el beato Carlos de Foucauld (1858-1916), san Rafael Arnaiz Barón (1911-1938) y otros.

Santa Teresa de Lisieux

Nació en el seno de una familia muy cristiana. Su madre falleció cuando ella tenía 4 años y sus hermanas fueron entrando en el Carmelo de Lisieux (norte de Francia). Tras estudiar en un internado de monjas

benedictinas, consiguió entrar en el Carmelo con 15 años. Su abnegada vida dedicada a la contemplación le llevó a tener grandes consolaciones espirituales con 22 años pero, pasados unos 10 meses, enfermó de tuberculosis y cayó en una grave crisis interior que la hizo vivir 18 meses de sufrimiento hasta que, con 25 años, murió. A petición de otras monjas, dejó escritos tres manuscritos en los que describe la evolución y hondura de su vida interior. Con ellos se formó la *Historia de un alma*, que tuvo una gran difusión en toda la Iglesia.

Su espiritualidad es muy sencilla y afectiva. Ante la realidad de su propia pequeñez e imperfección, santa Teresita pone toda su confianza en Dios. Es la llamada *espiritualidad de las manos vacías*, en la que el alma «abandonada» vive intensamente la presencia de Dios, que se da gratuitamente. Así, santa Teresita experimenta cómo Dios, a modo de don, desciende al fondo de su «nada» interior para transformarla en el «Todo». Esta santa carmelita siente que su vocación es ser el amor en el corazón de la Iglesia. Así lo expresa:

«La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo, compuesto de diferentes miembros [cf. 1Cor 13], no podía faltarle el más necesario, el más noble de todos ellos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que ese corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor podía hacer actuar a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegaba a apagarse, los apóstoles ya no anunciarían el Evangelio y los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba en sí todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y lugares... En una palabra, ¡que el amor es eterno...! Entonces, al borde de mi alegría delirante, exclamé: ¡Jesús, amor mío..., al fin he encontrado mi vocación! ¡Mi vocación es el amor...!» (*Historia de un alma*, IX –manuscrito B, 3vº–).

Ha sido proclamada Copatrona de las misiones –junto a san Francisco Javier (1506-1552)–, porque desde el monasterio apoyó mucho a los misioneros con su oración y sacrificio. También es Doctora de la Iglesia, pues su *Historia de un Alma* ha sido de gran ayuda para gente de toda clase y condición: tanto para grandes teólogos como para muchísima gente sencilla. No en vano, es uno de los libros cristianos más difundidos, habiendo sido traducido a más de 40 idiomas.

Beato Carlos de Foucauld

Tras quedar huérfano de padre y madre a los 5 años y pasar una infancia muy difícil, Carlos de Foucauld se alistó con 23 años en el ejército

francés y luchó en Argelia. Era ateo. En 1886, con 28 años, se convirtió gracias a la ayuda de un sacerdote y, tras visitar Tierra Santa, decidió entrar en 1890 en un monasterio cisterciense en Francia. A los seis meses le enviaron a Siria y allí profesó. Pero la vida en el monasterio no satisfizo sus deseos interiores, por lo que en 1897 abandonó la Orden y decidió ir a Palestina, concretamente a Nazaret, donde se puso a trabajar como sirviente en un monasterio de clarisas, dedicando mucho tiempo a la oración personal. Allí descubrió que Dios le pedía que fuese sacerdote, por ello regresó a Francia y con 41 años fue ordenado. Ese mismo año, 1901, se trasladó a Argel con el fin de colaborar en la conversión de sus habitantes y para llevar una vida de oración y penitencia. Primero lo hizo en el oasis de Beni Abbès, situado en el este de Argel. Vestido como un lugareño, vivía en una cabaña al estilo de los antiguos monjes del desierto y ayudaba material y espiritualmente a los que se acercaban a él. Allí escribió una *Regla* (1902) para los que quisieran adherirse a él. En 1905 se desplazó a un sistema montañoso situado al sur de Argel y se instaló en el oasis de Tamanrasset, donde murió con 48 años.

Carlos de Foucauld le daba mucha importancia a la humildad y la pobreza. Así, al ejemplo de Cristo, quiso ocupar el último lugar entre los seres humanos. Ello supuso en él un duro proceso de desprendimiento. Su meta era ser un pobre que vive entre pobres con el fin de que Jesús esté presente entre ellos. El 23 de junio de 1901 le escribió a su amigo Henry des Castries contándole que le gustaría habitar en...

«...una especie de humilde y pequeña ermita en la que algunos pobres monjes puedan vivir de algunos frutos y de un poco de cebada recogidos con sus manos, llevando una vida de estricta clausura, penitencia y adoración al Santísimo Sacramento, no saliendo del claustro ni predicando, sino dando hospitalidad a todo el que venga, bueno o malo, amigo o enemigo, musulmán o cristiano».

Para él fue un gran referente la Sagrada Familia en su hogar de Nazaret. Enfocaba su vocación contemplativa como una vida en medio del mundo puesta al servicio de aquel que la necesite. El 8 de abril 1905, poco antes de partir del oasis de Beni Abbès, escribió esto a Monseñor Caron:

«Mis últimos retiros de diaconado y sacerdocio me han mostrado que la vida de Nazaret, mi vocación, es preciso llevarla no a la Tierra Santa tan amada, sino entre las almas más enfermas, las ovejas más abandonadas. Este banquete divino del que yo soy ministro, es preciso presentarlo, no a los hermanos, a los parientes, a los vecinos ricos, sino a los más cojos, a los más ciegos, a las almas más abandonadas, a las más necesitadas de un sacerdote».

Carlos predicaba con el ejemplo, fundamentalmente con la caridad fraterna. Así lo escribió en Tamanrasset en 1909:

«Mi apostolado debe ser el apostolado de la bondad; viéndome, deben decir: “Ya que este hombre es así de bueno, su religión debe ser buena”. Si alguien pregunta por qué soy dulce y bueno, debo decir: “Porque soy el servidor de un bien mayor que yo, si tú supieras cuán bueno es mi maestro Jesús...”. Me gustaría ser lo bastante bueno para que se diga: “Si así es el servidor, cómo pues será el maestro”».

A partir de la atrayente espiritualidad plasmada en sus escritos, surgieron en 1933 dos Congregaciones: los *Hermanitos de Jesús* y las *Hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús*. Ambas siguen la Regla escrita por el «hermanito» Carlos de Foucauld. En la actualidad su carisma está bastante extendido y ayuda a muchas personas a seguir fielmente a Cristo.

San Rafael Arnaiz

Su familia era cristiana y adinerada. Estudió en Madrid arquitectura, pero con 23 años decidió dejarlo todo para entrar en el monasterio cisterciense —o Trapa— de San Isidro de Dueñas, en Palencia. Desgraciadamente contrajo un tipo de diabetes que por entonces era incurable. A causa de ello, después de salir tres veces del monasterio, falleció en él con 28 años. Gracias a su ejemplo de vida y a los textos espirituales que dejó, pronto se convirtió en un gran referente, por lo que muchos hombres y mujeres se han acercado a San Isidro de Dueñas y a otros monasterios cistercienses buscando la experiencia espiritual del «hermano Rafael». En las Jornadas Mundiales de la Juventud celebradas en Madrid en 2011 se le presentó como un gran modelo para la juventud.

Su vivencia interior gira en torno a la entrega total a Dios y a sus hermanos de comunidad. Por ello no es de extrañar que deseara fervorosamente participar de la Cruz en la que Jesús nos amó hasta el extremo, y de la Eucaristía, en la que hacemos memorial de su muerte y resurrección. Como consecuencia de su entrega a Dios, destacó por su gran humildad y por su profunda e intensa oración. Todo esto lo refleja en sus escritos, que destacan por su belleza, sencillez y espontaneidad. Son unos textos místicos de gran valor. El 31 de enero de 1938, tres meses antes de morir, escribió lo siguiente en el monasterio:

«Dios mío..., Dios mío, enséñame a amar tu Cruz. Enséñame a amar la absoluta soledad de todo y de todos. Comprendo, Señor, que es así como me quieres, que es así de la única manera que puedes doblegar a Ti este corazón tan lleno de mundo y tan ocupado en vanidades.

Así, en la soledad en que me pones, me enseñarás la vanidad de todo, me hablarás Tú solo al corazón y mi alma se regocijará en Ti. Pero sufro mucho, Señor..., cuando la tentación aprieta y Tú te escondes... ¡cómo pesan mis angustias!... ¡Silencio pides!... Señor, silencio te ofrezco. ¡Vida oculta!... Señor, sea la Trapa mi escondrijo. ¡Sacrificio!... Señor, ¿qué te diré?, todo por Ti lo di. ¡Renuncia!... Mi voluntad es tuya, Señor. ¿Qué queréis, Señor, de mí?...».

Thomas Merton

Su padre era neozelandés y su madre, que murió cuando él tenía seis años, estadounidense. Debido al trabajo de su padre, cambió su residencia varias veces, de tal forma que nació en Francia y después vivió en las Bermudas, Estados Unidos e Inglaterra, donde estudió en la Universidad de Cambridge y siguió sus estudios en Nueva York –en la Universidad de Columbia– alcanzando el doctorado. Con 23 años se convirtió al catolicismo, y tras cuatro años dando clases, decidió ingresar en el monasterio cisterciense de Nuestra Señora de Getsemaní en Kentucky. En 1949 se ordenó sacerdote. Tras una vida dedicada al estudio de la espiritualidad y a trabajar por el diálogo religioso, la igualdad racial y el pacifismo, falleció con 53 años en Bangkok, donde asistía a un encuentro entre cristianos y budistas.

Dejó treinta libros y muchos artículos y poemas. Su obra más difundida es su autobiografía: *La montaña de los siete círculos* (1948). En la actualidad su pensamiento es muy estudiado. A nivel intelectual, hizo un gran esfuerzo por recuperar la tradición espiritual cristiana y actualizarla, abriéndola al pensamiento contemporáneo y al diálogo interreligioso, con el fin de hacerla creíble, asequible y realmente útil a las personas. A nivel místico, Merton era un buscador del apofatismo, es decir, del vaciamiento. Sus maestros preferidos eran el Maestro Eckhart, Juliana de Norwich y san Juan de la Cruz. Pero también supo enriquecerse con el pensamiento de Paul Tillich, el existencialismo y el budismo. Ante el individualismo que ya hacía mella en la sociedad occidental de su época, Merton trató de recuperar a la persona humana haciendo ver que todos y cada uno de nosotros somos imagen de Dios: ese es nuestro «verdadero ser».

12. LA ESPIRITUALIDAD ACTUAL

Llegamos al momento actual, marcado por el Concilio Vaticano II (1962-1965) y los importantes acontecimientos que la humanidad ha vivido en estos últimos años. Ciertamente, poco se parece la Iglesia de ahora a la preconiliar. Muchos aspectos han mejorado, pero han surgido otros problemas, como el gran incremento del agnosticismo, el traspaso de millones de católicos a las Iglesias protestantes en Latinoamérica, la escasez de vocaciones para el sacerdocio y la vida religiosa, el alarmante aumento de abortos y divorcios, y la desorientación que viven algunos cristianos a causa de diversas y atrayentes corrientes espirituales que proceden de fuera del seno eclesial. Pero debemos tener esperanza. El pasado nos enseña que la Iglesia ha superado momentos aún más difíciles, pues el Espíritu Santo siempre ha estado con ella, ayudándola.

CONTEXTO

Tras la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) el mundo se dividió en dos bandos opuestos: el *capitalista*, y el *comunista*, comandados respectivamente por Estados Unidos y la antigua Unión Soviética. Ello trajo consigo la llamada «Guerra Fría» mediante la cual ambas superpotencias pretendían desestabilizarse y debilitarse mutuamente, lo que produjo numerosos conflictos en países no desarrollados, pues ambas superpotencias buscaban situar en el poder a gobernantes de su ideología, aunque fuese a costa de sangrientas guerras civiles. Por otra parte, los ciudadanos de los países directamente implicados en la Guerra Fría vivieron bajo el miedo a un inminente conflicto nuclear que habría podido arrasarse la superficie del planeta.

En el mundo occidental, Estados Unidos impulsó un sistema político que propició un rápido crecimiento económico y consolidó los grandes ideales de las revoluciones liberales del siglo XIX: el gobierno democrático, la economía capitalista y un amplio régimen de libertades. Pero, a diferencia de lo que pasó en el siglo XIX, tras la Segunda Guerra Mundial no se atacó a la Iglesia y, si bien la mayoría de los gobiernos democráticos eran aconfesionales, le dieron un lugar dentro de la sociedad. A mediados de los años 50 esto ya era una realidad. Sin embargo, en los países del bloque comunista, los cristianos católicos sufrieron una dura persecución.

En los años 80 era cada vez más evidente que el régimen comunista soviético estaba en clara desventaja económica y social respecto al exitoso

capitalismo occidental. El cambio se inició en 1985 cuando Mijaíl Gorbachov fue nombrado Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética, y comenzó un proceso de reestructuración política – *Perestroika*– y de apertura o transparencia –*Glasnost*–. Pero esto no sólo no solucionó la penosa y decadente situación de la Unión Soviética sino que, aprovechando su patente debilidad, los otros países comunistas que formaban parte de la órbita soviética lo vieron como una ocasión para desligarse de su férreo control.

El acontecimiento clave para el rápido desmoronamiento del régimen soviético es «la caída del muro de Berlín»: cuando el gobierno comunista de la antigua República Democrática Alemana, cediendo a las crecientes presiones sociales, en diciembre de 1989 abrió el paso en el muro que separaba Berlín oriental del Berlín occidental, que formaba parte de la antigua República Federal Alemana. Después de eso, el derrumbe del régimen soviético fue imparable, de tal forma que en pocos años todos los países que formaban parte de él adoptaron el sistema capitalista y dieron total libertad de culto, por lo que la Iglesia católica emprendió una misión de reevangelización enviando a numerosos sacerdotes y religiosos, lo cual, por desgracia, no ha sido bien acogido por las Iglesias ortodoxas de aquellos países.

Este cambio también afectó a China que, si bien no ha dejado de ser una república comunista y sigue poniendo muchas trabas a los cristianos, está dando pasos económicos importantes y ya es una superpotencia económica. Además, en Latinoamérica han ido cayendo los regímenes autoritarios y han sido reemplazados por otros democráticos. En definitiva, el resultado de la caída del muro de Berlín es un mundo mayoritariamente democrático y, sobre todo, capitalista, cuyo frágil equilibrio es mantenido por el poderío militar de Estados Unidos.

A partir del hundimiento soviético, y gracias a los avances en los transportes y los medios de comunicación, se ha implantado la llamada «globalización» que, básicamente, consiste en que en cualquier lugar del mundo podemos conseguir casi cualquier producto u obtener información procedente de la otra punta del mundo. Es decir, todo lo que es útil y rentable en algún lugar concreto, es susceptible de ser difundido por todo el mundo. Por ello, lo que triunfa en un sitio, rápidamente se universaliza. Y esto se va acentuando a medida que los sistemas de comunicación (televisión, Internet, telefonía móvil, etc.) son cada vez más eficientes y accesibles a la mayoría de los habitantes del planeta.

Pero la información y el comercio son controlados por unas pocas empresas, por lo que una considerable proporción de la humanidad

consume productos similares y escucha casi la misma información. Ello está produciendo una rápida homogenización en las costumbres y mentalidad de las personas. El inglés ha pasado a ser la lengua internacional y la democracia capitalista es asumida mayoritariamente como el mejor sistema político.

Pues bien, la Iglesia ha mostrado reticencias respecto a este sistema económico y a los valores que se están globalizando, pues no son siempre acordes al Evangelio, y quienes más lo sufren es esa inmensa cantidad de personas desfavorecidas de las que el sistema global se aprovecha para aumentar sus beneficios.

CONCILIO VATICANO II

Los grandes cambios sociopolíticos que sobrevinieron tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y la no beligerancia antieclesial por parte de los países democráticos, provocó que en el seno de la Iglesia hubiese cada vez más personas que considerasen que las nuevas circunstancias hacían innecesario y perjudicial que ésta siguiese enclaustrada en el pasado. Lo cierto es que la religión católica había quedado, en cierto modo, desfasada: lo dictaminado por el Concilio de Trento (1545-1563), que en buena medida seguía vigente, no era capaz de dar respuesta a la nueva sociedad de la posguerra. Por ejemplo, no se entendía por qué el latín, una lengua muerta, tenía que seguir siendo el idioma en el que se celebraba la Eucaristía en todo el mundo.

Estando así las cosas, san Juan XXIII (1881-1963), elegido Papa en 1958, convocó el Concilio Ecuménico Vaticano II y para ello se apoyó en los teólogos de la Nouvelle Théologie, algunos de los cuales habían sido sancionados años atrás por la Santa Sede por ser demasiado «aperturistas». Como veremos más adelante, el Concilio implantó grandes cambios en la Iglesia, de tal forma que la introdujo en la sociedad actual y abrió su teología al pensamiento contemporáneo.

Vuelta a las fuentes

El Concilio Vaticano II tuvo lugar entre los años 1962 y 1965. El anciano Papa san Juan XXIII falleció en 1963 y fue sustituido por Pablo VI (1897-1978), que llevó el Concilio a su término. Éste se centró en la vida interna de la Iglesia y en su misión en el mundo. Y se apoyó en esta clave: la vuelta a las fuentes. Después de más de 19 siglos de historia, el Concilio consideró que era necesario retornar a los orígenes fundacionales de la Iglesia. Es ahí donde el pueblo fiel debe asentar su relación con Dios.

Veamos a continuación los principales aportes a la espiritualidad de los documentos conciliares.

En la Constitución *Dei Verbum* se afirma que la Sagrada Escritura es la «norma de las normas». Es la Palabra de Dios y, por tanto, está por encima de la Iglesia jerárquica y del pueblo fiel. Como resultado, tras el Concilio la Iglesia decidió permitir al pueblo fiel leer la Biblia en su lengua nativa, aunque insiste en que es el Magisterio el que la interpreta correctamente. Gracias a ello, todos podemos ahora acudir directamente a la Palabra de Dios para meditarla, orarla, interiorizarla y hacerla vida.

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* es fruto del Movimiento Litúrgico iniciado en el siglo XIX. En ella se afirma la importancia de la liturgia como fuente de la que dimana la fuerza de la Iglesia y, a su vez, es cumbre de su actividad. Tras el Concilio se va a permitir a las Conferencias episcopales elaborar formas litúrgicas diferenciadas, reemplazando el latín por las lenguas nativas. Ello le da a la liturgia una cierta capacidad de adaptación a las circunstancias particulares de cada región. Esto, ciertamente, ha ayudado mucho al pueblo fiel a compartir su experiencia de Dios en comunidad.

El Concilio define a la Iglesia como «Pueblo de Dios» y «Cuerpo místico de Cristo». La Iglesia es una comunidad que se encamina unida hacia la plenitud del Reino de Dios. Dada su «catolicidad» —es decir, su universalidad—, en el seno de la Iglesia hay una gran diversidad de culturas y mentalidades que la enriquecen como comunidad. Tras asumir esta realidad en el Concilio, la Iglesia ha ido perdiendo desde entonces su carácter típicamente europeo y occidental, y se ha universalizado.

El Concilio afirma que todos los cristianos somos llamados por igual a la santidad. Esto acaba definitivamente con la separación de la ascética y la mística, que surgió en el siglo XVII y que consideraba que la mayoría del pueblo fiel estaba menos capacitado para relacionarse místicamente con Dios y para ser santo. Asimismo, da un gran valor a la forma de vida laical, pues, efectivamente, los laicos están llamados a santificar el mundo en el que viven inmersos.

También se aboga por tender lazos de unión con las Iglesias separadas: ortodoxas y protestantes. Se da así comienzo a un importante diálogo ecuménico. De igual modo, la Iglesia se abrió a lo mucho que pueden aportar otras religiones, pues «reflejan [...] un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (*Nostra aetate*, 2). Pero el Concilio también deja claro que nunca hay que perder de vista que Jesús es el Hijo de Dios, el verdadero «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14,6).

Asimismo, el Concilio también nos anima a enriquecer nuestra fe y espiritualidad con todo lo bueno que hay en el pensamiento contemporáneo. Pues bien, gracias a esta apertura, la espiritualidad cristiana se ha enriquecido mucho, como ya lo hizo en la Antigüedad cuando se abrió al pensamiento grecorromano.

Revolución del 68

Hay un acontecimiento que influyó mucho en la aplicación del Concilio Vaticano II: la Revolución del 68, emprendida por jóvenes del mundo occidental que habían nacido tras la paz de 1945 y no compartían los valores de sus padres, los cuales habían sido moldeados por las penurias de la guerra y el duro trabajo de reconstruir su país. Éstos encarnaban un mundo «arcaico» en el que los jóvenes no encajaban. Bueno, pues esta situación estalló en 1968, primero en Checoslovaquia –en la *Primavera de Praga*–, después en París –en el *Mayo del 68*– y de ahí se extendió por otros muchos países. En todos ellos, los jóvenes protestaban contra el poder y el estatus establecido.

Pues bien, esto se hizo sentir en el seno de la Iglesia, ya que los cambios introducidos por el Concilio Vaticano II fueron interpretados en clave de Revolución del 68 en algunos ámbitos de la Iglesia. Esto provocó ciertas exageraciones y desatinos. Como reacción a todo ello, el cardenal francés Marcel Lefebvre (1905-1991) fundó en 1970 la *Hermandad Sacerdotal San Pío X*, la cual rechaza el Concilio Vaticano II y se guía por ideas integristas que propugnan la aplicación inflexible de la doctrina católica anterior a este Concilio. Fue declarada cismática en 1988 por la Santa Sede y, a pesar de los muchos esfuerzos que los Papas han hecho para reintegrarla en el seno de la Iglesia católica, aún sigue separada.

Espiritualidad posconciliar

Veamos ahora, a grandes rasgos, algunos puntos positivos y negativos de la espiritualidad posconciliar.

- Ciertamente, la apertura a todas las culturas, saberes y religiones, ha beneficiado mucho a la espiritualidad. Pero también hay que reconocer que ha habido excesos, sobre todo porque a veces se han relativizado demasiado los fundamentos de la fe.
- Desde siglos atrás, la teología y la espiritualidad en la Iglesia católica venían girando fundamentalmente en torno a Cristo y su Padre. Bueno, pues gracias al Concilio la figura del Espíritu Santo recuperó su lugar primordial.

- También se produce una especie de «desacralización» de la espiritualidad. Si antes se pensaba que los sacerdotes y los religiosos estaban más «cerca» de Dios, y que todo creyente debía orar ayudándose de lugares, objetos o textos «sagrados», a partir del Concilio Vaticano II la Iglesia nos dice que todos por igual podemos orar a Dios, dependiendo de nuestras circunstancias, siempre que lo hagamos «en espíritu y verdad» (Jn 4,23). Esto ayudó a superar el ritualismo y el puro cumplimiento e hizo más vivencial la espiritualidad. Por desgracia, en esto hubo también muchos abusos, sobre todo litúrgicos.
- A nivel artístico, se ofrece una imagen de Jesús, María y los santos muy adaptada a la mentalidad actual. Se resalta su aspecto humano, cariñoso y cercano. Incluso se dibujan comics y viñetas de contenido religioso, pensando sobre todo en los niños y los jóvenes.
- Por su parte, la vida religiosa hizo un gran esfuerzo en retornar a sus fuentes, es decir, a la espiritualidad de sus fundadores. También tuvo que adaptarse a lo dictaminado por el Concilio y al mundo actual. Todo esto obligó a los Institutos religiosos a modificar su legislación y, por tanto, a reformarse.
- Asimismo, lo comunitario pasó a ser muy importante, de tal forma que reemplazó en parte a lo institucional. La referencia de los religiosos y los laicos dejó de ser la Iglesia o el Instituto religioso en tanto que *institución*, y pasó a serlo la parroquia o el convento en tanto que *comunidad*.
- Además, se le dio una gran importancia a los más necesitados. La «opción preferencial por los pobres» se convirtió en un valor fundamental. Ciertamente, esto ayudó a que la Iglesia se resituase evangélicamente. Pero desgraciadamente hubo quienes lo politizaron, lo que obligó al Magisterio a poner límites.
- La liturgia se flexibilizó, se modernizó y se acercó al pueblo fiel. La Eucaristía se celebra ahora en la lengua nativa de los asistentes y el sacerdote celebra de cara al pueblo. A partir del Concilio se ve normal –y bueno– comulgar cada vez que se asiste a la Eucaristía, aunque sea diariamente, siempre que la persona no considere que ha cometido un grave pecado que necesite ser perdonado en el sacramento de la Reconciliación. Por otra parte, la oración comunitaria se simplifica y también se hace en la lengua nativa. Esto ayuda mucho a compartir la fe y la experiencia de Dios. Pero, por desgracia, en la liturgia se hicieron a veces cambios demasiado

drásticos o, incluso, faltos de sentido. Por eso la Iglesia tuvo que tomar medidas para reencauzar la liturgia.

- Ante la modernización de la liturgia, la piedad popular pasó a ser considerada como algo «anticuado» y «desfasado». Ello provocó que entrase momentáneamente en crisis, lo cual se aprovechó para depurarla y mejorarla. Pero, desafortunadamente, también se eliminaron elementos valiosos que al pueblo fiel le ayudaban espiritualmente. Esto también lo sufrió la devoción a María. Además, hubo quien consideró que la piedad mariana era un obstáculo para el diálogo ecuménico con los protestantes. Afortunadamente, pasados unos años, el sentido común se ha impuesto, y la piedad popular y la devoción a María han recuperado fuerza entre el pueblo fiel.

IGLESIA LATINOAMERICANA

Teología de la Liberación

El Concilio Vaticano II tuvo una significativa aplicación en Latinoamérica: la Teología de la Liberación, que busca liberar a las personas más desfavorecidas por medio del Evangelio. Tiene su origen en el documento redactado en la segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrado en Medellín en agosto de 1968. Los teólogos que desarrollaron esta corriente —el dominico Gustavo Gutiérrez, el jesuita Jon Sobrino, el franciscano Leonardo Boff, etc.—, tras haber estudiado en Europa una teología muy influenciada por la *Nouvelle Théologie*, decidieron hacer un gran esfuerzo por desarrollar una teología adaptada a la realidad latinoamericana.

Efectivamente, la Teología de la Liberación busca aplicar el Evangelio en el contexto social, cultural y político latinoamericano con el fin de conseguir, en la práctica, una verdadera liberación de los oprimidos. Difunde el Evangelio por medio de *comunidades de base*, formadas por un pequeño grupo de personas que se reúnen para meditar textos bíblicos y reflexionar sobre cómo ayudar a los más pobres. Fuera del ámbito latinoamericano, las ideas de la Teología de la Liberación reforzaron la experiencia cristiana «revolucionaria» que a raíz de la Revolución del 68 se vivió en los países occidentales en los años 70 y 80.

Durante esas dos décadas tuvo mucho éxito y difusión, pero después entró en declive por varios motivos. Por una parte, algunos de sus teólogos cayeron en excesos ideológicos de carácter marxista, que fueron rechazados y corregidos por la Santa Sede. Asimismo, la Teología de la

Liberación se quedó aislada académicamente porque sus propios teólogos no aceptaron que se abriesen cátedras de esta teología fuera de Latinoamérica. Por último, la llegada de la posmodernidad, de la que hablaremos en breve, ha provocado una pérdida de interés por una teología tan idealista y utópica.

Pero es importante subrayar que la gran mayoría de sus teólogos se han mantenido fieles a la doctrina de la Iglesia y han aportado un modo muy encarnado de hacer teología y de relacionarse con Dios.

Proliferación de Iglesias protestantes

Simultáneamente a la irrupción de la Teología de la Liberación, se produjo en Latinoamérica la llegada de muchas iglesias protestantes – evangélicas y pentecostales– procedentes de Estados Unidos. Esto ha provocado que, desde la década de 1970, el catolicismo haya perdido –y siga perdiendo– a muchos de sus fieles, que se pasan a estas Iglesias. Hay varios motivos importantes:

- El catolicismo es percibido en Latinoamérica como una religión muy institucionalizada y clericalizada, donde los sacerdotes tienen un estatus social superior, mientras que las Iglesias protestantes a menudo son guiadas «carismáticamente» por personas del mismo nivel social y cultural que sus feligreses.
- Asimismo, el catolicismo es visto por muchos latinoamericanos como una religión que, por costumbre, pasa de una generación a la siguiente. También se ve como algo cultural o, incluso, como un elemento folclórico. Sin embargo, la fe que transmiten las nuevas Iglesias protestantes se vive como un descubrimiento personal del creyente, para quien Jesús, o el Espíritu Santo, se hace presente en su vida.
- Aparentemente, da la impresión de que el catolicismo le da una gran importancia al acatamiento de una férrea doctrina que se entiende poco y no parece que cambie la vida. Por el contrario, las Iglesias protestantes se apoyan –aparentemente– en la pura vivencia del Evangelio.
- En las Misas católicas muchos latinoamericanos se sienten como una masa que se limita a ver y escuchar pasivamente unos ritos, oraciones y sermones que apenas les transmiten nada. Sin embargo, esas mismas personas sienten que participan activamente en las celebraciones evangélicas o pentecostales, y en ellas creen experimentar fuertemente la acción de Dios.

Ciertamente, es preciso aprender de los elementos positivos que ofrecen las Iglesias evangélicas y pentecostales. Pero también hay que tener en cuenta que, desgraciadamente, debajo de sus ritos y celebraciones hay en muchas ocasiones un gran engaño psicológico, económico y, sobre todo, espiritual. Y algunos de sus líderes son personas fanáticas de escasa moral y dudosa religiosidad. Asimismo, en muchas ocasiones, estas Iglesias pecan de un abusivo proselitismo –invitando a dejar el catolicismo a los que ellos ayudan materialmente– y un prepotente anticatolicismo –por medio de emisiones de radio y televisión–. Y resulta desconcertante –y descorazonador– ver cómo, en la actualidad, las Iglesias evangélicas y pentecostales se hacen llamar popularmente «Iglesias cristianas», frente a nosotros, que nos definen como «católicos».

Los Papas y los obispos están haciendo un gran esfuerzo por contrarrestar la atractiva imagen de las Iglesias protestantes, alentando a las comunidades eclesiales a mejorar su vivencia de la fe, pues Jesús se hace realmente presente en nuestras vidas cuando participamos de lleno en la espiritualidad de la Iglesia católica. Concretamente, el Papa Francisco conoce muy bien este problema, pues es latinoamericano, lo cual explica el contenido tan pastoral y vivificante de sus escritos, y la sencillez y cercanía de sus palabras y gestos, que tanto gustan al pueblo fiel. De cara a mejorar nuestra vivencia de la fe, es muy recomendable prestar atención a su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013).

Igualmente, la Iglesia católica se esfuerza por entablar con todas las otras Iglesias un fecundo –y difícil– diálogo ecuménico encaminado a alcanzar, algún día, la tan deseada unión de los cristianos.

SOCIEDAD POSMODERNA

Aunque comenzó a hablarse de la *posmodernidad* a finales de los años 70, es en los años 90 cuando pasó a ser una realidad global. La caída del muro de Berlín fue un acontecimiento clave, pues al convertirse la democracia capitalista en el sistema hegemónico, y quedando relegada la ideología comunista, dejó de haber grandes debates sobre valores y utopías y, a su vez, se acentuaron los intereses particulares de las personas y, sobre todo, de los Estados y las empresas. Pues bien, nos guste o no nos guste, es en esta sociedad donde la Iglesia debe predicar el Evangelio y donde los creyentes debemos relacionarnos espiritualmente con Dios.

Características de la posmodernidad

Para que la economía capitalista funcione es necesario que nosotros compremos productos, por ello la sociedad posmoderna nos educa a ser buenos consumidores. Y lo hace inculcándonos tres principios –o actitudes–: el relativismo, el utilitarismo y el individualismo. Analicemos a continuación la postura de un posmoderno radical, teniendo en cuenta que, de un modo u otro, todos podemos caer en algunas de sus faltas, pues formamos parte de esta sociedad.

El posmoderno radical es relativista. Para él no hay valores absolutos –ya sean morales o religiosos– y, por tanto, no hay que darles demasiada importancia, de tal forma que la principal norma de su comportamiento es la legalidad vigente. Es decir, tiende a seguir este falso lema: «si las leyes lo permiten, entonces es bueno». Y algo parecido ocurre en el ámbito religioso: para el posmoderno radical todas las religiones tienen similar valor, de ahí que prefiera escoger lo que más le gusta de cada una de ellas. Este relativismo religioso explica que en Occidente sean cada vez más los que recurren a los «videntes», el esoterismo y las religiones orientales para solucionar sus problemas personales.

Asimismo, el posmoderno radical es utilitarista. Para él es muy importante ser útil y rentable. Aquel que hace cosas provechosas, es estimado en su trabajo... y en su parroquia. Por ello, no se valora la vida contemplativa en su pureza y gratuidad. La contemplación sólo es apreciada si se encuentra en ella algo que reporte un beneficio, como mejorar la salud física y mental, estar a bien con Dios o disfrutar de la consolación espiritual.

Y el posmoderno radical es individualista. Dado que todo es relativo, lo más útil para él es preocuparse fundamentalmente de sí mismo. Por ello tiende a ver su persona como el centro de su vida y el principal foco de atención. Su familia, su comunidad o su fe son algo más bien secundario. Incluso puede ser capaz de sacrificarlos si los ve como una seria amenaza para su bienestar o su interés. Ello explica la gran cantidad de matrimonios que se divorcian, o de sacerdotes y religiosos que recuperan su condición laical. En la vida religiosa es curioso ver cómo en pocos años se ha producido esta evolución: (1º) religiosos para los que su Instituto lo era todo y por él hacían lo que fuese, (2º) han pasado, tras el Concilio Vaticano II, a primar ante todo el sentir de su comunidad y, (3º) transcurridos unos años, entrando en la posmodernidad, ahora prefieren centrarse principalmente en lo que ellos consideran que es importante. Ciertamente, el excesivo individualismo es un grave problema actual en las parroquias, las comunidades religiosas y las familias.

Agnosticismo, consumismo espiritual y el peligro de la Nueva Era

Bueno, pues los cambios sociales acaecidos desde los años 60 han hecho que millones de cristianos en Occidente, y cada vez más en todo el mundo, pongan en duda su fe y se desliguen de la Iglesia pasando al ateísmo y sobre todo al agnosticismo, es decir, a ser indiferentes ante el tema religioso. Asimismo, la secularización es ahora muy patente, pues la presencia del cristianismo en los espacios públicos es escasa, y la que aún se conserva genera frecuentes controversias. Tenemos un buen ejemplo en la fiesta de la Navidad, que en muchos ámbitos ha perdido todo su carácter religioso, pasando a ser la época del año en la que más dinero se gasta en comidas y regalos.

Pero esto no significa que la espiritualidad esté en declive, más bien ocurre todo lo contrario. Actualmente muchas personas se lanzan a una búsqueda espiritual que tiene mucho de «consumista», pues manejan el mismo criterio que usarían para comprar un producto: *el propio beneficio*. En esta búsqueda, Dios es algo secundario, pues consideran que lo prioritario son ellos mismos, ya que la sociedad así se lo ha inculcado. En respuesta a ello, están proliferando una gran diversidad de –supuestas– «espiritualidades» que se adaptan muy bien a la mentalidad posmoderna.

Probablemente, la más perniciosa de las nuevas espiritualidades es la *New Age* (Nueva Era). Aunque sus orígenes son anteriores, cobró mucho auge a partir de los años 80 y gracias a la globalización y la posmodernidad se ha extendido por todo el mundo, diversificándose en una multitud de corrientes. El Magisterio de la Iglesia ha expresado repetidas veces su rechazo hacia ella, advirtiendo de su peligrosidad a nivel espiritual. Propiamente no es una religión, sino una forma de ver la realidad que pretende ser una síntesis de aquello que tienen en común las religiones tradicionales, aunque las rechaza a todas ellas. No tiene ningún superior religioso. El término «Nueva Era» hace referencia a que –según los que creen en ello– en el año 2160 llegará una nueva era: la Era del Acuario, que traerá consigo un cambio religioso radical.

Esta forma de ver la realidad está enraizada fundamentalmente en las religiones orientales, aunque son interpretadas con mentalidad occidental. Hace uso de todo saber psicológico, científico o religioso que no imponga doctrinas ni dogmas y que acepte que todos formamos parte de un mismo ser: el Cosmos, que es la Diosa Madre. Así, según esta visión *panteísta* del mundo, todos somos «Dios», porque compartimos con el resto de los seres la esencia divina de la Diosa Madre. Pero necesitamos pasar por diversas *reencarnaciones* para alcanzar la plena divinización. Asimismo, afirma que toda la humanidad comparte una misma *consciencia transpersonal* –o

cósmica— a la que accedemos cuando descendemos interiormente hasta lo más profundo del propio yo. Esa conciencia transpersonal nos comunica con la Diosa Madre de la que formamos parte. Y esta comunicación espiritual nos hace sentir bien.

Asimismo, la Nueva Era acepta la existencia de seres, poderes y saberes ocultos, a los que podemos acceder por medio del espiritismo, la brujería, la magia, los alucinógenos, las artes adivinatorias y los seres extraterrestres. Pues bien, por muy chocante que todo esto nos pueda resultar, muchas personas normales creen en estas cosas, pues están presentes en los medios de comunicación, las novelas, las películas y hasta en los juguetes de los niños. Y muchos cristianos han asumido parte de estas creencias.

Reacción de la Iglesia y nueva evangelización

Ante los errores en los que, en ciertas ocasiones, se ha caído a causa de una mala asimilación de lo expuesto por el Concilio Vaticano II y también debido a la irrupción de la posmodernidad, la Iglesia ha tenido que reaccionar, a nivel teológico: aclarando la doctrina de la Iglesia, por medio, por ejemplo, del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) y los documentos de los Papas, destacando los del gran teólogo Benedicto XVI; a nivel litúrgico: consolidando y clarificando las normas celebrativas; a nivel pastoral: acercando el Evangelio al pueblo fiel gracias a grandes movilizaciones populares como, por ejemplo, las Jornadas Mundiales de la Juventud, y abriéndose a las nuevas tecnologías: WhatsApp, Facebook, Twitter, etc.; y a nivel espiritual: adaptando la espiritualidad cristiana al lenguaje y los parámetros culturales actuales, y purificando los elementos tomados erróneamente de otras religiones y filosofías.

Obviamente, es posible enriquecerse con otras religiones y espiritualidades sin poner en juego la fe cristiana. De hecho, hay buenos creyentes que, manteniendo intacta su fidelidad al Evangelio y a la Iglesia, se apoyan prudentemente en ciertas técnicas espirituales procedentes, por ejemplo, de religiones orientales o de escuelas psicológicas, para mejorar su relación con Dios. Recordemos que la Iglesia se enriqueció mucho gracias a los aportes espirituales provenientes, entre otros, del platonismo y el estoicismo. De hecho, en el Concilio Vaticano II se afirma que la Iglesia «exhorta a sus hijos a que, con prudencia y caridad, mediante el diálogo y la colaboración con los seguidores de otras religiones, dando testimonio de fe y vida cristiana, reconozcan, guarden y promuevan aquellos bienes espirituales y morales, así como los valores socio-culturales que se encuentran en ellos» (*Nostra aetate*, 2). De hecho, podemos constatar que la espiritualidad cristiana actual se ha enriquecido con ciertas técnicas

orientales de meditación, con la psicología humanista y con la espiritualidad ruso-bizantina. Ciertamente, dado lo complejo que todo esto puede resultar, el Magisterio de la Iglesia tiene la importante tarea de clarificarlo y encauzarlo.

Pero, ante todo, de cara al mundo actual, los cristianos tenemos la misión de evangelizarlo. Es la «nueva evangelización» promovida por la Iglesia. No se trata tanto de actuar con amenazas y prohibiciones morales o religiosas, pues en la sociedad posmoderna éstas tienen poco efecto o incluso el efecto contrario, sino, más bien, de mostrar la bondad de los valores predicados por Jesús, como son: el respeto que merece toda vida humana, también la de los no-nacidos y los enfermos terminales; la fuerza del amor, que hace que sea realmente irrompible el matrimonio y cualquier otro compromiso evangélico; la felicidad que se obtiene al renunciar a nuestros caprichos por el bien de los demás; la profunda experiencia de Dios que tenemos al ayudar a los necesitados; o lo saludable que es cuidar de la naturaleza, aunque sea a costa de nuestra comodidad. Y sobre todo, tenemos que dar testimonio de que Dios no es un «objeto de consumo», sino un Ser infinitamente superior e infinitamente misericordioso, que desea que sigamos su Evangelio para que así nos unamos amorosamente a Él y experimentemos la auténtica felicidad.

REFERENCIAS VIVAS DE SANTIDAD

El Papa

Con san Juan Pablo II (1920-2005) la figura del Papa adquirió una gran relevancia internacional. Gracias al buen uso de los medios de comunicación y a sus viajes pastorales, en este periodo actual los Papas se ofrecen en al mundo como un ejemplo de santidad. Llama la atención lo bien que ha sabido aprovechar el Papa Francisco su fuerza mediática para dar testimonio del Evangelio al mundo entero. Se trata de un personaje mundialmente valorado y querido, por medio del cual la Iglesia ofrece una imagen muy contemporánea de su fe.

Clero y vida religiosa

A lo largo de la historia, el clero y la vida religiosa han sido una gran referencia de santidad para todos. Ahora también es así, pero, por desgracia, ambas formas de vida están pasando por una grave crisis. En Occidente, hasta los años 60-70, la vida religiosa y el clero secular ofrecían un modo de vida muy valorado, al menos en el ámbito católico. Asimismo, estaban abundantemente nutridos de vocaciones, pues éstas eran enviadas

por familias muy cristianas que tenían generalmente de cinco a diez hijos. Pero ahora, sin embargo, el sacerdocio y la vida consagrada se ven como algo extraño. Además, las familias se han descristianizado y sólo tienen uno o dos hijos. Por ello, entre las escasas vocaciones que actualmente surgen en los países occidentales, una buena proporción se trata de personas de más de 20 años, que ya han realizado todos sus estudios y están trabajando. Y con la globalización, este fenómeno vocacional se está extendiendo por todo el mundo.

A esto hay que añadir la gran cantidad de religiosos y sacerdotes que se secularizaron en los años 70 y 80 como resultado de los cambios sociales y religiosos que se vivieron por entonces. Hubo Institutos que perdieron más de un tercio de sus miembros. Y todo apunta a que de aquí al año 2050 habrán desaparecido multitud de Institutos religiosos, empezando por los más pequeños y menos significativos. Y asimismo, ante la carencia de clero secular, las diócesis tendrán que poner numerosas labores pastorales en manos de los laicos o de sacerdotes procedentes de nuevos Movimientos eclesiales.

Afortunadamente, el Espíritu Santo no deja de ayudar a la Iglesia. De hecho, desde mediados del siglo XX han surgido nuevas comunidades religiosas que han supuesto un cierto revulsivo. Vamos a hablar de dos de ellas: las Misioneras de la Caridad y la Comunidad Ecueménica de Taizé. A continuación nos centraremos en los tres principales Movimientos eclesiales que han surgido tras el Concilio Vaticano II: Comunión y Liberación, el Camino Neocatecumenal y la Renovación Carismática Católica. Estos y otros Movimientos tienen una gran capacidad de movilización de fieles y en ellos encontramos una importante referencia de santidad.

Misioneras de la Caridad

Aunque esta Congregación fue fundada poco antes del Concilio Vaticano II, fue después cuando se convirtió en un referente mundial. Viendo la televisión, uno puede constatar que, a nivel global, actualmente hay un gran modelo de santidad: el caritativo, representado por la Madre Teresa de Calcuta (1910-1997), fundadora de las *Misioneras de la Caridad* y premio Nobel de la Paz. El fenómeno de la globalización ha hecho de ella un ejemplo internacional de entrega desinteresada en un mundo en el que prima el individualismo egoísta.

Santa Teresa de Calcuta nació en Macedonia. Siendo niña escuchaba historias de misioneros jesuitas que estaban en la India, lo que le hizo desear ir a trabajar a aquel lejano país, surgiendo en ella, con 12 años, la

vocación religiosa. Seis años después tomó la decisión de seguir la llamada de Dios e ingresó en la *Congregación de la Bienaventurada Virgen María* –las hermanas de Loreto– cuya labor principal es educar a niños y jóvenes. Fue trasladada a Calcuta, donde hizo el noviciado, tras el cual comenzó su labor como maestra. En 1934 fue nombrada directora de un colegio. Pero, acabada la Segunda Guerra Mundial, recibió una segunda llamada de Dios para dedicar su vida a los más necesitados. Tenía 36 años. Fue entonces a París para formarse como asistente médica y al año siguiente, en 1948, la Santa Sede le dio permiso para dejar su Congregación y comenzar a trabajar para los indigentes de la India. Atraídas por su caritativa labor, se le unieron varias jóvenes. Entonces la Madre Teresa decidió definir los fundamentos de una nueva Congregación religiosa dedicada a los «más pobres entre los pobres».

Los primeros años fueron muy duros, pues apenas tenían recursos y se sentían desbordadas por el trabajo. Pero, con ayuda de Dios, vencieron las adversidades y en 1950 la Santa Sede les dio la autorización para que fundasen la nueva Congregación con la que soñaba la Madre Teresa: las *misioneras de la caridad*. Comenzó con 13 religiosas. Pronto fundaron residencias para moribundos, hospitales para leprosos y hogares para niños abandonados. Y a su vez, se multiplicaron las jóvenes que querían entrar en la Congregación y cada vez recibían más ayudas económicas. En 1963 la Madre Teresa fundó a los *hermanos misioneros de la caridad* y dos años más tarde comienza a enviar hermanas a otros países. Su admirable labor la convirtió en una conocida figura a nivel mundial, por lo que en 1979 obtuvo el Premio Nobel de la Paz. En 1984 fundó los *padres misioneros de la caridad*. Cuando falleció, con 87 años, las misioneras de la Caridad tenían 610 misiones en 123 países.

La espiritualidad de las misioneras y misioneros de la caridad está centrada en las obras asistenciales a los más necesitados: hogares de acogida para enfermos de sida, lepra y tuberculosis, comedores para pobres, orfanatos y escuelas. Pero más que ser «eficaces», su objetivo principal es canalizar el amor que Dios tiene a los más pequeños y desfavorecidos. Para poder llevar con alegría y entrega una labor tan dura, su vida regular es muy estricta y dedican muchas horas del día a la oración. Así consiguen contemplar a Cristo en todo lo que hacen, experimentando hondamente esto que Él nos dice:

«Venid, benditos de mi Padre, y recibid en herencia el Reino que os fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estaba de paso, y me alojasteis; desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y me vinisteis a ver» (Mt 25,34-36).

Comunidad Ecu­mérica de Taizé

Esta comunidad constituye un fenómeno muy importante en el ámbito de la vida monástica. Fue fundada por el teólogo calvinista suizo Roger Schutz (1915-2005) en Taizé, un pequeño pueblo del este de Francia. Allí compró una casa y se instaló junto a su hermana en 1940, poco después de comenzar la Segunda Guerra Mundial. Su objetivo era fundar una comunidad que ayudase a reconciliar evangélicamente a los contendientes de la guerra. Ambos vivían en un sano ambiente de pobreza y oración. Debido a que refugiaban en su casa a judíos y otras personas perseguidas por el régimen nazi, tuvieron que regresar a Suiza en 1942 ante el peligro de ser apresados.

En Ginebra se unieron al hermano Roger otros jóvenes que compartían su sueño y comenzaron a vivir en comunidad en un piso, llevando una vida de trabajo y oración, guardando el celibato y compartiendo los bienes. Acudían a orar a la catedral, por lo que un gran número de personas se unió a su oración. En 1944, estando Francia liberada, el hermano Roger y tres hermanos de su comunidad fueron a Taizé a retomar el proyecto inicial. Cinco años más tarde el hermano Roger y otros seis hermanos decidieron tomar el compromiso perpetuo de vivir allí en comunidad, celibato, pobreza y obediencia. Desde entonces esta comunidad ha ido creciendo poco a poco, y miles de personas, sobre todo jóvenes, han pasado por Taizé para compartir con los monjes su vida contemplativa y para vivir su ambiente ecuménico. También lo han hecho grandes líderes religiosos de las diversas Iglesias cristianas, entre otros el Papa san Juan Pablo II.

La comunidad de Taizé ha tenido desde su fundación una clara vocación ecuménica e internacional. En su carisma fundacional está el deseo de ser un signo visible de reconciliación y unidad de los cristianos. De hecho, en la actualidad, entre el centenar de hermanos que la componen hay más de treinta nacionalidades y varias confesiones cristianas. La pobreza es muy importante, pues no aceptan donativos y viven de lo que ganan con su humilde trabajo. También lo es la música como apoyo de su oración comunitaria, de tal forma que han creado un estilo propio que se basa en cantar en canon pequeñas frases, sacadas generalmente de los salmos. Este estilo musical se ha difundido por toda la Iglesia por su sencillez y belleza.

Aunque la comunidad de Taizé no busca constituir una «Orden monástica», sino una simple comunidad, ha fundado pequeñas comunidades en zonas pobres de África, América y Asia. Asimismo, desde

1978 organiza cada año en una gran ciudad europea un encuentro de cinco días en el que se reúnen personas de todo el mundo a orar.

Comunión y Liberación

El sacerdote Luigi Giussani (1922-2005) era profesor de religión en un liceo de Milán. En él fundó con alumnos suyos la *Juventud Estudiantil* en 1954. Su objetivo era hacer presente el cristianismo entre los jóvenes de enseñanzas medias. Poco a poco este Movimiento se fue extendiendo por otros centros de enseñanza. En 1965 el padre Giussani dejó la dirección del Movimiento. Pocos años después, debido a la Revolución del 68, muchos de los miembros de la Juventud Estudiantil abrazan las ideas marxistas y la dejan. Por ello, en 1969 el padre Giussani decidió refundar este Movimiento, pasando a llamarse *Comunión y Liberación* y adquiriendo, asimismo, una mayor madurez espiritual y nuevos retos, como el de implicarse también con jóvenes universitarios y adultos. A comienzos de la década de 1970 fue tomando cuerpo la *Escuela de Comunidad* cuyo fin era formar catequéticamente a los miembros del Movimiento. En esa época, además, Comunión y Liberación fue consolidando su presencia en las Universidades italianas. En 1975 el Papa Pablo VI le expresó su apoyo, aunque fue en 1980 cuando recibió el primer reconocimiento oficial por parte de la Iglesia, convirtiéndose en *Asociación universal de fieles* en 1982. Dado su carácter misionero, son cada vez más los laicos y los sacerdotes los que se suman a esta fraternidad, expandiéndose rápidamente por el mundo.

Comunión y Liberación es un Movimiento eclesial que busca educar cristianamente a sus miembros con el fin de poder evangelizar a la sociedad. Asimismo, quiere hacer presente el cristianismo en el mundo actual por medio de su presencia en los medios de comunicación y en otras plataformas sociales. Ofrece a la sociedad una espiritualidad con un fuerte carácter vivencial y comunitario. Su nombre: «Comunión y Liberación», hace referencia a que la fe cristiana, vivida en comunión, da como fruto la verdadera liberación.

Camino Neocatecumenal

Fue germinando en los años 60 gracias a la labor de los laicos Kiko Argüello y Carmen Hernández en un barrio marginal de Madrid: las Palomeras Altas. Allí, además de ofrecer ayuda material a los pobres, ejercieron una gran labor de evangelización entre ellos. Por ello, el arzobispo de Madrid les invitó a extender su tarea por otras parroquias. Aquellas experiencias les sirvieron para reflexionar sobre el valor del sacramento del Bautismo y sobre la importancia de la maduración de la fe.

Más tarde, en 1968, fueron invitados a propagar su labor en suburbios de Roma, y de ahí se extendieron por otros países. En abril de 1970, en Majadahonda (Madrid), Kiko, Carmen y otros responsables y párrocos se reunieron para reflexionar sobre la identidad de las comunidades que estaban surgiendo en las parroquias. Allí se definieron los elementos fundamentales de su metodología y carisma apostólico. En 1974 la Congregación para el Culto Divino les dio públicamente su apoyo, y en 1990 el Papa san Juan Pablo II reconoció formalmente al *Camino Neocatecumenal* y animó a los obispos a que le ayudaran. La Santa Sede aprobó en 2008 sus *Estatutos* y en 2011 su *Directorio Catequético*.

El Camino Neocatecumenal es, fundamentalmente, un Movimiento laical que ofrece un itinerario de conversión y formación cristiana. Su actividad se centra en las parroquias, donde funda comunidades formadas sobre todo por laicos –a menudo familias enteras–, en las que también tienen cabida sacerdotes y religiosos. Es un Movimiento multitudinario que actualmente se expande con rapidez, incluso en países no cristianos. Dada su gran capacidad para ayudar al Espíritu Santo a suscitar vocaciones, han fundado más de ochenta seminarios *Redemptoris Mater* en todo el mundo, con el fin de proveer de sacerdotes a las diócesis que los necesiten. Asimismo, en sus comunidades surgen muchas vocaciones contemplativas femeninas.

Renovación Carismática Católica

Nació por influencia del Movimiento Neopentecostal protestante en el ambiente aperturista y ecuménico que promovió el Concilio Vaticano II. Efectivamente, en 1967 un grupo de laicos que habían participado en encuentros neopentecostales ecuménicos decidieron reunirse, junto a varios sacerdotes, para reflexionar y compartir sus vivencias, experimentando una impactante acción interior del Espíritu Santo. A partir de ese momento comenzó a tomar cuerpo la *Renovación Carismática Católica* y sus celebraciones se extendieron por Estados Unidos. A comienzos de los años 70 su expansión llegó a Latinoamérica, donde tomó gran fuerza, y después se difundió por todo el mundo. En 1975 recibió el reconocimiento del Papa Pablo VI.

La Renovación Carismática Católica es un Movimiento laical que cuenta con una escasa estructura institucional, pues sus miembros prefieren, en la medida de lo posible, ponerse en manos de las mociones del Espíritu Santo. Son conocidos popularmente como los carismáticos. Se reúnen para orar, formarse doctrinalmente y celebrar la Eucaristía y otros sacramentos. También organizan congresos carismáticos. La alabanza y la adoración del Señor están muy presentes en sus celebraciones. Asimismo,

comparten públicamente su experiencia del Espíritu de Dios y las gracias y dones que éste les concede. La Renovación Carismática Católica es, probablemente, el Movimiento que cuenta con más adeptos en la Iglesia católica. La mayoría son latinoamericanos.

AUTORES ESPIRITUALES

En la actualidad hay muchos autores espirituales, pero es difícil destacar a alguno que, siendo especialmente significativo, sea, a su vez, valorado de forma generalizada. Los autores actuales hacen un esfuerzo por renovar la espiritualidad cristiana a la luz del Concilio Vaticano II y la posmodernidad. Algunos, además, tratan de incorporar ciertos elementos de las religiones orientales, la psicología o la ecología. Para hacer una valoración objetiva de los autores actuales hay que esperar a que pasen unos años y sus escritos se hayan asentado debidamente.

Con todo, en este periodo sobresale notablemente el Papa Francisco, pues su espiritualidad humana, comprensiva y abierta ha llegado a «globalizarse», pues no sólo influye, y mucho, en los católicos, sino también en personas no católicas en todo el mundo. Es, con diferencia, el autor espiritual cristiano actual más valorado y querido.

CONCLUSIÓN

Hemos hecho un largo recorrido desde los orígenes hasta la actualidad contemplando cómo ha evolucionado la espiritualidad cristiana en el transcurrir de la historia. Ha habido muchas crisis, porque la Iglesia es humana y está inserta en la historia. Pero ha superado esas crisis porque el Espíritu Santo ha inspirado la sabiduría para discernir los auténticos problemas y ha aportado la valentía de afrontarlos. También ahora hay grandes retos: y la Iglesia los superará.

La Iglesia es una barca que navega por las turbulentas aguas de la realidad terrena, con el rumbo fijado hacia la realidad eterna, la celestial. Su travesía concluirá definitivamente cuando llegue el fin de los tiempos, tal y como lo narra Jesús de un modo simbólico:

«Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre. Todas las razas de la tierra se golpearán el pecho y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo, lleno de poder y de gloria. Y Él enviará a sus ángeles para que, al sonido de la trompeta, congreguen a sus elegidos de los cuatro puntos cardinales, de un extremo al otro del horizonte» (Mt 24,30-31).

Y así lo describe el Apocalipsis:

«Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: “Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado”. Entonces dijo el que está sentado en el trono: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”» (Ap 21,1-5).

Este glorioso acontecimiento puede llegar en cualquier momento, incluso ahora mismo, antes de concluir este libro. Hasta que ello ocurra, es responsabilidad de cada uno de nosotros que el Reino de Dios esté cada vez más presente en este mundo.

La historia de la espiritualidad continúa en el peregrinar de la humanidad y, concretamente, en nuestra vida cotidiana. ¿Por dónde nos guía el Espíritu? Eso es un misterio que debemos contemplar en los signos de los tiempos, desde lo más hondo de nuestro corazón.

Buen camino.

BIBLIOGRAFÍA

MANUALES DE HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD

AA.VV., *Espiritualidad Cristiana*, 3 vols., Lumen, Buenos Aires-México 2000-2008.

AA.VV., *Histoire de la spiritualité chrétienne*, 4 vols., Aubier-Montaigne, Poitiers 1960-1966.

GRAEF, G., *Historia de la mística*, Herder, Barcelona 1970.

HAMMAN, A., *La oración*, Herder, Barcelona 1967.

JIMÉNEZ DUQUE, B., SALA BALUST, L. (dir.), *Historia de la Espiritualidad*, 4 vols., Juan Flors, Barcelona 1969.

MOLINER, J. M., *Historia de la Espiritualidad*, Monte Carmelo, Burgos 1972.

PABLO MAROTO, D. de, *Historia de la espiritualidad cristiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990.

—, *Espiritualidad de la Alta Edad Media*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1998.

—, *Espiritualidad de la Baja Edad Media*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000.

PEYROUS, B., *Histoire de la spiritualité chrétienne*, Éditions de l'Emmanuel, París 2010.

ROYO MARÍN, A., *Los grandes maestros de la vida espiritual*, BAC, Madrid 2002.

SÁNCHEZ, D. M., *Historia de la espiritualidad patristica*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1992.

SESÉ, J., *Historia de la espiritualidad*, Eunsa, Pamplona 2008.

MANUALES DE TEOLOGÍA ESPIRITUAL

BELDA, M., *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología Espiritual*, Palabra, Madrid 2006.

- BERNARD, Ch. A., *Teología Espiritual. Hacia la plenitud de la vida en el Espíritu*, Atenas, Madrid 1994.
- , *Introducción a la Teología Espiritual*, Verbo Divino, Estella 1997.
- , *Teología mística*, Monte Carmelo, Burgos 2006.
- ESPEJA PARDO, J., *La espiritualidad cristiana*, Verbo Divino, Estella 1992.
- GAMARRA, S., *Teología Espiritual*, BAC, Madrid 1994.
- GARCÍA, C., *Teología espiritual contemporánea: corrientes y perspectivas*, Monte Carmelo, Burgos 2002.
- GARCÍA, J. M., *Manual de Teología Espiritual. Epistemología e interdisciplinariedad*, Sígueme, Salamanca 2015.
- GUERRA, A., *Introducción a la Teología Espiritual*, Edeca, Santo Domingo 1994.
- JOHNSTON, W., *Teología mística. Ciencia del amor*, Herder, Barcelona 2003².
- PABLO MAROTO, D. de, *El “camino cristiano”. Manual de Teología Espiritual*, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 1996.
- QUINTANA CABANAS, J. M., *La espiritualidad cristiana. Ascética y Mística*, San Pablo, Madrid 2009.
- RIVERA, J, IRABURU, J. M., *Espiritualidad católica*, Centro de Estudios de Teología Espiritual, Madrid 1982.
- ROSSINI, C., SCIADINI, P. (eds.), *Enciclopedia de la oración*, San Pablo, Madrid 2014.
- RUIZ SALVADOR, F., *Camino del espíritu. Compendio de teología espiritual*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1998⁵.

DICCIONARIOS DE ESPIRITUALIDAD

- AA.VV. *Dictionnaire de Spiritualité ascétique et mystique*, 17 vols., Beauchesne, París 1935-1995.
- ANCILLI, E. (dir.), *Diccionario de Espiritualidad*, 3 vols., Herder, Barcelona 1983.

- BORRIELLO, L., CARUANA, E., DEL GENIO, M. R., SUFFI, N. (dir.), *Diccionario de Mística*, San Pablo, Madrid 2002
- DINZELBACHER, P. (ed.), *Diccionario de la Mística*, Monte Carmelo, Burgos 2000.
- FIORES, S. DE, GOFFI, T. (dir.), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, San Pablo, Madrid 1991.

OTROS

- AA.VV., *Historia de la Iglesia*, 4 vols., BAC, Madrid 2001-2005.
- ÁLVAREZ GÓMEZ, J., *Manual de Historia de la Iglesia*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1987.
- , *Historia de la Vida Religiosa*, 3 vols., Publicaciones Claretianas, Madrid 1996.
- ANDRÉS, M., *Los recogidos. Nueva visión de la mística española (1500-1700)*, Fundación Universitaria Española, Madrid 1976.
- , *Historia de la mística de la Edad de Oro en España y América*, BAC, Madrid 1994.
- ANNIE DE JESUS, *Charles de Foucauld. Sur les pas de Jésus de Nazareth*, Nouvelle Cité, Montrouge 2001.
- ANÓNIMO, *El peregrino ruso*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1999¹¹.
- APARICIO, A., CANALS, J. M., *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2000³.
- APARICIO, A., *Suplemento al Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2005.
- ARTOLA, A. M., *San Pablo de la Cruz, «maestro de la Muerte Mística»*. *Texto y comentario espiritual de su tratado*. Noviciado Pasionista, Lima 2012.
- BARBAGLIO, G., *Pablo de Tarso y los orígenes cristianos*, Sígueme, Salamanca 1997³.
- BATAILLON, M., *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, Fondo de Cultura Económica, México 1966.

- BELTRÁN DE HEREDIA, V., *Las corrientes de espiritualidad entre los dominicos de Castilla durante la primera mitad del siglo XVI*, Salamanca 1941.
- BENITO DE NURSIA, *Regla de san Benito* (Colombás, G. M., Aranguren, I., ed.), BAC, Madrid 2000³.
- BERULLE, P. de, *Discursos y elevaciones: Discurso sobre el Estado y las grandezas de Jesús. Elevación sobre la gracia de Dios en Magdalena. Escritos breves*, BAC, Madrid 2003.
- BORNKAMM, G., *Pablo de Tarso, Sígueme*, Salamanca 1997⁵.
- BOSCH, J., GIL, J. C., LOBO ALONSO, J. A., *Nueva era. Una expresión de lo religioso*, San Esteban, Salamanca 1995.
- BROSSE, J., *Maestros espirituales*, Alianza Editorial, Madrid 1994.
- BRU, M. M., *Testigos del Espíritu. Los nuevos líderes católicos: movimientos y comunidades*, Edibesa, Madrid 1998.
- BRUFAU PRATS, J., *La Escuela de Salamanca ante el Descubrimiento del Nuevo Mundo*, San Esteban, Salamanca 1989.
- CARRASQUER PEDRÓS, S., *Matrología*, 3 vols., Monte Carmelo, Burgos 2001-2003.
- CASTEL, F., *Historia de Israel y de Judá*, Verbo Divino, Estella 1984.
- CATALINA DE SIENA, *Obras. El Diálogo. Oraciones y Soliloquios* (Salvador Conde, J., ed.), BAC, Madrid 2002³.
- CELADA LUENGO, G., *Tomás de Aquino, testigo y maestro de la fe*, San Esteban, Salamanca 1999.
- CERBELAUD, D., *María. Un itinerario dogmático*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 2005.
- COLOMBÁS, G. M., *El monacato primitivo*, BAC, Madrid 2004².
- Concilio ECUMÉNICO VATICANO II, *Constituciones. Decretos. Declaraciones*, BAC, Madrid 2000².
- COS, J. de, *La espiritualidad naturalista de fray Luis de Granada. La contemplación de Dios en la naturaleza en la Introducción del símbolo de la fe*, Fundación Universitaria Española, Madrid 2009.

- , *La espiritualidad de santo Domingo. Fundador de la Orden de Predicadores*, San Esteban, Salamanca 2012.
- CULLMANN, O., *La oración en el Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1999.
- CUNNINGHAM, L. S., EGAN, K. J., *Espiritualidad cristiana. Temas de la tradición*, Sal Terrae, Santander 2004.
- DROBNER, H. R., *Manual de Patrología*, Herder, Barcelona 1999.
- ELIADE, M., *Historia de las creencias y las ideas religiosas*, 5 vols., Cristiandad, Madrid 1978-1983.
- ESCUELA BÍBLICA DE JERUSALÉN, *La Biblia de Jerusalén*, Desclée De Brouwer, Bilbao 1998.
- EVAGRIO PÓNTICO, *Obras espirituales*, Ciudad Nueva, Madrid 1995.
- ESPEJA, J., *¿Tiene sentido la vida religiosa? Cuando fallan los proyectos utópicos*, San Pablo, Madrid 2004.
- FIORES, S. de, *María, síntesis de valores. Historia cultural de la mariología*, San Pablo, Madrid 2011.
- FLOR, G., *Los Salmos*, Verbo Divino (PPC, Sígueme), Estella 1997⁴.
- FRANCISCO (Papa), *Evangelii gaudium. La alegría del Evangelio*, San Pablo, Madrid 2013.
- , *Laudato si' . Sobre el cuidado de la casa común*, San Pablo, Madrid 2015.
- FRANCISCO DE OSUNA, *Tercer abecedario espiritual* (Andrés, M., ed.), BAC, Madrid 1972.
- FRANCISCO DE SALES, *Tratado del amor de Dios*, Edibesa, Madrid 1999².
- FUEYO SUÁREZ, B., *En casa, fuera de casa, en el camino... Los modos de orar de santo Domingo*, San Esteban, Salamanca 2006.
- GIORDANO, O., *Religiosidad popular de la Alta Edad Media*, Gredos, Madrid 1995.
- GONZÁLEZ, F., *Los movimientos en la historia de la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1999.

- GONZÁLEZ MUÑANA, M., *Nuevos movimientos eclesiales*, San Pablo, Madrid 2001.
- HAAS, A. M., *Maestro Eckhart. Figura normativa para la vida espiritual*, Herder, Barcelona 2002.
- HERMANO RAFAEL (Arnaiz Barón), *Obras completas*, Monte Carmelo-Monasterio de San Isidro de Dueñas, Burgos-Palencia 1988.
- HERNÁNDEZ MARTÍN, R., *Francisco de Vitoria. Vida y pensamiento internacionalista*, BAC, Madrid 1995.
- HERTLING, L., *Historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona 1986⁹.
- IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* (Dalmases, C. de, ed.), Sal Terrae, Santander 1985⁴.
- IRIBERTEGUI ERASO, M., *El Rosario I. Misterio de la oración y método de orar*, San Esteban, Salamanca 2003.
- JUAN DAMASCENO, *Sobre las imágenes sagradas*, Eunsa, Barañáin 2013.
- JUAN DE ÁVILA, *Obras completas I: Audi, filia. Pláticas espirituales. Tratado sobre el sacerdocio. Tratado del amor de Dios*, BAC, Madrid 2000.
- JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, BAC, Madrid 2002².
- JUAN PABLO II, *Vita consecrata. Exhortación apostólica postsinodal sobre la vida consagrada*, PPC, Madrid 1996³.
- LA CASA DE LA BIBLIA, *La Biblia*, Sígueme, Sociedad de Educación Atenas, P. P. C., Verbo Divino, Madrid 1992.
- LABOA, J. M. (ed.), *Atlas de los monasterios. El monacato oriental y occidental*, San Pablo, Madrid 2004.
- LAS CASAS, B. de, *Historia de las Indias*, 3 vols., FCE, México 1951.
- LAURENTIN, R., *La presencia de María*, San Pablo, Madrid 2014.
- LECLERC, E., *Sabiduría de un pobre*, Marova, Madrid 1992¹².
- , *El cántico de las criaturas*, Edit. franciscana Aránzazu, Oñate 1988².
- LEHMANN, L. *Francisco, maestro de oración*, Editorial franciscana Aránzazu, Oñate 1998.

- LEWIS, J., *Conocimiento de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio*, Sal Terrae, Santander 1987.
- LIBANIO, J. B., *¿Cuál es el futuro del Cristianismo?*, San Pablo, Madrid 2014.
- LOBATO, A. (dir.), *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, 3 vols., Edicep, Valencia 1995-2003.
- LOUF, A., *El camino cisterciense. En la escuela del amor*, Verbo Divino, Estella 1992.
- LUBAC, H. de, *El pensamiento religioso de Teilhard de Chardin*, Taurus, Madrid 1967.
- LUIS DE GRANADA, *Obras completas, Vol. IX. Introducción al Símbolo de la Fe I* (Huerga, A., ed.), Fundación Universitaria Española, Madrid 1996.
- M. RAYMOND, *Tres monjes rebeldes*, Studium, Madrid 1964².
- MAESTRO ECKHART, *El libro del consuelo divino* (Gutiérrez, F., ed.), Olañeta, Palma de Mallorca 2002.
- MALDONADO, L., *Génesis del catolicismo popular*, Cristiandad, Madrid 1979.
- MARTÍN VELASCO, J., *La experiencia cristiana de Dios*, Trotta, Madrid 1995.
- , *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid 2003².
- , (ed.), *La experiencia mística. Estudio interdisciplinar*, Trotta, Madrid 2004.
- , *Mística y humanismo*, PPC, Madrid 2007.
- MARTINA, G., *La Iglesia de Lutero a nuestros días*, vol. I, Cristiandad, Madrid 1974.
- MARTÍNEZ DÍEZ, F., *Domingo de Guzmán, evangelio viviente*, San Esteban, Salamanca 1991.
- , *Espiritualidad dominicana. Ensayos...*, Edibesa, Madrid 1995.
- , *La frontera de la vida religiosa. Bases y desafíos de la refundación*, San Pablo, Madrid 2000².

- , *¿A dónde va la vida religiosa? Espiritualidad, votos, misión*, San Pablo, Madrid 2008.
- MASOLIVER, A., *Historia del monacato cristiano*, 3 vols., Encuentro, Madrid 1994.
- MICHAEL. Ch. P., NORRISEY, M. C., *Oración y temperamento. Diversas formas de orar para los diferentes tipos de personalidad*, Mensajero, Bilbao 1998.
- PÉREZ FERNÁNDEZ, I., *Cronología documentada de los viajes, estancias y actuaciones de fray Bartolomé de las Casas*, Centro de Estudios de los dominicos del Caribe, Bayamón 1984.
- QUATTROCCHI, P. B., *Fascinado por el absoluto. Hermano Rafael*, Paulinas, Madrid 1991.
- O'DRISCOLL, M., *Sainte Catherine de Sienne*, Editions du Signe, Estrasburgo 2008
- ORDEN DE PREDICADORES, *Liturgia de las horas propio O.P.*, Roma 1988.
- OTÓN, J., *El reencantamiento espiritual posmoderno*, PPC, Boadilla del Monte 2014.
- PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, *Obras completas* (Martín, T. H., ed.), BAC, Madrid 1990.
- RADCLIFFE, T., *Ser cristianos en el siglo XXI. Una espiritualidad para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander 2011.
- RAIMUNDO DE CAPUA, *Santa Catalina de Siena*, El Santísimo Rosario, Vergara 1926.
- RIVAS, F., *La vida cotidiana de los primeros cristianos*, Verbo Divino, Estella 2011.
- RUIZ BUENO, D. (ed.), *Padres Apostólicos*, BAC, Madrid 1965.
- SAINZ RODRÍGUEZ, P., *Espiritualidad española*, Rialp, Madrid 1961.
- , *Introducción a la historia de la literatura mística en España*, Voluntad, Madrid 1972.
- SPIDLÍK, T., *La espiritualidad del oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004.

- , *La oración según la tradición del oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004.
- SPIDLÍK, T., TENACE, M., CEMUS, R., *El monacato en el oriente cristiano*, Monte Carmelo, Burgos 2004.
- SUÁREZ, G. G., *Teología fundamental de la vida religiosa*, 2 vols., Studium, Madrid 1975.
- SUSÓN, E., *Obras. Exemplar y cuatro sermones alemanes* (Sandoval, S., ed.), San Esteban, Salamanca 2008.
- TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, BAC, Madrid 2003⁹.
- TERESA DE LISIEUX, *Historia de un alma*, Monte Carmelo, Burgos 2000.
- TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología* (5 vols.), BAC, Madrid 1988-1994.
- TOMÁS DE KEMPIS, *Imitación de Cristo*, Edibesa, Madrid 2002².
- TORRELL, J.-P., *Saint Thomas d'Aquin, maître spirituel*, Cerf, París 2002².
- TRAPÉ, A., *La Regla de San Agustín*, Religión y Cultura, Madrid 1978.
- TREVIJANO, R., *Patrología*, BAC, Madrid 2001³.
- VAUCHEZ, A., *La espiritualidad del Occidente medieval (siglos VIII-XII)*, Cátedra, Madrid 1995².
- VAUX, R. de, *Historia Antigua de Israel*, Cristiandad, Madrid 1975.
- , *Instituciones del Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1992⁴.
- VOUGA, F., *Los primeros pasos del cristianismo*, Verbo Divino, Estella 2001.